



*Un
instante
eterno*

*Yolanda
D.J.57
Revue*

YR

Un instante eterno



Yolanda Revuelta

Un instante eterno

Copyright © 2019 Yolanda Revuelta
Diseño de portada: Migarumo
Corrección: Violeta Triviño
violetamtcorreccion@gmail.com
Maquetación: Valerie Miller
valeriemillerscribe@gmail.com

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o *transformación* de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de los titulares del copyright.

All Rights reserved

1ª Edición Octubre 2019
Depósito legal: SA 651- 2019

ISBN: 9781692724412
Independently published

«No quiero necesitarte... porque no puedo tenerte».

(Clint Eastwood, *Los puentes de Madison*)

Para ti, Mar.

Lo prometido es deuda.

Mary Ann y Patricia, muchas gracias.

Vosotras ya sabéis el por qué.

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

Capítulo 5

CAPÍTULO 6

Capítulo 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

EPÍLOGO

Agradecimientos

Yolanda Revuelta

Otros títulos de la autora:

CAPÍTULO 1

Rancho B.C.

Aspen, Colorado.

Bradley Cooper observó atentamente la pantalla de su ordenador sin poder creerse aún la información que se plasmaba en ella. Se recostó tenso en el respaldo de su silla y enlazó las manos detrás de la cabeza. Varias columnas de Excel, a su modo de ver interminables, reflejaban el estado de cuentas de su rancho.

Soltó el aire contenido que hasta ahora había estado aguantando en sus pulmones y se fijó en los números rojos que saltaban de una línea a otra, de una manera casi consecutiva.

«¿Desde cuándo está ocurriendo esto?», se preguntó volviendo a su posición inicial, acercándose a la mesa. Apoyó los antebrazos, y resopló una vez más con la intención de eliminar esa sensación de ahogo que le oprimía el pecho.

Su rancho, el B.C., tenía serios problemas económicos. Cuando los números comenzaron a bailar frente a sus ojos, ahuecó la mano en el ratón y con el dedo índice giró la rueda, de abajo a arriba y de arriba abajo, sin entender una sola cifra de aquel desbarajuste.

Ahora comprendía perfectamente por qué su contable había desaparecido de la noche a la mañana sin tan siquiera despedirse, ni dar una sola explicación del porqué de su inminente y apresurada marcha.

Estaba en serios problemas. Mucho más graves de lo que hubiese imaginado jamás.

Cerró los ojos, se pellizcó con fuerza el puente de la nariz e intentó, sin éxito alguno, que no se le encogiera el estómago.

«De esto no puede salir nada bueno».

El B.C. había pertenecido a su familia desde tiempos inmemoriales; las fotos de su bisabuelo fumando en pipa en el porche de la casa grande, que ahora se encontraban dispuestas y colgadas en las paredes del despacho que en ese instante ocupaba, eran una buena muestra de ello y, en ese preciso momento, sin saber cómo, tenía la extraña sensación de que aquella propiedad de más de tres

mil hectáreas de tierra cultivable se le iba de las manos.

Su padre había muerto hacía un año tras un grave accidente de tráfico. Una dosis desmesurada de alcohol en sangre y conducir nunca eran una buena combinación para salir ileso de un derrape en la carretera.

Antes de que él muriese, las cosas no iban bien; su progenitor era un hombre demasiado testarudo para dar su brazo a torcer en cuestiones relacionadas con el rancho. Su adicción al póquer y a las apuestas tampoco ayudaban. Cuando tomaba una decisión solía ser inamovible y las consecuencias de aquellas acciones pasaban aún factura en el presente.

Era padre de una hija de trece años, una adolescente enfadada consigo misma y con el mundo. Por mucho que él se esforzara, parecía no llegar a cumplir nunca las expectativas de Rebecca y ese ciclón de hormonas y resentimientos no ayudaba a ninguno de los dos.

Echaba de menos a Faith, su esposa, quizá, y aunque estuviera mal decirlo, ahora más que nunca.

«¿Qué estoy haciendo mal?». Exhaló un suspiro que no rompió con la cadena que le unía a los fantasmas del pasado.

Volvió al presente, a una situación que le preocupaba de una manera alarmante. No había sido un año bueno en lo referente al ganado. La sequía, en el último verano, había diezariado buena parte de sus reses; si a eso se le añadía una subida desorbitada de los impuestos por parte del Estado, el resultado estaba allí reflejado, en aquella pantalla de ordenador en la que habría estrellado el puño con ganas.

Tenía que pensar en algo y rápido o aquella situación, sin duda, empeoraría. Había visto a muchos de los ranchos colindantes desaparecer por menos. Se restregó vigorosamente las palmas de las manos contra el rostro, como si de esta forma pudiese hacer desaparecer el problema.

Pensarlo era fácil; lo difícil era encontrar una solución a un asunto que parecía no dejar de crecer, como si se tratase de una pequeña bola de nieve deslizándose por la cima de una montaña helada. Tarde o temprano se produciría la avalancha; solo sería cuestión de tiempo.

Varios golpes a la puerta de su despacho lo sacaron de su ensimismamiento.

—Adelante —dijo, en voz alta, dando al botón de apagado del ordenador para dejar la pantalla en negro.

Jake Langdon, su segundo capataz, asomó la cabeza por el hueco de la puerta.

—Cooper, el reverendo ha llegado.

—De acuerdo. —Se frotó el cuello agarrotado y acto, seguido se levantó de la silla—. Ya voy.

Jake, cabizbajo, desapareció de su campo de visión. La puerta quedó entornada y, de pronto, se sintió más solo que nunca. Lo que venía ahora era un mal trago, pero no había otra opción que afrontarlo. Cogió su sombrero, que descansaba sobre el extremo de la mesa, y se lo caló sobre la cabeza hasta tapar buena parte de su frente.

No era el momento de pensar en él.

Salió de su despacho con una enorme sacudida de desasosiego. No iba a ser un día fácil. No señor, al parecer no lo iba a ser.

El sacerdote, un hombre de mediana edad vestido de negro que lucía el típico alzacuellos blanco, hizo la señal de la cruz en el aire y comenzó con el ritual de la extremaunción.

—*In nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti ...* Yo te encomiendo, Leonardo, al Dios Todopoderoso, y te encargo a Aquel que te crió...

Todos los allí presentes, sus compañeros y amigos, siguieron la mano del reverendo y lo imitaron. El hombre de fe dirigió aquel movimiento litúrgico hacia el enfermo que estaba postrado en la cama. La respiración del moribundo estaba muy agitada, como si le costase encontrar el aire que le diese un soplo más de vida.

Cooper entró en el barracón, y, como señal de respeto, se quitó el sombrero. Ninguno de los presentes, Jake, Nate, Reed y Ringo lo saludaron.

Nate tenía los ojos cerrados mientras alzaba una oración por su amigo y compañero; Jake, ceñudo, miraba hacia el suelo, como si allí encontrase respuesta a todas sus preguntas. Reed y Ringo, a los pies de la cama, cabizbajos, guardaban el más absoluto silencio.

El olor a muerte golpeó con fuerza las fosas nasales de Cooper, a pesar de que las ventanas del barracón se encontraban entornadas permitiendo así que el aire fresco ventilase la estancia, pero esa emanación hedionda de fármacos y flujos corporales parecía estar incrustada en cada recoveco de la estancia.

Cooper había ofrecido a Leo cientos de veces una habitación en la casa grande. Sin embargo, su capataz siempre se había negado.

—Cuando me vaya de este mundo quiero estar junto a mis hombres, junto a mis amigos —le había dicho la última vez que habían hablado del tema.

Físicamente, Leo ya no era el mismo. Había adelgazado considerablemente, Cooper tenía la impresión de que algún animal salvaje le habían arrancado la carne con sus afilados colmillos quedando solo huesos que a duras penas le permitían mantenerse en pie.

Leonardo Morales era su capataz desde hacía tantos años que ya había perdido la cuenta. Su padre, que en paz descansase, lo había contratado cuando él no era más que un adolescente rebelde y perdido en sus propios problemas, como ahora lo estaba Rebecca.

Confiaba plenamente en Leonardo, tanto era así que pocas veces contradecía sus órdenes. Era un hombre de origen hispano, rudo, intuitivo y trabajador que conocía a sus hombres al dedillo, sus virtudes y defectos, y siempre solía sacar lo mejor de ellos. Observó a Jake y se preguntó si su nuevo capataz podría estar a la altura.

Leonardo había dejado el listón muy alto. No habría otro igual; en el fondo de su ser, lo sabía.

Ringo, al igual que su capataz, era mejicano. Se ocupaba del adiestramiento y cuidado de los caballos. Cooper percibió cómo Ringo le tocaba el codo, de una forma muy sutil, suficiente para que él volviese de nuevo a escena.

Leonardo, con los ojos casi fuera de su órbita, lo reclamaba con la mirada. Él, antes de hacer ningún movimiento en falso, buscó la atención del reverendo. Este asintió con la cabeza y se hizo a un lado. Cooper lo tomó como una invitación. Se acercó a la cama que albergaba el consumido cuerpo de su capataz y, tras pensarlo varios segundos, se sentó al ras del colchón y lo cogió de la mano. Los dedos afilados de Leonardo intentaron aferrarse a la mano de su jefe, pero no lo consiguió.

Cooper lo hizo por él e intentó pasar por alto la piel helada y pálida del moribundo. Su capataz cerró los ojos tiempo suficiente para tomar una nueva aspiración de oxígeno que pareció no llegar nunca a sus pulmones.

—Grace...

La tenue voz de Leonardo pareció quebrar el intenso silencio que en ese instante, albergaba el barracón.

—La llamaré.

El capataz asintió y las comisuras de sus labios se elevaron hacia arriba, pero nunca llegó a formarse una sonrisa.

—Se hará como tú lo has decidido, Leonardo.

El capataz volvió a asentir, esta vez más despacio y sin ningún brillo en los ojos.

Cooper percibió cómo el hombre postrado en la cama intentaba oprimir de nuevo con más fuerza su mano, no obstante, ese movimiento nunca se llegó a producir.

—Es lo único que tengo... —Una fuerte expectoración le hizo detenerse—. Te agradezco todo lo que has hecho por nosotros estos años.

Un abrupto ataque de tos le enmudeció.

—No debes agitarte. Estoy aquí, amigo; no estás solo.

Su capataz no era ni la sombra de lo que una vez fue. Le dolía verlo así. Leonardo Morales no tenía que encontrar su fin de esa manera. Era demasiado activo como para morir sin fuerzas, sin su férrea voluntad.

—Siento dejarte en esta situación... tan solo. —Esa última declaración sonó más como un siseo.

Cooper tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no desmoronarse.

Leonardo abrió la boca en su máxima expresión, buscando ese oxígeno que parecía no querer llegar nunca; luego vino otro espasmo corto, profundo, y a la vez eterno.

Leonardo Morales había dado su último aliento.

Ahora quedaba otro tema por zanjar: su hija, Grace.

La situación, en vez de suavizarse, se complicaba por momentos.

Cerró para siempre los ojos del cuerpo inerte; el rostro de su capataz, al tacto, ya estaba templado. Acto seguido se incorporó. No dijo nada; simplemente no podía. Todos los presentes, en señal de respeto, guardaron silencio. Solo al salir escuchó la última oración que el reverendo dedicó al fallecido:

—Señor, te encomendamos el alma de tu siervo, Leonardo, y te suplicamos, Cristo Jesús, Salvador del mundo, que no le niegues la entrada a tu reino...

Cooper pensó en la llamada internacional que debería realizar ahora; calculó las horas que podría haber de diferencia horaria. Si no fuese una promesa lo olvidaría de inmediato, pero lo era. Y lo peor de todo, lo que más odiaba en ese mismo instante y siempre, es que debería armarse de valor para volver a ver a Grace.

CAPÍTULO 2

Nueva York.

—No me lo puedo creer.

—Esta es la última.

Grace observó con resignación la caja que llevaba Donatella entre las manos.

—¿Cuántas hay? Está bien, no lo quiero saber —se respondió a sí misma con cierta dosis de resignación y con un ligero aspaviento.

—Doce.

—¿Doce cajas? —preguntó atónita Grace a la vez que miraba a su alrededor. De pronto su despacho parecía haberse reducido a un pequeño cubículo—. Esto es una locura.

—Es lo que tiene ser una de las mejores contables de Nueva York.

Grace miró a su ayudante con un gesto que revelaba algo parecido a la sorpresa.

—No necesito ningún tipo de adulación, Donatella, solo necesito que se pare el reloj al menos unas horas para ponerme al día con este caso. —Dejó escapar un suspiro ahogado—. No dormiré y me alimentaré de comida basura durante varios días o semanas hasta que tenga todo esto controlado, no tengo ni idea de por dónde empezar.

—Yo me encargaré de que tomes las vitaminas necesarias para que sobrevivas, es parte de mi trabajo —arqueó los labios con una perceptible sonrisa—. Visto así, no tiene tan mal aspecto. —Donatella dio un paso atrás. Había recolocado las cajas y había formado tres pequeñas columnas de cuatro alturas.

Grace observó las cajas y le entraron ganas de llorar. Llevaba tan solo dos años en la empresa, se había dejado la piel para conseguir un despacho propio y el hecho de renunciar a su vida privada y a salir con sus amigos había dado sus frutos, todo tenía un precio. Había ascendido, ese siempre había sido su sueño. Le encantaban los números y todo lo relacionado con la contabilidad, trabajaba en lo que le gustaba y era consciente de que no se podía pedir mucho más, al

menos en lo referente al mundo laboral.

Otro tema era el hecho de ser hispana. Estaba orgullosa de sus orígenes, pero también era consciente de que triunfar en Nueva York no era una tarea fácil para nadie. No obstante, ella, con mucho sacrificio, más de lo que quería reconocer, lo había logrado, sin embargo, había descubierto a largo plazo que sus logros acarrearán más contras que pros.

—No sé qué quiere este hombre, pero el agua le llega al cuello.

—¿Te refieres a Dexter?

Grace asintió. Gary Dexter era uno de los empresarios más importantes de la ciudad, pero en los últimos meses su empresa estaba teniendo altibajos. La labor de ella consistía en descubrir el por qué y solucionar las malas decisiones de otros.

—Dexter solo quiere a la mejor contable, ya lo sabes. No sé de qué te extrañas.

Grace hizo un mohín con los labios ante la respuesta de su secretaria.

—La tierra tiembla bajo sus pies y él quiere que yo sea su sismógrafo personal —comentó irónica— Pásame la primera caja, ¿quieres?

—¿Tan mal lo ves? —inquirió su ayudante a la vez que acataba la orden de Grace.

—Peor.

Esta vez fue el turno de Donatella para suspirar.

—Este caso es muy importante, Grace.

Grace lo sabía, pero ante todo tenía que ser sincera consigo misma y con el cliente.

—Salir en las noticias día tras día no ayuda. Los escándalos sexuales se pagan tarde o temprano, deberían saberlo él y sus abogados. —Grace abrió la caja y sacó todos los informes que había dentro de ella, los dejó sobre la mesa y frunció el ceño—. Debería haber sabido mantener la bragueta cerrada cuando tuvo la oportunidad.

—¡Grace! —la amonestó Donatella—. Podría escucharte alguien.

La puerta del despacho estaba abierta. Donatella tenía razón.

—Solo pienso en voz alta —susurró.

—Lo sé, pero aquí hay demasiados oídos. — Donatella arqueó las cejas en señal de advertencia—. ¿Comprendes?

—Supongo que tienes razón —admitió.

Grace sonrió a su ayudante. Donatella había resultado ser una secretaria maravillosa. Estaba casada y muy pronto sería madre, estaba embarazada de tres

meses. Grace se alegraba por ello. Tenía pocos años más que ella. Era morena, su largo cabello solía llevarlo recogido en una cola de caballo y tenía unos ojos grandes y expresivos. Su ascendencia era italiana, aunque nacida en Nueva York. Su marido trabajaba como contratista y parecían felices. Grace no lo quería reconocer, pero envidiaba la situación familiar de su secretaria. Ella quería más de lo mismo, pero aquel montón de cajas se lo impedía.

Reprimió un suspiro de frustración y se sentó con la única intención de comenzar a ordenar toda la documentación y papeleo. La noche iba a ser muy larga. En ese instante, el teléfono situado en una esquina de su mesa sonó.

—Yo respondo a la llamada.

—Bien —aceptó Grace. No quería más problemas de los que ya tenía.

Quizá fue el silencio prolongado o el gesto contrito de Donatella lo que hizo que dejara los informes de nuevo en la mesa. Una alerta sacudió su mente.

—¿Qué ocurre?

—Le paso con ella —dijo su secretaria a la persona que se encontraba al otro lado del teléfono—. Será mejor que atiendas la llamada, Grace.

—¿Qué sucede? —volvió a preguntar, pero esta vez con un hilo de voz.

—Lo siento mucho, Grace, lo siento de verdad.

Donatella estaba a punto de echarse a llorar. Grace, por su parte, no entendía absolutamente nada.

Cogió el auricular y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí?

La voz de Cooper invadió la línea. De no haber estado sentada, se habría desplomado en el suelo. Bradley Cooper era la última persona en la faz de la tierra con la que deseaba hablar. Su voz aterciopelada, tal y como recordaba, le encogió la parte baja del vientre.

—Hola, Grace. ¿Cómo estás?

Ella tardó unos segundos en responder, tiempo suficiente para que él repitiese su nombre.

—Estoy bien, Cooper. ¿A qué debo tu llamada?

Los ojos de Donatella se tiñeron de tristeza.

Cooper durante unos segundos no dijo nada y eso la alarmó mucho más, como si eso fuera posible.

—Grace, verás... no tengo buenas noticias.

Inquieta como estaba se incorporó, borró en el acto todos sus pensamientos, y comenzó a pasearse por la habitación. De pronto, se percató que el despacho era más reducido de lo que ella pensaba. Las paredes parecían cernirse sobre ella

por momentos.

Escuchó a Cooper, pero a medida que lo hacía su mente parecía no querer aceptar la noticia. Percibió cómo una sensación de asfixia cerraba su garganta mientras su mundo se desmoronaba. El teléfono resbaló de su mano y se estrelló contra el suelo.

Donatella, rauda y nerviosa al mismo tiempo, corrió a su lado, pero su voz se perdía en la lejanía. Grace observó cómo su secretaria recogía el teléfono del suelo y se lo llevaba con urgencia a la oreja.

La escuchó saludar de nuevo a Cooper, pero después las palabras se perdieron, un zumbido irritante las sustituyó. El despacho le daba vueltas, tenía la sensación de estar dentro de un torbellino que la succionaba sin poder ella evitarlo. Su mundo se desmoronaba por momentos.

Su padre había muerto.

Aspen, Colorado.

Cooper no tenía ni idea de cómo lidiar aquella situación. El momento de poner las cartas sobre la mesa había llegado y el atisbo de desesperanza que llevaba rondándole los últimos días se acrecentó. Él y sus hombres se encontraban en la cocina, todos, a excepción de él, estaban sentados alrededor la enorme mesa que su abuelo había hecho construir con la única esperanza de que algún día sus nietos y bisnietos ocupasen todas las sillas y el bullicio y algarabía de sus voces recorriesen todas y cada una las estancias de la casa, pero después de todo, aquel sueño no se había cumplido.

El destino parecía no querer sonreír a los Cooper.

Se paseó de un lado a otro de la cocina, con los brazos en jarras, bajo la atenta mirada de sus hombres. Deseó terminar con aquello de una vez por todas y fue esa la razón por la que se acercó a la mesa y apoyó las palmas de las manos sobre ella. Respiró hondo, retomó fuerzas de donde no las tenía y un segundo después comenzó a hablar:

—Veréis, las cosas en el rancho no van bien.

Levantó la cabeza de entre los hombros y sus hombres le devolvieron una mirada cargada de preocupación.

—No sé ni por dónde empezar.

Ringo, el domador de caballos, fue el primero en tomar la palabra.

—Cooper, somos conscientes de la situación del rancho.

El aludido asintió pesarosamente con la cabeza y su expresión pareció relajarse.

—Leonardo nos tenía al tanto. Nos comentó lo que podría pasar.

Cooper luchó por evitar la desazón que lo consumía. No solo había perdido a un gran amigo, había perdido a un padre. Leonardo era mucho más que su capataz para él.

—Bien —fue lo único que pudo decir.

—¿Has llamado a Grace? —preguntó Jake.

—Sí. Viene de camino, imagino que mañana a primera hora llegará al rancho. Ocúpate tú, Jake.

—De acuerdo —respondió el que ahora sería su capataz.

—Hay algo más que quiero comentaros. —La boca se le secó de repente y deseó tener a mano una botella de whisky para aplacar aquel amargor—. La gravedad de la situación me obliga a tomar decisiones que jamás en mi vida me hubiese imaginado. —Miró de nuevo a sus hombres y el alma se le cayó a los pies—. Leonardo era un buen hombre y me alegra saber que os mantenía informados de la situación, pero la crisis del rancho es mucho mayor de lo previsto. He hablado al respecto con Jake y no me queda otra opción que comunicaros que debo prescindir de vosotros, no puedo pagar vuestras nóminas y...

—Nos quedamos.

Ringo había vuelto a tomar la palabra. Cooper lo observó con atención, se merecía su respeto. Llevaba trabajando en el rancho casi dos décadas. Era un hombre corpulento, alto, de mirada serena. Su barba blanca y el hecho de peinar ya canas le daba cierta reputación.

—Lo hemos hablado y esa es nuestra decisión, Cooper. —Tanto Nate como Reed asintieron ante la respuesta de Ringo—. El B.C. es una parte de nuestras vidas y debemos luchar porque vuelva a ser el rancho de antaño.

Cooper se afanó por llenar de aire sus pulmones.

—No lo entendéis, no puedo pagar vuestros salarios y sin dinero no podréis continuar con vuestras vidas, no habrá un futuro.

—No pensemos en el futuro, pensemos en el presente —comentó Nate—. Además aún quedan reses. No demasiadas, es cierto, pero ese no es motivo para desatender nuestro trabajo.

Cooper observó al muchacho pelirrojo y de piel blanca que se sentaba al lado de Ringo. Era un buen trabajador y algún día sería un gran hombre.

—Nate...

—Estamos perdiendo el tiempo aquí sentados. No debemos perder la esperanza, *Viento del norte* es un gran semental y cubrirá a varias yeguas en los próximos días.

—Con eso no cubriremos gastos, Nate —respondió Cooper.

Reed se levantó de su silla y resopló con fuerza. Todos los presentes siguieron sus movimientos.

—Confiamos en ti, Cooper, y sabemos que pronto se te ocurrirá algo para solucionar esta situación. Es cuestión de tiempo —agregó con cierta impaciencia. Nate lo imitó, se levantó y se colocó al lado Ringo y Reed. Los tres hombres formaron una especie de férreo muro humano—. Seguiremos trabajando para ti mientras tengamos un plato de comida que llevamos a la boca.

Todos, sin excepción, se echaron a reír. Reed comía por dos hombres, todos los presentes conocían su voraz apetito a la hora de sentarse a la mesa.

—No sé qué decir, de verdad.

Jake, el único que por ahora se mantenía en su silla, se levantó, se acercó a Cooper y le golpeó cariñosamente la espalda.

—Eres un buen jefe y esto que ves aquí es el resultado de tus actos y decisiones. Confiamos en ti. Yo ya te di mi respuesta hace varios días, no me moveré de este rancho.

Cooper asintió con timidez y sonrió. De repente el peso de la responsabilidad cayó como una losa sobre sus hombros.

—Gracias. Sois los mejores hombres de Colorado y con vuestra ayuda intentaré levantar el rancho; prometo que no os va a faltar un plato sobre la mesa. —Su mirada recayó en Reed. El resto de los hombres se rieron—. Y prometo que pondré todo mi empeño en que esta mala situación se revierta lo antes posible, pero aun así debéis ser conscientes de la realidad.

Los hombres asintieron cabizbajos, sin mediar palabra recogieron sus respectivos sombreros que descansaban a su lado, sobre la mesa, y uno a uno fueron saliendo de la cocina. El silencio solo se rompió cuando la puerta principal se abrió y Rebecca gritó:

—¡Papá, ya estoy en casa!

CAPÍTULO 3

El avión aterrizó a la hora prevista en el aeropuerto de Denver. Grace intentó deshacer el nudo que la atenazaba en la garganta y le llegaba hasta el estómago. Llevaba sin comer decentemente varias horas y no había cerrado los ojos ni un solo segundo desde la llamada de Cooper.

Donatella le había ayudado a hacer la maleta en un tiempo récord y en menos de lo previsto tenía el equipaje preparado. No pensó en nada que no fuera su padre, no estaba segura de llegar al sepelio y eso la consumía por dentro.

Explicar a su jefe que debía ausentarse al menos una semana y no avanzar en el caso Dexter había sido toda una odisea, pero al final, Robert Kessler había entrado en razón después de prometerle que Donatella, en su ausencia, iría recabando información y ella estaría colgada literalmente del teléfono para no perder ni un solo segundo.

Volvió al presente y la sensación de ahogo se hizo más acusada. De haber tenido algo en el estómago, lo habría vomitado. No se podía creer que no volvería a ver a su padre con vida nunca más. Tenía la impresión de que las agujas del reloj se habían detenido tras la llamada de Cooper. De lo que estaba totalmente segura era de que su mundo se había paralizado y el de los demás, por el contrario, parecía seguir avanzando ajena a su dolor.

Pensó en lo que se solía decir que, tras la muerte de un ser querido, los recuerdos te invaden. Era totalmente cierto. Se descubrió a sí misma volando sobre un columpio mientras su padre la empujaba con fuerza para que pudiese alcanzar las nubes, y así olvidase, aunque fuera por unos instantes, de que su madre les había abandonado para buscar una nueva vida lejos del rancho.

«Eres lo más importante de mi vida, Grace Morales, recuérdalo siempre».

El piloto habló por última vez a través de megafonía dándoles las gracias por viajar y confiar en una archiconocida línea aérea. Ella no pudo moverse de su asiento, simplemente se limitó a respirar. Las lágrimas y un dolor que amenazaba en partirla en dos le impedían realizar ningún movimiento.

—¿Se encuentra bien? —preguntó una de las azafatas.

Grace se limpió el rastro de lágrimas con la palma de la mano mientras asentía.

—¿Puedo hacer algo para ayudarla? —insistió de nuevo la azafata mientras se hacía un lado para que otro de los pasajeros pudiera cruzar el angosto pasillo que atravesaba de un extremo a otro el avión.

—Ojalá —fue la respuesta de Grace mientras hacía un esfuerzo titánico para levantarse, imitando al resto de los pasajeros que ya salían del aparato.

La azafata la observó sin comprender.

—Gracias, muchas gracias. Ha sido usted muy amable —se despidió. Y no volvió a mirar hacia atrás. Simplemente se dejó llevar por el trasiego de pasajeros; fue sencillo, era lo que llevaba haciendo las últimas horas.

La maleta le pesaba, pero ignoró el dolor en el hombro y continuó avanzando por la terminal. Se sumergió en la marea de viajeros y maletas que la envolvían. No buscaba a nadie en concreto porque la persona que más necesitaba ver en ese instante ya no se encontraba en el mundo de los vivos.

Escuchó su nombre a lo lejos, sin embargo, no se detuvo. Alguien volvió a llamarla y le dio alcance.

—Grace...

Fue entonces cuando se detuvo y observó al hombre que tenía ante sí.

—¡Jake!

Soltó la maleta y se aferró a él con fuerza.

—¡Dios mío, Jake! ¡No puede ser! Dime que todo es un malentendido.

Percibió la mano de él sobre su cabeza mientras ella se perdía en el abrazo.

Jake era como un hijo para su padre. El hijo varón que siempre había deseado tener. Ambos se cuidaban y, a la vez, se desvelaban por ella.

—Lo siento tanto, Grace... No pude hacer nada.

La voz de él sonaba quebrada. Se separaron mientras un silencio cómodo volvía a instalarse entre ellos.

Grace le creyó. Estaba más delgado y las profundas ojeras que hundían sus ojos eran la evidencia del sufrimiento padecido en las últimas horas. Ella debía tener el mismo aspecto o incluso mucho peor.

—¡Cuánto me alegro de que estés aquí!

—Es lo mínimo que podía hacer.

Ella se separó lo suficiente para mirarlo a los ojos.

—¿Por qué nadie me contó lo que estaba ocurriendo?

Jake la soltó y cambió el peso del cuerpo de una pierna a otra, se recolocó el sombrero con gesto nervioso.

—Ya le conocías; no era un hombre que quisiera dar lástima. —Alargó la mano y le acarició el antebrazo—. Yo no he sabido lo de su empeoramiento

hasta las dos últimas semanas; solo Cooper estaba al tanto de lo que sucedía.

El nombre del Cooper la atravesó como un rayo la columna vertebral.

—Él podía haberme llamado y ponerme al corriente —protestó tensa al percatarse de que el dueño del rancho parecía tener más derechos que ella—. Yo soy su hija, incluso tú tenías más derecho que él a saberlo. —Tragó saliva, pero tenía la garganta como una lija—. Le queríamos más que a nada en el mundo.

La voz de megafonía, en diferentes idiomas, sonó con fuerza por los altavoces anunciando los siguientes vuelos. Algunos de los pasajeros que pululaban por la terminal se les quedaron mirando con cierta cautela. Sus ojos estaban velados por las lágrimas y sus palabras brotaban quebradas de su boca.

Jake, dándose cuenta de lo que estaba ocurriendo, enhebró su brazo en el de ella.

—Vámonos.

—No tenías por qué haber recorrido esta distancia, habría podido alquilar un coche.

Jake ignoró la queja, cogió la maleta con la mano libre y tiró al mismo tiempo de esta y de Grace mezclándose con la marea humana hacia la próxima salida del aeropuerto.

Cooper había estado a punto de ser él quien fuera a buscar a Grace, pero una reunión de última hora se lo había impedido.

Jake aún recordaba su rostro pétreo y tenso cuando fue hablar con él al establo.

—Necesito que me hagas un favor —le había dicho de forma tajante, como él solía mostrarse cuando algo le preocupaba.

Él soltó las bridas de *Tempestad*, una yegua tranquila a pesar de su nombre. Antes de introducirla en el espacio donde estaban los comederos, se giró un segundo y lo observó atentamente.

—Tú dirás.

—Necesito que Grace se sienta a gusto durante su estancia.

—Eso está hecho, jefe.

Cooper, sin pronunciar una palabra más, volvió sobre sus pasos, pero a medio camino, como si de pronto algo le viniese a la mente, se detuvo.

—No repares en gastos. Compra lo que haga falta y dale todo lo que necesite.

Jake solo pudo advertir la espalda rígida de su jefe cuando pronunció esa última frase. Después, sin más preámbulos, Cooper se alejó, como un alma solitaria en dirección a la casa grande.

Más de doscientos kilómetros separaban Denver de Aspen.

Llevaban casi una hora de trayecto y Grace no dejó de mirar ni un solo segundo el paisaje a través de la ventanilla del copiloto; cerró en alguna ocasión los ojos, cansada y agotada como estaba, pero, a los pocos segundos, los abrió inmediatamente porque la imagen de su padre volvía a ella una y otra vez, como si fuese un relampagueo constante que no le permitiese concentrarse en ninguna otra cosa más.

Así que desistió de la idea de descansar, al menos unos minutos, y centró toda su atención a lo que ocurría tras el cristal de la ventanilla.

Tenía que reconocer que había echado de menos esa tierra de tonos ocres y su piedra de arenisca roja. Amaba cada rincón, cada árbol, cada detalle del paisaje que se abría ante sí. Las montañas nevadas estaban llenas de vida, su color parecía intensificarse aún más si cabía con la llegada de la primavera.

«Todo y nada cambia al mismo tiempo», pensó mientras permitía que imágenes del pasado se mezclasen con las del presente.

Sabía que los altísimos álamos seguirían alineándose en la ribera del río, dando paso a las largas y angostas sombras en la orilla del mismo y volvería a escuchar, como era costumbre, el trino de las aves autóctonas, como cada mañana al amanecer. Era parte de la belleza de aquel lugar, de esa parte del mundo que la había visto nacer.

Aspen, como casi todas las ciudades de Colorado, tenía su propia historia, aunque ahora en el presente fuese una cartera de viviendas de lujo de alto *standing*, de inmensos ranchos perdidos en sus extensas mesetas, o un lugar idílico para practicar esquí o deportes de invierno. Recordó el por qué Aspen fue bautizada con ese nombre. Su explicación no era otra que la abundancia de álamos que existían en la época en que llegaron los colonos; en inglés, *aspen* significa álamo.

Su padre le había repetido esa historia cientos de veces a lo largo de su infancia, al igual que las anécdotas y desventuras de los mineros que se instalaron a finales del siglo diecinueve, en pleno apogeo de la industria, con la idea de hallar una veta de plata que pudiese dar un giro radical a su dura vida.

Nadie podía reprocharles nada. Se trataba de sobrevivir, como ella estaba intentando hacer ahora.

—No es justo.

Jake, con las manos sobre el volante, dejó de mirar al frente para prestar atención a la mujer que viajaba a su lado. Se la veía agotada. Su pelo, oscuro como el carbón, estaba suelto, lo que le impedía ver con claridad su rostro, pero él la conocía demasiado bien. Se habían criado juntos y sabía con toda seguridad cuándo Grace Morales estaba desfallecida.

—No, no lo es—dijo Jake volviendo los ojos a la carretera—, pero la vida es así, te da y te quita lo que tienes en milésimas de segundos.

Por primera vez desde que habían subido al coche, Grace lo miró.

—Trabajó duro para que yo pudiera tener un porvenir. Pero, dime, ¿de qué sirve un futuro si él no puede verlo?

Jake no encontró respuesta para esa pregunta.

Era el mayor de cuatro hermanos y llevaba trabajando en el rancho desde que era un niño. Su madre, sin un céntimo en el bolsillo, había muerto de una infección respiratoria cuando él contaba con diez años y su padre, para desgracia de la familia, se había pasado la mayor parte de su vida ebrio.

Los servicios sociales se habían hecho cargo de sus hermanos y de él cuando un buen día su padre decidió que el alcohol era más importante que el bienestar de sus propios hijos. No habían vuelto a saber nada de su progenitor. Si era completamente sincero consigo mismo, que no le preocupaba en absoluto. Tampoco había tenido noticias de sus hermanos en el transcurso de estos últimos años; eso le inquietaba aún mucho más. Todos habían sido dados en adopción excepto él.

El día que se despidió de sus hermanos en la puerta del orfanato; con una rabia difícil de comprender para un niño de su edad, corrió como alma que lleva al diablo a ninguna parte. Corrió sin mirar atrás y a trompicones, evitando los montículos y rocas que encontraba a su paso, intentado, al mismo tiempo, dejar fluir esa opresión en el pecho; así que sus piernas volaron sin extenuación hasta que pensó que los pulmones y el corazón le reventarían en el pecho; solo se detuvo cuando una enorme masa de agua apareció ante sus ojos.

Fue Leonardo Morales quien le encontró llorando junto al manantial del rancho B.C. Recordaba ese día como el mejor de su existencia porque solo a partir de entonces, todos sus problemas se disiparon. No le faltó un plato de comida en la mesa, ni el cariño que le prodigaban tanto el capataz como los demás peones. Allí conoció a Grace. Era una niña delgada y desgarbada, nada que ver con la hermosa mujer que era ahora. Solía jugar y hablar con sus muñecas cerca del vallado que delimitaba el corral, donde galopaban los caballos en semi libertad.

Jamás supo lo que Leonardo dijo a la asistente social para convencerla de que el rancho sería un lugar apropiado para un niño que aún no había cumplido los once años, pero debió ser del todo convincente porque su diatriba e insistencia dio su fruto.

Leonardo, junto a Ringo, habían sido sus protectores, una especie de padres para Cooper y él. Después llegaron Nate y Reed.

Pensó de nuevo en la pregunta de Grace.

—Una vez le pregunté algo parecido.

Sonrió al comprobar que había captado la atención de Grace.

—Un día, al poco de instalarme en el rancho, le pregunté a tu padre por qué Dios le había dado cuatro hijos a mi madre si Él sabía que no podía verlos crecer.

—¿Y qué respondió?

—Su respuesta fue que el destino está escrito y nada ni nadie puede cambiarlo. —Ella se quedó mirándolo llena de perplejidad—. Me dijo que algún día mis hermanos y yo seríamos importantes para alguien, que cambiaríamos la vida de muchas personas a lo largo de nuestra existencia.

Grace le dedicó una enorme sonrisa.

—Creía en el destino más que en cualquier cosa en el mundo.

—Sí.

—¿Y tú, Jake Langdon, ya has cambiado la vida de alguien?

Ella enarcó las cejas al ver que Jake se ruborizaba.

—Ajá. Te pillé. ¿Quién es ella?

Grace lo vio aferrarse con fuerza al volante y moverse inquieto en el asiento.

Al ver que tardaba en responder volvió a insistir.

—¿Jake?

—Eres una metomentodo, ¿lo sabías?

—Claro que sí. Me considero tu hermana pequeña, y como tal, una de mis mayores obligaciones es preocuparme por ti.

Jake se rio a medias. Grace supo que a él le gustaba que ella le considerase su protector, su hermano mayor. Conocía la historia de Jake, y al igual que la suya, no había sido nada fácil. Aquel endeble muchacho se había convertido en un atractivo hombre alto, de ojos oscuros como dos pozos sin fondo y tez morena, seguramente a causa de su trabajo al aire libre.

—Amber —dijo él al fin.

Ella abrió los ojos hasta su máxima expresión.

—¿Nuestra Amber? —inquirió en voz alta Grace sin poder creérselo—.

¿Estamos hablando de la hija de Ringo?

Jake se llevó la palma de la mano a la frente y arrastró las perladas gotas de sudor que ya brillaban en su piel.

—La misma que viste y calza.

Grace no reprimió una sonora y burbujeante carcajada.

Amber era hija de Ringo, un mejicano rudo y cabezota, el hombre que adiestraba y se ocupaba de los caballos en el rancho. María, la esposa de Ringo y madre de Amber, había fallecido años antes a causa de un ictus cerebral. Era la cocinera y la mujer más maravillosa que Grace hubiese conocido jamás. Había lamentado mucho su muerte.

—¿Lo sabe Ringo?

Una sonrisa afloró a la boca de Jake. Se alegraba de que Grace olvidase por unos instantes del dolor que arraigaba dentro de ella, aunque tuviese que ser él su motivo de distracción.

—Aún no, y te agradecería que tú no se lo comentases.

Grace juntó las yemas de los dedos índice y pulgar, luego se los llevó a la comisura de los labios y los deslizó sobre ellos, emulando que cerraba una cremallera.

—Mi boca está sellada, pero no te envidio el rato que vas a pasar cuando se entere.

—No quiero ni imaginarlo —le lanzó una mirada indulgente.

Amber era la menor de los tres. Cuando Jake llegó al Rancho; ella debía tener alrededor de seis años y Amber, aproximadamente, tres. Eran tres almas rezagadas, como perdidas en la nada.

A pesar de las largas y arduas tareas que tenía Jake en el rancho, siempre, a lo largo del día, encontraba un hueco para compartir tiempo con las dos niñas, aunque la relación más estrecha siempre había sido con Grace; sobre todo si se trataba de bañarse y zambullirse en el lago durante los interminables y calurosos días estivales. Pero un buen día, de la noche a la mañana, Jake creció y dejó sus juegos infantiles para convertirse en un adolescente.

Aún no tenían edad suficiente para percatarse del cambio, o era posible que aún siguieran teniéndose la una a la otra y eso evitaba que pudieran echar demasiado de menos al Jake niño. Él parecía estar siempre ahí, nunca desaparecía del todo.

—No me lo puedo creer. Amber y tú. ¿Cómo ocurrió?

Jake calculó que quedaban unos tres cuartos de hora antes de llegar al rancho, tiempo más que suficiente para poner al día a Grace.

—¿Sabes que Amber ha abierto una tienda en Aspen?

El brillo de los ojos de Grace se desvaneció dando paso, de nuevo, a un velo de tristeza.

—Sí. Mi padre me lo comentó la última vez que hablamos por teléfono. De antigüedades, según me dijo.

Jake soltó por unos segundos la mano del volante y se limpió el rastro de sudor de la palma de la mano por la tela de sus *jeans*. Las temperaturas, en esa época del año, iban en aumento, aunque seguían siendo aún muy frescas a primera y última hora del día.

—Así es. Un buen día me pidió ayuda para pintar el local y colocar unas estanterías, imagino que ese momento llevó a otro y así sucesivamente.

Grace entornó los ojos.

—De verdad, Jake Langdon, eres soso hasta decir basta, describiendo un encuentro romántico.

—Eso lo dejo para las mujeres —fue la respuesta de él—. Solo puedo decirte, Grace, que estoy enamorado. Loco por ella.

La sonrisa que se dibujó en los labios de Grace se convirtió en una carcajada.

—Me alegro mucho por vosotros.

—Gracias.

Él sonrió de una forma peculiar, de la única manera que un hombre solía mostrar sus verdaderos sentimientos.

Era cierto, se alegraba y mucho por ambos. Dentro de unos días iría a visitar a Amber. Ella sería más explícita; de eso estaba segura.

«El destino puede ser de lo más caprichoso», pensó mientras volvía a posar la mirada en el paisaje que la rodeaba. Sus dos mejores amigos juntos, enamorados. Era difícil de asimilar, pero al mismo tiempo emocionante.

Muy pronto llegarían al rancho y una vez allí, debía enfrentarse a la cruda realidad. Su padre no estaría para recibirla. Se había ido para siempre; la sola idea hizo que su corazón se quebrase de nuevo. Eran demasiados los fragmentos que debía unir para poder volver a sentir de nuevo.

Suspiró y se estremeció, a pesar de los tenues rayos de sol que entraban de forma oblicua por la ventanilla del coche.

Ya nada sería igual. Su vida ya no sería la misma.

Todo había cambiado. Un giro de ciento ochenta grados.

Pensó en Cooper y eso la incomodó.

CAPÍTULO 4

El coche frenó en la puerta principal de la casa grande. Jake observó en silencio a la mujer que viajaba a su lado, y, sin poder evitarlo, sintió lástima por ella; no estaba preparada para enfrentarse al brusco cambio que se había producido en su vida.

Al menos ellos, los hombres del rancho, habían tenido algunos días más para hacerse a la idea de que Leonardo los dejaba y, esta vez, para siempre. Pero Grace no.

—¿Estás bien?

Jake, nada más pronunciar esas palabras, se arrepintió. Pero una sonrisa ladeada por parte de ella le hizo sentirse menos culpable.

—Creo que no lo estaré en mucho en tiempo, pero aun así, gracias por preocuparte por mí.

—Es lo menos que puedo hacer por ti —dijo él acercándose lo suficiente para depositar un tenue y cariñoso beso sobre la sien de ella.

Observó a través del parabrisas la magnífica propiedad que se levantaba ante ella. Era espectacular; siempre lo había sido, y tenía la sensación que no pasaba el tiempo por la magnífica casa de madera de tres niveles que de forma majestuosa se elevaba ante sí.

Grace hizo acopio de valor antes de abrir la puerta del coche.

La espectacular finca, conocida por todos los lugareños como Rancho B.C., se encontraba en un lugar idílico a una distancia prudencial de Aspen. Ella conocía bien la propiedad y sabía que estaba rodeada de bosques, prados y hasta un precioso lago alimentado por un manantial, donde ella, Jake y Amber habían jugado y disfrutado de sus aguas cuando no eran más que unos mocosos. Tenía que reconocer, ahora que estaba allí, que había echado de menos cada metro cuadrado de aquel bello e inmenso espacio que se abría ante ella.

Se preguntó cómo había podido alejarse tanto tiempo de ese idílico paraíso.

Seguramente el rancho B.C tendría, hoy en día, un valor astronómico en el mercado inmobiliario.

—Cooper quiere que te hospedes en la casa grande.

Grace dejó a un lado el bello paisaje para centrarse en la figura de Jake.

—Prefiero quedarme en los barracones, a ser posible el que ocupaba mi padre.

Jake resopló y se frotó la nuca. Parecía decepcionado y tenía aspecto de cansado, sin embargo, ella supo que no era por haber conducido doscientos kilómetros.

—Verás, Grace... —miró incómodo hacia el suelo y luego raspó la tierra con la suela de la bota—, las órdenes de Cooper han sido muy precisas...

Grace, si no lo conociera bien, pensaría que Jake estaba preocupado por su decisión. De pronto, lo entendió.

—Tú eres ahora el nuevo capataz.

No era una pregunta.

Jake, algo azorado, levantó los ojos del suelo y asintió.

—Y no quieres decepcionarlo.

—Grace...

Ella acortó la pequeña distancia que los separaba y le acarició el brazo, como lo haría con un hermano.

—Te comprendo perfectamente. —Se esforzó por intentar parecer calmada, aunque el dolor que sentía en el pecho pesaba ya demasiado—. Acataré la orden de Cooper, después hablaré con él y le dejaré claro cuál es mi decisión al respecto.

Jake respiró aliviado.

—Te lo agradezco, Grace.

Ella se esforzó por sonreír.

Era consciente que no iba a ver a su padre nunca más. Sabía que el funeral se había celebrado horas antes; así se lo había explicado Cooper por teléfono.

—Me habría gustado despedirme de él.

Su mirada se volvió a perder en la distancia.

Jake mantuvo silencio, odiaba mentir a Grace, pero, decidió que no era un tema para tratar ahora.

Leonardo había pedido expresamente que lo enterrasen antes de que Grace llegase al rancho. Eso era algo que él podía corroborar, había sido testigo de aquel último deseo. El viejo capataz, muy débil ya por la enfermedad, le había arrancado la promesa a Cooper.

Jake recordaba cómo los ojos de Cooper se habían reducido a ranuras ante la petición su capataz, tardó varios segundos en darle una respuesta, sin embargo, ante la insistencia del enfermo, asintió y aceptó.

—Lo sé —dijo al fin Jake a Grace.

—¿Dónde está enterrado?

—En el alto.

Grace se giró, colocó una mano a modo de visera y observó la pequeña colina. Aquel era el lugar preferido de su padre. Siempre acudía allí a rezar y a hablar con los que ya se habían ido para siempre. Exhaló un pequeño suspiro al pensar que su padre ya se encontraba al lado de los suyos, de sus ancestros.

—Será mejor que entremos.

Grace lo obedeció como un autómatas, sin perder de vista el pequeño montículo.

—¿Qué habitación prefieres? —preguntó Jake entrando en la casa sin soltar el equipaje.

Ella se detuvo nada más poner los pies en el recibidor y no pudo evitar perderse en el interior de la inmensa casa. Estaba tal como la recordaba, los techos formaban una estructura de troncos y gruesos dinteles de madera junto con las paredes de textura rústica. Los enormes ventanales ofrecían una luz maravillosa y hacían del salón una estancia cálida y acogedora.

La enorme escalera de madera que daba acceso a la segunda planta no desentonaba en absoluto con el espacio sencillo y natural de la vivienda.

Las veces que había estado en la gran casa tenía la sensación de que entraba en otra dimensión, la de un bosque; solo los muebles, lámparas y decoración campestre, le hacían entrever que era una vivienda.

Hacía mucho tiempo que no ponía los pies en ella, sin embargo, todo seguía igual, como si el tiempo no hubiese dejado huella.

Los recuerdos la sacudieron con fuerza y tuvo que hacer un esfuerzo titánico para no desmoronarse, para no echarse a llorar. La mayor parte de su vida la había pasado entre los muros de ese rancho y los barracones.

Se sentía culpable, sus visitas al rancho habían sido cortas y esporádicas desde que terminó sus estudios universitarios. En las escasas ocasiones en las que había regresado se había alojado en los barracones, concretamente en el de su padre, que era el más espacioso, aunque austero, y se podía decir que tenía las mismas comodidades que las de su apartamento en Nueva York.

—Este es el despacho de Cooper.

Grace asintió. Era un despacho muy masculino y con solo una ojeada comprobó que estaba bien equipado, sin nada que envidiar a su propia oficina.

—Salón... —Jake siguió con su papel de agente inmobiliario y a Grace la divirtió la rapidez con la que pasaba de un espacio a otro—. Cuarto de la plancha y lavadora y secadora, baño y...

A medida que pasaba, Jake iba abriendo las puertas, pero lo hacía tan rápido que a Grace no le daba tiempo a reconocer ni el color de las paredes.

Ella recordaba perfectamente la distribución de la casa, no obstante, dejó que Jake siguiese inmerso en su papel. Parecía importante para él.

—La cocina está ahí. Lo recuerdas, ¿verdad? —preguntó Jake dejando su sombrero y el equipaje de Grace en el primer escalón de la escalera.

Grace no le contestó; se limitó a seguirlo por el amplio salón hasta llegar a la cocina.

—¿Ha pasado un huracán por aquí? —preguntó a modo divertido.

Un gesto de culpabilidad afloró en los labios de Jake.

—Lo siento. Reed y Nate han debido salir a toda prisa. Son ellos los que deben fregar los platos y tazas del desayuno, imagino que tengan una buena disculpa para este desaguisado.

—¿Os ocupáis vosotros de cocinar?

En el rostro de Jake se dibujó una mueca de desagrado.

—Amber suele venir un par de veces por semana, pero con la inauguración de la tienda, está muy ocupada y hace semanas que no se pasa por aquí.

Grace estudió el rostro de Jake.

—Comprendo, pero creo que Cooper debería contratar a alguien a tiempo completo. Este rancho es enorme —comentó sin dejar de mirar una mancha de la que no lograba determinar su origen.

Jake resopló con fuerza.

—Desde que te fuiste a la universidad han sucedido muchas cosas, Grace.

Jake le pasó el brazo por los hombros y la estrechó con suavidad.

—Sí, demasiadas cosas, unas mejores que otras. —Enarcó una ceja y a continuación soltó un respiro de lo más nostálgico.

Ella se dejó abrazar y recibió con agrado el reconfortante calor humano de Jake.

—Vamos, olvida este desastre. —La guio hasta la escalera, recuperó su equipaje y su sombrero y ambos subieron a la segunda planta.

El luminoso y largo pasillo daba acceso a cuatro habitaciones. Le gustó la claridad que se distribuía por esa zona gracias al tragaluz que se encontraba sobre ella.

Debía reconocer que hacía muchísimo tiempo, quizá desde que era una niña, que no ponía un pie en los dormitorios. Siempre había sido el área más privada de la vivienda.

—¿Cuál quieres?

—¿Cuál es la de Cooper? —preguntó echando un vistazo rápido a las habitaciones.

—La del fondo.

Ahí no se atrevió a mirar.

—¿Y la de Rebecca?

—Esta. —Señaló la primera a su izquierda.

No había la más mínima duda de que era la habitación de una adolescente. La cama tenía unas dimensiones considerables y estaba decorada por una colorida colcha juvenil, los posters de atractivos actores y sexys músicos empapelaban casi por completo una de las paredes. Tras un montón de libros abiertos, cuadernos, lápices y bolígrafos se escondía lo que parecía ser una mesa de estudio. Se fijó en el clásico desorden y pensó que aquel caos parecía ser el denominador común del rancho, pero se abstuvo de decir nada al respecto.

—Te aconsejo esta habitación, ¿la recuerdas? Tiene un baño enorme y la bañera con patas es impresionante.

—¡Está al lado de la de Cooper! —protestó alarmada sin poder evitar fijarse en la inmensa cama de dos por dos situada en el centro de la habitación.

—¿Y?

Ella no supo qué responder en ese momento. Observó las puertas de la habitación como si se tratasen de las del mismísimo infierno.

—Esta estará bien. —Señaló la habitación que estaba frente a la de Rebecca.

—Esta habitación tiene un aseo más bien pequeño, no tiene bañera sino ducha y una cama, a mi modo de ver, diminuta. Era la de Becca.

A Grace le gustó cómo sonaba el diminutivo de Rebecca en labios de Jake.

—Es perfecta.

—Hay otro dormitorio más, deberías verlo.

—No, no es necesario. Esta es perfecta —respondió sin dar tiempo a que Jake se moviese del lugar que se encontraba.

—¿Estás segura? —insistió él, como si así pudiera hacerla cambiar de opinión.

Ella asintió.

—Está bien —claudicó. Entró en la habitación y dejó el equipaje de Grace al lado de los pies de la cama.

—Que sepas que yo habría elegido la otra habitación, la de la cama más grande —se burló Jake, a la vez que le acariciaba con el dedo índice la nariz.

—No me cabe la más mínima duda de ello.

Jake sonrió abiertamente.

—Tengo que volver. Los caballos necesitan comer. ¿Estarás bien?

—Lo voy a intentar con todas mis fuerzas.

Jake se acercó a ella y la envolvió con sus enormes brazos, un abrazo de oso, como ella solía definirlo.

—Me gustan estos abrazos.

—A mí también.

Jake depositó un suave fraternal beso en la mejilla de Grace.

—Me alegro de que estés aquí.

—Yo también.

«Al menos de momento», pensó ella.

Se colocó el sombrero en la cabeza y se lo ajustó.

—Debo dejarte.

—Lo sé.

—Cualquier cosa...

—También lo sé.

—Bienvenida al B.C., Grace. Estás en tu casa.

—Eso parece. —Ni ella misma se convenció de sus palabras.

—Amber está deseando verte.

Grace observó cómo los ojos de Jake se iluminaban con solo pronunciar el nombre de su amiga.

—Y yo a ella. Intentaré pasarme un día de estos por Aspen.

—Grace...

Ella no dijo nada, se limitó a mirarlo directamente a los ojos.

—No tengas prisa, tómate tu tiempo —carraspeó—. Hay cicatrices más profundas que otras.

Y dicho esto, Jake salió de la habitación como una exhalación, sin volver a mirar atrás.

Cooper miró de un lado para otro la pequeña sala en la que estaban concentrados la mayoría de los ganaderos de la zona. Las paredes estaban decoradas de fotografías que publicitaban los rodeos de los años anteriores.

Disfrutaba lo máximo de esos torneos. Allí se demostraba la habilidad y destreza de un hombre de las diferentes disciplinas del rodeo, que podían ir desde montar a pelo un potro salvaje o un toro a derribar a un novillo con un peso muy superior, tres o cinco veces más que el del concursante. La velocidad

también era importante en la ejecución, casi de vértigo, ya que se debía intentar lanzar las patas del animal tan rápido que generalmente dejaba pasmado al público que disfrutaba del increíble espectáculo desde las gradas.

Siempre que podía, él participaba, aunque este año lo veía improbable. Las circunstancias económicas del rancho y su desbarajuste personal no eran los más propicios para pisar la arena del ruedo.

En un extremo de la sala distinguió a Ringo que hablaba con uno de los muchachos de Morris, dueño de uno de los ranchos más grandes de la zona exceptuando el de Wolf y el suyo propio.

Se acercó a una de las mesas donde se encontraban los refrescos y el agua, cogió un vaso de tubo, echó un par de hielos, y, a continuación, vertió una Coca-Cola. Le habría gustado beber algo más fuerte, pero debía tener la cabeza fría y despejada para tratar varios temas que tenía en mente.

Las diferentes conversaciones se convirtieron, de pronto, en un murmullo de tonos altos y bajos al que a los pocos segundos dejó de prestar atención. Bebió un trago de su bebida y su garganta seca se lo agradeció en el acto. Sin percatarse siquiera, un pensamiento se le coló por la retaguardia: Grace.

Se imaginó que ya habría llegado al rancho. Para corroborarlo observó su reloj y llegó a la conclusión de que Grace ya debía estar instalada en el B.C.

No le cabía la más mínima duda de que protestaría por tener que hospedarse en la casa grande, estaba seguro de ello. Con respecto a ella tenía deseos encontrados y eso le inquietaba. Grace era tabú para él.

Había hecho una promesa a Leonardo e iba a cumplirla, costase lo que costase.

La voz de Ringo lo sacó de sus pensamientos.

—Ya están casi todos.

—¿Casi?

—Falta Wolf, pero por la hora que es, suponemos que ya no vendrá.

Cooper dejó el vaso sobre la mesa y calibró la situación que tenía ante sí. Wolf era uno de los hombres más importantes e influyentes de la zona, pero también el mayor cabrón que hubiese pisado tierra. No se fiaba. Deseaba el B.C. a toda costa, le había hecho varias ofertas por el rancho y Cooper las había rechazado todas. Emitió un sonido de fastidio, odiaba pensar que algún día Wolf tuviese lo que tanto deseaba.

—Será mejor que nos acerquemos al tumulto —le sugirió Ringo—. Al parecer, Morris tiene mucho que decir.

—Tengo la impresión de que tu conversación con su capataz ha dado mucho

de sí.

—Ni te lo imaginas.

Escucharon con atención el discurso de Morris. Al parecer la sequía y la subida de impuestos no afectaba solo a Cooper, había más ranchos aquejados por la crisis y el torneo de ese año bien podría no celebrarse.

Walker se acercó a Cooper. Tanto Morris, dueño de un rancho colindante al B.C, como Walter poseían extensos terrenos en Colorado.

—Siento muchísimo lo de Leonardo—le dijo Walter palmeando su espalda—. Era un gran hombre.

Cooper se mostró afable.

—Gracias.

—¿Será Ringo tu nuevo capataz? —El que había hablado era Tucker, un hombre orondo que tenía por costumbre llevar siempre un puro cubano entre los labios.

Ringo a su lado no mostró ningún tipo de reacción.

—No. Lo será Jake. Ringo es demasiado bueno con los caballos y le necesito ahí, en su puesto.

Tanto Walker como Tucker parecieron estar de acuerdo y ambos asintieron convencidos.

—Jake es demasiado joven, pero Leonardo le enseñó bien. —Morris, acompañado por algunos de sus hombres, acertó distancia; la sala donde se había celebrado la reunión estaba casi vacía, los demás se encontraban en el exterior o se habían puesto ya en marcha a sus respectivos ranchos—. El tiempo es un maestro paciente. No tendrás problemas.

Cooper comprendió de inmediato la metáfora de Morris, acto seguido, se colocó el sombrero. Había sido Leonardo quien le había pedido encarecidamente que fuese Jake el nuevo capataz. Ringo había estado presente en la conversación a tres bandas y se había mostrado de acuerdo en todo momento. Su capataz había sido un gran estratega. Si habría estado en el ejército, Cooper estaba del todo seguro de que hubiese llegado a ser un excelente general.

—¿Podrás participar en el torneo de este año?

La pregunta de Morris no alteró en absoluto a Cooper.

—No lo creo.

Morris pareció comprender. Todos parecían estar al corriente de la situación económica del B.C.

—¿Podemos hacer algo al respecto? —preguntó Walker.

—¿Podéis bajar los impuestos o el precio del pienso?

Los presentes rieron ante la pregunta de Cooper.

—Somos conscientes del precio del pienso, Cooper —comentó Tucker—, pero también estamos al tanto de la pérdida de muchas de tus reses. ¿Hay algo que quieras comentar al respecto?

Cooper sostuvo la mirada a Tucker durante unos segundos, la tensión se podía cortar con un cuchillo.

—¿Referente a qué, Tucker?

El aludido agarró con fuerza su puro entre los dedos antes de responder.

—Se comenta que tus reses podrían estar infectadas.

Cooper sintió el impulso de enterrar el puño contra la mandíbula de ese idiota de Tucker, pero por supuesto no lo hizo.

—Eso es ridículo. ¿Crees todo lo que te dicen por ahí, Tucker? Pensé que eras un hombre con más criterio.

—Señores, no queremos que la sangre llegue al río, ¿verdad? —preguntó Morris intentando poner un poco de paz en aquella tensa conversación.

—Solo me limito a repetir lo que otros dicen.

Cooper tensó todos los músculos de su mandíbula ante las palabras de Tucker.

—Ha sido un invierno duro —intervino Ringo antes de que Cooper cometiera una estupidez.

—Duro para todos, yo también he perdido varias decenas de reses —dijo Walker apesadumbrado—, algunas se han despeñado y otras...

—Te las han robado para hacerlas bistec.

La afirmación de Cooper hizo que los allí presentes se pusieran a la defensiva. No era solo una idea estrambótica que se le había metido a Cooper entre ceja y ceja, no tenía pruebas concluyentes, pero lo que sí tenía claro es que las reses no se volatilizaban.

—Señores, tenemos que irnos —anunció Morris.

Todos parecieron estar de acuerdo.

—Estaremos en contacto. Lástima que Wolf no haya podido acudir —señaló Tucker dejando que el humo de su puro se escapara de su boca.

Cooper no dijo nada al respecto. Wolf no era un buen tipo y su ausencia solo hacía corroborar su teoría.

—Sí. Una verdadera lástima.

Morris reconoció de inmediato el tono beligerante de Cooper, pero no se pronunció al respecto. Leonardo conocía bien a sus hombres y, si de algo estaba seguro, es que no debía subestimar la intuición de Cooper.

Morris, con una cuidadosa maniobra, apartó a Cooper del resto.

—¿Has hablado con el *sheriff*?

La pregunta de Morris no le pilló por sorpresa a Cooper.

—Sí, pero mis palabras cayeron en saco roto. No tengo pruebas.

—Y, ¿Leonardo las tenía?

—¿Por qué piensas eso? —inquirió Cooper con voz cortante.

—No lo sé, Cooper. —Morris se rascó con la yema de los dedos su barba incipiente—. La última vez que hablamos me pareció que Leonardo sabía algo sobre el asunto, pero si te digo la verdad, no puedo estar seguro. Ese hombre era muy reservado con respecto a todo.

Cooper se quitó el sombrero y se pasó la mano por el pelo con una frustración más que evidente.

—Sí, Morris, es muy posible que puedas estar equivocado —dijo sin más.

Si de algo estaba seguro era de que Leonardo jamás le ocultaría nada con respecto al rancho.

Capítulo 5

Grace salió de la casa con el corazón en un puño.

Los gráciles rayos de sol intentaron hacerse un hueco entre las plumizas nubes que lo cubrían, pero no lo consiguieron. La temperatura a finales de abril era aún baja, pronto llegaría junio y aumentaría.

Se fijó en el maravilloso paisaje que la rodeaba, no había cambiado nada desde su marcha, es más, parecía mantener esa calma y sosiego que lo caracterizaba; ahora que lo veía, reconocía que lo había echado de menos. En Nueva York no existía nada parecido, los rascacielos grises eran verdaderas moles de cemento que cautivaban al hombre de ciudad. En el fondo era una selva gris y bulliciosa que nunca dormía, sin embargo, la belleza no estaba en las luces de neón, estaba allí, en los extensos campos que se abrían ante ella. ¿De dónde había salido esa reflexión? Decidió no buscar una respuesta, lo mejor sería aligerar el paso y no pensar en el frío que atravesaba su abrigo.

La pequeña colina no quedaba lejos y a su paso tardaría, al menos unos diez minutos en llegar, tiempo más que suficiente para recordar el tumulto de los últimos acontecimientos.

Lo echaba tanto de manos que le dolía el alma. En cada rincón de aquel rancho, en cada detalle, estaba su padre.

El gélido viento revolvió ligeramente su cabello y ella, como si fuera un gesto innato, retiró un mechón detrás de la oreja. Se ciñó el abrigo con fuerza alrededor de su cuerpo. El soplo helado traía consigo también los recuerdos.

«No entiendo nada, papá. Debería haber estado contigo» dijo para sí mientras avanzaba a buen ritmo. Se encontraba desubicada; tenía la extraña sensación de estar dentro de una pesadilla y no poder despertar.

Hizo un último esfuerzo ante la suave pendiente y allí se encontró, ante ella, una pequeña y sencilla cruz de madera, símbolo inequívoco de que había hallado lo que había ido a buscar: la tumba de su padre.

En la cruz rezaba:

«Aquí descansa un buen hombre, querido por todos,
aquí yace para la eternidad Leonardo Morales».

Grace movió la cabeza negativamente.

«No, no puede ser» se dijo así misma. Allí no podía estar su padre, pero la realidad la golpeó con más fuerza de lo que hubiese deseado.

Había restos de nieve, pequeños neveros dispersos. Las flores que decoraban la tumba aún estaban frescas. Cerca del montículo de tierra los pétalos de algunas de ellas alfombraban buena parte de la sepultura y la sombra de un imponente álamo se erguía como custodio del alma de Leonardo.

Plantar el álamo había sido idea de su padre cuando no era más que una niña. Le solía contar que los espíritus, a través de las hojas de los árboles, lograban comunicarse con los humanos; como si fuese premonitorio, el viento silbó a través de las ramas del árbol, creando una melodía primitiva y única. Algo en su interior terminó por romperse; se dejó caer de rodillas y lloró sin consuelo.

Por fin había llegado a casa.

—Jake, ¿está Grace en casa?

El capataz, al ver la figura imponente de Cooper acercarse al establo, dejó de cepillar al caballo y el hermoso equino relinchó como protesta.

—La dejé en la casa grande. ¿Qué tal la reunión?

—No hemos sacado nada en claro, pero es importante que el rodeo se celebre. —Recorrió buena parte del establo con pasos fluidos y enérgicos—. Atrae a demasiados turistas y gente de la zona.

—Es una fuente importante de ingresos, Cooper.

—Soy consciente de ello. —Se mesó el pelo, intranquilo. Decidió no comentar nada respecto a la conversación que había mantenido con Morris—. Pero no depende solo de mí. La crisis está afectando a muchos ranchos. Los ganaderos, al igual que nosotros, se quejan de los impuestos y la subida del pienso. El invierno ha sido duro y ahora estamos pagando las consecuencias.

Jake comprendía esa situación a la que se refería Cooper, las pérdidas económicas en el condado estaban siendo catastróficas para algunos ranchos.

—¿Cómo está?

Jake no necesitaba que le diese un nombre para saber a quién estaba haciendo referencia su jefe.

—Peor de lo que deja entrever.

Cooper hundió un poco los hombros y exhaló un bufido.

En el establo había al menos seis caballos, uno de ellos de pura sangre, *Viento del Norte*, que en el mercado podría alcanzar una suma considerable, pero no lo vendería. Su mejor caballo, como había acordado con sus hombres, seguiría siendo un semental. Estaba pensando seriamente criar más caballos y adentrarse en ese mercado, sin embargo, era algo que aún no tenía decidido. Tendría que hacer números y estudiar bien los pros y los contras antes de tomar una decisión.

—¿El viaje sin sorpresas?

—Todo tranquilo.

—Bien —dijo cambiando el peso de un pie al otro.

Confiaba plenamente en Jake y sabía que este no le ocultaría nada. Quizá Leonardo viese en él algo que a muchos les hubiese pasado desapercibido, la lealtad. Razón para que le eligiese como su sucesor, aunque no dudaba de ninguno de sus hombres. Con el tiempo, todos ellos se habían convertido en una gran familia. Morris estaba equivocado, estaba seguro de que, si Leonardo hubiese sospechado algo, se lo habría comentado. No iba a permitir que la semilla de la duda fertilizase en su carácter.

—Le llevará un tiempo, Cooper.

—Soy consciente de ello.

Todos estaban intentando volver a una rutina diferente, la que nadie deseaba. Pero Leonardo era un peso de referencia y su ausencia dejaba un vacío inmenso para los hombres y el rancho; además había otro dilema y él era consciente, Grace no le era indiferente y mantenerla a su lado sin poder tocarla iba a ser un problema de proporciones gigantescas.

— ¿Algún problema a la hora de hospedarse en la casa? —preguntó intentando terminar de una vez por todas con esos pensamientos.

Jake sonrió y a Cooper no le pasó desapercibido el gesto.

—¿Y bien? —insistió.

—Quería quedarse en uno de los barracones; no fue fácil hacerle entender que tú deseabas otra cosa.

—Estará más cómoda en la casa grande.

—Ella no piensa lo mismo, pero esa batalla te la dejo a ti.

Cooper se pellizcó el puente de la nariz.

— No me lo va a poner fácil, ¿no es cierto?

La carcajada de Jake no se hizo esperar.

—Para nada —pudo decir al fin cuando dejó de reír.

Los ojos de Cooper se estrecharon.

—Lo mejor será que vaya a verla.

La comisura de la boca de Jake se elevó hasta convertirla en una media sonrisa.

—Buena suerte.

Al capataz no se le pasó por alto el gesto adusto de Cooper. Después retomó su tarea de cepillar al caballo, pero la risa no dejó de aflorar de sus labios.

Cooper iba a necesitar más que suerte para el enfrentamiento cuerpo a cuerpo con Grace Morales.

Percibió cierta paz en su interior y eso la reconfortó.

Las ramas del álamo seguían agitándose al ritmo que marcaba el viento y eso la hizo sentirse más arropada. Había llorado, vaciado su alma y, aunque no había encontrado respuesta a todas sus preguntas; al menos tenía la sensación de haber encontrado un poco de paz.

Ya nada podía hacer. Debía continuar con su día a día, a pesar del inmenso dolor que la ahogaba. Sería conveniente volver a Nueva York lo antes posible.

Se incorporó despacio, sin dejar de observar la tumba.

Allí descansaría su padre para la eternidad.

—Grace...

Oyó su nombre como en un susurro e inquieta observó a su alrededor.

Al verlo, se quedó sorprendida.

—Wolf...—dijo despacio, como si se estuviera haciendo a la idea de ver la imponente figura del ranchero.

Sam Wolf había sido, y hablaba en pasado, el mejor amigo de Cooper en la juventud. Imaginaba que la enemistad entre ellos seguiría igual porque por aquellos pastos pocas cosas cambiaban.

—Estás guapísima.

Ella permitió que el halago la acariciara durante unos segundos.

—Gracias, Wolf, pero no creo que hayas venido hasta aquí para adularme.

—Cierto. Han pasado muchos años desde la última vez que nos vimos. Tengo entendido que sigues viviendo en Nueva York.

—Así es. ¿Qué quieres, Wolf?

Grace no quería ser grosera, pero de alguna manera sabía que aquel encuentro no era una visita de cortesía.

—Imaginé que podría encontrarte aquí. He venido a darte el pésame, a decirte que siento muchísimo la muerte de tu padre.

Grace observó al ranchero con el *Telson* entre las manos. Lo giraba, como si estuviese nervioso, cosa que Grace dudaba. Ella se fijó en que el paso del tiempo había hecho de él un hombre más curtido, más atractivo si cabe. Varias vetas blancas pincelaban su pelo corto, oscuro. Sus ojos eran negros y transmitían una pizca de desconfianza. Era alto, pero no tanto como Cooper. Pero si algo recordaba Grace era que Wolf bailaba muy bien.

—Gracias —logró decir ella al fin.

—Era un buen hombre, uno de los mejores, diría yo.

Grace tuvo que hacer un esfuerzo por ahuyentar las lágrimas de sus ojos.

—Te agradezco tus palabras, Wolf.

— ¿Sabes?, le propuse infinidad de veces trabajar para mí. Nunca perdí la esperanza de que dijese que sí.

Grace meditó las palabras de Wolf. Su padre era un hombre que se guiaba por el honor, no por el dinero.

—Era fiel a los suyos.

El tono empleado resultó brusco hasta para sus oídos.

Wolf sonrió ante el comentario, dio un paso hacia adelante y una endeble rama crujió bajo sus pies.

—Sí. Eso es cierto.

Él arqueó la boca en una media sonrisa.

—Las cosas en el B.C. no van bien y pensé que él querría trabajar para mí. Le ofrecí un buen puesto en mi rancho, pero lo rechazó.

Ella abrió la boca, pero no salió ningún sonido.

«Las cosas en el B.C. no van bien».

—¿De qué hablas, Wolf?

El ranchero forzó una sonrisa.

—Veo que aún no te han puesto al día de la situación. Espero que lo hagan pronto.

Ella levantó la barbilla, su altivez no pasó desapercibida para su interlocutor.

—Imagino que eso lo descubrirás tarde o temprano. A no ser que Cooper decida ocultártelo.

Ella ignoró la punzada de dolor en su corazón. Cooper no le hablaría de los problemas del rancho, estaba casi segura de ello.

—Creo que esa es una decisión que incumbe solamente a Cooper, ¿no crees?

—Por supuesto —respondió Wolf mientras se calaba el sombrero en la

cabeza.

—¿Vienes para quedarte?

Ella no comprendió la pregunta. Tenía una vida en Nueva York, ¿por qué razón iba a quedarse en el rancho?

—No —respondió de forma taxativa.

—¿Has hablado ya con Cooper?

Ella iba a responder, pero su expresión adusta lo hizo por ella.

—Comprendo.

Grace lo miró sin entender una sola palabra.

—Te propongo lo mismo que ofrecí en su día a tu padre. Si decides quedarte, estaré encantado de ofrecerte un buen puesto en mi rancho.

—Y, dime, Wolf, ¿en qué consistiría ese puesto de trabajo?

—Según tengo entendido, trabajas en una de las empresas más importantes de Nueva York —repuso él con una sonrisa.

—Y, ¿por qué crees que iba a dejar mi puesto en la empresa para trabajar para ti?

—Podría duplicarte el sueldo.

A Grace se le secó la boca de repente.

Wolf siguió hablando:

—Piénsalo, ¿de acuerdo?

Ella se estremeció y, en respuesta, se rodeó el cuerpo con los brazos, como si así quisiera protegerse de algo que no llegaba a comprender. Entonces el viento rugió con más fuerza. El aire frío la envolvió, las ramas del álamo se agitaron y por primera vez, se sintió huérfana.

—Imagino que Cooper te hablará de la reunión que han mantenido hoy varios rancheros de la zona —continuó él—. Yo, en vez de asistir, preferí venir a verte.

Grace luchó por evitar una vez más las lágrimas.

Wolf aprovechó la incomodidad de la joven.

—Comparto tu dolor, Grace. Lo que te ofrezco es una gran oportunidad, un trabajo muy bien remunerado y un techo donde vivir. Mi casa de invitados sería tuya.

Grace no supo qué responder al respecto, era presa de un sinfín de emociones contradictorias.

—Supongo que es algo que tendrás que pensar despacio; no hay prisa, pero déjame decirte que la oferta no durará eternamente. Espero verte pronto por mis tierras.

Cooper observó las figuras recortadas de la pareja en lo alto de la colina. A esa distancia no podía escuchar la conversación y seguramente no podrían verlo a él, pero la comunicación entre ellos parecía muy amena, al menos eso fue lo que él pensó al observar la postura distendida de Wolf. De Grace solo podía ver su espalda y su cabello ondulando al viento.

Sintió deseos de rescatarla de aquel cabrón, pero la cuestión era si Grace quería ser rescatada.

«Grace no es tuya» pensó. La sensación de vacío se hizo más poderosa en su fuero interno y eso lo único que hizo fue enfurecerlo aún más.

Lo mejor sería volver a la casa grande. Tenía mucho trabajo que hacer aún.

Con ese pensamiento, se dio la vuelta y se encaminó a su destino, un hogar que podría perder. Ese pensamiento lo desmotivó todavía más.

CAPÍTULO 6

Grace pensó seriamente si debía deshacer la maleta. Lo más sensato sería volver a Nueva York y seguir con su trabajo. No pudo evitar comprobar los últimos mensajes de su móvil, no había nada importante. Al parecer, Donatella y la empresa aún respetaban su momento de duelo; sin embargo eso no tardaría en cambiar.

Había vuelto con la única intención de despedirse de su padre y ya lo había hecho, no había nada en el rancho que la retuviera; no obstante, presentía que había algo que no encajaba. Pensó en la conversación con Wolf y reprimió un bufido.

Soltó un improperio mientras se sentaba a los pies de la cama. Estaba más cansada de lo que quería reconocer; la tensión, los nervios y el viaje le estaban pasando factura. Se tumbó y dejó que la espalda quedase en contacto con la colcha, abrió los brazos en cruz y se dedicó a observar al techo durante unos segundos, luego su mirada se paseó por la habitación. Las paredes estaban pintadas de un tono claro, beige. En una de ellas había una hilera de cuadros colocados de forma vertical, no eran excesivamente grandes, pero sí llamativos: sencillas litografías de tulipanes en colores verdes, ocres y amarillos que daban un aspecto más cálido y elegante a la estancia. Un armario de pared a pared y la cama, en la que estaba tumbada en ese momento, completaban el mobiliario. No había muchos más muebles, claro que, de haberlos habido, no cabrían.

Sobre las dimensiones de la habitación tenía que dar la razón a Jake, no era excesivamente grande, pero a ella le bastaba. Aun así, hablaría con Cooper para trasladarse a uno de los barracones; de momento sería mejor dejar las cosas como estaban. Necesitaba aclarar sus ideas, recolocar sus pensamientos y recoger las pertenencias de su padre, al menos le debía eso.

Su mente voló de nuevo a la colina, a la tumba de su padre, a Wolf. ¿Qué había querido decir?

«Las cosas en el B.C. no van bien».

¿Qué significaba esa reunión de los rancheros de la zona?

Dejó de hacerse preguntas de las que por ahora no obtendría ninguna respuesta y decidió que ya era hora de poner su grano de arena en el rancho. La

maleta tendría que esperar. Se cambiaría de ropa, algo cómodo y poco elegante y luego bajaría a la primera planta. Lo primero que haría sería limpiar la cocina, luego asaría un buen estofado y después... Después no estaba muy segura, pero tenía en mente una pequeña idea de lo que vendría más tarde.

Estaba agotada, no estaba acostumbrada a limpiar tanto. Su apartamento en Nueva York no era muy grande y ella no solía comer casi nunca allí, solo iba a dormir o se llevaba trabajo para los fines de semana, por lo tanto, no se ensuciaba con demasiada asiduidad.

Pero aquella cocina era otro cantar. Había retirado capas y capas de grasa y fregado con vinagre y jabón cada una de las cazuelas existentes en la cocina; solo algunos platos y vasos se habían salvado de la masacre. Los armarios habían quedado relucientes, tanto por dentro como por fuera. Había limpiado el horno, el interior del frigorífico y los suelos. Gracias a Dios, las paredes eran de piedra, dando a la estancia un aspecto rústico; de haber sido de azulejo, se hubiese pasado varias horas con el desengrasante en la mano.

Observó a su alrededor: todo estaba reluciente. Incluso la isla revestida de mármol que se encontraba en el centro de la cocina era visible.

En el frigorífico encontró suficiente carne y verduras como para alimentar a un regimiento. Así que se puso manos a la obra. Mantenerse ocupada estaba siendo una terapia maravillosa; el dolor en ciertos músculos que creía no tener le hacía sentirse de nuevo viva. Era una paz desconocida hasta ahora para ella. Nunca imaginó que limpiar y cocinar pudiera ofrecer cierta calma para el alma, debería probarlo más a menudo. Con esa idea en la mente, pensó en hacer una lista de la compra; la despensa no se llenaba sola.

—No tienes por qué hacer todo esto.

La voz de Cooper hizo que sacara la cabeza del frigorífico y se enfrentara por primera vez a él desde su regreso.

Su aspecto era el de un hombre cansado, que apenas había dormido en las últimas horas, pero nada de eso restaba su atractivo. Sus ojos eran del color del ámbar, tenían algo que ella no supo definir, pero les confería un halo de misterio. Su piel tostada por el sol no tenía apenas arrugas. Cooper estaba hecho de otra pasta. Era muy probable que algunos de sus antepasados perteneciesen al pueblo Ute, los primeros nativos de Aspen. El aspecto de Cooper era más de guerrero que de rancho.

Sus labios estaban cerrados, en ese momento delineaban una línea recta y fina, pero ella sabía que ese no era su aspecto real. La boca de Cooper era deseable y perfecta; se preguntó por enésima vez cómo sería su sabor, sin embargo, ese pensamiento se evaporó como vino. Lo mejor era no hacerse ilusiones, debía ser realista. Volvería a Nueva York en breve, regresaría a su vida y a su trabajo.

Cooper solo fue un capricho de juventud, una locura pasajera que al crecer desapareció, ¿o no?

Llevaba el pelo más corto de lo que recordaba, era oscuro como el carbón y en ese mismo instante estaba revuelto, descuidado. Ella se preguntó qué habría estado haciendo para tenerlo así. Grace tuvo la sensación de estar frente a un guerrero a punto de entrar en batalla. El corazón le palpitó con fuerza en el pecho. Era él, siempre era Cooper. Se amonestó a sí misma por pensar de esa manera.

Parecía inquieto o agraviado por la situación, Grace no supo definirlo con certeza. Él intercambió su peso de un pie a otro y luego apoyó un hombro contra el marco de la puerta.

—Yo creo que sí —respondió ella cerrando el frigorífico—. Tengo la intención de hacer la cena. Por cierto, ¿dónde está Becca?

Por un momento, la mirada de Cooper se perdió en el suelo, y a ella ese tiempo se le hizo interminable.

—En casa de una amiga. Vendrá esta noche.

Ella asintió sin poder moverse del lugar donde se encontraba, tenía la impresión de estar anclada en el suelo.

Él por fin se dignó a mirarla.

—Quiero agradecerte todo lo que has hecho por mi padre —dijo Grace al fin con la intención de romper la incómoda situación.

Cooper se fijó en la sonrisa de ella, sin embargo, se percató de que no le llegó a los ojos.

—No hay nada que agradecer, Grace. Era un gran hombre.

Hablar en pasado de su padre era una cuestión aún difícil de asumir.

—Él te apreciaba. —La voz se le quebró, pero continuó—. Siempre hablaba bien de ti.

Esta vez fue el turno de Cooper para sonreír.

—Le echaré mucho de menos.

—Como todos, supongo.

Él pareció perderse en sus pensamientos durante unos segundos; luego lo vio

fruncir el ceño.

—Lo siento muchísimo, Grace. No era mi intención ocultarte nada, pero ya conocías a tu padre.

—Lo sé. Es... —se corrigió de inmediato— era más testarudo que una mula. — Una quemazón ya muy conocida últimamente por ella parecía arder tras sus ojos, sin embargo, se obligó a no derramar ni una sola lágrima. No juzgaba a su padre, no podía, pero habría querido estar con él en sus últimos momentos. Se sintió desplazada, llevaba así horas, sin embargo, no permitió que ese pensamiento negativo la derrotara.

—Grace, te agradezco todo esto —señaló la cocina—, pero insisto, no era necesario.

Ella le dedicó una mirada inquisitiva.

—Solo te estoy devolviendo una mínima parte de lo que tú has hecho por nosotros. —Intentó en vano que no le temblara la voz.

Cooper tomó una respiración profunda y golpeó suavemente su sombrero contra la pierna.

—No me debéis nada, no me *debes* nada —rectificó.

Ella sabía que no era verdad. Había cuidado de su padre hasta el último momento, se había ocupado de todos los detalles y le había dado sepultura. Le debía mucho.

—No me importa, de veras —comentó mientras su sonrisa vaciló en su rostro—. Me gusta limpiar y reorganizar cosas... ya me conoces.

—Tienes unos estudios universitarios; no deberías estar haciendo este tipo de trabajo.

Sus ojos se encontraron por un momento. Ella lo observó durante varios segundos. Cooper atisbó una sombra de tristeza en ellos.

—Este es el mejor trabajo del mundo, Cooper.

La miró sin comprender.

—Poder cuidar de los tuyos —le aclaró—, ser parte de su día a día.

Grace fue la primera en sorprenderse de sus propias palabras.

Cooper la observó con detenimiento.

—No es el futuro que habría querido tu padre para ti.

Aquella afirmación le dolió en lo más hondo de su ser.

—Mi padre lo único que deseaba era que fuese feliz —comentó levantando el mentón, demostrando cierta altivez—. He crecido aquí; sé cómo funciona el rancho y conozco a los hombres... —Se interrumpió sin saber por qué.

Él la observaba calladamente, de pie, muy quieto.

—Me gustaría quedarme unos días, siempre y cuando te parezca bien — continuó. Se lamió los labios. Estaba muy nerviosa, expectante ante lo que podía opinar Cooper con respecto a su plan improvisado. La idea trabajar para Wolf le pareció más horrible de lo que pudiese imaginar en un principio. Eso sería alta traición en el mundo en el que su padre le había enseñado a vivir. Además, si era cierto lo que le había comentado Wolf respecto al rancho, ella quería descubrir lo que estaba ocurriendo. Si en algo era la mejor, era con los números.

La mirada del hombre se oscureció, sin embargo, no movió un solo músculo.

—Grace...

—No tendrías que pagarme —adujo tan deprisa que las palabras se atropellaban unas sobre otras—. Lo haré encantada.

—No es buena idea.

Toda la energía de Grace se volatilizó.

—¿Por qué?

La pregunta poseía tal tinte pueril que hasta ella se percató.

Cooper la observó de nuevo; de hecho, nunca se cansaba de hacerlo. No había hecho otra cosa desde que había puesto los pies en la cocina.

Estaba más preciosa que nunca, su cabello era suave como la seda, de un tono oscuro, pero diferente al que había visto en otras mujeres y brillaba con intensidad, le caía libremente hasta los hombros; recordó que hacía unos años lo llevaba más largo, sin embargo, aquel corte de pelo no le restaba ni un ápice de belleza. Su piel era morena, como la de Leonardo, orgulloso de ser hispano. Sus pómulos estaban perfectamente cincelados y sus labios eran sensuales, para perderse y recrearse en ellos. Su cuerpo era un sendero de curvas que bien podía hacer perder la razón a cualquier hombre. Los treinta centímetros de altura que los separaban hacían de ella una mujer menuda y deseable; sin embargo, no era suya, no le pertenecía y así debía seguir siendo.

El silencio se hizo otra vez entre ellos.

La idea de Grace era fantástica, aunque él opinase lo contrario, pero no podía quedarse; eso lo mataría. Se conocía bien y estaría días y días empalmado. No, esa no era una opción. Él necesitaba concentrarse en otras prioridades en ese momento.

—Eres una mujer con un brillante futuro por delante y yo no voy a ser el obstáculo que no te permita volver a Nueva York —replicó con voz gélida.

Grace no supo qué decir; se quedó muda. Tenía la impresión de ser como un astronauta en el espacio, estaba encerrada en un inmenso vacío y solo veía oscuridad, nada que la señalase un camino.

De repente, se le vino una idea absurda a la cabeza y si resultaba, esa oscuridad se desvanecería de inmediato. Rogó para que fuera así.

—Wolf me ha pedido que trabaje para él.

Supo que su plan había dado resultado nada más ver el semblante de Cooper. Una sombra de temor y rabia veló su mirada.

—¿Por qué iba a pedirte algo así?

—No lo sé, imagino que tú podrás aclararme algunas dudas.

Soltó un improperio, quizá en un tono más alto de lo que debiera, y luego, sin previo aviso, se adentró en la cocina con largos y enérgicos pasos. Grace tuvo la impresión de que Cooper hervía de pura indignación. La asió por el brazo y ella, como respuesta, se puso tensa.

—¡Nunca, eso jamás! ¿Lo has entendido? —ladró.

Ella se limitó a asentir mientras su corazón empezaba a palparle violentamente.

—Cooper... me haces daño.

Él, como si fuese un hierro candente, la soltó de inmediato.

¿Así que eso era lo que habían estado hablando Wolf y Grace en lo alto de la colina? Ese malnacido, no perdía el tiempo.

En el momento en que la vio frotándose el antebrazo, Cooper lo lamentó.

—Lo siento. No era mi intención hacerte daño.

Ella lo sabía, pero aun así, se distanció varios pasos de él hasta chocar con la isla. Ante aquel gesto, a Cooper se le dibujó un rictus amargo en la boca.

—De acuerdo —dijo sin rodeos—, puedes quedarte los días que precises.

Grace tragó con dificultad, a sabiendas de que Cooper no la iba a volver a tocar; se abrazó a sí misma, como si así pudiese infundirse un poco de tranquilidad.

—¿Estás seguro? —preguntó perpleja.

—Grace, creo que no me has entendido —proclamó con voz tranquila, pero firme—. Mataría a ese cabrón antes de dejar que te pusiera las manos encima.

Abrió tanto los ojos que Cooper pensó que se le iban a salir de las órbitas.

—¿Lo has comprendido, Grace?

El tono de él era más pausado, pero no menos hosco.

—Perfectamente, Cooper.

—Bien. —Ya se iba a girar cuando la voz de ella lo detuvo.

—Respecto a lo de quedarme en un barracón...

Grace no pudo terminar la frase.

—Ni hablar. Te quedarás aquí, en la casa. Es más seguro.

La orden fue clara y concisa.

Iba a protestar, sin embargo, no pudo porque cuando lo iba a hacer, él ya salía por la puerta.

¿Qué demonios había pasado?

Capítulo 7

Cooper flexionó una pierna y apoyó un pie en un listón mientras sus antebrazos descansaban en lo alto de la valla. Dentro del recinto se encontraba Ringo, andaba de espaldas mientras sujetaba la brida de uno de los caballos más impetuosos que había en el rancho. Era un semental negro y brioso, y casi se podía decir que junto a *Viento del norte* podrían llegar a ser el futuro de aquella propiedad.

Furia pateó con fuerza sobre la tierra, levantando una densa polvareda; estaba claro que no deseaba seguir las órdenes de su entrenador.

Jake, a su lado, tenía una postura muy similar a la de Cooper y miraba con la misma atención a Ringo y *Furia*.

—¿Ya le has hablado de lo tuyo con Amber?

Jake dejó de mirar el recinto y se centró en Cooper. Sabía que se estaba refiriendo a la relación con Amber, la hija de Ringo.

—¿Quieres que me corte las pelotas?

Cooper, ante la respuesta de su capataz, echó la cabeza hacia atrás y soltó una carcajada sonora; tanto fue así que Ringo se detuvo, los observó con curiosidad y se olvidó de la siguiente orden.

—En algún momento tendrás que decírselo.

Cooper advirtió como Ringo y *Furia* volvían a su entrenamiento.

—Por ahora, me gusta pensar que tendré descendencia.

Cooper no pudo más que esbozar una ancha sonrisa. Era muy consciente de la situación de Jake. ¿Acaso no había pasado él por lo mismo respecto a Grace? La diferencia era que terminó antes de empezar nada; todo lo contrario a Jake y Amber, que parecían unos tortolitos enamorados.

El sol descendía dejando a su paso una estela de tonos naranjas, rojos y amarillos; nunca se cansaba de ese bello espectáculo que le regalaba cada día la naturaleza. Durante muchos ocassos se había preguntado dónde o con quién estaría Grace. Cuando la respuesta no le gustaba, dejaba atrás el porche y se adentraba en la casa, cabizbajo y melancólico.

Siempre estaba pendiente de las noticias que Leonardo daba sobre ella. Intentaba pasar desapercibido o mantenerse distraído, sin embargo, en muchas

ocasiones, la mirada fruncida de su capataz le hacía entrever que no era todo lo sutil que debiera ser. Aunque debía reconocer, y no sabía por qué, que últimamente Leonardo le contaba todo lo referente a Grace. Esa nueva maniobra le había dado que pensar, sin embargo, ante los últimos acontecimientos, no había llegado a ninguna conclusión.

—Grace se quedará un tiempo en el rancho —comentó de repente
Lo dijo de tal modo que Jake frunció el ceño.

—Pensé que habías dicho que...

—Sé lo que dije —le interrumpió—, pero he cambiado de idea.

—Y, ¿puedo preguntar por qué?

Cooper se recolocó su sombrero.

—Wolf le ha ofrecido trabajo.

—¿Qué?!

—Lo que has oído.

—Malnacido...

Jake sabía a ciencia cierta que Cooper jamás permitiría que Grace trabajase con Wolf. Cambió la posición de las piernas y se giró lo suficiente para hablar frente a frente, con su jefe.

—¿Te lo ha dicho ella?

Cooper asintió.

—¿No te ha comentado a ti nada al respecto?

—No. Claro que no. Te lo habría comunicado inmediatamente —respondió su capataz.

Cooper no albergaba ninguna duda de ello.

—Quizá Grace puede ver las cuentas del rancho, ¿lo has pensado?

No se había quitado a Grace de la cabeza desde que supo que iba a regresar, si seguía así, se volvería loco. La sola idea de verla cada mañana ya le resultaba una situación complicada.

—No puedo pagarle un sueldo, Jake.

Y su capataz lo sabía. Conocía los problemas económicos del B.C. Leonardo y Cooper se lo habían comentado hacía semanas. Al principio, no supo por qué confiaban en él, pero cuando Leonardo empeoró, las cosas comenzaron a encajar. Él era el elegido para sustituir al viejo capataz. Todo un honor y al mismo tiempo, una sensación de pérdida indescriptible.

—Sabes que Grace no te pediría nada a cambio.

—No quiero su gratitud —rezongó.

Jake, ante la respuesta, supo que era mejor guardar silencio.

—Se ocupará de la casa durante unos días, después veré lo que se puede hacer al respecto —continuó—. Becca tiene los exámenes finales en breve y Grace podría ayudarla.

—Es una gran idea.

—Pero no la mejor.

Entonces, Jake lo vio y se apiadó de Cooper. Sentía algo más que cariño por Grace, podía leerlo en su lenguaje corporal, su mandíbula tensa y sus puños cerrados.

—Pronto cumplirá veinticinco años, Cooper. Tiene derecho a elegir sus opciones.

Cooper resopló con fuerza.

—No puede quedarse aquí, Jake.

—¿Por qué?

—No existe respuesta simple para esa pregunta.

—Sientes algo por ella, ¿no es cierto?

Cooper se presionó los ojos con los dedos y luego hizo un gesto adusto con los labios.

—¿Tanto se nota?

—Si te soy sincero, no me había percatado hasta ahora.

—Esto quedará entre tú y yo —resolló con fuerza.

—Por supuesto.

—Bien.

—Aunque, a decir verdad, pensé que había algo entre tú y la nueva modista que se ha instalado en el pueblo.

—¿Claire?

—¡Vaya, veo que os conocéis!

Cooper apoyó la barbilla en un puño.

Claire Forcher había llegado a Aspen hacía aproximadamente tres meses, según sus cálculos. Era una mujer atractiva pero, a su modo de ver, reservada e introvertida. Había alquilado un local frente a la tienda de antigüedades de Amber, quizá por esa razón, Jake estaba al tanto de sus idas y venidas. Cooper había estado varias ocasiones en su establecimiento y estuvo más que predispuesto a pedirle una cita, pero, en el último momento siempre se había echado atrás; nunca había sabido el porqué. Sin embargo, ahora tenía la respuesta en la cocina de su rancho.

—Aspen no es excesivamente grande; todo el mundo se conoce —repuso Cooper con acritud.

Jake sonrió.

—Amber dice que es muy simpática; eso sí, algo recelosa de hablar de sí misma.

—No estoy para citas, Jake —protestó—. Ahora debo centrarme en el ganado y en sacar el rancho adelante.

Jake se frotó la nuca y se quedó mirando al hermoso animal que renegaba una y otra vez. La paciencia de Ringo con el semental era increíble.

—Lo sé, Cooper —dijo al fin—. ¿Puedo hacer algo más al respecto?

—Ten siempre los ojos y los oídos bien abiertos.

—De acuerdo.

—Nunca se sabe dónde puede estar el avispero.

Jake sabía a lo que se estaba refiriendo Cooper. Él creía que la mano del hombre estaba detrás de las muertes de decenas de reses.

—De alguna manera, sé que Leonardo me propuso para el puesto. —Jake pensó que ya era hora de tener la respuesta a algo que lo reconcomía—. Lo que me gustaría saber es si yo era tu primera opción.

Cooper sabía que tarde o temprano esa pregunta iba a salir a relucir. Eso decía mucho de su nuevo capataz, así que decidió aclararle las dudas:

—Leonardo sabía tanto o más que yo sobre este rancho. —Mientras hablaba, sostuvo la mirada de Jake—. No solía contradecirle porque era consciente de que la mayoría de las veces, por no decir todas, tenía razón. Amaba cada palmo de esta tierra y eso era más que suficiente para mí.

—No me has contestado.

Cooper pudo percibir la inquietud de su nuevo capataz. Era lógico que se hiciese preguntas, él mismo también se las haría si estuviese en su lugar. Si algo había aprendido a lo largo de todo ese tiempo era que nadie era más que nadie.

Quizá él había tenido la suerte, o tal vez la desgracia, de heredar aquella propiedad; nunca lo sabría, de eso estaba seguro. Sin embargo, lo que tenía claro era que él solo no podría con todas las tareas cotidianas de sol a sol que necesitaba el rancho.

Por esa razón, Leonardo le había enseñado el significado de la familia. Puede que tuvieran diferentes apellidos, rasgos y genes, no obstante, se sentaban todos a la misma mesa a la hora de comer y compartían sus preocupaciones al final del día. Si uno tenía un problema, ese problema era el de todos.

Leonardo fue más que un simple capataz: fue su mentor, una figura paternal para él cuando su padre no era más que un alcohólico. Para un adolescente, la carga de algo tan pesado era inquietante, sin embargo, el capataz del B.C. había

llevado la mayor parte de las obligaciones hasta que él comenzó a tomar las riendas de la responsabilidad. Le estaría eternamente agradecido por ello.

Cuando Leonardo enfermó y le comentó su interés en que Jake fuese el nuevo capataz, a Cooper no le asaltó duda alguna.

Leonardo le había estado preparando para ese puesto desde hacía años, quizá desde que había encontrado a Jake desnutrido y solo en el páramo, y le acogiese bajo su tutela. Todo tenía una razón de ser y de peso en esta vida.

¿Habría elegido a Jake sin que Leonardo se lo pidiese? Por supuesto que sí. Jake, quizá sin que él lo supiera, llevaba escrito en la frente la palabra «lealtad».

—Si te sirve de ayuda, la decisión la tomé yo. Lo de Leonardo fue solo una sugerencia.

En el rostro de Jake se dibujó una sonrisa.

—Gracias, te lo agradezco. Es importante para mí.

Cooper asintió y dejó el tema de lado.

—¿Dónde están Nate y Reed?

—Arreglando unas vallas al otro extremo de la finca.

—Imagino que no tardarán en venir.

Como si Cooper los hubiera llamado, dos jinetes aparecieron en el horizonte.

—Ahí están —indicó—. Ringo, hora de terminar la jornada —vociferó Jake, señalando a los dos jinetes en la lejanía.

A Cooper se le encogió el estómago; entrar en la cocina era sinónimo de Grace.

Varios golpes en la puerta de su habitación hicieron que Grace dejase de nuevo la maleta cerrada sobre la cama y fuera a abrir.

—Hola, papá me dijo que ya habías llegado.

—¡Becca! —saludó Grace a la adolescente que estaba apostada en el umbral—. ¡Estás preciosa! ¡Y qué alta! Eres toda una señorita.

Ambas se fundieron en un abrazo.

—Eres más guapa de lo que recordaba.

Grace no pudo más que sonreír, la asió por el brazo y la invitó a entrar en su habitación.

—Muchas gracias. Eres muy amable.

—Solo digo la verdad. —En ese instante Becca se percató de la maleta que estaba sobre la cama—. ¿Estás deshaciendo el equipaje?

—Al menos lo intentaba. ¿Quieres ayudarme?

Rebecca le lanzó una mirada en la que no cabía duda alguna.

—Ven, tú me vas dando la ropa y yo la voy colgando en las perchas, ¿de acuerdo?

—Sí. —Becca abrió la maleta con determinación—. ¿Por qué has elegido esta habitación? Hay una más grande que tiene...

—Una bañera con patas. —Grace terminó la frase por ella.

—Sí, eso es —afirmó la adolescente risueña.

—Me gustó la decoración de esta. ¿Te parece bien? Mi habitación está frente a la tuya.

—Me parece perfecto.

—Genial. —Grace cogió una percha del armario—. Me comentó tu padre que no has estado en el rancho estos días. ¿Todo bien?

Becca sacó una preciosa blusa de seda gris de la maleta, se la pasó a Grace.

—Sí. No me puedo quejar, aunque papá diga lo contrario. —Becca hizo un mohín con la boca antes de continuar—. Siento mucho lo de tu padre, Grace.

—Gracias, cariño.

—Papá pensó que era mejor que estuviera fuera unos días. Leonardo, tu padre —rectificó— estaba muy enfermo y...

Grace dejó la percha en el aire, cerca de la barra.

—No deseaba que tú vivieras su muerte.

—Algo así. —Becca forzó una sonrisa—. Me dijo que quería estar con él, que Leonardo le necesitaba y al mismo tiempo, él necesitaba que yo estuviese bien.

Grace colgó la percha en la barra, después se giró y se acercó hasta donde se encontraba la hija de Cooper. Elevó las manos y enmarcó la cara de la adolescente.

—Gracias, Becca. Gracias de todo corazón por lo que hicisteis por mi padre.

—Yo no hice nada.

—Yo creo que sí. —Depositó un beso en la mejilla de Becca—. Ya no eres la niña que dejé aquí.

Algo azorada, Becca echó un paso atrás.

—Cuando te fuiste yo tenía cinco años.

Grace arqueó las cejas sorprendida.

—Han pasado ocho años.

Becca asintió divertida.

—¿Cómo es Nueva York?

A Grace no le sorprendió el cambio de tema. Ella también había sido adolescente y sentía curiosidad por todo.

—Muy ruidosa y llena de gente a todas horas.

—Parece divertido —dijo Becca cogiendo otra prenda de la maleta.

—A veces lo es, otras no tanto.

—Me encanta tu ropa. Es muy elegante, aunque no creo que sea muy adecuada para el rancho.

Grace sonrió.

—Creo que tienes razón.

—¿Te vas a quedar mucho tiempo?

—No, solo unos días.

La desilusión se hizo patente en el rostro de Becca.

—Papá me dijo que te irías pronto, pero no le creí.

Grace, con una sonrisa, acarició el hombro de Becca.

—El deber me llama.

—No importa, tarde o temprano todos se van de aquí.

—Becca...

—Es la verdad, pero papá no quiere reconocerlo. Primero fue mamá, luego el abuelo, ahora Leonardo y así continuamente.

—Lo comprendo. ¿También echarás de menos a Amber?

—Mucho, pero su tienda ahora es lo más importante.

Grace tiró la prenda que tenía entre las manos, se acercó a Becca y la abrazó.

—No siempre es así, te lo aseguro. Debes verlo desde otro punto de vista.

—¿Cuál? —preguntó Becca.

Grace respiró profundamente. Se separó de Becca, pero la siguió sujetando por los antebrazos. Ya no era una niña, tenía una belleza innata muy similar a la de Faith, su madre. Su cabello rubio y sus expresivos ojos pardos lo confirmaban. No debía ser nada fácil para Cooper ver cada mañana el reflejo de su esposa en el rostro de Becca.

—Becca, no te definen las cosas que te pasan sino cómo reaccionas a ellas.

—No sé si lo entiendo. —Grace la creyó. Becca necesitaba una figura femenina en el rancho, crecía rodeada de hombres que trabajaban duro desde la salida del sol hasta el anochecer inmersos en sus propios problemas—. Pero quizás puedas ayudarme antes de volver a Nueva York.

Grace se sorprendió ante la petición, no obstante, supo de antemano que no podía negarse.

—Tú dirás.

—Necesito que convenzas a mi padre para que yo pueda ir a un baile.

Grace abrió la boca y la cerró de golpe sin saber muy bien que decir a continuación.

—¿Qué baile? —preguntó cuando al final pudo hablar. Convencer a Cooper de que su niña fuese a un baile iba a ser más complicado que demostrar que había vida inteligente fuera de la tierra.

—El baile de fin de curso —comentó Becca, como si fuera una obviedad.

—Bueno, tarde o temprano a toda chica le llega ese momento.

Becca torció la boca en una agria mueca.

—Eso le intento decir yo a papá, pero él no quiere ni oír hablar del tema.

Grace soltó un suspiro nada femenino.

—Bueno... propiamente dicho —Becca divagó durante unos segundos— no es un baile de fin de curso, más bien es una fiesta en el viejo granero, pero irán todos mis compañeros de clase y yo no quiero perdérmelo por nada del mundo —aclaró.

Grace había asistido a varios de bailes, en uno de ellos había coincidido con Wolf, había bailado con él de forma muy acaramelada y había estado a punto de cometer una locura, besarle y seguramente algo más después del beso. Intentó borrar ese pensamiento. Conocía la necesidad de Becca de ir al baile. Ella lo había hecho a pesar de no haber pedido permiso a su padre y sabía muy bien lo que se cocía allí, en aquel granero. Le extrañaba que con el paso de los años esa vieja costumbre siguiera en auge. Becca estaba pidiendo permiso y eso era algo a tener en cuenta.

—¿Tengo que entender que no va a asistir ninguno de tus profesores?

Esta vez fue el turno de Becca para bufar.

—Creo que no.

—¿Crees? —preguntó Grace escéptica.

Becca se rindió ante la evidencia.

—No, no van a ir. No me vas a ayudar, ¿verdad? —rezongó.

Grace sacó varias prendas de la maleta y a continuación las colgó en sus respectivas perchas.

—¿Es tu primer baile?

La amplia sonrisa de Becca respondió a su pregunta.

—Verás, Becca...

—Ese comienzo no me gusta nada —se quejó—. Así empiezan las largas y aburridas charlas de papá.

Grace sabía cuál era la respuesta que debía darle a Becca, pero se rindió ante

la ilusión de la adolescente.

—Hablaré con él, pero no te prometo nada —claudicó.

—¿En serio?! —El rostro de Becca era pura exaltación. Nerviosa, se levantó y dio varios saltitos dando palmas al mismo tiempo.

—Eres la mejor, Grace. Gracias.

—Bueno, ya me darás las gracias cuando lo consiga, si es que lo logro.

—Lo conseguirás; estoy segura de ello.

—¿Por qué estás tan segura?

Becca pareció pensarlo.

—Tengo la impresión de que papá no te podría negar nada.

Grace, asombrada por la respuesta, abrió la boca, pero no dijo nada al respecto. Cuando intentó decir algo, Becca ya cerraba la puerta tras de sí.

¿A qué se había comprometido? Que Dios la pillase confesada porque Becca estaba del todo confundida. Cooper jamás de los jamases le daría la razón, y menos tratándose de un tema relacionado con su hija.

CAPÍTULO 8

A la mañana siguiente, se levantó temprano y preparó un desayuno a base de bacon, huevos, salchichas y café. Los hombres, incluido Cooper, se lo agradecieron. Ella pensó que era lo menos que podía hacer, se sentía en deuda, era una sensación inexplicable hasta para ella.

Becca, antes de salir hacia el instituto, le guiñó un ojo y Grace no pudo más que sonreír ante el gesto.

Limpio y recogió la cocina y después salió a dar un paseo por los alrededores del rancho. En el horizonte descubrió que las montañas seguían teniendo una buena capa de nieve en polvo en la parte más alta, según los expertos esa nieve era la de mejor calidad del mundo. Siempre le había cautivado la belleza de aquella zona, sin embargo, ahora que lo veía con otros ojos, la belleza que se abría ante ella se volvía más increíble aún. Era curioso cómo con el paso del tiempo se olvidaban los pequeños detalles.

A pesar del frío matinal, disfrutaba de su paseo. El trino de un pájaro le llamó poderosamente la atención, así que echó un vistazo a las ramas de un abeto situado muy cerca de la vivienda. Sin embargo, no vio ningún ave, pero sí un cielo de intenso azul, un cielo muy diferente al de Nueva York, lo que le recordó que debía ponerse en contacto con su empresa y preguntar cómo iba el caso Dexter. Se imaginó que Donatella estaría trabajando en él hasta su regreso.

Se ciñó la chaqueta de lana gruesa al cuerpo y durante unos minutos dio rienda suelta a sus recuerdos. Pensar que su padre no disfrutaría nunca más de esas vistas, le dolió. Ella era la que había decidido marcar las distancias, la que se había alejado del rancho. Ahora se arrepentía porque el tiempo perdido no se podía recuperar.

Era consciente de que los hombres cuchicheaban a sus espaldas, sin embargo, intentaba que no la afectase. Estaban preocupados y muy pendientes de su presencia, era lógico, a su modo de ver. Nate y Reed se habían mostrado respetuosos, no habían hablado mucho durante la cena ni el desayuno, era como si estuvieran evaluándola en todo momento. Grace se sintió observada en silencio, pero no comentó nada al respecto, aunque no pudo evitar sentirse incómoda. No estaría mucho tiempo en el rancho, por lo tanto, no había nada por

lo que preocuparse.

Dejó el abeto para observar la colina y, como si fuera un acto reflejo, las lágrimas pugnaron por salir. Allí, en aquel alto, descansaría su padre para siempre. La sensación de vacío se hizo más presente que el día anterior; tenía el presentimiento de que cada día sería más duro. No había pegado ojo en toda la noche, los recuerdos la abordaban sin descanso; solo manteniéndose ocupada, estos parecían desvanecerse.

Necesitaba tomar contacto con su rutina cuanto antes o se volvería loca, quizás no había sido tan buena idea como ella creía pasar varios días en Aspen. Se dirigió al establo dando un rodeo y advirtió los cambios de los últimos años que, a su modo de ver, habían sido muchos, aunque no excesivamente apreciables para los que no habían vivido allí. Un ejemplo eran los abrevaderos de madera que habían sido sustituidos por unos de piedra rústica.

Siguió su paseo por el pequeño sendero, el silencio era el protagonista solo roto por los ecos de la naturaleza en su estado puro. Si cerraba los ojos podía casi escuchar las risas infantiles de Jake, Amber y ella correteando por los alrededores. Habían pasado buenos momentos, al menos hasta que su madre decidió abandonar el rancho. Ahora no se lo reprochaba, ella había seguido sus pasos. Por primera vez en su vida se preguntó cómo se había sentido su padre cuando su hija decidió marcharse para no volver.

El relincho de un caballo hizo que la respuesta se disipara. Se acercó al establo, abrió la puerta y respiró hondo. La combinación de olores, heno, cuero, estiércol y pienso se fundía en un aroma inconfundible que la trasladaba sin poder evitarlo de vuelta a su niñez.

—Pasa, Grace.

La voz ronca de Ringo la invitó a entrar. Tuvo que esperar unos segundos hasta poder encontrarlo detrás de un brioso caballo.

—Hola, Ringo, no sabías que estuvieras aquí —saludó llegando a la altura donde se encontraba él.

El hombre siguió cepillando el lustroso pelaje del equino con un brío que solo unas manos expertas podían conseguir.

—Este es *Viento del Norte* —dijo señalando al animal.

—Es hermoso.

—Sí que lo es, pero como todos los sementales tiene un temperamento de mil demonios.

El caballo, como si supiera que estaba siendo el centro de la conversación, se removió incómodo frente al pesebre. Ringo lo acarició y luego palmeó sus

cuartos traseros. *Viento del Norte*, entendiendo la orden, se tranquilizó lo suficiente para que Ringo siguiese pasándole el cepillo por la crin y el pelaje negro.

—Y aquella de allí —señaló con orgullo a una yegua un poco más alejada del resto—, es *Tempestad*, pronto será madre.

Grace imaginó que *Viento del Norte* tendría mucho que ver con que la yegua estuviese preñada.

—Y aquel es *Furia* —comentó con un atisbo de orgullo en la voz.

—Son preciosos. ¿El semental que estás cepillando es el artífice de que la naturaleza siga su curso?

—Así es.

—Son unos caballos hermosos —comentó observando a todos los equinos presentes.

—Los mejores de la zona, a mi modo de ver.

—El futuro del B.C.

Ringo no dio muestra de escuchar el comentario de ella.

—¿Te gusta mi pequeño mundo, Grace?

Grace lo observó con curiosidad. Ringo siempre había tenido buena mano con los caballos.

—Creo que de pequeño no tiene nada.

De la garganta de Ringo brotó una burbujeante carcajada.

—Chica lista.

—Son maravillosos —comentó refiriéndose a los caballos que esperaban su turno para ser cepillados.

—Estoy orgulloso de ellos.

—No me cabe la más mínima duda —repuso ella—. Me comentó mi padre en una de sus últimas cartas que el número de caballos había crecido.

—No tanto como nos hubiera gustado. Solo estos tres —dijo haciendo referencia a *Viento del Norte*, *Tempestad* y *Furia*— son los que más valor tienen en el mercado. Quizá por esa razón los mimamos tanto.

—No cabe duda de que te encanta tu trabajo.

Ringo asintió. Grace observó cómo la mirada del hombre se velaba por un dolor que ella supo reconocer en el acto. El padre de Amber debía rondar casi los sesenta años, su pelo y barba blanca le hacían aparentar más edad de la que seguramente podría tener. Su piel, al igual que los que trabajaban al aire libre, era de un tono tostado y estaba marcada por profundos surcos, muchos de ellos, seguramente, fruto de las preocupaciones y vivencias del pasado. Era un hombre,

al igual que su padre y ella, de origen hispano, alto, robusto, que tenía buena mano con los caballos y que parecía entenderse perfectamente con ellos.

—¿Estás bien?

Grace supuso que esa pregunta encerraba varios temas a tratar.

—Estoy en ello —respondió sin poder eliminar el nudo que atenazaba su garganta.

Su voz debió de sonar rota porque Ringo dejó por unos segundos de cepillar al caballo para prestarle atención.

—Es duro, Grace —comenzó a decir—, es como si te arrancaran un trozo de ti que sabes que nunca más volverá.

Ringo sabía de lo que hablaba. María, su mujer, había muerto también y ella imaginó que el duelo nunca lograba se desaparecer del todo, de alguna manera incomprensible nunca terminaba. Grace comenzaba a entenderlo ahora.

—¿Y logras vivir con ello?

Ringo apoyó los antebrazos en el lomo del caballo; ella se extrañó de que el animal no protestase.

—Al principio, no, pero a medida que pasa el tiempo, tienes dos opciones: continuar o dejarte arrastrar por el pasado.

—¿Mi padre sufrió mucho?

Era una pregunta que había querido formular desde su llegada, sin embargo, no se había atrevido por miedo a conocer la respuesta.

Ringo respiró una bocanada de aire y después se frotó la sien, como si estuviese evaluando la pregunta.

—Por lo que he visto a lo largo de mi vida, Grace, morir no es una tarea fácil.

Ella intentó descifrar la mirada de Ringo. Estaba siendo honesto.

—Entiendo —dijo ella al fin.

—Estuvo bien atendido. Cooper se ocupó de todo.

«Cooper, siempre Cooper».

—Me siento en deuda con vosotros —confesó mientras se abrazaba a sí misma.

Ringo era un hombre muy trabajador y poco hablador, quizá por esa razón retomó su tarea.

—Somos una familia y cuidamos los unos de los otros.

Aquel comentario hizo que Grace se replantease algunos conceptos. Desde su llegada, todos la habían tratado bien, sin embargo, sentía que no era parte de ellos.

—¿Vas a ir a Aspen, a ver a Amber?

La pregunta hizo que Grace rompiera el hilo de sus pensamientos.

—Quizá mañana. Ahora me gustaría ir al barracón de mi padre —repuso—. Imagino que sus cosas siguen allí.

—Imaginas bien.

—Gracias por todo, Ringo.

El hombre asintió, siguió cepillando al caballo y ni tan siquiera se inmutó cuando Grace abrió la puerta y salió al exterior.

Aunque las ventanas estaban abiertas y la corriente de aire fluía entre ellas, Grace percibió el olor a medicamentos, a enfermedad, nada más entrar en el barracón que había ocupado su padre durante una buena parte de su vida.

Cooper tenía razón al no permitir que se hospedase allí.

La cama estaba despojada de sábanas y sin colchón, lo que le daba una sensación de desnudez y frialdad al espacio que le rodeaba. Giró sobre sí misma, quizás intentando hacer un rápido análisis de la situación y llegó a la conclusión que alguien, seguramente algunos de los chicos, había limpiado groso modo y sin mucho éxito el suelo y los cristales.

No supo definir lo que sentía allí de pie, pero no era lo que ella esperaba. Su padre no estaba, ni tampoco su espíritu. No había ninguna presencia reveladora y eso terminó de hundirla un poco más en el pozo sin fondo donde se encontraba. Avanzó despacio hasta una estantería, estaba repleta de libros, carpetas y fotografías, la mayoría eran de ella. Imaginarse a su padre observando esas imágenes una y otra vez mientras la vida se le escapaba, hizo que un escalofrío le recorriese la columna vertebral.

Reconoció la mayoría de ellas, una era de cuando había estado en la universidad, otra en el rancho. Ambos sonreían sin preocupaciones, nadie hacía presagiar que no se volverían a ver nunca más. Cuanto más observaba, más increíble le parecía. Tenía la impresión de que el tiempo allí, en el barracón, se había detenido para siempre.

Pasó el índice por el lomo de algunos de los libros. A su padre siempre le había interesado la ciencia, a pesar de no haber tenido estudios. Se detuvo en uno que según el título versaba sobre los inventos más asombrosos del hombre a lo largo de la historia. Por su cubierta agrietada y desgastada supo que su padre lo había releído muchas veces.

Dejó los libros y pasó a las carpetas, leyó algunos de los rótulos escritos con la letra de su progenitor. En una de ellas encontró más fotos, no eran personales sino de las reses y los caballos, y en otras carpetas halló papeles diversos, entre ellos planos que no supo interpretar.

Tendría que estudiar el contenido de esas carpetas antes de hacer una limpieza general. Una de color negro llamó poderosamente su atención; dejó en la estantería la que tenía entre las manos y sus dedos volaron hacia ella. El nombre de Grace estaba escrito en una etiqueta blanca, en el margen izquierdo. La abrió con un nerviosismo impropio de sí misma y lo primero que encontró fue una alianza de plata que no había visto nunca. Dedujo que podía haber pertenecido a su madre. La dejó sobre la balda con la intención de investigar más tarde sobre el anillo y continuó su búsqueda entre los cientos de papeles.

Finalmente, encontró una carta dirigida a ella, lo que hizo que el corazón martillease con fuerza contra su pecho. Dicha misiva estaba fechada un mes antes de la muerte de su padre.

Mi querida Grace:

Si estás leyendo esto es que ya no estoy en el mundo de los vivos y eso me apena porque no podré decirte una vez más lo mucho que te quiero y lo orgulloso que estoy de ti. Me alegro de que hayas luchado por tus sueños y me alegro aún más de que vivas en Nueva York, la ciudad que tú elegiste.

El hecho de coincidir contigo en esta vida es algo por lo que estaré agradecido siempre. Eres mi niña, mi princesa, no lo olvides nunca.

Solo te pido un último favor antes de irme: Colabora con Cooper. Las cosas en el rancho no van bien y podría perderlo todo. Es demasiado orgulloso para pedirte ayuda y más cuando yo le prohibí en el pasado que se acercara a ti, pero el amor no se puede obviar, nunca pasa desapercibido. Ahora soy más consciente de ello que nunca.

Eres una mujer adulta y sé que tomarás la decisión correcta.

Espero que alguna vez ambos me perdonéis, quiero que sepas que solo deseaba lo mejor para ti.

Tú eres una gran contable, siempre te han encantado los números y estoy seguro de que sabrás encontrar esa pieza que a todos nos falta.

*Te quiero.
Papá.*

Grace recordó que debía respirar, lo hizo, pero un sollozo la sorprendió.

Demasiadas incógnitas. Su mirada recayó de nuevo en la carta y acarició la letra con la yema de los dedos.

«¿Qué quieres exactamente de mí, papá?».

Junto a la carta había un mapa, en él había varias cruces esparcidas cerca de lo que parecía ser un lago. Reconoció de inmediato el lugar, parte de su infancia había transcurrido allí.

¿Por qué su padre había incluido el mapa junto a la misiva?

¿Qué significaba todo aquello?

CAPÍTULO 9

Dos días más tarde, Grace volvía a acariciar el desgastado anillo entre sus dedos. Nada y todo parecía tener sentido, como había imaginado, había descubierto que la alianza había pertenecido a su madre, formaba parte de una historia de amor y desamor.

Había salido al porche con la única intención de ver el atardecer. Le encantaba observar los tonos anaranjados y rojizos que se impregnaban en las nubes cuando moría el día.

—Grace...

La voz de Jake la hizo sobresaltarse.

—Disculpa, no quería asustarte.

—No pasa nada. ¿Ocurre algo?

Jake se quitó el sombrero, como si en ese momento se percatase de que aún lo llevaba puesto.

—Cooper quiere verte.

El corazón de Grace golpeó sus costillas con fuerza. Guardó el anillo en uno de los bolsillos del pantalón y se armó de valor para el encuentro. Tenía el presentimiento de que no iba a ser una charla muy amena.

—¿Dónde está?

—En su despacho.

Ella asintió. Cuando pasó al lado de Jake, alargó la mano y le acarició el antebrazo.

—Dile a Amber que mañana me paso a verla sin falta.

—Está deseando verte.

—Y yo a ella.

—Grace...

Ella se detuvo a unos pasos de distancia.

—Te queremos muchísimo. No lo olvides.

—Lo sé, Jake. —Intentó sonreír, pero no pudo, algo en su interior se lo impidió.

Llamó a la puerta y una voz con un tinte de agresividad le dio paso.

El despacho rezumaba testosterona, quizá fueran los sillones de cuero o la mesa de caoba oscuro que ocupaban buena parte de la habitación lo que le daba ese aspecto tan masculino. Todo ello transmitía a la perfección un equilibrio entre la forma y la función. La chimenea no estaba encendida; supo que era de gas, como la mayoría de las chimeneas en Aspen. Si algo tenían en cuenta los lugareños era que debían controlar la tala masiva de árboles. Después de todo, vivían de la naturaleza y los turistas.

Recorrió el sobrio espacio y se fijó en los cuadros que colgaban de las paredes, le eran conocidos; pocas cosas habían cambiado en esa estancia durante su ausencia.

Nada más verla, Cooper levantó la cabeza de un dossier que descansaba sobre su mesa.

—¿Qué tal, Grace?

—Supongo que bien.

Él le lanzó una mirada indescifrable.

—Siéntate.

—Prefiero permanecer de pie.

Él la observó con cautela, como si sus palabras encerrasen algún misterio insondable.

—Como quieras. Me comentó Ringo que habías estado en el barracón de tu padre.

Ella asintió apresuradamente.

—¿He hecho algo indebido?

Cooper echó la cabeza contra el respaldo del sillón.

—No, que yo sepa. ¿Lo has hecho?

Grace se sintió una extraña ante él, como un testigo ante un juez. El silencio se apoderó de la estancia un tiempo que a ella le pareció eterno.

—Cooper, ¿qué hago aquí? —preguntó intentando no sonar demasiado nerviosa.

—Eso es una pregunta muy existencial para responderla de forma escueta —bromeó.

—Sabes a lo que me refiero —atacó acortando distancia y rozando casi la mesa con los muslos.

Cooper decidió ser directo y dejarse de rodeos.

—¿Has visto de nuevo a Wolf?

La pregunta la pilló desprevenida y Cooper debió notarlo porque contrajo un músculo de la mandíbula.

—No —respondió ella de forma taxativa.

—¿Ha intentado ponerse en contacto contigo?

—¿A qué viene esto?

—Responde a la pregunta, Grace.

La orden la dejó noqueada.

—¿Tengo que entender que el que calla, otorga?

Ella pareció salir de su aturdimiento.

—No.

—¿No, qué?

—No se ha puesto tampoco en contacto conmigo, ni lo he vuelto a ver — explicó sin entender una sola palabra de esa conversación.

Los ojos de Cooper se redujeron a ranuras.

Grace estaba perdiendo la poca paciencia que tenía.

—¿Me vas a explicar a qué viene este interrogatorio?

Cooper exhaló un largo y profundo bufido. Luego se levantó de su asiento y el despacho, de pronto, pareció hacerse más pequeño.

—Verás, Grace. Wolf no es de fiar.

Ella lo observó, esperando que siguiera con la explicación.

—Le gusta el dinero. —Rodeó la mesa y se dirigió a la ventana—. Demasiado, diría yo, y hará cualquier cosa por conseguir que su cuenta corriente aumente en varios dígitos más.

—¿Y qué tiene que ver eso conmigo?

—Mucho, aunque no lo creas. Aún no has salido del rancho, pero en cuanto lo hagas, buscará la forma de ponerse en contacto contigo.

—¿Por qué crees que iba a hacer algo semejante?

—Eres la hija de Leonardo Morales.

Escuchar el nombre de su padre hizo que el corazón le latiese más deprisa de lo normal.

—Que yo sepa, mi padre era un simple capataz.

Los ojos color ámbar de Cooper se tornaron más oscuros.

—Tu padre era más que eso.

Ella alzó los brazos, pero no supo por qué, los dejó caer de nuevo.

—No entiendo ni una sola palabra de lo que intentas decirme, Cooper. Deberías dejarte de acertijos y ser más claro.

Cooper sondeó el rostro de ella y se perdió en sus ojos. Cada día estaba más

guapa. Los pantalones vaqueros solo hacían resaltar sus caderas y su precioso trasero; y el jersey de lana, de un color indescifrable para un hombre, marcaba de una manera arrebatadora la curva de sus senos, pequeños pero sugerentes. Se obligó a mirarle de nuevo a la cara cuando ella arqueó las cejas, como si supiera que la estaba comiendo con la mirada.

—Tu padre, además de mi capataz, era un buen amigo. —Él sonrió de una forma peculiar—. Una persona inteligente y, lo más importante, era un trabajador leal.

Ella quiso descifrar el mensaje que encerraban las palabras de Cooper, sin embargo, no lo consiguió.

—¿Qué está pasando aquí, Cooper?

Él pareció obviar la pregunta de Grace a propósito.

Una idea de lo más descabellada pasó por la mente de Grace.

—¿Quién pagó mis estudios? —Era una pregunta que le había estado rondando durante las últimas horas. Su padre había guardado algo más que recuerdos en la carpeta negra que ella había encontrado en el barracón.

El rostro de Cooper pasó por varias fases: incredulidad, duda y recelo. Esta última dio paso a un gesto insondable.

—Tu padre y las becas, supongo.

—¿Por qué tengo la impresión de que me estás mintiendo?

Él introdujo las manos en los bolsillos delanteros del pantalón y luego bufó.

—Yo no he pagado tus estudios, Grace —protestó con los músculos de la mandíbula cada vez más tensos.

Grace dudó varios segundos, sin embargo, algo en el rostro de Cooper le dijo que iba por buen camino.

—Quiero saber la verdad, Cooper. Merezco saber la verdad —aclaró.

Él sacó las manos de los bolsillos y con una de ellas, se mesó el pelo.

—No existe ninguna verdad, Grace. —Intentó que su voz sonase tranquila—. Tu padre pagó tus estudios —insistió.

—Tengo mis dudas al respecto.

Cooper se paseó por la estancia durante varios segundos, se detuvo frente a la ventana de nuevo; pronto llovería. El día gris parecía ser un reflejo de su estado de ánimo.

Tenía dos opciones: o seguir con esa mentira o decir la verdad a Grace.

—A veces las cosas no son como uno piensa —comenzó evasivamente.

—¿Y cómo son, según tú?

Cooper arrugó el ceño, no obstante, no dejó de mirar tras los cristales.

—Llevas muchos años fuera de aquí, del rancho —aclaró—. Los suficientes para que muchas cosas cambien, incluso las personas.

—Cooper, tengo la convicción de que las cosas en el rancho no van bien. Me gustaría que me dejaras ver las cuentas.

Cooper dejó la ventana a su espalda y centró su mirada en ella.

—¿Por qué?

Ella recordó la carta de su padre y tuvo que recurrir a toda su paciencia para no salir de aquel despacho y no regresar nunca más al rancho. Era cierto que las becas le habían ayudado a costearse los estudios, pero no había sido suficiente. Había revisado los papeles de su padre y algo le decía que Cooper le había ayudado a sufragar sus estudios.

—Soy contable —afirmó con rotundidad—, y dicen que de las buenas.

—No es buena idea, Grace.

—¿Puedo saber por qué?

—Supongo que te irás en un par de días —le dio la espalda con gesto adusto—. Tu trabajo te espera y aquí ya no queda nada para ti.

Aquellas palabras le dolieron, quizá porque tenía razón. Su padre ya no estaba, Cooper estaba en lo cierto, a ella no le quedaba nada en el rancho, solo recuerdos dolorosos que intentaba por todos los medios dejar atrás.

Recordó el último fragmento de la carta de su padre y el mapa de las cruces rojas.

—Podría ayudar.

—No.

Grace se fijó en la tensión de los músculos de la espalda de Cooper.

—El orgullo no lleva a buen puerto, Cooper.

Él soltó una risa poco esclarecedora.

—No me debes nada, Grace. —Ella se limitó a mirarlo y Cooper cedió—. No te voy a mentir, pero tampoco soy yo quien debería comentarte nada al respecto—continuó—. Me prometí a mí mismo cuando murió mi padre que de mi boca solo saldría la verdad —comentó a modo de explicación—. Bastantes han sido las mentiras con las que hemos tenido que vivir en esta casa.

La voz de Cooper era suave y profunda.

—Lo siento, quizá no debería haber sido tan directa...

—Eres como una bala letal, Grace. Conoces perfectamente cuál es tu objetivo.

Hizo una pausa y ella bajó la mirada, incapaz de mirarlo a los ojos.

—Soy demasiado impulsiva y eso me lleva por caminos espinosos y

embarrados.

—Se te dan bien las metáforas.

Ella soltó un bufido de lo más audible y después cruzó los brazos, quizá para aparentar indiferencia. El gesto hizo que sus senos se elevaran, detalle que no pasó inadvertido para Cooper.

—Deberíamos poner todas las cartas sobre la mesa.

—Y eres tú el que habla de metáforas...

Una sonrisa afloró en la boca de Cooper.

—*Touché.*

—Necesito que seas sincero conmigo.

Cooper supo que no tenía elección. Conocía lo suficiente a Grace para saber que no pararía hasta encontrar las respuestas que buscaba. Ni siquiera se le había ocurrido mirar las pertenencias personales de Leonardo, sin embargo, cuando Ringo le comentó que Grace había estado allí, él quiso cerciorarse. Los libros seguían en la estantería, pero no así las carpetas que él recordaba haber visto con anterioridad.

Su capataz había sido un hombre minucioso con respecto al rancho; no le cabía la más mínima duda que Leonardo guardaba mucha información de sus indagaciones. Había sido un verdadero estúpido al no haber hecho una limpieza más exhaustiva, pero todo había ocurrido tan deprisa que ni tan siquiera se había percatado de que toda aquella información seguía en las estanterías.

Grace lo había hecho por él y por nada del mundo quería que corriese ningún peligro. Sus hombres eran su mayor preocupación y ahora, Grace encabezaba esa lista.

—El rancho está pasando por una mala racha —comenzó diciendo él—. Hay pérdidas que no creo que recuperemos en años. Los piensos han alcanzado un precio récord y nuestro ganado se muere o desaparece... —Se interrumpió buscando las palabras más adecuadas—. Si seguimos así, estaremos en bancarrota antes de que termine el verano.

El silencio se hizo otra vez entre ellos. La mente de Grace bullía intentando analizar la situación.

—¿Por eso os habéis reunido los rancheros de la zona?

—Estás bien informada.

Grace jamás le confesaría que había sido Wolf quién le había dado la información pertinente.

—Necesito ver la contabilidad, Cooper. Es la única manera en que puedo ayudar.

—No creo que sea buena idea.

La respuesta la dejó aturdida y fría.

—Solo intento ayudar.

—Lo sé.

Se sintió atarida.

—Si no me dejas ayudarte, ¿por qué me has hecho llamar?

Cooper notó que ella estaba tensa. Cómo explicarle que solo había querido verla, sentirla cerca por unos minutos, a solas.

—Como te he comentado, tu padre y yo teníamos una buena relación. Él ha hecho muchas cosas por mí y yo por él, pero ese tiempo ya ha terminado. — Exhaló un suspiro de derrota—. No te puedo pagar, Grace.

—No te estoy pidiendo dinero —su voz flaqueó—, ya te dije que solo quería ayudar y después de lo que me has contado, reivindico mi derecho a permanecer en el rancho al menos unas semanas más.

Cooper apoyó el peso sobre una pierna.

—No te he hablado de todo esto para que te quedes con nosotros, Grace. Bien sabe Dios qué te mereces algo mucho mejor.

—Eso lo decidiré yo, no tú.

Cooper se frotó el puente de la nariz y cerró los ojos por un momento; se ordenó tranquilizarse.

—Dos semanas, Grace.

Ella se quedó quieta, ladeó la cabeza y lo miró con intensidad.

—¿Me estás dando un ultimátum?

—Llámalo como quieras, pero dentro de dos semanas tendrás que hacer las maletas y volver a Nueva York.

Ella se asió las manos con fuerza sin saber muy bien qué decir.

—Lo siento.

Grace sabía que poco podía hacer al respecto, no podía negarle lo que le estaba pidiendo.

—A ver si lo entiendo, ¿no quieres que hable con Wolf y tampoco quieres que yo haga ningún tipo de aportación al rancho?

Él intentó buscar las palabras más adecuadas, pero para su decepción, no las encontró. Solo pudo decir:

—Exacto.

—Y ¿puedo quedarme en Aspen, o eso me lo vas a impedir también?

—Imagino que la Gran Manzana te espera.

Grace no se lo podía creer; la quería lejos del rancho. Se giró con la

intención de huir del escrutinio de su mirada porque si algo tenía claro era que no se iba a ir de allí sin haber cumplido el último deseo de su padre.

—Otra cosa más.

Ella se volvió con una mezcla de sorpresa y enfado.

—Te agradecería que durante tu estancia aquí —suavizó su tono— ayudases a Becca en sus estudios. Las matemáticas no son su fuerte.

Grace estaba enfadada, se dirigió a la puerta con ganas de decirle cuatro verdades a Cooper, sin embargo, sabía que esa actitud no la iba a llevar a ninguna parte. Había bregado con muchos empresarios pedantes y orgullosos para saber que estaba en lo cierto. Cuando ya tenía la mano en el pomo, le dijo sin girarse:

—Becca irá al baile de fin de curso, te lo comento para que vayas haciéndote a la idea.

La protesta de Cooper se perdió al cerrar la puerta tras de sí.

CAPÍTULO 10

En el pasado, Grace siempre había disfrutado de cada rincón de Aspen; ahora la ciudad no le parecía tan grande como hacía unos años, pero no había perdido un ápice de su encanto.

Aparcó la ranchera que le había prestado Ringo frente a la tienda de Gucci y apagó el motor; así era Aspen, llena de contrastes, con sus cinco mil habitantes. Podías encontrar todo el *glamour* de las estrellas de Hollywood en un sencillo establecimiento y a los pocos metros, un hotel de ciento cincuenta años de antigüedad.

Abrió la puerta del coche y pisó el asfalto. Una nube densa salió de su boca; aún era muy temprano y el frío de la mañana se colaba por los huesos a pesar de que iba bien abrigada. Se frotó con energía las manos y se envolvió en su abrigo.

Un grupo de turistas ataviados para hacer frente a las inclemencias del tiempo y con los esquís sobre los hombros se cruzaron en su camino. Supo que eran españoles nada más escuchar la conversación distendida que mantenían; alguno de ellos había debido hacer alguna broma porque los demás reían mientras sus frases se entrecortaban.

Su padre, un hombre atado a sus raíces, había querido que ella no olvidase el idioma de los suyos, de sus abuelos. Hoy en día se lo agradecía; le abría muchas puertas, puesto que el castellano era una de las lenguas más habladas en el planeta.

Siguió su camino hasta encontrar lo que estaba buscando: la pequeña tienda de antigüedades. Era un establecimiento coqueto, de grandes cristaleras, donde el color blanco era el protagonista. En fin, una fachada de lo más atrayente. Amber se encontraba en ese mismo instante arrodillada dentro del escaparate. Eran tan menuda que se movía con agilidad y una gracia sutil por aquel pequeño espacio. Supuso que le estaba dando los últimos retoques a la decoración, por la diversidad de colores y formas supo que se trataba de un tema muy primaveral.

Se acercó y golpeó con suavidad el cristal. Amber levantó la cabeza y su sonrisa resplandeció en su rostro al observar quién había al otro lado.

Grace le devolvió la sonrisa. No esperó, empujó la puerta y entró en la tienda; un aroma acogedor y decenas de mariposas de papel con aspecto

avejentado colgadas del techo la recibieron.

—¡Grace Morales, por fin te dignas a hacerme una visita! —la saludó Amber feliz.

Grace y Amber se fundieron en un abrazo.

—Siento haber tardado tanto, pero tenía cosas que hacer en el rancho.

—Sí, lo sé. No debe estar siendo fácil. —Amber volvió a abrazarla—. Siento muchísimo lo de tu padre.

—Gracias. —Grace sabía que era así; ese dolor no era fingido.

—Demasiado tiempo lejos de casa, Grace.

Grace sabía que Amber llevaba razón. Había querido dejar atrás el rancho y a Cooper por unas horas. Los daños colaterales de seguir en Aspen, según comprobaba día a día, eran devastadores.

—Encontraré la forma de que me perdones, Amber.

La hija de Ringo le tomó de la mano.

—No hay nada que perdonar, Grace. Lo importante es que ya estás aquí.

«Demasiado tarde», pensó.

—Me alegro muchísimo de que estés en Aspen. No quiero ni pensar en los años que han pasado desde la última vez que nos vimos.

—¡Y tú, mírate, estás genial! —exclamó Grace intentando cambiar de tema. No deseaba que su reencuentro con Amber estuviese empañado por las lágrimas.

Su amiga estaba preciosa, con un vestido ceñido a la cintura que realzaba su espléndida figura.

—Muy años cincuenta —continuó diciendo Grace al apreciar el tono verde oscuro del vestido con estampado de lunares beige.

Amber supo ver el giro que había tomado la conversación. Grace se merecía un rato de esparcimiento y ella no la iba a defraudar. Sabía por boca de Jake que las cosas en el rancho no iban como esperaban y que el regreso de Grace no hacía ningún bien a Cooper.

—Ya me conoces, debería haber nacido al menos cincuenta años antes para ir acorde a mi modo de vestir.

Grace lo sabía; Amber siempre había sentido pasión por la época dorada de Hollywood y ese vestido era la prueba viva de ello.

—Jake me dice que te vas aclimatando.

Grace enhebró su brazo con el de su amiga y se dirigió hacia el mostrador.

—Tengo entendido que tú estás muy aclimatada a Jake.

Un leve rubor se extendió por las mejillas de Amber.

Grace se compadeció de ella.

—Hagamos una cosa; muéstrame primero la tienda y luego, me cuentas todo lo referente a Jake.

Amber se llevó la mano hasta su preciosa melena color azabache y con un gesto despreocupado apartó un mechón detrás de la oreja.

—Imagino que de lo segundo no me libro.

Grace sonrió de una forma que le dio a entender a Amber que no tenía ninguna escapatoria.

La tienda de antigüedades tenía estilo, o eso al menos fue lo que pensó Grace al observar cada uno de sus detalles. Los muebles que hoy en día estarían acumulando polvo en el desván tenían un aspecto renovado al haberse tapizado de nuevo con colores neutros; otros, envejecidos a propósito habían sido pintados dándoles un aspecto muy original y elegante.

—No te imaginas de todo lo que se puede deshacer la gente —le comentó Amber mientras le mostraba una cómoda clásica, decapada de color claro, o las esferas de relojes que tenían como único objetivo decorar a modo de cuadros. Se veía a leguas que su amiga había trabajado muy duro a la hora de convertir su sueño en realidad.

—Siempre te han gustado las antigüedades —comentó Grace mientras se llevaba la taza de café a los labios.

Se encontraban en la trastienda. Una ínfima cocina, un baño diminuto y un sillón, que según Amber podía convertirse en cama, ocupaba un espacio que a Grace le pareció de lo más acogedor.

—Sí. Debo de haberlo heredado de mi madre. Ella siempre sabía lo que hacer con una silla vieja o con una mesa destartada —explicó con mirada soñadora—. Cuando murió supe que debía concentrar todas mis energías en darle forma a sus sueños; imagino que es una forma de honrar su memoria.

Grace la entendió perfectamente; no estaba haciendo ella lo mismo con la documentación que había encontrado en el barracón de su padre.

—Estaría muy orgullosa de ti.

Los ojos de Amber brillaron a causa de la emoción.

—Bueno, ya está bien de penas. Cuéntame —le comentó ofreciéndole otra taza de café.

Grace pensó que pocas alegrías podía contarle a su amiga de la infancia. Su regreso no había sido todo lo maravilloso que hubiera deseado.

—No hay mucho que contar, la verdad —comentó mientras la observaba sobre el borde curvo de la taza—. Soy una desconocida hasta para mí misma, limpio, cocino y ahora, según órdenes de Cooper, daré clases de matemáticas a Becca.

El tono de desilusión de Grace no pasó inadvertido para Amber.

—Por lo que veo te has mantenido ocupada.

—Ni te lo imaginas.

—Hasta ahora he hecho lo que he podido —se justificó por su ausencia en el rancho—, pero la tienda me ha llevado todas las horas habidas y por haber.

—El rancho no es tu responsabilidad, Amber.

—Tampoco lo es para ti.

Grace sabía que debía cambiar de tema, sin embargo, no lo hizo.

—Me siento responsable.

Amber la miró con curiosidad.

—¿Y a qué se debe esa carga sentimental?

Tenía que confiar en alguien y si no podía hacerlo con su amiga; estaría perdida.

—Verás... es complicado, pero Cooper no confía en mí. No quiere que revise la contabilidad del rancho. Yo podría ayudarle, al menos ofrecerle otro enfoque respecto a las finanzas, pero ya le conoces, tiene la cabeza más dura que una roca. Tengo la impresión de que lo único que quiere es que vuelva a Nueva York lo antes posible. —Bebió otro sorbo de café—. Y hay más. Creo que ayudó a mi padre a pagar una buena parte de mis estudios.

Amber abrió tanto la boca que a Grace le recordó a un pez fuera del agua.

—¿Por qué quieres revisar las cuentas del rancho? ¿Y por qué razón crees que Cooper ha pagado tus estudios universitarios?

Las preguntas se amontonaban, Grace respiró profundamente para darse fuerzas.

—No estoy segura de nada, Amber. El rancho está en serios problemas económicos; respecto al pago de mis estudios, es más una intuición que otra cosa.

—Jake no me ha comentado nada al respecto.

—Hay un hermetismo total respecto a ese tema, así que no me extraña que no sepas nada.

—¿Por qué estás tan segura?

—¿Respecto al rancho?

Amber asintió mientras se le dibujaba un rictus amargo en la boca.

—Hay documentación, facturas y notas que mi padre guardaba en su barracón.

Amber abrió boca y la volvió a cerrar de golpe.

—¿Crees que tu padre...?

—Mi padre me conocía muy bien, Amber. Él estaba seguro de que volvería para su entierro. De alguna manera también había previsto que revisaría sus cosas, sus papeles, sus pertenencias...

—Tú... ¿Realmente crees eso?

Esa pregunta había retumbado en su cabeza un millar de veces.

—No sé qué pensar, Amber. Probablemente, no —quiso quitarle hierro al asunto. No debía sacar conclusiones precipitadas—. Me ha dado un ultimátum.

—¿Ultimátum? Quién, ¿Cooper?

Grace asintió.

—He llegado a pensar que estas últimas semanas con la apertura de la tienda, mi vida iba de sorpresa en sorpresa, pero después de escucharte, creo que se queda en un esbozo. —Tomó otro sorbo de café mientras intentaba asimilar las últimas novedades—. ¿A qué te refieres exactamente?

Grace soltó todo el aire contenido en el interior de sus pulmones de golpe.

—En dos semanas debo abandonar el rancho.

Amber abrió los ojos a su máxima expresión y los clavó en su amiga.

—Repíte eso.

—Al parecer, no quiere verme en el rancho y así debería ser porque lo único que quiero es volver a Nueva York; sin embargo, hay algo que me saca de mis casillas. Él parece más empeñado que yo en que me vaya.

Amber se levantó, dejó su taza sobre la encimera —si a ese pequeño cuadrado de formica se le podía llamar así— y se volvió para centrar toda la atención en su amiga.

Grace no se merecía algo así después de haber perdido a su padre. Se preguntó por enésima vez qué había ocurrido aquella vez que Cooper había salido en busca de Grace cuando ella, sin permiso de su padre, había acudido a aquel baile. Grace debía tener alrededor de diecisiete años por aquel tiempo; lo único que se comentó a su llegada es que cuando Cooper los encontró, la hija del capataz del B.C. bailaba de forma muy sensual junto a Wolf.

Amber apartó aquel pensamiento de un solo plumazo, eso había ocurrido hacía demasiados años. Ahora eran todos adultos y no merecía la pena sacar a relucir el pasado.

—No entiendo la decisión de Cooper, la verdad, Grace. Siempre hemos sido

como una gran familia y nos hemos apoyado los unos a los otros —frunció los labios—, sí que es cierto que ha habido desavenencias; pero en qué familia no las hay. —Amber pensó en los que ya no estaban y la sensación de vacío se intensificó—. Podrías quedarte conmigo las próximas dos semanas —dijo de repente.

—¿Aquí?

—Mujer, no está tan mal. Es pequeño, eso es todo.

Amber había malinterpretado su expresión.

—No me quejo, Amber. Creo que es la mejor oferta que me han hecho hasta ahora. —Pensó en la de Wolf, pero la desechó en el acto—. Sin embargo, si me quedo, ¿dónde dormiréis Jake y tú?

—Bueno... —comenzó diciendo Amber—, Jake no duerme todos los días aquí. Así que...

—Amber —la interrumpió Grace—, te lo agradezco, de veras, sin embargo, una de nosotras debería ser feliz; además de poder disfrutar del mejor sexo.

La sonrisa de Amber mostró unos dientes perfectos y blancos.

—Dicho así, suena bien.

—Ya está bien de hablar de mí. No imaginas la sorpresa que me llevé cuando Jake me comentó lo vuestro.

Los ojos de Amber se iluminaron en el acto y Grace pensó que ese era el mejor indicador de que una mujer estaba enamorada.

—Ocurrió de repente, Grace —comenzó a decir Amber—. Un día le pedía ayuda con unas estanterías; él vino e hizo un trabajo impecable, como era de esperar, ya conoces a Jake. —Al ver que su amiga sonreía y asentía, continuó—. Estaba más callado que de costumbre e imaginé que podía estar preocupado por algo o que realmente no le apetecía estar aquí, conmigo. Eso me desconcertó.

—Jake no suele ser un hombre taciturno.

—Eso pensé yo. —Amber cruzó los brazos y prosiguió—. Le pregunté que si le ocurría algo y él lo único que me respondió era que si me había divertido con Richard la noche anterior.

—¿Richard?

—Richard Aston, uno de los hombres de Wolf. Me invitó a salir.

—¿Guapo?

—Más bien interesante y todo un caballero.

—Vaya, ¿aún existen ese tipo de hombres?

Los labios de Amber esbozaron una gran sonrisa.

—Créeme si te digo que sí. Puedo presentártelo si quieres.

—En mi vida no hay espacio ni tiempo para hombres, pero no nos vayamos por las ramas, ¿qué pasó entonces?

—A Jake le dije que todo había ido genial y que Richard fue muy atento conmigo.

—Por tu cara veo que fue una respuesta equivocada.

—Ya te digo yo que sí. —Amber sopló con fuerza—. Se marchó de la tienda, Grace, y cerró la puerta de forma tan abrupta que pensé que la había sacado de las bisagras. ¿Te lo puedes creer?

Grace se imaginó a Amber en la situación y sintió lástima por ella.

—Pero doy por hecho que volvió.

—Al día siguiente.

—¿Y...? —preguntó Grace con un tono de máximo interés.

—Llegó, me abrazó con fuerza, y sin previo aviso, sin que pudiera hacer nada al respecto, me besó apasionadamente.

Grace abrió la boca desmesuradamente y la cerró de golpe.

—¿Jake hizo eso?

—Me quedé helada. Tardé en reaccionar varios segundos, pero más por el beso que por el hecho de que fuera Jake el que me besaba.

—¿Hablas en serio?

—¡Dios, Grace! —exclamó—, no tengo ni idea de dónde ha aprendido a besar así.

—Sigue —instó cada vez más interesada Grace.

—Fue entonces cuando me dijo que, a partir de ese momento, él sería el único hombre que me besaría, que estaba loco por mí y que esperaba que yo sintiera lo mismo por él.

—¿Y tu respuesta fue...? —Grace hizo un ademán con la mano animándola a continuar.

—No sabía muy bien cuál debía ser mi siguiente paso. Estaba aturdida.

—¿Así que...?

—Lo besé.

—¿En serio?

—Grace, no sé cómo explicarlo, sentí un calor líquido en ciertas zonas de mi cuerpo que me hicieron temblar. Nadie había conseguido algo parecido hasta ahora, excepto Jake. Que un beso pudiera producir una sensación tan exquisita, tan parecida a un orgasmo.

—Por el amor de Dios, Amber.

—Esa es últimamente mi frase favorita.

Grace sonrió abiertamente al ver el gesto abrumador de Amber.

—Pero ¿tú habías sentido alguna vez algo por él?

—Siempre hubo algo, pero lo escondí en el rincón más recóndito de mi cerebro. Me decía a mí misma que era mi mejor amigo, que no debía complicar las cosas...

—No sabía lo que sentías por Jake, Amber —se levantó y abrazó a su amiga—, pero me alegro tanto por vosotros...

—Tenía miedo de confundir mis sentimientos, Grace, por eso me mantenía alejada de él. —Se sintió reconfortada por los brazos Grace—. No deseaba renunciar a él, ni a su amistad; así que comencé a salir con otros hombres y ver lo que pasaba.

—¿Y eso desencadenó los celos de Jake?

—Eso me temo. Es como si de repente, se hubiera movido una pieza e hiciese caer a toda una fila del dominó.

—Me alegro tanto por vosotros —repitió.

Amber sabía que Grace lo decía en serio.

—Ven, quiero enseñarte algo.

Ambas salieron de la trastienda.

—¿Cuándo inauguras la tienda?

—En un par de días, solo quedan un par de detalles burocráticos que a mi modo de ver no revisten demasiada importancia.

Grace siguió a Amber hasta el mostrador; allí, Amber abrió un cajón y extrajo una especie de libro. Leyó en la portada un título: «Nuestros recuerdos».

—Es algo en lo que llevo tiempo trabajando.

Grace lo abrió y se le paró el corazón ipso facto.

Cada página contenía al menos cinco fotos. Eran imágenes antiguas, de cuando Jake, Amber y ella jugaban despreocupados y ajenos a todos los problemas en el rancho. Pasó varias páginas, y en ellas pudo ver plasmada su evolución, cómo crecían. Estaban todos, incluidos su padre, además de Faith y Cooper... incluso al final del álbum se encontraba Becca cuando no era más que un bebé.

Algo en su interior se revolvió aún más, como si eso fuera posible.

—Es maravilloso.

Fueron las únicas palabras que pudo pronunciar.

—Tu padre me dio la mayoría de las fotos; me dijo que te iba a encantar cuando lo vieses.

—Y tenía razón.

Grace hizo un esfuerzo titánico para no echarse a llorar.

—Quiero que te lo quedes.

Levantó la vista y parpadeó.

—Yo tengo uno igual. Hice copias de las fotos. A tu padre le pareció una idea magnífica cuando se lo propuse; tengo que reconocer que fue de gran ayuda, sin su colaboración hubiese sido del todo imposible llevarlo a cabo.

—No sé qué decir, Amber...

—Un simple «gracias» es más que suficiente.

Grace acercó el álbum a su corazón y abrazó a su amiga. Los recuerdos de su niñez y juventud quedaron atrapados entre ambas.

—Gracias por tantos recuerdos, por mostrarme mis raíces.

—Siempre es un verdadero placer, amiga.

El ruido del motor de una ranchera hizo que las dos mujeres desviasen la mirada al exterior. Grace reconoció de inmediato el vehículo.

—¿Es Cooper?

—Eso parece —respondió Amber acercándose a la puerta.

Pero al contrario de lo que supuso Grace, Cooper no se dirigió a la tienda de su amiga sino a la de enfrente.

—Sí, es él —confirmó Amber—. Va a la tienda de Claire.

—¿Quién es Claire? —inquirió Grace a sabiendas de que quizá no le gustase la respuesta.

—Es diseñadora, aunque Jake se empeñe en llamarla modista. —Los labios de Amber se curvaron suavemente—. Este vestido está diseñado por ella. Es una mujer con un gran talento.

Grace no pudo evitar volver a echar otro vistazo al vestido; no era para nada su estilo, sin embargo, tenía que reconocer que la tal Claire había realizado un gran trabajo. Sus ojos se perdieron de nuevo detrás de los cristales del escaparate; los andares de Cooper eran seguros y tenían un objetivo muy concreto.

Una mujer de unos treinta años, rubia y con un cuerpo de infarto, salió a recibirlo, le sonrió y lo besó en una de las mejillas. Las entrañas de Grace se revolviéron, provocándole náuseas. Nunca había sabido lo que eran los celos hasta ese mismo momento.

Cooper habló unos segundos con ella; seguidamente, la tomó delicadamente por los hombros y ambos entraron en el interior del establecimiento.

—Es guapa.

—Mucho.

Amber se volvió a Grace y pudo ver una mezcla de sentimientos reflejados en sus ojos. Lo sentía por su amiga; ya había sufrido demasiado y esto era la guinda de un pastel muy amargo.

Grace leyó el letrero que coronaba la puerta:

Diseños Claire Forcher.

Ahí estaba la razón por la cual deseaba Cooper que ella abandonase el rancho.

CAPÍTULO 11

Grace salió de la tienda de antigüedades con un resquemor en el estómago; no pudo evitar volver la mirada a la tienda de Claire Forcher. No se veía ningún movimiento y eso hizo que su imaginación se disparara. Amber había sido muy clara al respecto. Al parecer, no era la primera vez que Cooper visitaba a la diseñadora y según ella, la relación entre ambos parecía ser fluida.

Aquellos pensamientos drenaron su mente de tal forma que estuvo a punto de chocar con una persona que paseaba en dirección contraria a ella.

—Grace Morales, me alegro de verte.

Grace se sobresaltó y no tuvo otra opción que volver toda su atención al hombre que en ese momento se quitaba el sombrero para saludarla. Wolf estaba frente a ella, con una gran sonrisa en los labios; se le veía relajado y sin demasiada prisa por alejarse de allí.

—Wolf —le saludó ella intentando que el estómago dejase de darle vueltas. Ver a Cooper con la diseñadora le había revuelto el desayuno.

—Veo que por fin has decidido salir de la fortaleza.

Wolf observó como las cejas de Grace se unieron en un movimiento molesto, sin embargo, no iba a dejar pasar esa oportunidad.

—En este preciso instante iba a tomar un café, ¿te apetece uno?

Grace iba a rechazar la invitación cuando la puerta del establecimiento de Claire Forcher se abrió. Primero vio salir a Cooper, iba tan concentrado en la conversación que mantenía con la diseñadora que no se percató de la presencia de ella ni de Wolf al otro lado de la acera.

La mujer no paraba de hacer aspavientos con las manos mientras hablaba sin parar, al parecer tenía mucho que decir aún, mientras Cooper sonreía y asentía. Se le veía a gusto con la compañía y distendido.

Los celos la atravesaron como un hierro candente.

—¿Sigue en pie ese café? —preguntó sin ni tan siquiera mirar a su acompañante.

Wolf, siendo consciente de la escena, se inclinó para hablarle al oído.

—Por supuesto, y te aseguro que será más dulce que el momento que estás contemplando.

Ella escuchó el comentario de Wolf, pero no quiso entrar en detalles. Tenía que reconocer que Claire Forcher era una mujer muy atractiva que sabía actuar en presencia de los hombres; no como ella. Además, su atuendo era impecable, un motivo más para odiarla. Un vestido corto de aire retro estampado, acompañado de unas botas altas de color marrón, marcaba una silueta envidiable. Nada que ver con su estilo en ese momento. Odiaba Colorado, necesitaba volver a Nueva York de una vez por todas o se volvería loca.

En ese instante, Cooper se giró en dirección a su ranchera, quizá para dejar la enorme caja que llevaba debajo del brazo. La sonrisa de él al verla desapareció como por arte de magia.

Grace supo, que si las miradas matasen, ella caería fulminada en ese mismo momento al suelo.

Los ojos de Cooper dejaron de acribillarla para posarse en la figura de Wolf. La temperatura, ya de por sí fría en el ambiente, pareció bajar diez grados de golpe.

Tenía que reconocer que Wolf estaba muy cerca de ella, quizá demasiado, no obstante, ella aprovechó esa circunstancia.

—¿Nos vamos?

Supo que su acompañante estaba sonriendo por la mirada asesina de Cooper. Claire observaba la escena con los brazos cruzados bajo el pecho, quizá a causa del frío, sin entender absolutamente nada. Al menos esa fue la impresión de Grace.

—¿Me permites?

Wolf depositó una mano en su cintura y Grace estuvo a punto de dar un respingo, sin embargo, supo contenerse a tiempo. Aceptó su proximidad y dio la espalda a Cooper. Era consciente de que él seguía agujijoneándola con la mirada, pero ella intentó ignorarlo, sin conseguirlo.

—Yo no soy el malo de esta película, Grace.

Ella sacudió sus pensamientos con fuerza hasta que su mente embotada volvió a reaccionar.

—¿A qué te refieres con eso? —preguntó con curiosidad.

—Un café y un poco de tu tiempo será lo único que necesite para explicarte mi forma de ver todo este embrollo.

Grace no supo a lo que se refería Wolf, sin embargo, tenía demasiadas preguntas sin respuesta, y ella no iba a ser quien cerrase ninguna puerta.

Se dejó llevar por Wolf sin poder deshacerse de la imagen que giraba una y otra vez en su mente: la figura hierática de Cooper al otro lado de la acera.

—¿Intentas que me trague eso?

Wolf jugueteó con su taza de café mientras observaba detenidamente a su acompañante de mesa. No le cabía la más mínima duda de que Grace Morales era una mujer muy inteligente.

—Imagino que no te estás refiriendo al café...

Grace hizo un rictus poco amable con los labios que no llegó a ser nunca una sonrisa.

—Verás, Grace, no todo es blanco y negro. Hay escalas de grises.

Ella reparó en el hombre que tenía ante sí, mientras la advertencia de Cooper resonaba en su cabeza. Estaban en una de las cafeterías más conocidas y concurridas de Aspen. Los turistas se agolpaban por doquier, sin embargo, ellos habían encontrado un reservado íntimo al fondo del establecimiento.

—Según tú, las pérdidas del B.C. se deben a una mala administración. ¿Qué pasó con el antiguo contable?

—Desapareció —terminó por decir Wolf.

—¿Qué quieres decir con que desapareció?

—No lo sé exactamente, ya conoces a Cooper, es una tumba respecto a sus intereses, pero la gente habla y yo saco mis conclusiones.

—¿Por eso me ofreciste un puesto en tu rancho? ¿Crees que voy a trabajar para Cooper?

Wolf respondió a la pregunta con otra pregunta.

—¿Acaso no es eso lo que vas a hacer?

—De momento no he decidido nada, además, tengo que regresar a Nueva York en breve.

—Vaya, vaya...

—Sois dos hombres adultos, Wolf. ¿Por qué no arregláis vuestras diferencias de una vez por todas?

Wolf no pudo reprimir una sonrisa ante aquella pregunta.

—Empezó él, Grace.

Ella soltó el aliento de golpe.

—¿Por lo que ocurrió en aquel estúpido baile? ¿Aún sigue interponiéndose entre vosotros esa vieja rencilla?

Las cejas de Wolf se unieron en un movimiento molesto.

—Yo no lo llamaría «estúpido baile». Y te recuerdo que fue él quien me

rompió la nariz.

—Por el amor de Dios, Wolf... —Grace intentó por todos los medios no perder la paciencia.

—Él era ya un hombre cuando se presentó allí, reclamándote, yo solo un muchacho a punto de comenzar el segundo año de carrera. —Decidió proseguir al comprobar que tenía toda la atención de Grace—. Sus aires de grandeza, su estúpido orgullo hizo que yo quedara al ras del polvo.

Grace no daba crédito a lo que escuchaba.

—Wolf, han pasado ocho años desde todo aquello. No podemos dejarnos guiar por el rencor, por el pasado. Nada de esto tiene sentido.

—Esto no es Nueva York, Grace. Aquí —hizo cierta presión con el dedo índice sobre la mesa— se hacen las cosas de forma diferente. Estaba celoso de nuestra amistad, de nuestra relación.

—Wolf, por favor...

Grace recordaría aquel maldito baile hasta el final de sus días. Tras aquella fatídica tarde, su vida cambió para siempre. A sus diecisiete años, recordaba estar enfadada con el mundo, con su padre y con todos aquellos que pensaran de forma diferente a ella. Quizás por esa razón había decidido traspasar los límites y asistir al baile sin el consentimiento paterno. Escaparse le había parecido toda una aventura en ese momento, un acto de rebeldía que nunca pensó que pudiera tener consecuencias tan fatídicas para ella y para la gente que quería.

Lo que nunca imaginó es que cuando estaba en brazos de uno de los chicos universitarios más populares y atractivos de Aspen, aparecería Cooper con cara de pocos amigos.

Recordó como la música se desvaneció en el acto y todos los asistentes parecieron convertirse en estatuas de piedra cuando Cooper cerró los puños y traspasó el umbral con paso beligerante hasta ella. Aquel día, su mundo se desmoronó.

Wolf se negó a soltarla. Cooper no pronunció una sola palabra. Su mirada hostil parecía hablar por él. Ella protestó, pero no le sirvió de nada. Ante la arrogancia de Wolf, Cooper no se lo pensó dos veces y estrelló el puño en el rostro de su acompañante.

La vuelta al rancho estuvo envuelta por el silencio más absoluto. No hubo reproches ni acusaciones. Después de ese desastroso encuentro, su vida giró ciento ochenta grados porque semanas después ya iba camino de la universidad, lejos del rancho, de sus amigos, de su padre y Cooper.

Lo que nadie sabía era que ella estaba perdidamente enamorada de Cooper y

sus sentimientos contradictorios le acompañaron muchos meses hasta que el paso del tiempo hizo su trabajo y dejó que aquel sentimiento fuera solo un residuo en su corazón, hasta entonces.

—El B.C. ha sido uno de los ranchos más productivos de la zona, al menos hasta hace unos meses —continuó Wolf haciendo caso omiso al ruego de Grace—, pero las tornas han cambiado y del todo ha llegado a la nada. Creo, y no quiero con ello juzgar a nadie, que Cooper ha tropezado con su propio karma. Tú eres una gran profesional y doy por hecho que aún no te ha mostrado las cuentas del rancho. ¿Estoy en lo cierto, Grace?

Ella se negó a responder a esa pregunta.

—¿Tú crees en el karma? Nunca lo habría imaginado.

—Creo en muchas cosas, Grace —repuso él en tono hosco enfatizando su nombre.

Grace era presa de un sinfín de emociones contradictorias. Allí estaba, con el hombre más odiado por Cooper, tomando un café, algo que no iba a resultar nada beneficioso para sus nervios, ya a flor de piel. Wolf seguía manteniendo su atractivo.

—El hecho de cómo Cooper lleve su rancho no es de tu incumbencia, Wolf. Por el bien de vuestros empleados y de vuestros ranchos es mejor que enterréis el hacha de guerra de una vez por todas.

Wolf soltó una carcajada de lo más estridente.

—Odio con todas mis fuerzas a Bradley Cooper, y ahora tiene lo que se merece; él nunca se dignaría a hablar conmigo.

—Dime que tú no tienes nada que ver con la desaparición o la muerte de algunas de las reses del B.C.

—Habría sido una venganza perfecta, pero no. Hay otras manos detrás de todo esto.

—¿Y tú sabes quién es el responsable?

—No.

—Bien. Me alegra saber que no te has ensuciado las manos con este asunto.

El silencio se dilató unos segundos.

—Pero había alguien que sí lo sabía.

Grace, que es ese momento tenía los ojos puestos sobre la taza de café, dirigió toda su atención hacia su interlocutor.

—¿Había? ¿Hablas en pasado?

Wolf asintió.

—Tu padre.

Ella abrió la boca y la cerró de golpe. Un tumulto de pensamientos bullía en su mente. Pensó en las carpetas y toda la documentación que había encontrado en el barracón.

—¿Por qué crees eso? ¿Te lo dijo él?

—Una tarde, tu padre me hizo una visita. Me hizo la misma pregunta que tú me has hecho ahora y yo le di la misma respuesta. No soy responsable ni tengo nada que ver con lo que ocurre con las reses del B.C. Me miró a los ojos y parece ser que me creyó. Poco después, murió. —Wolf acarició su sombrero, que descansaba sobre la mesa a la vez que observaba como la mirada de Grace era invadida por la tristeza—. Mi padre nunca comulgó con el B.C. —dijo con la necesidad de cambiar tema por el bien de ambos—; imagino que a mi abuelo le pasó lo mismo. —Dejó el sombrero para observar atentamente a la mujer que tenía ante sí—. Como ves, no es una simple rencilla, Grace.

—Un momento. — Grace cerró los ojos un instante, como si quisiera formular la pregunta antes en su mente que en voz alta—. Soy consciente de la rivalidad entre los dos ranchos, crecí aquí, ¿recuerdas? Pero los tiempos y las personas cambian, Wolf. ¿Por qué ninguno de los dos hace algo al respecto?

Wolf sonrió abiertamente.

—No en Colorado, Grace. Cooper cree que estoy detrás de este complot, pero se equivoca.

—¿Y por qué no hablas con él?

Wolf soltó un suspiro excesivamente audible.

—¿Crees que me escucharía?

—Eso no lo sabrás si no lo intentas.

—Verás, Grace, mi padre nunca me perdonó que Cooper me rompiera la nariz; no lo hizo por el hecho de que no supiera defender mis intereses. Y no hablo de ti, sino del rancho —dijo con voz teñida de rabia—. Murió pensando que no me merecía mi herencia y eso pesa.

—¿Estás casado?

—No.

—¿Por qué?

—No he encontrado aún a la mujer perfecta —respondió él mirándola directamente a los ojos—. Tengo entendido que tú tampoco te has comprometido.

—Así es.

Grace se amonestó a sí misma por querer satisfacer su curiosidad. Decidió volver al quid de la cuestión antes de que la conversación fuera por otros

derroteros.

—Mi padre te dijo algo, ¿verdad?

Ella lanzó una mirada de advertencia y Wolf empezó a fruncir el ceño hasta que su frente se arrugó por completo. Al parecer, a la señorita Morales no le gustaban demasiado las preguntas personales. Optó por no insistir y responder a la pregunta.

—Es posible, pero no voy a contarte nada más —repuso con sequedad—. Mi oferta de empleo sigue en pie, te lo comento por si en algún momento decides cambiar de idea.

Grace intentó asimilar los últimos treinta minutos sin conseguirlo.

—No vas a aclararme nada más, ¿cierto?

—He hablado demasiado; solo quería darte parte de la información que tengo en mi poder.

—Sigo pensando que deberías hablar con Cooper, aclarar las cosas.

—¿Crees que me dejaría poner un pie en sus tierras? Vamos, Grace, te creía más inteligente.

Wolf se levantó, buscó su cartera y sacó un billete de diez dólares que dejó sobre la mesa.

—No sé muy bien lo que quieres de mí, Wolf...

—¿Sabes, Grace?, los amigos, a la larga, pueden acabar siendo enemigos.

Ella lo miró sin comprender una sola palabra.

—He cometido errores en el pasado y he de decirte que los lamento todos. No obstante, confieso que Cooper no es uno de ellos.

Tras ella se oía un constante rumor de actividad: voces, el trasiego de la gente, los ruidos cotidianos de una cafetería en hora punta.

—Tu padre era un gran hombre que sabía diferenciar perfectamente el bien del mal —continuó él.

—No sé hasta qué punto puedo utilizar esta información que me has dado, me voy en unos días.

Wolf curvó los labios y esbozó una enorme sonrisa.

—Solo tú sabrás lo que puedes hacer al respecto.

—Tengo la sensación de que quieres que tome el papel de mensajera —dijo ella a la vez que alejaba con la mano su taza de café al centro de la mesa.

—Reconozco que no me gusta Cooper, pero las reses no solo desaparecen en tierras del B.C. Hay más ranchos afectados y el culpable o los culpables están libres ahí afuera. Ojalá pudiera entrar en tierras de Cooper y recabar pistas por mí mismo, pero eso no va a ser posible.

Ella lo imitó y se levantó de la silla.

—No tengo muy claro lo que quieres, Wolf.

—Eres una mujer muy perspicaz, Grace.

—Ves en mí una oportunidad; eso es lo que creo.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

Dicho esto, Wolf se colocó el sombrero sobre la cabeza y se alejó, dejando a su espalda a una Grace totalmente desconcertada.

En ese mismo instante sonó su móvil. Observó cómo Wolf se despedía de los camareros. ¿Qué tenía el condado de Colorado que parecía que a todos los hombres les sobraba testosterona?

Se fijó en la pantalla del teléfono, era de su empresa. Más que un suspiro, soltó un bufido, esa llamada no traía buenas noticias.

CAPÍTULO 12

—¿Queda más carne?

La pregunta de Becca hizo que los demás comensales interrumpiesen sus conversaciones en el acto.

—Becca, has comido el doble que yo —protestó Nate mientras dejaba el tenedor al lado del plato y se limpiaba los labios con una servilleta.

La muchacha ignoró el comentario y sonrió a Grace.

—Claro. ¿Quieres también puré de patata?

—No. Con la carne es suficiente.

Grace se levantó de la silla y se dirigió al fogón. Cada noche se repetía el mismo ritual, todos se sentaban alrededor de la mesa, cenaban, hablaban e intercambiaban las impresiones y anécdotas de la jornada, y esta vez, no era diferente.

Cooper estaba más taciturno que de costumbre, Jake miraba el reloj de forma incesante, Reed parecía no verse nunca lleno y cuando su plato se vaciaba, volvía a la carga asaltando la ensalada o arrasando con el pan. Ringo era el que menos apetito tenía y menos interactuaba en la conversación. A nadie le extrañaba que sus respuestas fuesen a menudo monosílabas; solo se explayaba algo más cuando comentaba algo sobre los caballos, pero, no solía ser muy a menudo. Grace llegó a la conclusión de que Ringo y Jake informaban a Cooper de su trabajo antes de la cena.

—¿Así está bien?

—Perfecto. Muchas gracias.

Grace le ofreció el plato a Becca e intentó no mirar a Cooper. Sabía con certeza que él la estaba observando; esa sensación de hormigueo cuando él lo hacía no la había dejado cenar tranquila. Sabía que tenía una conversación pendiente desde el instante en el que Cooper la vio hablando con Wolf esa misma mañana.

—¿Qué tal te va en el instituto? —preguntó Cooper de repente.

Becca, que llevaba ya su tenedor a la boca, lo dejó a medio camino.

—Si te digo que bien, me exigirás unas notas increíbles, si te digo que mal, te empeñarás en que estudie el doble —contestó la adolescente con deliberado

énfasis—. Creo que es una pregunta trampa.

Todos los presentes se echaron a reír, incluso Cooper.

—Grace te ayudará estos días con las matemáticas. —Cuando la nombró, Cooper ni tan siquiera la miró. Fue Becca quien lo hizo por él.

—Detesto todo lo relacionado con los números —protestó mientras masticaba—. La señorita Peck, la profe de mates, me odia. Es un hecho probado.

—Bueno... no puedo hacer que te enamores de las fracciones ni de las ecuaciones, pero conseguiré que apruebes el próximo examen y que la señorita Peck deje de odiarte.

—El reto es demasiado grande hasta para ti, Grace.

Cooper observó a su hija, crecía demasiado deprisa. No pudo evitar pensar en Faith y se preguntó por enésima vez cómo serían sus vidas de haber vivido su esposa. Habría dado todo lo que poseía por poder vivir ese sueño, ya que Becca necesitaba a su madre más que nunca.

Sus pensamientos se vieron interrumpidos por otra voz masculina.

—Hemos llevado el ganado hasta el lago para que pudieran pastar, pero luego hemos dirigido las reses al otro lado del cerro, como tú ordenaste, Cooper.

El que había hablado era Nate. Grace reconocía que era un muchacho avisado, sabía poco sobre él, debía ser algo más joven que ella, pero no lo podía saber con certeza.

—Bien. —Cooper hizo el comentario sin perder de vista a Grace—. Mañana repetís la misma operación y veremos a ver lo que pasa.

—Nos encontramos con los hombres de Morris —comentó Reed untando de forma distraída mantequilla en un trozo de pan—. Ayer encontraron tres de sus reses muertas, según comentaron. A Walter le ha pasado algo similar, aunque no nos han podido confirmar una cifra exacta de las pérdidas.

Grace comenzó a recoger los platos. Ella sabía que tres reses eran muchas, pero las pérdidas de Cooper eran mayores, según le había comentado Jake nada más llegar esa tarde a casa. Estuvo a punto de preguntar por el ganado de Wolf, pero en el último momento se arrepintió. De sobra sabía que, si pronunciaba ese nombre, Cooper no tardaría en recriminarle su encuentro con él.

—La situación parece estar lejos de ser controlada —comentó Reed llevándose a continuación otro bocado de carne a la boca.

Grace observó al muchacho; no sabía dónde podía meter todo lo que comía. Estaba muy delgado, tanto que ella lo comparaba con un largo junco. Parecía algo más joven que Nate, y según tenía entendido, era huérfano de padre y madre.

«Un día llegó y se quedó», le había comentado Jake en una ocasión que había salido el tema a colación. Reed era moreno y de ojos color verde, un tono que le recordó al de las praderas de Aspen en primavera.

Grace no pudo reprimir una tímida sonrisa al ver como Becca lo idolatraba. El muchacho seguía hablando, sin percatarse siquiera de la atención que la adolescente le profesaba.

«Otra faceta más que descubrir en la adolescencia», pensó ella mientras llevaba la pila de platos al fogón.

—Reed fregará. —La orden hizo que un tenso silencio invadiese la cocina y terminase de golpe con todas las conversaciones.

—¿Por qué yo? Estoy agotado —rezongó el muchacho.

—Nate te ayudará.

Nate iba a protestar, pero, una mirada dura e inquebrantable de Cooper, lo disuadió.

—Becca...

La muchacha al oír su nombre se puso tensa.

—Tú terminarás de recoger la mesa y barrerás el suelo.

—De acuerdo, papá.

De no haberlo visto, no lo habría creído. Becca se levantó como un resorte de su silla. Grace comprobó dónde desembocaban todas las miradas de la adolescente y entonces lo comprendió. Quizá debería hablar con Cooper de la atracción de Becca hacía Reed. Estaba aún procesando ese pensamiento cuando Cooper la interrumpió.

—Grace, ¿podrías venir a mi despacho?

De inmediato, todos los ojos se posaron en ella. Pudo percibir los rostros de lástima que la dedicaban, sin embargo, nadie pronunció una sola palabra al respecto. Como si de un acuerdo tácito se tratase, uno a uno volvieron a sus quehaceres, excepto Jake que salió volando hacia el exterior. Grace se imaginó que iría a ver a Amber. Ringo lo siguió.

—¡Grace! —instó Cooper ya en el umbral.

Ella intentó que la orden de Cooper no la pusiera nerviosa, pero fracasó estrepitosamente. Cuando quiso seguirlo, él ya había desaparecido.

«Fantástico», murmuró apesadumbrada.

—¿Qué parte de «no te acerques a Wolf» no has entendido?

Grace cerró la puerta tras de sí. Se colocó en el centro del despacho e intentó que no le temblasen las manos; así que entrelazó los dedos.

Cooper, con los brazos en jarras, parecía un animal salvaje enjaulado. Iba de una pared a otra, con las manos en los bolsillos, dando grandes zancadas. Grace se preguntó cómo la alfombra que pisaba no estaba ya desgastada por aquella zona.

De vez en cuando, paraba, y los ojos brillantes de Cooper la observaban con animadversión.

—Me saludó; eso es todo —dijo ella como si tuviera que justificarse.

Cooper rugió varios improperios.

—Y, ¿por esa razón te fuiste con él? —le preguntó mientras se detenía y la miraba con hostilidad.

—Me invitó a un café y... —se interrumpió buscando las palabras correctas —, en ese momento, me pareció adecuado.

—¿Adecuado, dices?

Cooper estaba fuera de sí. Llevaba buena parte del día intentando controlar los celos que había sentido al ver a Grace en compañía de Wolf. La furia lo invadió cuando aquel cabrón había deslizado la mano alrededor de la cintura de ella; esa escena la tenía grabada con fuego en su mente y nunca, nunca la olvidaría.

Cuando Grace estaba lejos, las cosas eran diferentes; él suponía que tendría citas con algunos hombres, seguramente muy diferentes a él, tipos con más clase, pero cuando alguna de esas absurdas imágenes cruzaba su mente, la desechaba de inmediato. Esta vez era totalmente distinto, lo había visto con sus propios ojos, y recordar la expresión de Wolf lo estaba matando por dentro.

—¿Cómo tengo que decirte que Wolf no es de fiar? —continuó—. Nadie de su familia lo es.

Grace cruzó los brazos e intentó aparentar indiferencia.

Aquel gesto no le debió gustar a Cooper, porque acortó la distancia y se colocó frente a ella.

Grace se quedó quieta, sin saber muy bien lo que hacer; no se atrevió a mirarlo a los ojos, así que los mantuvo fijos en la camisa del hombre que tenía ante sí.

—Grace...

El tono de Cooper había cambiado de repente; eso hizo que fuertes e increíbles vibraciones llegasen a la parte baja de su vientre, como si fuera el anticipo de un maravilloso orgasmo.

—Mírame.

Sabía que no debía hacerlo. Tendría que salir de allí lo antes posible; pero si de una cosa estaba segura, era de que no podía escapar de la atracción que sentía por Cooper. Esa atracción se intensificaba por momentos.

Ella lo miró y se arrepintió en el acto.

Cooper alargó la mano, pero en lugar de tocarla la apartó y acabó frotándose la nuca.

—Hablo en serio; Wolf no es un buen tipo. Tienes que mantenerte alejada de él.

—Eso ya lo has dicho.

—Pues parece que debo repetirlo hasta la saciedad para que lo entiendas.

—Creo que deberías hablar con él...

Ella dio un paso atrás y luego otro, necesitaba respirar, al parecer a Cooper no le había gustado para nada su sugerencia. El aroma que desprendía él abrasaba todos sus sentidos. Quería preguntarle por Claire Forcher, por la relación que mantenían, pero en el fondo sabía que no deseaba saber la respuesta. Prefería vivir en la ignorancia.

Algo se movió en el otro extremo del despacho. Ella desvió la vista hasta la caja que descansaba en el suelo. Era la misma que llevaba Cooper bajo el brazo cuando lo vio con la diseñadora.

El movimiento volvió a repetirse una vez más. Abrió mucho los ojos y los clavó en aquella pequeña sacudida. Cooper debió percatarse de la situación porque se apartó de ella y se dirigió a la caja. Metió la mano en su interior y, para sorpresa de Grace, sacó una bola de pelo color canela que no paraba de retorcerse.

—Es un cachorro —comentó, como si necesitase aclarar algo—, es para Becca, pensé que podría gustarle.

Grace se acercó inmediatamente al cachorro; no entendía mucho de razas, sin embargo, era precioso. Observó el interior de la caja y vio un cuenco con agua y otro con pienso.

—¿Cuándo se lo piensas regalar?

—Supongo que mañana. Es sábado. —Dijo eso último como si tuviera una lógica aplastante.

—¿Intentas que Becca cambie de opinión respecto al baile?

Cooper soltó el aire con fuerza.

—Por intentarlo, no pierdo nada.

Así que eso era lo que sacaba Cooper de la tienda de la diseñadora. Por un

momento, Grace se sintió como una tonta, pero en el fondo sabía que su intuición no le fallaba; Cooper era un hombre muy atractivo y el lenguaje corporal de Claire Forcher era fácil de interpretar para cualquier mujer.

—Le va a encantar —comentó acariciando la densa y suave bola de pelo.

—Eso espero. Puede que esta preciosidad le haga olvidar ese estúpido baile —comentó elevando la mano por encima de su cabeza, el cachorro se aferró con sus dientes a los dedos de Cooper.

Grace sonrió. Cooper había olvidado lo que era ser adolescente; pronto descubriría que sería más fácil cincelar un bloque de mármol que sacar una idea de la cabeza de una niña de trece años, sin embargo, guardó silencio. Había cosas que se debían descubrir por uno mismo.

—¿Qué raza es?

—Un Cocker Spaniel.

—Es un regalo perfecto.

Y lo decía en serio. Becca se sentía muy sola en el rancho.

—¿Es macho o hembra?

Cooper la miró como si fuera la pregunta más estúpida del mundo.

—¿Eso importa?

—Creo que sí.

—Es hembra.

Grace ensanchó su sonrisa. Una hembra más que causaría estragos a Cooper; eso estaba bien; más que bien.

La tensa expresión de él se suavizó.

—Esta pequeña bola de pelo no te va a librar de la conversación que tenemos pendiente, Grace.

—Lo sé, pero quiero que entiendas que siempre hay dos versiones de una misma historia. —Y lo decía en serio.

Cooper volvió a dejar el cachorro dentro de la caja. El animal ladró sin demasiado énfasis y, como protesta, alzó las patas delanteras contra la pared de cartón, sin embargo, pronto desistió porque aquella verticalidad era complicada de escalar para alguien tan pequeño.

Cooper se volvió hacia ella. La necesidad de rodearla con sus brazos era aplastante, pero sabía que no sería buena idea. Grace estaba allí de paso.

—No volví al rancho para esto, Cooper. Odio desilusionarte, pero quiero que comprendas que creo en los hechos, en los números y que todo tiene un por qué.

—Wolf ...—comentó retomando el tema—. No vuelvas acercarte a él, Grace. Lo digo en serio.

Ella sabía que Cooper hablaba en serio. Él nunca bromeaba.

—Por favor escúchame —le rogó—, Wolf parece saber de lo que habla, si le dedicases unos minutos de tu tiempo, quizá pudieras sacar algo en claro respecto a lo que está ocurriendo.

Cooper soltó un bufido más digno de uno de sus toros que de él.

—No quiero nada de él —dijo con acritud.

—Él tiene una teoría...

—¡Grace! —exclamó Cooper con el semblante endurecido—, no quiero saber nada de ese tipo. ¿Lo entiendes?

Grace bajó la cabeza y se miró las manos.

—La gente a veces solo quiere una oportunidad.

Cooper no supo a quién estaba haciendo referencia Grace, a ella o a Wolf.

—Ese hombre no va a obtener de mí nada, absolutamente nada. ¿Te ha quedado claro?

—Sí, Cooper. Perfectamente.

—Bien... Creo que esta conversación ha terminado —adujo con voz dura, pero no cortante.

—De acuerdo.

Grace se giró y le dio la espalda. Se rendía. Necesitaba salir de allí, coger aire y encontrar sentido a todo este embrollo.

—Una cosa más...

La voz de Cooper hizo que se detuviera. Ella estaba a medio camino de la puerta, reprimió un suspiro de consternación.

—Tu padre tenía ciertas carpetas y documentación que me gustaría recuperar. —Enganchó los pulgares en las trabillas de sus vaqueros—. No están en su barracón, por lo que deduzco que los tienes tú.

Ella torció la boca en una agria mueca antes de volverse.

—Eran de mi padre —sentenció—, por lo tanto, me pertenecen; muchos de esos papeles son cartas y anotaciones personales.

Cooper arqueó una ceja en un gesto de incredulidad. No se podía creer que Grace se lo pusiera tan complicado.

—¿Tengo que entender que no me los vas a entregar?

—Exacto.

Las arrugas alrededor de los ojos de Cooper se hicieron aún más profundas.

—¿Con que esas tenemos?

Dejó caer las manos y se acercó a ella.

Grace, al verlo venir, tuvo que hacer alarde de todo su coraje para no echar a

correr y salir apresuradamente del despacho.

—Yo también tengo mis armas, Grace.

Ella lo miró sin comprender. Estaba tan cerca que sintió como todo su cuerpo se tambaleaba. Cooper alzó una mano y trazó con un dedo la delicada línea de la mandíbula de Grace.

Grace dejó de respirar.

Él se acercó más, tanto que el corazón de ella se paralizó durante varios segundos. Se aproximó de una forma sutil, sin previo aviso presionó suavemente la boca contra la de ella. Grace perdió la sensación de gravidez, en ese instante dejó de pensar, de huir, incluso de respirar, se inclinó hacia él con los ojos fijos en los suyos y, sin poder hacer nada por evitarlo, entreabrió los labios.

Él se apartó como un resorte, la observó atentamente. Su rostro reveló algo parecido a la sorpresa.

—Hay algo en ti, Grace, algo que me cautiva.

Ella le sostuvo la mirada sin saber muy bien cómo actuar.

—Cooper... yo...

Él ahogó un juramento, dio un paso atrás y metió las manos en los bolsillos del pantalón.

—Vete, Grace.

Ella dudó durante una fracción de segundo, sin embargo, la felina mirada de Cooper hizo que cambiase de idea.

Cuando salió del despacho se juró a sí misma que jamás volvería a ocurrir nada parecido, no volvería a besar a Cooper. Subió las escaleras tan deprisa que estuvo a punto de caer de bruces en dos ocasiones. Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta, se apoyó en ella y se derrumbó contra el suelo; se llevó los dedos a los labios, allí donde Cooper los había besado. Había sido como un aleteo de una mariposa, nada sexual, aunque sí muy revelador.

Algo en su fuero interno se resquebrajó. Acababa de descubrir su talón de Aquiles y este no era otro que Cooper.

Que Dios se apiadase de ella.

CAPÍTULO 13

Los murmullos y exclamaciones de sorpresa de la planta inferior despertaron a Grace. Se giró en la cama aún con una sensación pesada en los párpados y arrastrando las sábanas; no había pegado ojo. El recuerdo del beso de Cooper había ocupado cada uno de los minutos de la noche y parte de la madrugada.

Escuchó un grito agudo, desde luego era Becca, luego creyó escuchar la voz de Reed y, por último, la risa sarcástica de Nate. Grace sonrió, al parecer Becca ya había recibido su regalo. Se alegraba por ella; a partir de ahora no estaría tan sola y el cachorro le serviría de distracción.

Desistió de volver a cerrar los ojos; así que posó los pies en la alfombra, buscó las zapatillas entre las sombras de la habitación y decidió bajar a la planta inferior. Enfrentarse a la realidad no era la mejor manera de comenzar el día, pero no podía esconderse; además necesitaba un ordenador.

Descendió las escaleras y como había supuesto, Becca estaba pletórica con su nuevo regalo. Era la felicidad personificada, sus ojos brillaban de la emoción y su sonrisa iba de oreja a oreja. Reed y Nate parecían burlarse de ella mientras que Jake la abrazaba, como si quisiera protegerla de las bromas de los dos muchachos. Cooper, con los brazos cruzados, se encontraba apoyado contra el marco de la puerta. Se le veía relajado, como si la noche anterior no hubiese sucedido nada entre ellos; en realidad, había sido así, solo que ella había fantaseado con aquel beso más de lo debido. Al sentir la presencia de Grace, su expresión cambió de forma radical, se incorporó y todo su cuerpo se tensó.

Ella echó de menos sus vaqueros y una camisa amplia.

—¡Mira, Grace! ¿A que es preciosa?

Grace saludó al grupo con un tímido «buenos días» y se acercó hasta donde se encontraba Becca. Jake, antes de soltarla, le dio un beso cariñoso en el pelo.

—Es una monada.

Reed estaba a punto de burlarse del comentario de Grace, pero una mirada seria y autoritaria de Cooper lo detuvo en el acto.

—Será mejor que nos marchemos —comentó el muchacho dando un pequeño toque con su sombrero a Nate—. Aún queda mucho por hacer ahí fuera.

—Andad con cuidado —dijo Cooper cuando salían—. En un par de horas pasaré a veros. Tened los ojos bien abiertos.

Los dos muchachos asintieron y toda la atención de Cooper volvió a Grace.

Verla en pijama no ayudaba en nada. Imaginársela en la cama con el pelo alborotado menos aún. El recuerdo del beso lo atravesó con furia. Los pantalones comenzaron a molestarle en la zona de la entrepierna. Que Grace estuviese viviendo bajo su techo no había sido buena idea, eso estaba claro, pero que ella se quedara sola en el barracón, sin poder protegerla, tampoco lo era.

La situación se complicaba por momentos.

Estaba perdido.

—¿Cómo la vas a llamar?

Becca observó detenidamente a su mascota.

—No lo sé.

—¿Se te ocurre algo, Jake? —preguntó la muchacha sin dejar de abrazar al cachorro.

Jake pareció pensar durante unos segundos.

—No lo sé. Creo que un nombre es algo muy personal; lo que tengo claro es que es del color del café.

—¿Café?

Jake asintió.

—¿Como el café moka?

—Déjame decirte, Becca, que Jake no tiene ni idea de lo que es el café moka — se burló Cooper.

—¡Eh! —protestó el aludido—. Soy un hombre de mundo.

Grace sonrió abiertamente.

—Moka es un nombre muy bonito.

—Sí que lo es —afirmó Becca acurrucando a su pequeña mascota entre los brazos.

—Dos mujeres de acuerdo, Cooper. Tenemos la batalla perdida.

Cooper estaba de acuerdo con Jake. Mejor no opinar al respecto.

—Grace, tengo que ir a Aspen. ¿Te apetece visitar a Amber?

—Eso sería estupendo —respondió—. Estaré lista en veinte minutos. ¿Te viene bien?

—Perfecto.

—Yo subiré arriba a jugar un rato con Moka. —Becca desapareció por las escaleras con su pequeña bola de pelo en los brazos.

—Por cierto, Cooper, necesito un ordenador. —Ella, ante el gesto de él, le miró perpleja—. Me llamaron ayer del trabajo, el cliente necesita que eche un vistazo a unos informes.

Cooper volvió a apoyarse en el marco de la puerta y acto seguido, esbozó una sonrisa desdeñosa.

—Buen intento, Grace.

Ella se sentó en el reposabrazos de uno de los sillones sin saber muy bien cómo tomarse la actitud de Cooper.

—Podría hacerlo a través de mi móvil, pero sería mucho más rápido y efectivo desde un ordenador.

La respuesta de Cooper fue una vaga sonrisa.

—¿Necesitas algo más de la ciudad, Cooper? —preguntó el capataz intentando romper la tensión del momento.

Cooper miró primero a Grace y luego posó los ojos en Jake.

—Lo que necesito lo buscaré por mí mismo. Gracias, Jake —apuntó mientras abandonaba el salón.

Grace no supo cómo tomarse esas palabras, pero algo le dio a entender que se estaba refiriendo a Claire Forcher.

—¿Estás bien?

Ella salió de su aturdimiento.

—Claro... perfectamente. Solo quiero un ordenador, no le pedía una parte del rancho —protestó—. Será mejor que vaya a vestirme o no saldremos nunca de casa.

Jake observó como la figura femenina desaparecía de su campo de visión a gran velocidad.

¿Qué acababa de pasar allí?

—¿Se puede saber qué pasa entre vosotros dos? —preguntó Jake acercándose al lugar donde se encontraba Cooper, la parte trasera de la casa.

—Nada digno de mención.

Cooper cogió el hacha que estaba clavada en un tocón y colocó, con demasiado énfasis, un pequeño tronco en el centro del mismo.

—Ahí dentro se podía cortar el aire con un cuchillo, no me digas que no pasa nada —protestó su capataz.

Cooper levantó ambos brazos por encima de la cabeza, a la vez que con las manos sostenía el hacha. Descendió con fuerza y el golpe partió el tronco en dos trozos. El ejercicio físico le mantenía cuerdo y le permitía olvidar las preocupaciones; al menos, así había sido hasta ahora.

Repitió una vez más la misma operación. Jake seguía a su lado y sabía, porque le conocía demasiado bien, que no se iría a ninguna parte si no respondía a las preguntas de Jake.

—Grace tomó un café con Wolf, no quiere devolverme la documentación de Leonardo y para terminar el puñetero día, no se me ocurre otra cosa que besarla. — Levantó con más ahínco el hacha y la dejó caer, de nuevo, con energía. Todos sus músculos se resintieron ante el impacto.

—Vaya, has estado de lo más ocupado —manifestó Jake a la vez que colgaba los pulgares en su cinturón.

—¡No me vengas con sarcasmos, Jake! —objetó Cooper.

—Grace te importa y tú lo sabes mejor que nadie.

Cooper se pasó el dorso de la mano por la frente para limpiar algunas de las gotas perladas de sudor.

—No puede ser, y lo sabes. ¡Por el amor de Dios, hice una promesa a su padre! Además —añadió—, tengo treinta y cinco años, razón de más para mantenerme alejado de ella.

—¿Y...?

Cooper clavó el hacha en el tocón y se giró de forma enérgica hacia Jake.

—No puede ser, y ya está. No existe ningún «y»...

—Cooper, si tú quisieras realmente esa documentación, ya la tendrías en tu poder. —Jake se quitó el sombrero y se golpeó el muslo con él—. Lo que te reconcome es que vea a Wolf, ni siquiera ese beso te quita el sueño.

—¿Sabes una cosa? No necesito un maldito psicólogo. Te pago para que cuides el rancho, no para que me des monsergas de cómo debo llevar mi vida —ladró a la vez que recogía su sombrero del suelo y se lo calaba en la cabeza.

Jake bajó la mirada al suelo y apretó los labios hasta que formaron una fina línea. Conocía demasiado bien a Cooper y conocía aún mejor sus arrebatos. La vida no había sido demasiado generosa con el rancho del B.C.

—Oye, Jake, no estoy de humor, ¿de acuerdo? —se disculpó Cooper—. Perdona si te he ofendido, pero están siendo unas semanas difíciles.

—Todos tenemos esa percepción, Cooper, pero no es motivo para que le niegues el uso del ordenador o para que le pongas las cosas difíciles a Grace.

Él sabía que Jake llevaba razón. Todos, sin excepción, habían sufrido la pérdida de Leonardo y estaban alterados con la muerte de las reses.

—Lo sé y soy consciente de que yo debo ser un ejemplo para todos vosotros, sin embargo, hay algo que no consigo controlar y eso me desespera.

Jake se rio a medias.

—Eso que no controlas tiene un nombre: Grace. Cooper, ella te hace sentir así —golpeó repetidas veces el sombrero sobre su muslo—. Y, lo que percibes ahí dentro —señaló directamente al pecho de Cooper—, y no controlas, en el mundo de los mortales se llama celos.

Cooper forzó una sonrisa.

—No me jodas, Jake. Sabes que eso no es cierto.

Jake se ajustó el sombrero en la cabeza.

—Los reconozco porque fue lo que sentí al saber que Richard, uno de los hombres de Morris, salía con Amber. Eso casi me destroza. —Una sonrisa vaciló en su rostro sombrío—. Fue en ese mismo instante cuando supe que solo podía ser mía, que estaba enamorado de Amber.

Cooper resopló con fuerza. Jake, más que su nuevo capataz, era su amigo. Así había sido en el pasado y así quería que siguiera siendo en el presente.

—Es diferente.

Jake lo observó y supo que no había ninguna diferencia. Bradley Cooper estaba loco por Grace Morales. Conocía a la perfección los síntomas.

—Ojalá nada de esto estuviera ocurriendo.

—Los «ojalá» son para gente que vive en el pasado, Cooper. Olvida esa estúpida promesa que le hiciste a Leonardo. En el momento que diste tu palabra, Grace no era más que una muchacha loca de diecisiete años, ahora es toda una mujer, y muy hermosa, si me permites decirlo.

En el mismo instante en que los dos hombres intercambiaban opiniones, Grace salió al porche y saludó con la mano en dirección a Jake y Cooper.

—Voy a Aspen —dijo Jake—, no tardaré en venir. Si me necesitas, puedes llamarme al móvil.

Cooper no respondió, se limitó a observar cada uno de los movimientos de Grace. Esa mujer tenía por costumbre hacer que todos sus cimientos se resquebrasen.

Jake tenía en parte razón, estaba enamorado de Grace, y eso que lo reconcomía por dentro eran celos. Maldijo mil veces a Sam Wolf, tiró de nuevo el sombrero al suelo y se volvió para recoger el hacha anclada en el trozo de madera; partiría leña hasta que le saliesen ampollas en las manos porque esa era la única manera de olvidarse de la maldita sensación que no le dejaba vivir en paz.

CAPÍTULO 14

Amber recogió las tijeras del mostrador y todo el material empleado que había utilizado para hacer unas pequeñas tarjetas de colores y, a continuación, lo guardó en un cajón mientras Jake colgaba un cuadro en la pared.

—¿Viviréis siempre aquí?

Tanto Jake como Amber se miraron antes de pronunciarse.

—¿Por qué deberíamos dejar Aspen? —preguntó Amber.

—No digo que debáis abandonar Aspen —adujo Grace con los ojos puestos en la pantalla del ordenador que Amber le había prestado para poder leer y analizar los últimos documentos que le había enviado Donatella—. Solo es una pregunta. Yo me iré en unos días y quiero que sepáis que en mi apartamento de Nueva York hay una habitación; no es muy grande, pero sí confortable. Os lo comento por si algún día decidís hacer un viaje relámpago a la Gran Manzana.

—No tienes por qué marcharte tan pronto —fue la respuesta de Jake mientras buscaba el equilibrio del cuadro que había colgado.

—Más a la izquierda.

Él siguió las indicaciones de Amber y luego sonrió de una forma inconfundible.

«Así es el amor, una sonrisa de ese calibre puede hacer saltar el corazón del pecho de una mujer enamorada», pensó Grace.

—Perfecto.

Jake se alejó unos pasos y observó el resultado. Debió quedar satisfecho porque guardó las herramientas y, seguidamente, se acercó a las dos mujeres. Luego besó cariñosamente a Amber cerca de la comisura de los labios.

—Debo hacerlo, mi trabajo está allí y, por lo que leo en este documento, todo se acumula de forma vertiginosa —murmuró en un tono desolador.

Jake depositó la caja de herramientas sobre el mostrador y luego miró detenidamente a Grace.

—Cooper no te echará del B.C., no debes preocuparte por nada.

Grace ante el comentario dejó la pantalla del ordenador para mirar directamente a Jake.

—¿Por qué estás tan seguro de que no lo hará? Ya me ha dado un ultimátum.

Jake chasqueó la lengua antes de responder:

—Porque le conozco demasiado bien, puedes quedarte los días o semanas que precises, él no dirá nada al respecto.

—Jake, Cooper no habla por hablar —comentó Amber.

—Cooper tiene demasiadas cosas en la cabeza; eso es todo. Solo necesita un poco de tiempo.

—¿Por qué piensas eso?

Jake esperaba esa pregunta por parte de Grace.

—Ya te he dicho que lo conozco bien; nadie te va a echar del rancho.

—Yo no estoy tan segura.

—Oye, mira —Jake intentó ser paciente—, sé que no es de mi incumbencia lo que te voy a decir, pero si te mantuvieras un poco más alejada de Wolf, ayudaría.

—¡Jake! —exclamó Amber molesta por la advertencia.

—No estoy diciendo que dejes de hablar con él —se defendió—; solo que mantengas las distancias —recalcó algo inquieto.

Grace no se lo podía creer. ¿Qué narices pasaba con Sam Wolf?

—¿Hay algo que deba saber? —indagó Grace.

Jake levantó ambos brazos y resignado, los dejó caer de golpe.

—Cooper necesita tiempo, Grace, eso es todo.

—No sé si estoy de acuerdo con esa afirmación. Wolf podría ser útil, solo digo eso. —Enderezó los hombros—. Lo que le ocurre a Cooper es que tiene un ego tan grande que no necesita tiempo, sino una vida entera para esclarecer sus ideas.

Amber salió de forma apresurada de detrás del mostrador y se acercó a su amiga.

—Tranquilízate, Grace. Jake solo quiere ayudar.

Grace ignoró a Amber.

—Wolf me dijo ayer algo que me hizo pensar. —Evitó la mirada de acusación de Jake—. Por el bien del rancho, de los ranchos de la zona —aclaró—, deberíais dejar vuestras estúpidas rencillas en el pasado y centraros en el presente. Hay demasiado en juego.

—¿A qué te refieres? —preguntó el capataz del rancho.

—Solo me limito a decir en voz alta lo que vosotros murmuráis cuando creéis que nadie os oye. Puede ser algo casual el hecho de que hayan aparecido varias reses muertas los últimos meses, eso no lo sé, pero yo he escuchado ambas partes y todos podríais tener razón respecto a este asunto.

—Piensa. ¿Por qué razón Wolf te invitó a un café?

Grace tragó con dificultad. No encontró una respuesta lo demasiado convincente para responder a la pregunta de Jake. Se medio encogió de hombros.

—No lo sé.

—Entonces, ese el *quid* de la cuestión.

Ambas mujeres se encontraban a solas en la tienda, Jake se había marchado hacía escasos minutos. Amber escribía en pequeñas etiquetas adhesivas el precio que debía llevar cada uno de los artículos mientras que Grace cerraba de forma abrupta el ordenador portátil. Las cosas en el trabajo no marchaban bien y eso la desesperaba. Los informes que le había enviado Donatella respecto al cliente que tenía entre manos eran brutales. A este paso, tendría que acortar su estancia en el rancho y regresar lo antes posible a Nueva York.

—¿No van bien las cosas?

Grace se limitó a esbozar con los labios una sonrisa insegura.

—No tan bien como a mí me gustaría. Mi cliente ha perdido muchísimo dinero con su divorcio.

—Parece complicado.

—Lo es. La gente que maneja cantidades ingentes de dinero no sabe vivir sin caprichos y mucho menos si son atractivas y tienen menos de treinta años. Este cliente en concreto —señaló con el índice el ordenador—, pensó más con la bragueta que en su matrimonio, su mujer sumó dos más dos y luego le pidió el divorcio. Ahora hay una fortuna en juego.

Amber dejó lo que tenía entre manos y observó a su amiga.

—Y, ¿qué ocurrirá con su esposa?

—Ganará una fortuna con el divorcio. El muy idiota no hizo separaciones de bienes.

—¿Y tu cometido es...?

—Que mi cliente no pierda más dinero y engrosar con varios ceros más su cuenta en el banco.

—Parece complicado.

—A veces lo es, pero he de reconocer que me encanta mi trabajo.

—¿En serio? —preguntó su amiga asombrada.

—Ambos ganarán, Amber. Es solo carnaza para la prensa rosa.

—Nunca comprenderé un mundo tan artificial, donde los sentimientos

quedan relegados en el último lugar.

—Es otra forma de vivir; ni mejor ni peor, solo diferente.

—Pero no tu forma, Grace. Tú creciste en un rancho al aire libre, tu padre te inculcó unos valores.

—Los tengo presentes, Amber. No me he olvidado en ningún momento de aquello que me enseñó mi padre, pero hay que adaptarse a las circunstancias. Yo vivo en una gran ciudad, una selva de cemento y acero —repuso sin ocultar su irritación—. Es mi trabajo y debo hacerlo lo mejor posible, eso también me lo inculcó mi padre.

—No era mi intención que te enfadaras, Grace. Lo siento si he herido tus sentimientos.

—Míralo desde este punto de vista: mis clientes confían tanto en mí que me dejan hacer a mi antojo lo que quiera con su dinero.

—¿Eso es lo que quieres hacer con el rancho, Grace?

—No te comprendo.

Amber soltó un significativo suspiro.

—¿Por qué quieres ver la contabilidad del rancho?

—Podría ayudar a Cooper. Siempre hay opciones antes que declararse en bancarrota y perderlo todo.

—Y, ¿qué ganas tú con ello?

Grace se quedó de piedra ante la insinuación de Amber.

—Sois mi familia, Amber —replicó con fuerza—, me gustaría comprobar sus cuentas para ayudar a Cooper, eso es todo.

—Tengo la impresión de que Cooper no piensa lo mismo.

—Amber, yo no soy el enemigo a abatir.

—Soy consciente de ello, Grace, pero has estado muchos años fuera y la confianza se pierde con el paso del tiempo.

—¿Lo dices en serio?

—Solo quiero ser objetiva, que veas nuestra realidad.

—Y, ¿qué realidad es esa, Amber?

Amber entrelazó las manos de forma nerviosa.

—Solo intento decirte que las cosas aquí se hacen de forma diferente a Nueva York, eso es todo —espetó Amber.

—Tanto en Nueva York como aquí o en cualquier parte del mundo, las cosas se deben hacer con el corazón, con devoción.

Amber enarcó una ceja.

—Grace, no deseo discutir contigo.

—Lo sé, pero la vida evoluciona y debemos hacerlo con ella; no podemos vivir anclados al pasado y no confiar en nadie. Puedo ayudar, Amber —añadió al ver el gesto dubitativo de su amiga—. Soy buena en mi trabajo y puedo enfocar las cosas desde otro punto de vista.

—No va a ser fácil, Grace. Hace mucho tiempo que Cooper está perdido.

Grace supo a lo que se refería Amber.

—Solo es cuestión de confianza.

—Supongo que Cooper ha perdido hasta la confianza en sí mismo. Han sido años muy duros para todos.

Grace no pudo evitar sentirse responsable ante las palabras de su amiga. Mientras ella se abría un porvenir en Nueva York, el rancho perdía dinero.

—Bien, opino que lo mejor sería zanjar el tema por hoy.

Grace asintió conforme.

—Vuelvo enseguida, sospecho que un café nos vendría bien.

Amber no esperó ninguna respuesta por parte de Grace. Desapareció en la trastienda cuando la campanilla que anunciaba un nuevo cliente, tintineó.

—Amber, creo que deberías venir... —comenzó diciendo Grace, pero en el mismo instante que vio a la persona que entraba en la tienda, su boca se cerró de golpe.

Fue un momento incómodo, casi irreal. Las dos mujeres se estudiaron con cierto recelo.

—Imagino que tú debes ser Grace Morales...

Grace percibió que todos sus sentidos se ponían en alerta. Claire Forcher estaba allí, frente a ella, y debía reconocer que, a una distancia corta, su aspecto ganaba. Y mucho. Era una mujer muy atractiva. Tuvo la impresión de que su larga melena era menos rubia de lo que ella creía; varios tonos de cobrizo cubrían una buena parte de su cabello. Esta vez, en vez de un vestido, llevaba una falda vaquera que le llegaba hasta la altura de las rodillas y un jersey color caramelo, de cuello en pico. Las botas eran las mismas que el día anterior.

—No te equivocas. Soy Grace. Y tú debes de ser Claire, ¿no es así?

Claire ladeó un poco la cabeza mientras estudiaba a la mujer que tenía frente a ella.

—Para no conocernos, sabemos bastante la una de la otra —se justificó la diseñadora—. Cooper habla mucho de ti.

Grace no supo cómo tomarse ese comentario, por lo que decidió guardar silencio.

—¿Está Amber en la tienda?

Como si supiera que reclamaban su presencia, Amber salió de la trastienda con dos tazas humeantes, una en cada mano.

—¡Claire! —exclamó entusiasmada al ver quién era su visita—. Es fantástico que hayas venido; así podrás conocer al fin a Grace. ¿Quieres un café?

—No, gracias. Ya nos hemos presentado —alegó Claire.

Grace prefirió guardar silencio. El hecho de que Amber la hubiera recibido con tanto entusiasmo, la desconcertó. Sin embargo, prefirió no comentar nada al respecto.

—Sus diseños son increíbles y ya son muchas las mujeres de Aspen que se pasan por su tienda —comentó a la vez que dejaba las dos tazas sobre el mostrador—. Solo espero que después me envíes a tus clientas.

Claire sonrió ante la propuesta.

—Sabes que sí. Estaré encantada de hacerlo —repuso sin esperar réplica—. Solo he venido para informarte de que tu vestido está casi terminado. Está a falta de la última prueba. ¿Podrías pasarte luego?

—Claro que sí. Cuenta con ello.

—Bien, entonces me voy. Ni siquiera he traído abrigo —añadió Claire frotándose los brazos—. Encantada, Grace. Espero volver a verte pronto.

—Aspen es una ciudad pequeña, así que imagino que será así —respondió suavizando el tono de voz.

Claire asintió y se dirigió a la puerta, pero antes de salir se volvió hacia las dos mujeres.

—Espero que a Becca le haya gustado su regalo.

Claire no esperó ninguna respuesta; salió al exterior y echó a correr mientras cruzaba la carretera.

—Si no respiras pronto, te ahogarás.

Grace intentó relajarse y los doloridos músculos de la mandíbula se lo agradecieron.

—¿Por qué te muestras tan simpática con ella?

—¿Por qué no iba a hacerlo?

Amber tenía razón; esa sensación de batalla campal solo parecía incumbirlas a Claire y a ella.

—¿Sale con Cooper?

Amber, antes de satisfacer la curiosidad de su amiga, pareció pensarlo.

—No creo. Ella no parece muy interesada, y él menos aún.

—Entre ellos parece haber algo más que una amistad.

—¿Eso lo crees, o lo sabes con certeza?

—Venga, Amber —protestó—, tú ya me entiendes.

—Claire es una mujer muy poco dada a hablar de sí misma; pero, si así te quedas más tranquila, he de decirte que no creo que haya química entre ellos.

—¿Cómo puedes estar tan segura?

Amber se echó a reír.

—Porque toda la química existente la consumís Cooper y tú cuando estáis juntos.

Un leve rubor se extendió por los pómulos de Grace, iba a protestar cuando Amber le ofreció la taza.

—Será mejor que te tomes el café.

Grace no se pudo negar y decidió guardarse sus reservas respecto a Claire Forcher. No pudo evitar que su mirada se perdiera durante unos segundos a través del escaparate a la tienda de enfrente.

Claire Forcher le había desconcertado y pensó, a su pesar, que para bien. Deseó poder olvidar el encuentro, sin embargo, le resultó imposible.

CAPÍTULO 15

—No es tan difícil, Becca. Venga, inténtalo de nuevo...

La muchacha observó con poco interés la ecuación que ocupaba una parte importante de la hoja de su cuaderno y a continuación posó la mirada en Grace.

—¿En serio tú lo ves fácil?

—Debes intentarlo, no es tan complicada; las matemáticas pueden llegar a ser divertidas.

Becca la miró como si hubiese dicho la estupidez más grande del mundo.

—No puedes estar hablando en serio.

—Prueba, creo que es cuestión de actitud. —Grace se inclinó hacia el libro y pensó que a este paso jamás terminarían el ejercicio—. Te has cerrado en banda y esa es la razón de que no permitas que los números entren en esta cabecita. —Golpeó suavemente la sien de Becca.

Grace estaba teniendo una paciencia infinita, o eso pensaba ella. Llevaba dos tardes dando clases a Becca y, a su modo de ver, no había avanzado demasiado.

La adolescente estaba más pendiente de los ruidos cotidianos que se realizaban fuera de la casa que del libro abierto que estaba sobre su mesa.

—Si no apruebas las mates, tu padre me matará primero a mí, y luego a ti —le amenazó.

Becca se echó a reír. Estaba claro que la amenaza no había servido para mucho.

Grace pensó en cómo había cambiado su vida desde la llegada al rancho. Ella era feliz en Nueva York, pero allí en Aspen parecía serlo más. Visitaba la tumba de su padre a diario, hablaba con él a sabiendas de que no habría réplica. También cocinaba y limpiaba, debía reconocer que la relajaba, y por las noches intentaba leer y clasificar el desastre de archivos que Donatella le enviaba. Aquel papeleo la iba a volver loca de un momento a otro, pero poco más podía hacer al respecto.

Su padre le había pedido ayuda antes de morir y ella iba a intentar por todos los medios hacer todo lo posible para que Cooper entrase en razón.

—Becca, no tendrás un portátil, ¿verdad?

—No. Utilizo el de papá cuando necesito consultar algo en internet.

—Vaya...

—Puedes bajar al despacho, si quieres.

—Creo que no es tan sencillo.

Becca la observó sin comprender.

—No te va a decir nada, Grace. Si necesitas el ordenador, ve al despacho.

—Primero terminemos este ejercicio, ¿de acuerdo?

La niña se encogió de hombros y su atención recayó de nuevo en el cuaderno que tenía ante sí.

Grace pensó en los establos. Ringo solía tener preparada una yegua para ella una hora antes de la cena. La sensación de estar a lomos de un caballo era algo incomparable. No recordaba lo maravilloso que era cabalgar.

—Hoy hace un día estupendo para pasear.

La voz de Becca la alejó de sus pensamientos.

Grace miró a través del cristal de la ventana, Becca tenía razón. Los rayos de sol caldeaban la habitación haciendo que las mates se hiciesen más tediosas.

—Hagamos una cosa, si terminas estos ejercicios, le pediremos a Ringo que nos ensille los caballos; podríamos dar un paseo.

El rostro de Becca se iluminó.

—¿Hablas en serio?

Becca era tan alta como ella y Grace supo que, dentro de unos años, sería una mujer preciosa. Rompería muchos corazones.

—Claro que sí —respondió a sabiendas de que Becca le regalaría una maravillosa sonrisa.

—Y, ¿podemos llevarnos a Moka?

Grace estudió la propuesta. El cachorro parecía más calmado, pero aún necesitaba muchos cuidados, requería demasiada atención.

El rostro de Becca estaba expectante.

—Es aún muy pequeña. Deberíamos dejarla en casa.

Becca adelantó su labio inferior en una expresión compungida.

Grace supo de inmediato que perdía la batalla.

—De acuerdo —claudicó.

La niña, ante la respuesta, saltó de su silla.

—Oh, Grace, muchas gracias; no sé lo que haría sin ti.

«Pronto lo averiguarás», pensó. En unos días tendría que abandonar el rancho.

—Os quiero de vuelta antes de una hora. —La orden de Ringo se escuchó por encima de los relinchos de los caballos—. El viento ha cambiado y lo más seguro es que se desate una tormenta.

Grace dirigió su mirada a la puerta del establo, el sol seguía luciendo en lo alto y un cielo de intensos tonos azules lo acompañaba.

—No tiene pinta de que vaya a llover.

Ringo dejó a medias lo que tenía entre manos y centró toda su atención en Grace.

—Hablo en serio, y si por mí fuera no os dejaría salir.

Grace, a sabiendas de que podía perder la batalla, alzó ambas manos en señal de rendición.

—Prometido.

Ringo decidió retomar su tarea.

—Te salvas porque ni Cooper ni Jake están aquí.

Más que una advertencia, a Grace le sonó a amenaza.

—Cooper jamás me prohibiría cabalgar —se defendió, dejando las manos en jarras sobre las caderas.

—Créeme, hoy lo haría.

Ella intentó controlar su temperamento; si seguía por esa vía, tenía todas las de perder.

—Media hora. De verdad, Ringo, necesitamos un cambio de aires.

—Grace, que sepas que no estoy de acuerdo con esta salida.

—No va a ocurrir nada.

Ringo asintió, pero no demasiado convencido y Grace se preguntó si realmente era ella la que llevaba las riendas de la situación; tenía el pleno convencimiento de que el domador de caballos le estaba llevando a su terreno.

—Nos gustaría ir hasta el lago.

Los ojos del hombre se achicaron de repente mientras estudiaba el rostro de Grace.

—¿Por qué quieres ir exactamente ahí?

Grace no supo qué responder. Pensó en el mapa que su padre le había dejado, necesita comprobar con sus propios ojos el lago y sus alrededores. Miró a Becca y supo que la adolescente estaba perdiendo la paciencia.

—Hace años que no veo ese paraje, hoy me apetecía acercarme hasta allí. — Grace se mordió el labio intentando que su pequeña mentira pasara inadvertida.

Ringo negó con la cabeza con vehemencia.

—Hoy no podréis ir.

—A este paso, no saldremos nunca del establo —rezongó Becca.

—Está bien, iremos otro día.

—Como quieras, pero ¿nos vamos ya?

Moka se revolvió en los brazos de la muchacha.

—Deberías poner a Moka en una de las alforjas; si la llevas en brazos, no te dejará controlar las riendas.

Becca obedeció a regañadientes y el cachorro protestó con un pequeño ladrido.

—Tengo la impresión de que Moka se está adaptando perfectamente a los Cooper. Se pasa el día protestando.

Becca sonrió de oreja a oreja.

—Papá no estaría de acuerdo contigo.

Ambas rieron.

—Media hora, Grace —le advirtió Ringo—. Lo digo en serio.

Ella asintió ya en su montura; Becca iba dos pasos por delante.

Ringo las vio marchar, y cuando ya no eran más que un borrón en la lejanía se arrepintió. Observó el cielo y gruñó para sí mismo, la tormenta avanzaba más deprisa de lo que imaginaba. Cuando volvió la mirada al horizonte, las dos jinetes habían desaparecido; solo esperaba que Grace siguiese sus indicaciones porque si algo había aprendido en esta vida es que las mujeres no entendían un *no* por respuesta.

Becca levantó la barbilla y dejó que el viento jugase con su cabello color trigo, que llevaba recogido, como era habitual en ella, en una gruesa coleta; Grace observó el perfil de la adolescente, no tenía la menor duda de que Becca Cooper sería una verdadera rompecorazones dentro de unos años. Ante ese pensamiento, sonrió. Imaginarse a Cooper echando a patadas del rancho a los posibles pretendientes de su hija era de lo más divertido; lástima que ella no formase parte de ese futuro.

—¿Por qué sonríes?

La pregunta de la niña hizo que volviese la mirada al frente, apretó las riendas alrededor de los dedos, sin saber muy bien cuál era la respuesta que debía darle.

—Supongo que es porque estar aquí me hace feliz— respondió finalmente al comprobar que la muchacha no desistía en su empeño.

—¿Limpiar y cocinar te hace feliz?

—Eso me mantiene ocupada —comentó—. Lo que me hace feliz es este momento, estar a lomos de este caballo, por ejemplo.

Becca pareció analizar la respuesta.

—Vivir en el rancho tiene sus ventajas.

La adolescente quedó pensativa.

—Ahora sí.

—¿Qué significa eso?

Becca se encogió de hombros.

—Pues eso...

Grace guardó silencio durante unos segundos, quizás en espera de que la muchacha retomara la conversación. Se fijó en que los tonos azules del cielo habían dado lugar a un cúmulo de nubes densas y plomizas. Ringo tenía razón, parecía que iba a llover de un momento a otro. Sopesó la idea de regresar, pero la imagen del lago se apoderó de nuevo de ella.

—Me encantaría que mamá estuviese aquí, con nosotros —dijo de repente la adolescente.

Grace giró la cabeza y observó como la mirada de Becca se perdía en alguna parte del paisaje.

—Pero murió —continuó.

Grace sintió el pesar de la niña.

—Te pareces mucho a ella.

La expresión de Becca se suavizó.

—Eso dice papá.

—Becca, ella de alguna manera está aquí contigo.

La niña se encogió de hombros.

—Eso no me consuela. ¿Sabes que lo primero que se olvida de una persona es su voz?

Grace vislumbró el dolor en la mirada de Becca. La niña había crecido sin su madre, eso era algo muy duro.

—No, no lo sabía.

—Lo leí en alguna parte y creo que el que lo escribió tenía razón, yo no recuerdo la voz de mi madre, ni sus caricias, y eso me entristece. Ella entendería lo del baile, igual que tú.

Grace ahogó un suspiro. Debía andarse con pies de plomo.

—Becca, ya sé que ahora es complicado que lo entiendas, pero tu padre quiere lo mejor para ti.

—¿Y lo mejor para mí es no ir al baile? Yo creo que es lo mejor para él.

Grace no tenía ni idea de cómo salir del atolladero en el que estaba envuelta.

—En un baile ocurren más cosas...

—¿Más cosas? —preguntó curiosa Becca.

—Sí. —Grace decidió ser sincera—. Existen los besos robados, las caricias durante el baile. Todo ese preliminar puede llevar a una situación un poco más complicada para alguien de tu edad.

—No soy una niña —protestó Becca—. Sé lo que ocurre cuando alguien te gusta, pero que otros lo hagan, no significa que lo vaya a hacer yo. Solo quiero divertirme y pasar un rato con mis amigos, eso es todo.

—Créeme, lo comprendo, sin embargo, para tu padre no es fácil de asimilar.

—Creo que es él quién lo hace difícil.

Grace, de haber podido, se habría echado a reír.

—Becca, los padres suelen sobreproteger. Es algo innato, no sé si me explico. Viene de serie y es tan complicado para ellos como para nosotras, las hijas. Nunca es fácil adaptarse a los cambios.

—¿Lo dices por tu padre?

Grace asintió.

—Necesito creer que él no se ha ido para siempre, que no me ha dejado sola. Yo también tuve mis bailes, ¿sabes? —Pensó en el último, en Cooper y Wolf enfrentados y eso hizo que algo en su interior se removiera de nuevo—. Y a mi padre tampoco le gustó.

—Y, ¿qué pasó?

—Después del último, me fui a la universidad.

—Vaya...

—Si no puedes ir a este baile, habrá otros, Becca.

—Pero yo quiero ir a este —rezongó la muchacha.

—Por supuesto que sí.

—Me ayudarás, ¿verdad?

—Estoy en ello, cielo, pero no puedo prometerte nada. Tu padre es muy duro de mollera.

Grace observó como Becca desviaba su mirada al suelo. La adolescencia ya era demasiado complicada en sí misma como para vivirla sin una madre. Ella lo sabía por experiencia propia. Pero debía reconocer que su niñez y adolescencia junto a Amber y Jake había sido feliz, muy diferente a la de Becca.

—Nunca hablo de mamá con papá, eso le entristece. —Becca buscó con la mano a Moka y acarició su cabeza repetidas veces, el cachorro cerró los ojos ante el suave contacto.

Grace percibió una presión en el pecho.

—¿Le has dicho cómo te sientes?

La muchacha negó con la cabeza.

—Ahora está muy preocupado con el rancho.

—Tú eres su mayor preocupación, Becca.

—¿Por esa razón no quiere verme feliz? —instó a la vez que ladeaba los labios en una mueca áspera.

—Solo quiere lo mejor para ti. Te ha regalado a Moka, eso debe significar algo, ¿no?

—Es un chantaje. Moka por el baile.

—¿Estás segura?

—Sé leer entre líneas, Grace.

Grace sofocó una carcajada ante la respuesta.

—Eres una muchacha muy inteligente, Becca.

La hija de Cooper sonrió abiertamente.

—Eso también me lo suele decir mi padre.

La conversación pareció llegar a su fin cuando Moka se revolvió inquieta en su alforja. Ladró varias veces hasta que Becca la acarició.

—¡Te reto a una carrera! —vociferó de pronto la muchacha por encima de su hombro, como si así quisiera dar así por zanjada la conversación—. ¡Que gane la mejor!

Becca pareció volar a lomos de su montura y Grace temió por ella. Azuzó las riendas con destreza, clavó los talones en los cuartos traseros de su caballo y lo puso a galope.

La risa de Becca le llegaba a Grace distorsionada por el viento.

—¡Becca, detente! —gritó a la vez que incrementaba la velocidad.

La idea de volver al rancho se hizo cada vez más deseable.

Las primeras gotas de lluvia no se hicieron esperar y Grace supo que estaba en un buen aprieto; no quería pensar en las consecuencias.

Cooper aparcó la ranchera cerca de la valla, descendió y cerró la puerta con ímpetu. Jake imitó a Cooper y abandonó su asiento de copiloto; intentó que la

poca paciencia que le quedaba no se disolviese.

Ringo, al verlos, dejó la tarea que tenía entre manos y se dirigió a ellos.

—¿Qué tal ha ido la reunión?

Cooper no contestó y Jake se limitó a mover la cabeza con actitud de negación.

—¿Tan mal ha ido?

—Peor —fue la respuesta del nuevo capataz.

—¿Me vais a contar lo que ha sucedido o tendré que imaginármelo? —preguntó Ringo.

—Hay algo que no encaja.

Ringo dejó caer buena parte de su peso en una pierna mientras sus manos se posicionaban a la altura de las caderas.

—¿Qué es lo que no encaja?

—No estoy seguro, pero Tucker y Morris no me dan buena espina —comentó Cooper mientras se frotaba el cuello, como si quisiera aliviar la tensión acumulada en esa zona.

—En la última reunión, en la que yo te acompañé —aclaró Ringo—, Morris parecía más preocupado que Tucker respecto a lo que estaba sucediendo con las reses.

—Lo que más me irrita es que Wolf pueda tener razón en todo esto —comentó molesto Cooper.

—¿Crees que Wolf sabe más de lo que habla?

—Yo creo que sí —intervino Jake—. Utilizó a Grace para romper el hielo, le dio un mensaje y parece que ha dado resultado.

—¿Estaba él en la reunión?

—¿Te refieres a Wolf? —preguntó Jake.

Ringo asintió.

—Sí, pero no pronunció una sola palabra. Se limitó a escuchar.

—Esto no pinta bien —expuso Ringo frotándose la incipiente y dura barba con la yema de los dedos.

—Hay algo que se nos escapa.

Tanto Ringo como Jake centraron toda su atención en Cooper.

—Tucker ha perdido alguna que otra res, pero no iguala a las cabezas que hemos perdido el resto; Walter y nosotros somos los más afectados, después está Morris.

—¿Crees que Tucker y Morris traman algo?

—No lo sé —puntualizó Cooper—. Si están en esto juntos, lo disimulan muy

bien.

—Tucker siempre ha querido estas tierras.

—Soy consciente de ello, Jake.

—Cualquier rancho de la zona daría buena parte de su fortuna por el B.C. —comentó Ringo a la vez que acariciaba la crin de uno de los caballos—. Este rancho tiene más hectáreas que ningún otro de por aquí.

—Sería una buena inversión —recalcó Jake—. Quizá deberías hablar seriamente con Wolf.

Cooper soltó un improperio ante la propuesta de Jake.

—No es una idea que me atraiga demasiado —murmuró el dueño del rancho.

El ruido de un motor hizo que los tres hombres mirasen en dirección al camino de entrada.

—¿Quién es?

—Me da la impresión de que no vas a posponer demasiado esa conversación —repuso Jake contestando así a la pregunta de Cooper.

—¿Es Wolf?

—Eso parece —respondió Ringo.

Cooper se frotó el puente de la nariz y maldijo mil veces su mala suerte.

—Por cierto —preguntó Jake antes de que Wolf descendiese de su ranchera —, ¿dónde están Grace y Becca?

El semblante de Ringo se ensombreció y un rictus amargo hizo que sus labios se ladeasen hacia un lado.

—¿Qué sucede? —inquirió preocupado Cooper ahuyentando de su mente la inesperada visita de Wolf.

La respuesta quedó suspendida en el aire ante la inminente aparición de un rayo resquebrajando el cielo.

CAPÍTULO 16

—¿Grace, estás segura?!

La aludida estudió seriamente la situación. Por más que intentaba buscar una solución al problema que tenían entre manos, no la encontraba.

—¡Llámala de nuevo! —ordenó.

—¡Moka, ven aquí, pequeña! —gritó Becca a la vez que hincaba una rodilla en la tierra húmeda y chasqueaba los dedos.

Como era de esperar, el cachorro volvió la atención hacia su dueña, pero a los pocos segundos, se dio la vuelta y nadó al extremo contrario.

—¡Se va ahogar!

Grace sabía que la mascota de Becca se iba agotando. Ignoró la lluvia. Estaban empapadas hasta los huesos y para más inri debería introducirse en el lago en busca de Moka; no le hacía ninguna gracia, pero no iba a permitir que Becca tuviera más pérdidas en su vida.

Maldijo en silencio el momento en que el caballo de Becca resbaló sobre el barro y de la alforja salió volando Moka. Al menos los daños eran menores. Becca no estaba herida y su cabalgadura estaba ilesa; aunque sus nervios aún no se habían recuperado del susto.

Pero como todo en esta vida, debía haber un daño colateral, y en este preciso instante, estaba nadando en el lago. No sabía cuál era el motivo por el cual la pequeña perra había decidido darse un baño.

—¡Vuelve a llamarla!

Becca obedeció ipso facto la orden, pero Moka la ignoró de forma deliberada.

—¡Maldita sea! —exclamó Grace quitándose una bota y después la otra.

Perdió el equilibrio en el intento y estuvo a punto de caer sobre la tierra humedecida.

—¿Crees que es buena idea?

La pregunta de Becca no tenía sentido alguno, así que ni respondió. Tiró su parka al suelo y decidió que, si lo pensaba demasiado, no lo haría.

¿Quién en su sano juicio se metería en un lago lloviendo a cántaros? Intentó no pensar en el frío ni en la humedad. Las temperaturas a esas alturas del año

aún no eran para nada cálidas.

—Grace...

Sin duda, Becca necesitaba una respuesta. Se giró y la abrazó con fuerza.

—Lo voy a intentar, ¿vale?

—Papá me va a matar, ¿verdad?

Grace no estaba para bromas.

—No se lo permitiré.

Fue entonces cuando percibió cómo la muchacha se relajaba entre sus brazos.

—Será mejor que entre a buscar a Moka; si esperamos, se cansará y se podría ahogar.

—No entiendo por qué no viene cuando la llamo.

—Aún no está acostumbrada a acatar órdenes. —Se apartó varios mechones de pelo húmedo de la cara—. ¿Me dejas tu goma del pelo? Creo que, si lo llevo recogido, me facilitará la tarea.

Becca se llevó ambas manos a su trenza y arrastró con los dedos la goma. Su precioso pelo rubio quedó apelmazado por la humedad.

—Escúchame bien —le advirtió Grace mientras se recogía el cabello—, si algo, por cualquier razón, sale mal, quiero que montes a tu caballo y vuelvas al rancho. ¿Lo has entendido? No quiero que te quedes aquí sola.

—Me estás asustando, Grace. ¿Qué podría salir mal?

«Tantas cosas...», pensó ella.

—¿Lo has comprendido? —insistió.

La muchacha asintió con vehemencia.

—Bien.

—No hemos traído los móviles —se lamentó Becca.

—Eso ya no es una opción. La próxima vez, si es que la hay, tendremos que pensar mejor en las ventajas que nos brinda la tecnología.

Grace respiró profundamente y se encaminó hacia su objetivo sin pensar demasiado en las consecuencias.

El lugar era precioso, un lago alpino de aguas cristalinas, pero la incesante lluvia y la humedad le hacían temblar de frío. Sin embargo, se negó a pensar en ello. Cuando metió un pie en el lago, supo que no había vuelta atrás.

En otras circunstancias, el lago le habría parecido una verdadera maravilla. Tenía una extensión impresionante al menos hasta donde podían llegar sus ojos, era de forma irregular y se encontraba abrigado por las altas montañas. En la cima de estas aún se podía apreciar la nieve blanca y resplandeciente.

Supuso que, por las diferentes tonalidades que presentaba el agua, en algunas zonas debía ser muy profundo.

A este paso iba a morir de hipotermia. El agua estaba helada.

Lo último que pensó antes de introducirse en el lago fue en su padre y en Cooper.

«No te enfades demasiado conmigo», murmuró tiritando.

El agua transparente y fría le cortó la respiración nada más tocar su cintura. Esperó unos segundos a que su cuerpo se aclimatase al nuevo cambio de temperatura, pero a su pesar, no lo consiguió.

Llamó a Moka a viva voz y no pudo creerse la suerte que tuvo cuando la perra, dio un cambio de sentido y nadó hasta ella.

Después de todo, iba a ser sencillo.

Percibió cómo todos los músculos de su cuerpo estaban encogidos, agarrotados por el frío. La sensación de estar congelándose era extrema, pero a pesar de ello avanzó unos pasos hasta poder alcanzar a Moka, que se aproximaba a ella con movimientos lentos y perezosos.

—Ven aquí, preciosa.

Moka, al escuchar la voz de Grace, aumentó el ritmo de sus cortas patas y acortó la distancia que las separaba.

—Vamos, vamos, ya casi está —dijo extendiendo el brazo para alcanzarla. Grace estuvo a punto de gritar de alegría cuando la yema de sus dedos rozó el pelaje húmedo del cachorro. Al pobre animal se le veía agotado y desorientado.

—Becca, llámala —gritó Grace intentando que no le fallase la voz a causa del intenso frío. Sus dedos estaban rígidos y cualquier movimiento de las articulaciones era como un suplicio. Sus manos estaban entumecidas y, a causa de ello, el cachorro se escapó de su agarre.

Grace soltó un improperio.

Becca, al ver la escena, acató la orden de Grace y llamó a viva voz a Moka. El animal, algo desfallecido, hizo un último esfuerzo, sus patas se movieron algo más deprisa y nadó en dirección a su dueña.

Grace, con ganas tremendas de salir del lago, se adentró varios pasos más para poder impulsar al cachorro, pero, en ese mismo instante, algo cedió bajo sus pies. El fondo desapareció de repente y esa fatalidad hizo que se sumergiera de inmediato sin darle ninguna posibilidad de salir a flote.

Cooper se dijo a sí mismo que debía serenarse, pero la lluvia era cada vez más persistente y el hecho de que Ringo les hubiera contado que Grace y Becca podrían estar en el lago tampoco ayudaba.

Maldijo mil veces a Ringo y otras mil más a Grace.

¿En qué narices estaba pensando Grace para alejarse tanto del rancho en una tarde como aquella?

Se negó a comprobar de nuevo la hora y siguió avanzando al trote a lomos de su caballo, con el cuello del abrigo levantado para protegerse del frío.

Jake se encontraba a su derecha, su rostro reflejaba preocupación, el suyo no debía ser menos. Wolf, taciturno, galopaba a su izquierda.

La idea de que Wolf estuviese allí no gustaba en absoluto a Cooper, pero en ese mismo instante necesitaba emplear todas sus energías en buscar a Grace y Becca, y no dejarse llevar por su estúpida rabia y recelo que parecían estar consumiéndolo. Toda ayuda era poca.

Los celos habían empezado a hacer mella en él, y comenzar a vivir con esa sensación no le gustó en absoluto. La cortina de agua se hizo más evidente a medida que se aproximaban al lago. Cooper bajó la mirada hacia el terreno enfangado, y en ese mismo instante un hilillo de agua canalizado por el ala ancha del sombrero descendió de forma paralela a su nariz. Aquella situación no pintaba bien. Las volutas de niebla abarcaban cada vez más terreno y eran más densas. Alzó los ojos al cielo y observó cómo las nubes descendían de forma vertiginosa, ansiosas de tocar tierra.

Pensar que Grace y Becca podían estar en peligro lo enervaba.

—Tienen que estar cerca; no nos sacan tanta ventaja.

El que había hablado era Jake.

Cooper vio que su capataz observaba el suelo en busca de huellas recientes que les pudiesen dar alguna pista sobre dónde podrían estar Grace y Becca.

—La lluvia está borrando el rastro.

Wolf tenía razón.

El aguacero que en ese mismo instante estaba cayendo, no ayudaba.

De pronto, los tres hombres alzaron las cabezas al unísono. Se miraron unos a otros, como si quisieran comprobar que aquel eco o voz distorsionada no había sido fruto de la naturaleza o producido por algún animal salvaje que pudiese encontrarse en ese momento cerca de ellos

El grito se volvió más agudo, más intenso, más desesperado si cabe.

Cooper logró escuchar el nombre de Grace a través de la niebla, y en ese mismo instante, supo lo que tenía que hacer: tiró con fuerza de las riendas,

espoleó a su caballo y lo puso a galope.

Intentó filtrar todos los pensamientos negativos que cruzaban su mente sin resultado alguno. Detrás de él escuchó los cascos de los caballos de Jake y Wolf hacer fricción contra la tierra húmeda.

Por primera vez en mucho tiempo, volvió a oler y a sentir el miedo.

CAPÍTULO 17

Grace sintió que los pulmones le iban a explotar de un momento a otro, pero no podía hacer nada para contrarrestar ese efecto, tenía la impresión de ser un globo a punto de estallar. Una vez más intentó zafarse de aquello que le estaba aprisionando el pie, pero cuando tiró de la pierna hacía arriba, esta no se movió. Lo único que consiguió fue que los músculos de todo su cuerpo protestaran produciéndole un dolor aún mayor.

Sintió que sus fuerzas mermaban por momentos, la sensación de fatiga comenzó a hacer mella en ella de tal forma que pensó que, si seguía unos minutos sumergida, se desmayaría, así que braceó de nuevo con la intención de darse un mayor impulso. Sin embargo, todo el esfuerzo fue en vano, lo único que consiguió fue hundirse un poco más. Tenía los dedos entumecidos por el cansancio y el frío, por no hablar de los calambres que comenzaban a ralentizar sus extremidades. Se encontraba agotada, las fuerzas la habían abandonado, tenía la impresión de que estaba perdiendo la batalla y esa idea no le gustó en absoluto, pero no le quedaba otra opción que rendirse ante ella. Las aguas heladas la abrazaban con un anhelo desesperante, quizás con el único deseo de convertirla en una especie más del lago. Abrió de nuevo los ojos con la única y desesperante intención de sobrevivir a aquella pesadilla. El agua estaba turbia, sus bruscos aspavientos de manos y pies hacían que los sedimentos depositados en el fondo flotasen a su alrededor impidiendo ver con claridad lo que la rodeaba.

El corazón, como respuesta a su miedo, latió más deprisa y la necesidad de salir de allí se hizo cada segundo más apremiante, pero en ese mismo instante algo ocurrió, algo llamó poderosamente su atención y ese algo, estaba casi segura de que no pertenecía al lago. Sin embargo, tal como apareció, desapareció, rodeada de un vacío acuoso y desconocido.

La ilusión óptica bien podía haber sido a causa de que su cerebro se estaba quedando sin oxígeno, los segundos se consumían y no le quedó más remedio que ralentizar sus movimientos en un último intento por sobrevivir. Si quería salir de allí tenía que pensar con coherencia. Se giró en busca de algo que le pudiese ser de ayuda, sin embargo, aquella nefasta imagen surgió de nuevo. En

esta ocasión la vio con total claridad. Se asustó ante la desagradable imagen, abrió la boca y el agua penetró sin ninguna consideración en su cavidad bucal. La sensación de asfixia se hizo aún mayor, no obstante, no pudo hacer nada para evitarlo. Allí flotando, en la nada, había un cuerpo, unos ojos sin vida se clavaron en ella. La inconsciencia previa a la muerte la invadía por momentos, los pulmones hicieron un último esfuerzo mientras la imagen del cadáver, que se encontraba en un avanzado proceso de descomposición, parecía observarla en silencio. Iba a ser el único testigo de su final. Su tumba, al igual que la de aquel desconocido, iba a ser el fondo de ese lago.

Su pelo, que en ese momento flotaba en el agua, le cubrió durante una fracción de segundo buena parte de la espeluznante visión. Lo apartó de un manotazo, sin demasiada energía. Aquel gesto no hizo desaparecer el cadáver. Aquella pesadilla seguía allí, cerca de ella.

La falta de oxígeno se hizo más apremiante aún. Sus pulmones dejaron de funcionar y el frío la atenazó de nuevo. Sin otra elección, cerró los ojos y, fue entonces, cuando se rindió, abandonándose a su fatal destino.

Algo o alguien la zarandeó, la rodeó por la cintura y tiró de su cuerpo hacia arriba. Abrió los ojos durante una milésima de segundo y la última imagen que pasó por su mente fue la de Cooper con el ceño fruncido y rodeado de burbujas. Era curioso, pero anhelaba verlo de nuevo, abrazarlo y sentir su piel contra su piel. No deseaba morir sin decirle lo que sentía por él.

«Te quiero», pensó, mientras su consciencia se perdía en un rincón muy alejado de su ser. Esa reflexión no la pilló por sorpresa. Era algo que había sabido siempre, pero que había guardado en una parta recóndita de su cerebro durante esos últimos años.

El ascenso hacia ninguna parte fue lento, pausado e interminable.

Lo siguiente que percibió fue el gélido viento acariciando su rostro y, en ese mismo instante, cuando creyó volar, perdió todo contacto con la realidad.

El dolor de cabeza era insufrible, pero el batiburrillo de voces que escuchaba en la lejanía le impedía seguir con los ojos cerrados y dejarse llevar al mundo de los sueños.

Abrió la boca y para su sorpresa, aspiró una bocanada de aire que llegó a sus pulmones. Al parecer ya no se encontraba en el fondo del lago.

Intentó mover despacio los dedos de las manos, pero el dolor de las

articulaciones se intensificó; lo único que percibió al tacto fue el suave algodón de lo que podían ser unas sábanas.

Intentó abrir de nuevo los ojos, sin embargo, los cerró de inmediato porque la luz proveniente del exterior la cegó y el dolor de cabeza se acrecentó .

—Debe descansar unos días, me pasaré mañana a ver cómo se encuentra. Sus constantes son estables y el peligro, a mi modo de ver, ya ha pasado.

Grace escuchó la voz amortiguada de aquel desconocido, pero por más que lo intentó, no le puso rostro.

La idea de estar en un hospital se desvaneció casi de inmediato. Las sábanas olían a suavizante floral y desprendían a su vez un aroma que le era muy familiar.

De pronto, como si el contacto con la realidad fuese una prioridad, decidió abrir los ojos, a pesar del horrible dolor de cabeza.

Su mirada recayó primero en el techo cubierto de vigas de madera y luego se paseó por la amplia habitación. Los sencillos muebles y la decoración con ese toque masculino tan reconocible le hicieron temer lo peor.

¡Se encontraba en la cama de Cooper!

El corazón se le aceleró a una velocidad vertiginosa y volvió a sentir la presión en los pulmones, pero esta vez agradeció que no hubiese agua de por medio.

Levantó las sábanas y comprobó que al menos no estaba desnuda. Llevaba puesto uno de sus camisones, no era para nada sexy, pero la tela se adaptaba a su cuerpo como una segunda piel.

—Seguiremos sus instrucciones, doctor. Muchas gracias por venir y atender a Grace.

La voz de Cooper llegó alta y clara hasta ella, aunque habría jurado que una pizca de preocupación acompañaba a la entonación.

—No puedo negar que eres un gran hombre, Cooper, al igual que Leonardo Morales, si me permites decírtelo. Un hombre inolvidable. Por lo tanto, estoy encantado de poder ser útil y de atender a la hija del que un día fue tu capataz. La verdad es que me habría gustado conocerla en otras circunstancias.

Grace percibió cierta melancolía en las palabras del doctor. Al parecer, su padre había dejado huella en aquellas tierras.

Las voces se fueron difuminando hasta que se perdieron en algún lugar de la casa. Tanto Cooper como el doctor, fuese quién fuese, habían decidido poner cierta distancia de la habitación.

Volvió a cerrar los ojos y se dejó llevar por el agotamiento y por un sueño

dulce que le vencía sin remedio. Intentó abrirlos de nuevo, si se dormía volverían las pesadillas, pero el calor que producían las mantas sobre su cuerpo ganó la batalla y cayó de forma irremediable en brazos de Morfeo.

Cuando volvió a despertarse, los párpados le pesaron una barbaridad. Había perdido toda noción del tiempo, pero en esta ocasión, no se encontraba sola en la habitación.

Cooper, sentado al lado de la cama, la observaba fijamente.

—¿Te encuentras mejor?

Ella solo pudo asentir a sabiendas de que debía ser más explícita al observar los rasgos de preocupación en el rostro masculino.

—¿Tienes hambre?

Solo de pensar en meter algo en el estómago, le causó náuseas.

Cooper debió leerlo en su rostro porque no insistió.

—¿Becca?

Grace tuvo que hacer un esfuerzo aún mucho mayor del que pensaba para poder pronunciar cada una de las palabras. Su voz sonaba hueca, como si se tratase de un siseo, las cuerdas vocales las encontraba tensas y doloridas.

—Está abajo, con los demás. Se encuentra bien —aclaró antes de que Grace formulase la pregunta pertinente.

Cooper cambió de postura en la silla. El miedo seguía ahí y el hecho de saber que había estado a punto de perder a Grace lo desquiciaba. Llevaba dos días sin dormir y comiendo lo que encontraba solo para subsistir y no desfallecer.

No permitía que nadie entrase en la habitación, a excepción de él y el doctor.

Se había dado cuenta de que Grace era una pieza fundamental en su vida. Cuando llegó al lago y encontró a Becca atacada de los nervios, mirando directamente a un punto concreto del lago, abrazando con fuerza a su pequeña mascota supo que algo no iba bien.

Y cuando su hija, entre sollozos entrecortados, intentaba explicar lo sucedido, la sensación de vacío se intensificó. No pensó en nada que no fuera Grace. Se descalzó, tiró la zamarra al suelo y se adentró en las aguas frías del lago sin medir las consecuencias.

Su mente estaba con Grace. La sola idea de que estaba sumergida en aquellas gélidas aguas lo volvió loco.

Ni Jake ni Wolf se lo impidieron, quizá porque sabían de antemano que sería malgastar el poco tiempo del que disponían.

Encontrarla a los pocos segundos de sumergirse fue un alivio, pero en el mismo instante en que la tocó supo que algo andaba mal. Grace había perdido el

conocimiento. Tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para descender más al fondo hasta hallar la manera de liberar el pie de ella de la espesa vegetación. Cuando lo logró, actuó lo más aprisa que pudo, pero no contó con el factor sorpresa del momento: el cadáver en suspensión que flotaba cerca de Grace.

—¿Cuánto tiempo llevo así?

—Dos días.

Ella hizo un esfuerzo titánico para poder asimilar la información, tragar saliva y poder seguir hablando.

Grace giró la cabeza.

—Lo siento, no quería causarte problemas.

La mandíbula de Cooper se tensó hasta tal punto que uno de los músculos se contrajo de forma esporádica.

—No vuelvas a darme otro susto como este, Grace.

A ella esa orden le habría resultado cómica de haberse dado en otro contexto, pero sabía que Cooper hablaba en serio.

—Lo intentaré —fue la única respuesta que pudo darle.

Probó a levantar la cabeza de la almohada, sin embargo, un dolor candente la atravesó como un rayo de un lado a otro y la dejó caer de golpe.

—El doctor me ha dicho que necesitas descansar.

—Y, ¿qué más ha dicho?

Cooper evaluó su respuesta.

—Que tardarás unos días en reponer tus fuerzas, pero si eres hija de tu padre, no dudará en que lo harás pronto.

—¿Antes de una semana?

Las líneas del rostro masculino se hicieron más insondables.

—No irás a ninguna parte, Grace; así que vete haciéndote a la idea.

—¿Has cambiado de parecer?

—Olvida lo que dije —la interrumpió él.

Ella no sabía a qué atenerse. Se había hecho a la idea de que tenía que abandonar el rancho en unos días y ahora todo parecía haber cambiado.

—Tengo trabajo pendiente.

Cooper se limitó a observarla sin ninguna expresión en su rostro. La luz del atardecer se derramaba a través de las ventanas y se proyectaba en las dos figuras.

—Descansa, te traeré un poco de sopa. Necesitas comer algo.

Ella no le contradijo. Simplemente cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación de ingravidez que parecía no querer abandonarla.

—Cooper —le llamó ella antes de caer profundamente dormida, pero él no respondió.

La silla ya estaba vacía.

CAPÍTULO 18

El duermevela de las siguientes horas fue solo eso, un recuerdo difuso. Un ir y venir de gente que entraba y salía de la habitación, sin embargo, estaba casi completamente segura de que con ninguna de ellas había logrado intercambiar más de dos palabras. Incluso en algún momento, creyó ver a Wolf.

Algo prácticamente imposible.

Sin duda la experiencia había sido traumática y había dejado en ella más huella de lo que habría podido imaginar en un principio.

La puerta se abrió en el mismo instante en que ella se incorporaba de la cama.

—¡Por fin vuelves al mundo de los vivos!

La voz cantarina de Amber le llegó como una melodía alegre y rítmica. Su amiga llevaba entre las manos una bandeja.

—Te traigo un poco de sopa y un vaso de leche con galletas. El doctor dice que debes reponer fuerzas. —Cerró la puerta con ayuda del talón y durante un par de segundos buscó la manera de no perder el equilibrio.

—La verdad es que no tengo hambre, pero he de reconocer que me alegro de verte.

Los labios de Amber se curvaron de oreja a oreja.

—Lo del hambre haré como que no lo he oído —dijo con un tono burlón—, yo sí que estoy encantada de verte con los ojos abiertos. Tienes a todo el mundo preocupado ahí abajo. —Dejó la bandeja sobre las piernas de Grace—. Será mejor que comas algo.

Grace sabía que, aunque su estómago no estaba preparado para admitir ciertos alimentos, debía hacer un esfuerzo por comer. La sopa olía muy bien y la leche templada con varias galletas dispersas sobre un plato le abrió el apetito.

—Siento todo esto...

—No sientas nada y come. —Amber se dejó caer en la silla de al lado de la cama, cruzó las piernas y se recostó en ella—. Tienes mejor aspecto que ayer.

—He debido dormir mucho.

—Por un momento creía que te habías convertido en la Bella Durmiente —bromeó.

Grace sonrió.

—¿He estado muy grave?

—Se podría decir que has tenido momentos mejores en el pasado. —Su amiga abrió las manos dando así más énfasis a sus palabras—. Cooper no nos ha permitido entrar a verte hasta que has recobrado la conciencia. Puede ser un hombre muy testarudo, ¿lo sabías?

Grace se volvió a mirarla con una mezcla de sorpresa y extrañeza.

—¿Lo dices en serio?

—No exagero nada. Hasta tal punto ha llegado la situación que hemos tenido que rogar al médico que intercediera ante Cooper para poder verte.

Grace respiró profundamente, como si insuflarse darse fuerzas.

—Lo lamento.

—No debes lamentar nada, solo tienes que comer y recuperarte, queremos a la Grace de siempre lo antes posible.

—Me encuentro mejor —dijo mientras cogía la cuchara de la bandeja y la introducía en el cuenco de la sopa. Saboreó el caldo y tuvo que reconocer que Amber había progresado como cocinera—. Está buena, muy buena.

—Me alegro de que te guste, aunque la exquisitez de la sopa se la debemos a Claire, no a mí.

Grace estuvo a punto de escupir la sopa.

—¿Claire Forcher? —preguntó con voz contenida.

Amber asintió.

—Todos hemos estado muy preocupados por ti, Grace. Estuviste a punto de morir —le confesó como si hiciese falta aclarar algo que ella no sabía.

Grace dejó caer la cuchara dentro del cuenco mientras miraba con expresión seria a su amiga.

—Si no llega a ser por Cooper, no estaríamos teniendo esta conversación —continuó Amber—. Él te sacó del lago y te hizo la reanimación para que pudieses volver con nosotros. Estabas helada e inconsciente cuando te rescató. Nos has dado un buen susto, Jake aún no ha recuperado el color.

Imaginar los labios de Cooper sobre los suyos hizo que le recorriera un escalofrío por la espalda. Ella no recordaba nada de lo sucedido, lo único que venía a la mente era la sensación de hundirse hacia el fondo y el dolor intenso de los pulmones. Claro que recordaba algo más, y que aún no había comentado a nadie: el cadáver con el que tropezó cuando intentó escapar del agarre al que se había visto sometida durante su inmersión. Durante las pesadillas se repetía una y otra vez la misma escena y eso la atormentaba.

—Después, Cooper cabalgó lo más rápido que pudo contigo en brazos mientras Jake llamaba al doctor y Wolf se hacía cargo de Becca.

—¿Así que Wolf ha estado aquí? No ha sido un sueño.

Amber negó con la cabeza.

—No, no lo has soñado.

—Al parecer me he perdido muchas cosas —repuso con suavidad. Observó la sopa, pero declinó llevarse una cucharada más a la boca. Quiso convencerse de que no era por el hecho de que Claire la hubiese preparado, pero decidió que no debía mentirse más a sí misma. ¿Qué hacía Claire en el rancho? Debía reconocer que no le gustaba nada que la diseñadora estuviese en ese mismo instante en la cocina de Cooper. Al imaginárselos juntos, se le revolvía el estómago.

—Al menos come las galletas y bebe un poco de leche caliente. Debes meter algo sólido al estómago, órdenes del médico.

Amber, al ver que Grace dudaba, soltó un suspiro exasperado.

—Si te sirve de algo, yo he calentado la leche y he horneado las galletas.

—Odio que me conozcas tan bien —protestó Grace cogiendo una de las galletas y sumergiéndola en leche.

—Es lo que tiene haber crecido juntas.

La mirada de Grace se dulcificó.

—¿Qué hace ella aquí?

—Cooper la llamó.

Grace cambió su suave mirada por una expresión de reproche.

Amber levantó ambas manos en señal de paz.

—Yo no tengo nada que ver.

—De ser así, me habrías decepcionado.

Grace se llevó la galleta a la boca y tuvo que reconocer que estaba deliciosa.

—No es lo que tú imaginas.

—Y, según tú, ¿qué es lo que imagino?

—Escucha, Grace, no quiero hacer del abogado del diablo, pero Cooper lo ha pasado muy mal. Me corrijo, lo está pasando mal. Claire es su amiga y la llamó para comentarle lo sucedido. Eso es todo.

—¿Eso es todo? Llevo semiinconsciente dos días, casi me ahogo y me muero de frío en un lago inmenso y cuando me despierto, ¿qué me encuentro? A la maravillosa Claire Forcher cocinando y a mi amiga —la apuntó con un dedo acusador— defendiéndola.

—No es mala mujer...

—Amber... —la advirtió Grace.

—Está bien, ¿no le quieres dar una oportunidad? Allá tú.

Por el amor de Dios, y ¿por qué razón ahora se sentía culpable?

—No soy tan maléfica como parezco.

—Eso lo has dicho tú, no yo.

Grace miró al techo y dejó los ojos en blanco.

El hecho que las dos fueran dos mujeres testarudas no ayudaba en nada.

—No me puedo creer que Cooper dejase entrar a Wolf en el rancho — comentó Grace intentando cambiar de tema. Necesitaba que Claire Forcher saliese de su mente en menos de tres segundos.

—Parece que las cosas van cambiando. Han hablado mucho durante estos días y han estado sacando sus propias conclusiones.

—¿A qué te refieres? —inquirió Grace mordisqueando la última galleta.

—No han sido muy explícitos, pero si una cosa sé con certeza es que el *sheriff* quiere hablar contigo.

—¿Conmigo? —El resto de la galleta se partió y cayó directamente a la leche—. ¿Por qué?

—Esa pregunta debería hacértela yo a ti, ¿no crees? Los demás no han sido muy explícitos al respecto.

La imagen del aquel cuerpo sin vida volvió a la mente de Grace, como si se tratase de un vago y nefasto recuerdo. Le encantaban las series de forenses y policías que solían poner semanalmente en la televisión, pero aquellos cuerpos de pega sobre las frías camillas de la morgue no tenían nada que ver con lo que ella había presenciado.

La pregunta seguía en el aire.

Amber ladeó la cabeza en espera de una respuesta.

Decidió que ya había comido suficiente, así que hizo un esfuerzo por depositar la bandeja en la mesilla de noche y Amber la ayudó con la tarea. Segundos después, aún cansada y con los músculos todavía doloridos, se recostó sobre la almohada y miró en dirección a su amiga.

Le contó pormenorizadamente todo lo que había sentido y presenciado durante el interminable intervalo de tiempo en el que había estado sumergida en el agua. No dejó ningún detalle. Todas las imágenes se fueron sucediendo como una película, los fotogramas pasaban por su mente de una forma clara y concisa. Algo difícil de creer cuando había estado a punto de morir; estaba claro que el cuerpo tenía una resistencia impresionante ante los obstáculos más imprevisibles.

Cuando Amber salió de la habitación, sus ojos oscuros aún mantenían una expresión afligida.

Grace decidió que recibiría al *sheriff* en el despacho de Cooper. Después de un par de días en cama se encontraba mejor, pero, ante todo, si algo tenía claro era que necesitaba salir de la habitación. La fragancia de Cooper estaba impregnada en las sábanas y toallas, además debía devolver algunos mensajes y llamadas de Nueva York.

Se paseó por la estancia como si estuviese disfrutando de la exposición de una galería de arte. En una de las fotos, Cooper apoyaba una pierna flexionada en uno de los postes de la valla del cerco donde Ringo adiestraba a los caballos. Su postura era relajada, con el sombrero en la mano y la mirada perdida en algún punto del maravilloso atardecer, un espectáculo de tonos anaranjados y rojizos que impregnaban buena parte del cielo. Debía reconocer que hasta de perfil era un hombre de lo más atractivo. En otra de las fotografías estaban retratados él y Jake, los dos hombres se encontraban en un ambiente distendido, con una cerveza en la mano y una sonrisa radiante en los labios. Grace no pudo identificar el establecimiento donde estaba tomada la foto, pero si algo tenía claro era que entre Cooper y su capataz existía una confianza absoluta. El hecho de que Cooper supiera sonreír de esa manera le llegó a sorprender.

—¿Estás segura de esto?

Grace se giró para encontrarse con el hombre que ocupaba una buena parte de sus horas. Como de costumbre, estaba increíble con esos vaqueros desgastados y una camisa a cuadros que le daban más aspecto de leñador que de vaquero.

—Si te refieres a estar levantada, sí. Si es al hecho de hablar con el *sheriff*, de eso no tanto, si te soy sincera.

Cooper intentó ignorar la sensación de protección que dirigía hacia Grace, pero, como era habitual en él, no lo consiguió.

—No va a ser fácil, Grace. —Cooper cerró la puerta tras de sí.

—Lo sé —comentó ella mientras rozaba la mesa con la yema de los dedos.

Cooper era consciente de que tener celos de una mesa no tenía sentido alguno, sin embargo, no pudo evitar seguir la línea que trazaban los dedos de Grace sobre la madera.

—Aún no te he dado las gracias por rescatarme del lago.

Él volvió a la realidad de una forma brusca.

—No me debes nada, pero como ya te dije, me diste un susto de muerte.

Ella rompió el contacto con la mesa para envolverse, un segundo después, en sus propios brazos.

—Supongo que es algo que no olvidarás en mucho tiempo.

Cooper bajó la mirada al suelo durante una fracción de segundo y luego volvió a dirigirla a ella.

—No, no lo haré mientras viva y te agradecería que en un futuro te mantuvieras en tierra firme; nada de baños en lagunas ni lagos.

En un primer momento, ella tensó los labios, no obstante, finalmente, sonrió.

—No va a haber un futuro aquí, Cooper. Me voy en unos días.

Los músculos de Cooper se movieron incómodos y como consecuencia de ellos, su camisa se tensó.

—Ya te he dicho...

—Que no voy a ir a ninguna parte. —Ella terminó la frase por él—. Pero tengo una vida en Nueva York, no lo olvides.

—Escucha... no puedo obviarlo porque me lo recuerdas constantemente, Grace. —Se pellizó el puente de la nariz, cerró los ojos un segundo y volvió a abrirlos—. Esta situación es mucho más seria de lo que crees. Vi lo que había allí abajo, en el fondo — aclaró—. Han sacado el cuerpo y le han hecho la autopsia, según el informe del forense, no tiene pinta de ser un accidente. Alguien mató a Harry Blason.

—¿Harry Blason?

—El contable del rancho.

Grace no supo qué sensación fue más desagradable, la bilis que le corría por el esófago o el escalofrío que le bajó por la espalda.

—Creí que se había marchado sin más.

—Todos creímos lo mismo, el primero en sacar esa conclusión fui yo.

Los ojos de Grace se abrieron de forma desmesurada.

—Mira, Grace, no sé lo que está sucediendo, pero sea lo que sea, hay que estar precavidos.

Esta última palabra hizo que ella lo mirase desconcertada.

Cooper observó su reacción y llegó a la conclusión de que no le gustaba nada.

—Solo intento ser práctico —dijo viéndose en la necesidad de retractarse.

—No pensabas así hace unos días.

— Han sucedido demasiadas cosas, ¿no crees?

—¿Podría tratarse de un suicidio o...? —No terminó la frase.

—Aún no sabemos todos los resultados de la autopsia, imagino que no tardarán. Grace, hablo en serio. Deberías quedarte en el rancho al menos una semana más, supongo que hasta que se aclare esta situación.

—Cooper...

—Lo sé. —La boca del hombre mudó a un gesto desdenoso—. Tienes una vida en Nueva York.

—¿Estamos en peligro?

—Aún no lo sé con certeza, pero no descarto ninguna hipótesis.

—Esa es la razón por la que insistes.

—Así es.

—Cooper...

Ella iba a preguntar, sin embargo, él la interrumpió.

—Lo que me lleva a otra pregunta: ¿por qué decidiste ir al lago?

Ella lo observó durante un interminable largo espacio de tiempo.

—Según tengo entendido, Ringo te advirtió del peligro de una tormenta inminente. ¿Por qué desobedeciste el consejo, Grace? —preguntó en un tono desafiante.

Tenía todo el derecho a estar enfadado con ella. Después de todo había puesto en peligro a su hija y eso no se olvidaba fácilmente. Ella solo tenía una respuesta para esa pregunta, pero no estaba del todo segura si debía hablar con Cooper de ello.

—Grace... —instó.

Ella enderezó los hombros y lo miró directamente a los ojos.

—El *sheriff* no va a ser tan amable contigo —le aclaró—. Hay un cadáver en la morgue.

—Dices eso último como si yo fuera la responsable de que Harry Blason estuviese muerto.

Cooper apeló a la poca paciencia que ya poseía.

—No te estoy culpando de nada. —Se paseó por el despacho como un león enjaulado—. Solo te comento que el *sheriff* querrá respuestas. Ringo te advirtió que ir al lago sería peligroso, ¿no es así?

Ella tardó varios segundos, pero al fin asintió con la cabeza.

—Entonces, ¿por qué decidiste contradecir a Ringo?

—Por el mapa —respondió al fin.

—¿El mapa? ¿De qué puñetero mapa estás hablando?

Cooper sabía que debía permanecer tranquilo y no asustar a Grace, pero las

vagas respuestas de ella lo estaban sacando de sus casillas.

—Entre la documentación que encontré de mi padre había un mapa.

Cooper apoyó el peso sobre una pierna, ladeando la cadera, y esperó pacientemente a que ella continuara.

—Al principio pensé que el aspa que marcaba el lago era algo casual —reprimió las lágrimas que pugnaban por salir—. Nunca habría puesto a Becca en peligro. Tienes que creerme.

Cooper ahogó un juramento. No entendía ni una sola palabra de lo que Grace intentaba decirle.

—Siéntate y empieza desde el principio.

Ella al escuchar la orden se tensó.

—Por favor, siéntate —dijo con un tono de voz más amable.

Las piernas de Grace se flexionaron y se dejó caer en una silla.

—Imagino que cuando hablas de esa documentación, estás haciendo referencia a las carpetas y archivos que guardaba tu padre en su barracón.

Ella asintió.

—Y que amablemente te pedí hace unos días y tú me lo negaste.

—Es lo único que me queda de él. —Se vio en la necesidad de defenderse—. Tengo todo el derecho a quedarme con esos papeles.

Recordaba perfectamente la conversación que había mantenido con Cooper, al igual que el beso. Intentó por todos los medios borrar esa imagen de la mente o definitivamente estaría perdida.

El rostro de Cooper no desveló nada fuera de lo común, lo que significaba que para él ese pequeño y sensual roce de labios debía carecer de importancia.

—Grace... —la voz de Cooper se volvió suave y profunda—, tienes razón en algunos aspectos, pero hay demasiado en juego. Espero que lo entiendas. ¿Dónde está esa documentación?

Ella pareció meditarlo unos segundos antes de responder. Cooper tenía razón, había demasiado en juego.

—En mi habitación —confesó al fin— en una caja al fondo del armario.

El ceño de Cooper se frunció hasta que sus cejas se tocaron.

—Quiero esos papeles, Grace, y los quiero ya.

Ella iba a protestar, pero él la hizo callar alzando la mano en alto.

—Soy muy consciente de lo que me has dicho —comentó con un tono ominoso—, pero en un futuro, no desobedezcas mis decisiones, por favor.

—Acepto sugerencias, no recibo órdenes. — Ella alzó la barbilla con un gesto de irritación.

Una sonrisa poco comedida afloró de la boca de Cooper.

—Creo que no entiendes las circunstancias, Grace... —Puso los brazos en jarras, bajó la cabeza y se rio suavemente—. Ya no mueren solamente las reses, no estamos hablando de que el rancho está casi en manos del banco, ni siquiera nos estamos refiriendo a tu afán por llevar la contraria a todas las personas que queremos cuidar de ti...

Grace sintió una punzada de culpabilidad en su fuero interno.

—Lo que intento decirte —continuó él—, es que hay un hombre muerto, un hombre que yo conocía, que trabajaba para mí y que encontró su tumba en el fondo de un lago. Cuido de los míos, Grace, y tú, quieras o no, perteneces a este rancho y estás bajo mi protección.

Las protestas que podría haber expresado ella murieron en su garganta.

Varios golpes en la puerta hicieron que ambos dirigiesen su mirada hacia allí. Jake apareció de repente.

—El *sheriff* está aquí. Quiere hablar con nosotros.

—¿Los demás ya han llegado?

Jake asintió.

Grace iba a formular una pregunta, pero Cooper ya se encaminaba hacia la puerta.

—¿Vienes?

La duda quedó en el aire.

¿Quiénes eran *todos* esos a los que hacía referencia Cooper?

CAPÍTULO 19

Grace intentó mantenerse serena, pero estaba demasiado nerviosa. Aún no estaba recuperada del todo y aquel ambiente lleno de testosterona en el salón de Cooper era difícil de asimilar.

Se frotó la frente con los dedos e intentó aparentar serenidad. Los hombres allí reunidos hablaban en tres pequeños círculos y el rumor de sus conversaciones llegaba hasta ella en palabras sueltas, aunque a veces inconexas.

Morris, Tucker y Walker, tres de los principales ganaderos formaban uno de los grupos, al lado de la ventana. Su tono parecía distendido e incluso desenfadado, a su modo de ver, alguna risilla sofocada era buena muestra de ello.

Jake y Wolf hablaban al otro extremo del salón; el capataz de B.C., de vez en cuando, restregaba una mano abierta sobre su barbilla y asentía, de forma seria, ante las palabras de su interlocutor.

Ringo, Cooper y el *sheriff* murmuraban en un corrillo aparte. Cooper era el que ponía más énfasis, mientras Ringo afirmaba con la cabeza y el representante de la ley escuchaba atentamente con los labios fuertemente apretados, formando con ese gesto una férrea línea recta.

Se moría de curiosidad por saber cómo Wolf había logrado traspasar las puertas del B.C. y ocupaba un espacio en el salón. El volumen de las voces aumentó y ella percibió que le faltaba el aire. Estaba rodeada de hombres que, aunque conocía desde hacía años, ahora mismo le eran verdaderos extraños. Se sentía sola y fuera de lugar. Echaba de menos a su padre, tanto era así que el corazón le comenzó a latir con tanta fuerza que le atronaba los oídos.

De pronto, como si Cooper presintiera su miedo, dejó la conversación entre Ringo y el *sheriff* para posicionarse a su lado.

—¿Estás bien? Si quieres podemos dejar el interrogatorio para otro momento.

Él se encontraba de cuclillas, frente a ella. Los vaqueros le marcaron los muslos y ella tuvo que hacer un verdadero acto de fe para alejar sus ojos del hombre que tenía ante sí. La mirada de Cooper denotaba una seria preocupación.

Habría querido levantarse y huir, pero el verse observada hizo que se mantuviera en su lado del sofá.

—Prefiero terminar con esto de una vez por todas, pero gracias por preocuparte.

—De acuerdo. Como prefieras.

—¿Qué hace aquí Wolf?

Supo que Cooper había comprendido la pregunta nada más formularla. Él pareció sopesar su respuesta.

—En otro momento te comentaré esa parte de la historia.

—¿En serio? Pues, aunque no lo creas, estoy deseando que lo hagas.

El tono de sarcasmo no pasó desapercibido a Cooper.

Estaba claro que el dueño del B.C. no deseaba ahondar en la cuestión, y ella decidió que lo mejor que podía hacer, al menos de momento, era pasar página. Tarde o temprano sabría qué había ocurrido mientras ella se recuperaba y dormía plácidamente en la cama de Cooper.

—Te prometo que esto terminará pronto.

—Lo que ocurre es que no entiendo el porqué de esta reunión. Pensé que iba a mantener una conversación privada con el *sheriff* en tu despacho —alegó en voz queda para que nadie pudiese escuchar su queja.

—El *sheriff* ya sabe todo lo que tiene que saber. Becca y Ringo han hablado con él y, a decir verdad, no queda demasiado que aclarar.

—Pero el mapa... —vaciló.

Una arruga de preocupación apareció entre las cejas de Cooper.

—Solo Ringo, Jake, Wolf y yo sabemos lo del mapa. Nadie más. —Su tono de voz sonó a advertencia, por lo que entendió que no debía hacer ninguna referencia a él—. ¿Has comprendido?

Ella se limitó a asentir.

—Bien. —Cooper se demoró unos segundos, como si quisiera comprobar que había entendido cada una de sus palabras. Después se incorporó y se dirigió al resto en voz alta—. Señores, Grace está cansada. Deberíamos empezar para que ella pudiese retirarse y descansar cuanto antes.

El murmullo cesó en el acto y, de repente, varios pares de ojos se centraron en ella. Acto seguido se sintió un poco más agobiada, pero la cercanía de Cooper hizo que no se perdiera en su propia ansiedad.

Durante diez minutos la diatriba del *sheriff* ocupó toda la atención de los asistentes a la reunión. Después de ese tiempo, el alto cargo de la ley se centró en ella.

—¿Por qué decidió ir hasta el lago, Grace?

La pregunta, aun esperándola, la pilló desprevenida. Le habría encantado

buscar a Cooper con la mirada, pero en el fondo sabía que no debía hacerlo. No conocía al *sheriff*, pero no parecía un mal hombre. No era excesivamente alto, debía rondar los cincuenta y era obvio que se mantenía en forma, porque su cuerpo, a simple vista, no almacenaba un gramo de grasa más de la necesaria. Su pelo canoso le hacía aparentar más edad, al contrario que sus ojos sagaces, que estudiaban todo lo que le rodeaba con determinación.

Cooper se lo había presentado como Justin Roth.

—Quería salir a galopar y llegar hasta el lago, me pareció que podía ser un paseo perfecto —dijo con un susurro tenue tras meditar su réplica.

El silencio siguió reinando en el salón mientras el *sheriff* escribía en su libreta.

—Según tengo entendido —comentó el representante de la ley— Ringo le avisó de que se avecinaba una tormenta. ¿Eso es así?

—Sí —fue la escueta respuesta de ella.

—Y, aun así, ¿decidió llegar hasta el lago y llevar con usted a Rebecca Cooper?

Más que una pregunta, le pareció una acusación, pero decidió que no era el momento de analizar nada, así que se limitó a responder. Después de todo, y según Cooper, Justin Roth no estaba al tanto de la existencia del mapa que su padre había guardado entre sus cosas antes de morir.

—Exacto. Pero no creí que la tormenta estuviese tan cerca —se defendió.

—Comprendo.

El *sheriff* seguía tomando nota de cada una de las palabras de Grace.

—Becca ya me ha comentado que su cachorro se metió en el agua y que, al no encontrar la manera de hacerla salir, no tuvo otro remedio que adentrarse en el lago.

Grace intentaba asimilar toda la información; solamente Becca y ella podían ponerle las imágenes correspondientes a lo sucedido.

—Así es.

—Una vez dentro del lago, ¿qué ocurrió?

En ese mismo instante el corazón se le volvió a acelerar.

«Te quiero», recordó esas palabras con claridad. Eso fue lo que pensó cuando estaba bajo el agua, cuando estaba perdiendo el conocimiento. Las palabras reverberaron en su mente una vez más, cerró los ojos con fuerza, al menos durante una fracción de segundo, con la única intención de que desaparecieran.

—Pude alcanzar a Moka tras varios intentos frustrados —comenzó a decir ella—. Recuerdo que el agua estaba helada y pensé que, si no salía pronto,

podría morir por congelación. Cuando comprobé que el cachorro nadaba hasta la orilla, me dispuse a ir tras ella, pero algo me lo impidió.

—¿El qué?

Cuando se percató de que se estaba retorciendo los dedos sobre el regazo, dejó de hacerlo.

—Al principio pensé que podía ser una rama o alguna especie de alga que se había enredado en mi tobillo, por eso decidí bucear...

—Pero encontró algo más que una rama o un alga —la interrumpió el *sheriff* —, ¿no es así, Grace?

—Sí.

—¿Cuál fue su primera impresión?

Por primera vez desde que había comenzado el interrogatorio, Grace observó a su alrededor. Todos los oyentes estaban expectantes, aunque ella estaba casi segura de que había oído la historia varias veces a lo largo de los últimos días. Decidió concentrarse y continuar con su versión.

—Me asusté muchísimo.

—Me lo puedo imaginar. ¿Qué pasó en ese momento por su cabeza?

Ella, sin poder evitarlo, buscó a Cooper con la mirada y lo encontró mostrando un semblante impasible, aunque la tensión que mantenía su mandíbula le hizo pensar que podía estar enfadado, y no era para menos; había puesto a su hija en peligro. Se culpó una vez más.

—Que iba a morir.

Un leve murmullo invadió el salón.

El *sheriff* guardó silencio durante varios segundos.

—Es comprensible. Y habría sido así, si Cooper no hubiese llegado a tiempo.

—Lo sé. —La respiración se le cortó en la garganta.

El *sheriff* pasó varias hojas hacia atrás de su libreta.

—¿Hay algo que se nos haya pasado por alto, Grace?

—No estoy segura... —dudó—. Creo que no.

Grace miró al *sheriff* como si lo que fuera a decir pudiera ser de suma importancia.

—Gracias a usted y al cuerpo que hemos hallado en el fondo del lago, que como bien sabe, era el malogrado Harry Blason, contable del B.C. podemos abrir una vía de investigación

Ella asintió.

—Eso tengo entendido. No sabe cómo lo lamento.

—Nosotros también, se lo aseguro. —El *Sheriff* tomó de nuevo una nota—.

Como le iba diciendo, tras su hallazgo se han hecho análisis del agua y de la tierra, en busca de algo que nos pudiera ser útil, dar alguna pista que nos llevara a concretar la causa de la muerte de Blason y, no se imagina cuál ha sido nuestra sorpresa al encontrar sustancias altamente contaminantes en el agua.

Ella lo miró sin comprender.

—¿En serio?

—Así es. Esa es una de las razones por las que ha estado tan enferma y Cooper haya tenido que someterse a análisis médicos para descartar que, tras su inmersión, su organismo no hubiera sufrido ningún daño importante.

Grace dirigió de inmediato toda su atención a Cooper. Él se limitó a mirarla con una intensidad que le produjo un escalofrío. Con su mirada ocre, Cooper parecía corroborar las palabras del *sheriff*.

De pronto todos los hombres hablaron al mismo tiempo, Grace casi no pudo ni escuchar sus pensamientos. ¿De qué estaba hablando el *sheriff*?

—Señores —dijo de pronto rompiendo el alboroto existente—. Esa es la razón por la que les he reunido aquí. Al parecer alguien ha contaminado el lago y mi cometido es averiguar quién saldría beneficiado de este ataque deliberado a la naturaleza y las reses de los ranchos colindantes.

Estaba agotada. La reunión había mermado las pocas fuerzas que tenía. Cerró los dedos en torno a la barandilla de la escalera de madera, al tiempo que escuchaba las voces de los hombres en el salón.

A Grace le había costado varios minutos comprender la relevancia del descubrimiento de las autoridades. El hecho de que se hubiesen encontrado sustancias contaminantes explicaba muchas cosas, una de ellas el dolor atroz de su garganta y su agotamiento físico y, otra, el daño en las reses de Cooper. El B.C. era el rancho más cercano al lago, los demás ganaderos solían usar el río para dar de beber a su ganado. Alguien quería a Cooper arruinado, la cuestión era quién.

Subió el primer peldaño y, después, el segundo, con los engranajes de su cerebro a pleno rendimiento.

Uno, o tal vez varios, de los hombres que ahora mismo se encontraban en el salón de Cooper, tenía, o tenían, una buena parte de responsabilidad en todo aquel desastre, no cabía otra opción. Quizá esa había sido la razón por la que el *sheriff* los había reunido allí. Solo esperaba que pronto saliera a la luz el nombre

del bastardo que estaba implicado en ese asunto. Su padre tenía razón con respecto al lago, había indagado y él sospechaba algo, pero estaba claro que le había faltado tiempo para descubrir al culpable; la muerte se le había adelantado.

Las pérdidas económicas eran inmensas, pero las humanas eran más valiosas aún. Harry Blason ya no vería más a su familia, ni volvería a tener sueños, ni proyectos que cumplir. Cerró los ojos y ahogó una arcada al ver pasar de nuevo ante ella la imagen del cuerpo en descomposición del contable. La sola idea de que ella hubiese podido terminar igual, la desarmó.

Tal vez porque sus ideas iban y venían, no se percató de que la puerta principal se abría. Una ráfaga de aire fresco la trajo de nuevo al presente. Se giró y se quedó sin saber muy bien cómo reaccionar ante la presencia de Claire Forcher.

—Grace... —La voz de Claire se escuchó firme, no había vacilación en ella —. Me alegro de que ya puedas levantarte y te encuentres mejor.

Grace la observó detenidamente, sin saber muy bien qué decir al respecto. La mujer que tenía ante ella bien podía ser la amante de Cooper. Intentó por todos los medios limar la aspereza producto de la rabia y de los celos. Debía alegrarse por ellos, después de todo, alguien debía ser feliz.

—Gracias, Claire —dijo en un tono muy diferente al de su interlocutora.

Le dio la espalda y continuó subiendo la escalera.

—¿Va a ser así siempre?

Grace, sin saber muy bien por qué, se detuvo y se giró despacio.

—Perdona —repuso sorprendida.

—¿No me vas a dar ni una sola oportunidad?

—No sé de qué me hablas.

—Yo creo que sí. Por más que me devano los sesos —dijo agitando una mano en el aire— pensando en cuál puede ser el motivo por el que apenas me diriges la palabra, no logro hallarlo.

Si era sincera, ella tampoco. Estudió a la mujer situada varios escalones por debajo de su posición con la intención de poder ser justa con su *adversaria*, pero nada más fijarse en su precioso vestido corto de algodón, color borgoña y de corte sencillo, se sintió anulada. Uno de sus brazos se encontraba flexionado, era allí donde descansaba un abrigo del mismo género y tono del vestido. Un bolso pequeño y negro colgaba del extremo de sus dedos.

Grace no vestía así ni en Nueva York. De su armario colgaban trajes sobrios de chaqueta, y generalmente de pantalón, camisas blancas o plateadas; nada vistoso, nada elegante.

—Reconozco esa sensación. Me refiero —explicó Claire— a la de encontrarse perdida, fuera de lugar. No soy tu enemiga, Grace. Solo intento buscar un espacio, amigos, la sensación de sentirme querida...

—¿Por qué?

Claire respiró hondo, como si necesitase unos segundos para poner en orden sus pensamientos.

—Todos tenemos un pasado del que en algún momento hemos querido huir —dijo sin rodeos—. Yo aún intento escapar del mío.

Grace supo que Claire estaba siendo sincera.

—¿Cooper lo sabe?

—Sí.

Grace enderezó los hombros.

—Me alegro por ambos de que sea así. Estoy cansada —comentó de pronto—, si me disculpas, me gustaría acostarme un rato antes de la cena.

—Claro... —La voz de Claire perdió fuerza—. Prepararé algo.

—Por mí no te molestes, un vaso de leche caliente y unas galletas me bastarán.

—Bien —respondió Claire intentando ocultar su decepción con una sonrisa—, en ese caso prepararé la cena para los chicos.

Grace se sintió aún más cansada que el día que despertó. Tenía la impresión de que Claire estaba siendo amable y de que ella le estaba cerrando las puertas en las narices. Intentó por todos los medios no sentirse culpable; así que se limitó a girarse y centrarse en subir despacio, uno a uno, los escalones que aún la separaban de la primera planta, lugar donde estaban ubicadas las habitaciones.

—Grace...

La voz de Claire la hizo volverse.

—Espero que algún día podamos hablar.

Grace no respondió. Su cuerpo clamaba a gritos que ya había agotado todas sus fuerzas por hoy.

CAPÍTULO 20

—¿Puedo pasar?

La voz le llegó alta y clara a Grace, así que dejó el vaso de leche tibia sobre la mesita de noche antes de responder.

—Claro, Becca, pasa.

Por el hueco de la puerta apareció un rostro risueño. Grace no pudo más que emular su sonrisa.

—¡Hola, preciosa! ¿Qué tal estás?

—Eso debería preguntártelo yo a ti —fue la respuesta de la muchacha.

—Entra, no te quedes ahí.

Antes de acatar la orden, Becca miró por encima de su hombro.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Grace divertida.

Becca entró en la habitación y cerró la puerta a sus espaldas.

—A papá, parece estar en todas las partes. Me ha ordenado que no te molestase —dijo apoyada en la puerta. No se movió.

—¿Qué ocurre?

La chica, avergonzada, bajó de inmediato la mirada al suelo.

—¿Becca? —le apremió Grace.

—Creí que aún seguías instalada en la habitación de papá.

En ese momento, a Grace le pareció ver en ella a una niña pequeña, falta de consuelo y bastante preocupada.

—Ya no es necesario, me encuentro mucho mejor.

La muchacha asintió sin dejar de mirar el suelo.

—Tus zapatos son muy bonitos, pero, a decir verdad —comentó Grace—, me siento algo celosa de que les prestes más atención a ellos que a mí.

Becca irguió la cabeza y fue entonces cuando pudo leer la culpabilidad en su rostro. Sus ojos estaban vidriosos y las lágrimas retenidas en ellos pugnaban por salir de un momento a otro.

Grace alzó la mano y le indicó que se acercara.

—Ven aquí. ¿Qué sucede?

Becca acortó la distancia entre ambas y se sentó al borde de la cama, al lado de ella.

—No me han dejado verte —dijo con un suspiro entrecortado—, no sabía si estabas bien o...

—Estoy bien. —Grace la atrapó en un abrazo meloso—. ¿No me ves? No debes preocuparte por nada. —Le apartó un mechón de la cara que se había escapado de su bonita trenza—. Soy más fuerte de lo que tú crees.

Becca se dejó abrazar.

—Papá estaba muy enfadado.

—¿Contigo?

La adolescente negó con la cabeza.

—Con todo el mundo.

—Vaya, no ha debido ser una situación fácil.

—No, no lo ha sido. Aún sigue pareciendo un oso enjaulado.

A Grace le resultó conocido el símil.

—Ya le conoces, todo lo que se salga de su control le hace enfadar.

—Sí. Es verdad.

—Oye —Grace alzó la barbilla de la muchacha con ayuda de su pulgar e índice—, no se le habrá ocurrido culparte de nada, ¿verdad?

Los ojos de Becca se empañaron de lágrimas.

—No, no lo ha hecho, pero tampoco me ha dirigido la palabra estos últimos días.

Grace soltó de golpe todo el aire retenido en sus pulmones. Algunos hombres tenían menos psicología que un mosquito, y Cooper era uno de ellos.

—Debes aprender algo, y cuanto antes mejor que mejor.

—¿El qué?

—Cuando los hombres se enfadan lo suelen hacer también con el mundo. Creo que es cuestión de genética.

Los labios de Becca comenzaron a curvarse ligeramente.

—Quiero que entiendas una cosa. —Grace miró directamente a los ojos a la muchacha. En ellos aún quedaba un pequeño rastro pueril y de ingenuidad, aunque estaba segura de que ese vestigio no tardaría en perderse para siempre, a medida que fuese creciendo—. Quiero que me prometas que cuando creas que alguien te echa la culpa de lo sucedido en el lago, recuerda, di en voz alta: fue un accidente.

Las lágrimas de Becca no se hicieron esperar y brotaron.

—Cuando papá te sacó del lago pensé que estabas muerta.

El sollozo se hizo más intenso y, como respuesta, Grace la abrazó con fuerza.

—Eyyy..., tranquila. ¿Escuchas los latidos de mi corazón?

Becca hipó y luego asintió.

—Estoy bien. No tienes que preocuparte por nada.

—No te vayas nunca, Grace. ¿Me lo prometes?

Grace depositó un tenue beso sobre el pelo de la muchacha. Esa promesa no dependía solo de ella; así que se limitó a abrazarla de nuevo. No podía prometer algo que no iba a cumplir. Además, Becca ya se había llevado demasiadas decepciones en su vida.

Grace miró de nuevo al techo, no podía dormir y sus ojos abiertos de par en par tampoco ayudaban a la hora del descanso. Observó los cristales, tras ellos la luz de la luna llena resplandecía envuelta en un manto oscuro salpicado por cientos de miles de estrellas. Por su mente pasaron una y otra vez las imágenes del lago y el miedo resurgió con una intensidad abrumadora. Ahogó las lágrimas en la almohada y pensó que no había motivo alguno para llorar, en el fondo era una mujer afortunada; la vida le había hecho un regalo, le había dado una segunda oportunidad. Harry Blason no podía decir lo mismo. Se giró en la cama y arrastró la almohada con ella. El agotamiento físico comenzaba a disiparse, el psicológico era otro tema bien distinto. Necesita volver a su realidad, anhelaba su rutina, su día a día, eso le daba seguridad.

Unos toques suaves en la puerta hicieron que sus pensamientos pasaran a un segundo plano.

—¿Sí?

La puerta se entreabrió.

—Grace, ¿puedo pasar?

La voz de Cooper hizo que un escalofrío le recorriese la espalda.

—Sí, claro. —Se incorporó en la cama, encendió la luz de la lámpara de noche y su mirada recayó en el camisón que llevaba puesto. No era de lo más bonitos, pero nada podía ya hacer al respecto. Colocó la almohada de tal forma que cubriese su busto.

Cuando Cooper entró pareció absorber toda la luz de la habitación, dejando una enorme sombra proyectada en la pared.

—¿Te encuentras bien?

—Sí. Gracias —fue la única respuesta que ella pudo dar.

Cooper no sabía qué hacer con las manos, así que las colocó en la cintura y dejó los brazos en jarras. No era la primera vez que veía a Grace en camisón,

pero esa vez todo parecía ser diferente. Estaba preciosa, le encantaba verla despierta y llena de vida, nada que ver con los días anteriores. Las últimas horas habían sido una verdadera pesadilla para todos, pero para él, un auténtico infierno. Pensar que podía haber perdido a Grace era algo que lo diezmaba.

—Siento molestarte, pero al no encontrarte en mi habitación pensé...

Ella no le dejó terminar la frase, encogió las piernas bajo las sábanas.

—Me encuentro mejor, y no quería privarte de tu cama una noche más.

Él dejó caer los brazos y se movió inquieto por la habitación. Se acercó hasta la ventana y con una mano apartó la fina cortina; ahí fuera las cosas no iban demasiado bien, y en casa tampoco.

—¿No has bajado a cenar?

—No tenía hambre.

Quiso preguntarle por Claire, pero no se atrevió. Él era un hombre libre y se podía acostar con quien quisiera, no tenía que dar explicaciones a nadie, y menos a ella. Se tragó la pregunta e intentó por todos los medios que los celos no la consumieran, pero, por supuesto, fracasó.

Él se fijó en el vaso donde aún quedaba leche y en las dos galletas que había sobre la mesita de noche, sin embargo, no comentó nada al respecto.

—He hablado con Becca después de la cena —dijo contra el cristal.

—Me alegro. Estaba muy preocupada porque fueras a estar enfadado con ella.

Soltó la cortina y la tela volvió a cubrir la ventana, se giró y se frotó los ojos.

—Solo de pensar en el peligro que corristeis...

—Cooper, lo siento.

Él sabía que era así, que Grace lo sentía en el alma.

Dejó caer la mano y se limitó a mirarla fijamente. Nunca había necesitado tanto a una mujer, ni siquiera a Faith, que Dios le perdonase por tal pensamiento.

—¿Sigues en pie tu oferta?

Ella dudó unos segundos, pero de inmediato sus ojos se abrieron de par en par.

—¿Hablas en serio? ¿Me dejarás mirar la contabilidad del rancho?

Cooper, incómodo, introdujo las manos en los bolsillos.

—Sí, si tú quieres.

—Sí, sí, claro, es lo que más deseo. —Grace tiró la almohada al suelo, apartó las sábanas y de un brinco salió de la cama. Se acercó a él de forma presurosa, encantada con la idea de que su experiencia con los números fuese de utilidad al rancho. Sintió la necesidad de dar un paso más, pero por su forma de mirarla,

supo que no debía tocarlo.

Cooper tuvo que recurrir a todo su autocontrol para no sacar las manos de los bolsillos, de haberlo hecho, habría abrazado a Grace, la habría besado y después la habría empujado directamente sobre la cama, luego le habría hecho el amor despacio, sin ninguna prisa. Habría besado cada resquicio de su piel y habría gritado al mundo entero que Grace le pertenecía, que era suya en cuerpo y alma, pero de pronto recordó que su hija dormía en la habitación de enfrente.

Ni Rebecca, ni él mismo, necesitaban más complicaciones en la vida. Sin embargo, algo se había despertado en su interior, algo que había estado cobijado muy, muy dentro de su corazón. Hasta ese mismo instante no supo hasta qué punto la deseaba. Su miembro, ya duro y excitado, parecía despertarse tras un largo letargo de abstinencia. Permaneció inmóvil, observándola, deseándola, pero no movió ni un solo músculo. Durante las noches que había estado en vela a los pies de su cama, las imágenes más eróticas que nunca hubiese podido imaginar habían pasado por su mente. Grace ya no era una adolescente de diecisiete años de la que debía mantenerse alejado por el bien de todos, era toda una mujer. Sus pechos, sus curvas, rezumaban femineidad, y eso le estaba matando. Se reprochó a sí mismo pensar de tal modo; Grace pertenecía a Nueva York, a otro mundo, y no tardaría en regresar de nuevo a su trabajo. Ese pensamiento le recordó una de las razones de su visita.

—Han llamado de tu oficina. —Observó como Grace cruzaba los brazos a la altura de sus generosos pechos. No pudo apartar la mirada de ellos, como respuesta los pezones rozaron la tela y se pusieron duros. Sintió una punzada de ardor en el interior de sus calzoncillos. La excitación lo invadió de una forma desconocida hasta ahora por él. Se removió inquieto cuando sus pantalones parecieron estrecharse en la entrepierna. Grace parecía estar tan pendiente de la información que no se percató de su incomodidad.

—Mientras estabas inconsciente llamaron varias veces a tu móvil. Después de varias llamadas, decidí responder. Espero que no te moleste.

Ella se mordió el labio inferior con clara sorpresa.

Cooper apretó la mandíbula, tensó los músculos hasta que los dientes le dolieron. Grace era como una diosa de tez morena y ojos negros.

—Claro que no —contestó—. Dios mío, el móvil. —Se peinó inquieta el pelo con los dedos. Había estado tan absorta con los últimos acontecimientos que había olvidado por completo su teléfono.

—Quieren que llames a primera hora, parecía importante.

—Créeme, siempre lo es. —Se paseó inquieta por la habitación.

—Debo irme, se hace tarde.

Ella salió de su propio ensimismamiento.

—Cooper...

Él se detuvo ya llegando a la puerta.

—¿Por qué has cambiado de opinión con respecto a la contabilidad?

Él la acarició con la mirada y Grace se sintió desnuda, perdida en su escrutinio. Su cuerpo la traicionó de inmediato, no pudo negar su propio deseo.

—Hay alguien ahí fuera que nos quiere hacer daño, Grace. —Carraspeó con fuerza—. Ya no es algo solo contra mi persona, ese hijo de puta quiere hacer daño a los míos, y no lo voy a consentir.

—¿Ya no piensas que Wolf tenga algo que ver con todo esto?

Cooper, ante la pregunta, arrugó el ceño.

—Mientras tú dormías, tuvimos tiempo de hablar. Lo escuché, saqué mis propias conclusiones y pensé que todo el mundo merece una segunda oportunidad. Hemos enterrado el hacha de guerra, si es eso a lo que te refieres.

Grace intentó aclarar sus dudas, pero no lo consiguió.

—No te entiendo, Cooper.

—Verás, Grace, tenías razón con respecto a Wolf la última vez que hablamos del tema, solo seguí tu consejo.

Ella acortó la distancia con la mirada puesta en él.

—¿Me estás dando la razón, Cooper? Aquí hay gato encerrado.

Los hombros de Cooper se movieron y, a causa de ello, su camisa se tensó.

—Hay algo más, no sé qué es todavía, pero tengo claro que Wolf no forma parte de toda esta mierda.

Ella le lanzó una mirada inquisitiva.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Tu padre sabía algo, Grace, y hemos llegado a la conclusión de que quizá no sea solo el rancho lo que preocupa a los de ahí fuera.

—Creo que quieres decirme mucho en pocas palabras, Cooper.

Se encontraba muy cerca, demasiado, y Cooper tuvo que resistir el impulso de acariciarle el pelo.

—Necesito las carpetas y toda la documentación que dejó tu padre.

Ella ignoró la petición.

—No has respondido a mi pregunta.

—Es tarde, Grace. Buenas noches. Que descanses.

Cooper se dio la vuelta, abrió la puerta y desapareció dejando a Grace totalmente desconcertada. Todo el mundo parecía saber más que ella.

Tucker se esforzó por controlar su mal humor. Las cosas no iban como había planeado y, quizás por ello, soltó un impropio al tiempo que pateaba una piedra con la punta de la bota. Se encontraba en el lago, cerca de su ranchera, y llegó a la misma conclusión de siempre: esperar le desesperaba. Ese pensamiento se diluyó cuando escuchó el ruido de un motor y observó acercarse a lo lejos los potentes faros de un coche que ya le era familiar. Se llevó la mano a la cadera y acarició la culata de su revólver, como si sintiera la necesidad de asegurarse de que su arma seguía con él.

Las cosas se estaban poniendo feas y el hecho de que Cooper y Wolf hubiesen dado muestras de entendimiento, no le gustaba en absoluto.

«Divide y vencerás», pensó.

El coche frenó a pocos pasos de donde él se encontraba. Los faros iluminaron la orilla del lago y se entremezclaron con las luces de su ranchera.

—¿Por qué tanta prisa para vernos?

Tucker ignoró la pregunta y el portazo y fue derecho al grano.

—Están cerca, demasiado.

—No hace más de un par de semanas, no saben nada, y así ha de ser por el momento.

Tucker observó a su interlocutor, se quitó el sombrero y se lo volvió a poner. Estaba más nervioso de lo que suponía. Estaba en serios problemas y no tenía ni idea de cómo salir de ellos.

—Wolf y Cooper están juntos en esto y eso no me gusta, ya los viste en la reunión.

—Wolf y Cooper se han odiado toda la vida, nada cambia tan rápido.

Tucker chasqueó la lengua con impaciencia.

—No me gusta el rumbo que están tomando las cosas —instó. Torció la boca en una mueca adusta y exagerada—. Se suponía que nadie debía saber nada acerca de este asunto. Aún estamos a tiempo de parar. Según se comenta, el *fracking* tiene sus propios detractores. Quizá, después de todo, no haya sido buena idea.

—Demasiado tarde, ¿no crees?

Tucker se vio obligado a dar un paso atrás cuando su interlocutor invadió su espacio. Observó el dedo acusador, y no le gustó en absoluto.

—¡No! —exclamó con más aplomo del que poseía—. Solo digo que

deberíamos pensar en las consecuencias de toda esta operación, eso es todo. — Las últimas palabras salieron de su boca en tropel.

—No me jodas, Tucker. Te pareció buena idea y los ojos se te abrieron de par en par cuando viste las cifras. No pusiste ninguna objeción cuando te hablaron del gas que podían contener las entrañas de tus tierras.

—Solo digo... —Tucker titubeó—, que los daños colaterales nos pueden sobrepasar. Harry Blason ya está muerto y Leonardo Morales sospechaba algo, hizo preguntas, y supongo que llegó a sus propias conclusiones.

—Ninguno de los dos hablará, Tucker, ya no suponen una amenaza.

—¡Maldita sea! Creo que debemos pensar seriamente en este asunto. Me hablasteis de cifras, pero no de los daños medioambientales. Por ejemplo, la toxicidad de las aguas o los aditivos químicos, ambas cosas son un riesgo que deberíamos tener muy en cuenta.

—Es tarde para echarse atrás, Tucker. De este lago se extraerá gas, y ese recurso añadirá unos cuantos ceros a nuestra cuenta corriente. Solo se han hecho algunas pruebas, aún es pronto, pero en cuanto tengamos los resultados sabremos a qué nos enfrentamos, y ni Cooper, ni Wolf, ni nadie de los alrededores podrá evitarlo. ¿Sabes por qué?

Tucker movió la cabeza de un lado a otro.

—Porque aquel que se atreva a inmiscuirse terminará como Blason, pero esta vez me ocuparé de que lleve una mochila de piedras en la espalda. ¿Lo has entendido?

Tucker sabía cuándo debía retirarse, cuándo había perdido la batalla.

Su interlocutor arqueó las cejas de forma inquisitiva.

—Lo he entendido —se obligó a decir.

—Bien, así me gusta. Seguirás con el plan previsto y muy pendiente de Cooper y de la hija de Leonardo; esa mujer es inteligente y no me da buenas vibraciones. Las perforaciones se están realizando a varias millas de aquí y por lo que me han dado a entender, los resultados pueden ser muy beneficiosos para nosotros.

—Morirán más reses y las personas pueden correr el mismo riesgo.

—Ya es tarde para pensar en los riesgos, ¿no crees?

El rancharo observó como su interlocutor le daba la espalda y sus pasos se dirigían al coche.

—Y, ¿si alguien lo descubre?

—Se le intentará convencer de que el progreso forma parte del presente.

—Cooper jamás aceptará algo parecido.

—¿Te recuerdo lo de la mochila de piedras?

A Tucker se le secó la garganta.

—No me falles, Tucker, tengo entendido que no te gusta nadar.

La estrepitosa carcajada se perdió en la oscuridad de la noche. A continuación, el motor se puso en marcha y el coche dio marcha atrás. Tucker solo pudo observar la inmensidad del lago; aquella situación se le había ido de las manos, pero debía andarse con pies de plomo o aquella inmensa masa de agua podía convertirse en su tumba. Solo de pensarlo un escalofrío le recorrió la espalda.

Lo mejor era largarse de allí lo antes posible, aquel páramo le ponía los pelos punta.

CAPÍTULO 21

Grace recurrió a toda su paciencia, no sabía si sentirse eufórica o decepcionada. La combinación de ambos sentimientos era algo desastroso.

—Señor Kessler, ¿habla en serio?

—Completamente, Grace, pero para ello necesito que regreses a Nueva York de forma inmediata.

Grace soltó una especie de bufido, el corazón le dio un vuelco y percibió como los descompensados latidos reverberaban contra la caja torácica. Se dejó caer en el sillón de Cooper porque las piernas no la sostenían. Estaba temblando, miró a su alrededor y de pronto las paredes del despacho parecía que se le venían encima.

—Hacerme socia son palabras mayores, señor Kessler.

—Lo sé, Grace. Tú eres la auténtica responsable de que hayamos pensado en ti, tu trabajo es intachable y al mismo tiempo soy consciente de que esperabas algo así, pero para ello necesito que estés de vuelta lo antes posible.

—No sé si podré volver antes de...

—Grace —la interrumpió su jefe—, si no finiquitas el caso Dexter, olvida mi propuesta.

A Grace se le secó la boca. Había soñado con ese puesto durante años. Había trabajado infinidad de horas con la única intención de conseguir lo que en ese mismo instante Kessler le proponía. ¿Por qué razón no estaba dando saltos de alegría?

—Señor Kessler...

—Grace, comprendo la situación, no creas que soy un ser frívolo. Has perdido a tu padre y necesitas unas semanas para retomar tu vida —argumentó él—, quizá te esté pidiendo demasiado, sin embargo, ya conoces el mundo de las finanzas, no se detiene ante nada ni ante nadie. Te necesitamos, esa es la verdad. No estaríamos manteniendo esta conversación si no fuera un tema importante.

Grace pensó en el rancho. La noche anterior Cooper le había abierto una puerta, algo a tomar en cuenta. Echó la cabeza contra el respaldo del sillón, con la yema de los dedos se presionó la frente mientras meditaba durante unos

segundos la propuesta.

—Deme dos días, señor Kessler, y allí estaré.

El silencio invadió la línea telefónica.

—Está bien, Grace —repuso a regañadientes su jefe—. Cuarenta y ocho horas, ni un segundo más.

—Gracias, agradezco su comprensión.

—Grace, otra cosa más.

—Usted dirá.

—Sería fantástico que no perdieras de vista el móvil, por favor.

Abrió la boca para responder, pero la línea se interrumpió. Robert Kessler había colgado.

Ella apretó con fuerza su teléfono. La propuesta había llegado en el momento menos oportuno. Se había pasado la noche en vela tras la marcha de Cooper. Había tenido mucho tiempo para pensar y había tomado una difícil decisión: iba a pasarle el caso Dexter a un compañero, perdería puntos en la empresa, pero ganaría varios días más en el rancho. Ahora, tras la llamada, todos sus planes se habían desmoronado, no podía perder una oportunidad como la que le brindaban.

Observó la pantalla del ordenador por enésima vez en la última media hora. Harry Blason no había sido un mal contable, pero las pérdidas del rancho eran mucho más cuantiosas de lo que se había imaginado en un principio. Cooper necesitaba un inversor, y rápido, si no quería perder la propiedad.

Respiró hondo y cerró los ojos. ¿Cómo lo iba a hacer? La respuesta no llegó tal y como esperaba. La puerta del despacho se abrió en el mismo instante en que ella se debatía con los pros y los contras.

—¿Has encontrado algo interesante?

Grace observó a Cooper. ¿Por qué tenía que ser tan atractivo?

Él, al ver la expresión de ella, enderezó los hombros y adoptó una postura defensiva.

—¿Ocurre algo malo?

—He llamado a Nueva York.

—¿Y?

—Tenías razón, era importante.

—Ya —repuso él con acritud—. Era de suponer. —Él, como si pudiera leerle el pensamiento, preguntó—: ¿Cuándo tienes que regresar?

Ella se levantó del sillón y cruzó la estancia con pasos fluidos, notó que los ojos de Cooper se reducían a meras ranuras ante su proximidad.

—No es una decisión fácil, Cooper.

—Las decisiones en sí no son complejas, somos nosotros quienes las complicamos.

Grace frunció los labios mientras evaluaba la respuesta. En el fondo Cooper tenía razón.

—¿Qué hay entre Claire y tú?

Si a Cooper le sorprendió la pregunta no dio muestras de ello.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Curiosidad, supongo.

Grace percibió como la tensión en los hombros de Cooper iba en aumento.

—Nada, entre nosotros solo hay amistad.

—No lo parece —comentó ella con una sonrisa lenta y cautivadora.

—Claire es una mujer excepcional, la admiro porque su vida no ha sido fácil, aun así, ha sabido encontrar su camino, eso es todo.

—¿Has pensado que ella podría estar enamorada de ti?

La mirada de Cooper se entrelazó con la suya.

—Claire tiene cosas más importantes de las que preocuparse, créeme.

Grace apretó los labios y asintió. Decidió no insistir en el tema. Estaba claro que Cooper no iba a soltar prenda con respecto a Claire. No sabía si sentirse aliviada o decepcionada.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Cuándo tienes pensado volver a Nueva York?

Ella le acarició el brazo con la yema de los dedos antes de que él se pudiera apartar.

—Grace —instó.

—Estoy sopesando mis posibilidades.

—¿Se puede saber de qué hablas?

—Me han ofrecido hacerme socia.

Cooper se movió inquieto y apoyó el peso sobre una cadera.

—Parece importante, más bien una oferta que no puedes ni debes rechazar.

—Lo es y mucho.

—Vaya.

Cooper intentó tranquilizarse. Sabía de antemano que Grace volvería a Nueva York, pero se sorprendió a sí mismo deseando que no lo hiciera. Su mirada, sin que él pudiera hacer nada para evitarlo, descendió hasta su boca y luego volvió hasta sus ojos. Grace le hacía sentirse confuso, le embrujaba con cada uno de sus gestos, aun sabiendo que en ellos no había ningún signo de coqueteo.

—Imagino que has aceptado.

—Sí. Lo he hecho, creo que no me quedaba alternativa. Tú no me quieres en el rancho.

—Ven aquí. —Tiró con suavidad de ella. Grace enterró el rostro en su fornido pecho e inhaló su aroma.

«Dios, qué bien se está aquí», pensó. Cooper olía a heno, a cuero; era pura masculinidad. Los hombres de Nueva York usaban perfumes caros con la única intención de conseguir una cita o de agradar a una mujer indeterminada, sin embargo, Grace supo que él no tenía nada que envidiar a esos hombres.

Cooper le acarició el pelo con la mejilla. Grace tenía razón: él, por razones egoístas, no la quería allí porque ella le distraía, le hacía soñar con algo que sabía que nunca podría alcanzar. Debía protegerse de sí mismo y de Grace por mucho que le costase y doliese. En una ocasión se despidió de ella, esta vez no tenía por qué ser diferente.

—Has hecho lo correcto.

Ella percibió en el tono de él un atisbo de amargura.

—¿Tú crees?

Cooper acarició los hombros de Grace con suavidad.

—Las oportunidades llaman a tu puerta una vez en la vida, no es cuestión de desaprovecharlas.

Ella quería pensar que Cooper estaba en lo cierto.

—¿Qué diría mi padre de todo esto?

Ella sintió como la mano de Cooper se cerraba alrededor de su antebrazo.

—Le habría encantado mantener esta conversación contigo, estoy seguro. Él solo querría que fueras feliz, Grace.

Cooper era más importante para ella de lo que habría supuesto jamás. No podía soportar la idea de no volver a verlo

—Y, ¿tú qué quieres realmente?

—Llego demasiado tarde para responder a esa pregunta, ¿no crees?

Ella se distanció lo suficiente para mirarle a los ojos. Él, como respuesta, elevó la mano para enmarcarle la cara. En ese mismo instante supo que estaba perdida, se puso de puntillas sin saber muy bien dónde le iba a llevar ese gesto, fue entonces cuando sus ojos se fundieron con los de Cooper. Ladeó la cabeza despacio, como si quisiera darle la oportunidad de echarse hacia atrás. Se aferró con fuerza a los hombros de él y percibió su tensión, solo tenía un pensamiento en la mente y ese no era otro que besarle. Se acercó despacio hasta que sus frentes casi se encontraron, y le tranquilizó no observar ninguna duda reflejada

en la mirada de él, más bien lo contrario. Fue en ese instante cuando sus labios se unieron de forma cautelosa, luego, sin poder evitarlo, le besó como si le fuera la vida en ello.

Cooper no la defraudó, la ciñó de la cintura, la atrajo más hacia él e introdujo su lengua caliente y húmeda entre los labios de ella. Grace no se hizo esperar, lo recibió con anhelo, con una necesidad imperiosa, y disfrutó con lentitud de las exquisitas embestidas de su lengua. Durante el beso sintió que se perdía en una sensación desconocida hasta ahora para ella, se derritió en sus brazos. Nunca nadie la había besado así.

Unos golpes en la puerta los sobresaltaron. Ambos, fuera de control, se separaron como si les hubiese caído un jarro de agua fría sobre la cabeza. Aún tenían la respiración agitada y la mirada entrelazada.

—Cooper, es la hora.

La voz de Jake se perdió en la lejanía. Te esperamos fuera.

—Debo irme.

Ella se separó de él y asintió torpemente. De repente, un frío sobrecogedor la envolvió.

Cooper no se despidió, en su lugar soltó un juramento. Le dio la espalda y se limitó a abrir la puerta con tal fuerza que casi la saca de sus goznes. Después, desapareció sin más.

Grace se abrazó a sí misma y se preguntó qué era esa sensación tan intensa y demoledora que aún circulaba por sus venas, ¿amor?

—Estás muy callado.

Cooper acarició el cuello de su montura de forma distraída.

—Supongo que sí.

Reed y Nate iban en cabeza, Jake y Cooper los seguían a no demasiada distancia. Entre los cuatro necesitaban abarcar el máximo terreno posible para inspeccionar el estado de las vallas y controlar cualquier movimiento extraño; además, debían estar pendientes del ganado, no se podía permitir perder más reses.

—¿Puedo preguntarte qué te ocurre?

Cooper no pensó demasiado en la respuesta:

—Grace regresa a Nueva York.

Durante unos segundos solo se escucharon los cascos de los caballos pisar

sobre el terreno.

«No debí haberla besado», ese pensamiento le reconcomía. Todavía estaba excitado, lo que hizo que se revolviere inquieto en la silla de montar. Grace lo había encendido como una antorcha y ese fuego parecía no querer consumirse.

—Maldita sea. —Cuando observó el semblante de Jake supo que había blasfemado en voz alta y lo lamentó de inmediato.

—Vaya, parece más serio de lo que suponía. Pensé que eso es lo que deseabas.

—Supones bien.

Jake volvió la mirada al frente con el ceño fruncido.

—¿Por qué no se lo dices de una vez?

—¿El qué?

—¡Por el amor de Dios, Cooper! —exclamó Jake en voz alta. Su montura, ante el elevado tono de voz del jinete, relinchó—. Dile de una vez por todas que estás enamorado de ella.

Cooper hizo amago de sonreír.

—Cree que entre Claire y yo hay algo.

—Pero no lo hay.

A Cooper le gustó que la respuesta de Jake fuese una afirmación, no una pregunta.

—No hay nada.

—¿Entonces?

—No lo sé, Jake, quizá sea mejor que piense que entre Claire y yo podría surgir algo; así ella podría olvidarse de todo esto.

Las cejas de Jake, esta vez, se unieron en un gesto molesto.

—¿Es eso lo que realmente quieres? ¿Que se olvide de ti?, ¿de todos nosotros?

Cooper no encontró respuesta para esa pregunta, en su lugar, dejó salir todo el aire de sus pulmones de golpe. Miró a su alrededor y se dejó abrazar por el paisaje. Amaba cada palmo de tierra que pisaba, aquel era su mundo, su forma de vivir y por mucho que se lo propusiera no podría ser feliz en ninguna otra parte. Dentro de unos años, Becca iría a la universidad, se quedaría solo, quizás Nate y Reed siguiesen bajo su mando, eso no lo podía saber aún. Jake y Ringo seguramente se quedarían, pero estaban ligados a Amber. Aún le quedaba algo que le importaba realmente: su rancho, sus caballos y su ganado. Necesitaba tocar la tierra todos los días, dejarla escapar entre los dedos para sentirse vivo y comprobar así que todavía pertenecía en cuerpo y alma al mismo lugar que lo

vio nacer y que lo vería morir.

—Esa decisión la tiene que tomar ella, no yo —respondió—. Su vida está en Nueva York y todos, sin excepción, debemos hacer un esfuerzo por entenderlo.

Jake iba a dar réplica cuando Nate señaló con el dedo índice una especie de torre de acero con un taladro gigante. Tanto Jake como Cooper espolearon sus monturas hasta ponerse a la altura de los chicos. No solían llegar tan al norte con el ganado, pero aquella mole metálica no daba buenas vibraciones.

Cuando Cooper logró descubrir lo que Nate le indicaba sintió como la rabia y la ira se adueñaban de él, por un momento la imagen de Grace se disipó de su cerebro. Allí se encontraba la respuesta a su mala racha de suerte.

—¿Estáis seguros?

Jake asintió mientras Cooper guardaba un silencio tenso, más propio de alguien que va a entrar en un campo de batalla.

Wolf miró incrédulo a los dos hombres que tenía ante sí.

—¿*Fracking*?

Los tres hombres se encontraban en el B.C. apoyados en la barra del corral.

—Hemos visto con nuestros propios ojos la perforadora. Había hombres trabajando, no demasiados, por lo que hemos deducido que pueden ser pruebas, que aún no hay nada en serio, todavía no hay demasiado movimiento.

Wolf se quitó el sombrero y golpeó su pierna con él.

—¿Dónde está exactamente esa torre?

—Al norte. —Jake extrajo su móvil del bolsillo del pantalón y buscó el GPS. Wolf se colocó a su lado y estudió el punto que señalaba Cooper en la pantalla.

—Aquí.

—Esa tierra pertenece a...

—Tucker. —Cooper terminó la frase por Wolf.

—¿Ese idiota está metido en toda esta mierda?

—Eso parece. —Fue la respuesta de Jake—. Tendríamos que hablar con él.

—Hablar no sirve de nada.

Wolf y Jake estudiaron el semblante rudo de Cooper.

—Estoy casi seguro de que Blason encontró algo y lo pagó con su vida, y Leonardo sospechaba, si no ¿por qué la cruz en el lugar aproximado donde está ahora la torre?

—Hay varias millas de distancia de la cruz a la torre —objetó Jake.

—Cierto, pero pudo ser un estudio preliminar.

—Podría ser —comentó Wolf ante la teoría de Cooper—, pero hay algo que no comprendo, ¿por qué Leonardo no dijo nada antes de morir?

—Leonardo era muy suyo y hasta no tener pruebas concluyentes no solía admitir nada. Esa forma de ser le ahorró muchos quebraderos de cabeza. —Jake asintió ante las palabras de Cooper—. Luego la enfermedad fue más rápida que las oportunidades que tuvo Leonardo de decirnos lo que pensaba.

—¿Has podido ojear las notas de Leonardo?

—No, aún no, pero lo haré.

—Y, ¿por qué no lo has hecho todavía?

Cooper no se dejó intimidar por la pregunta de Wolf.

—Escúchame bien, si te he dado una oportunidad es porque creo que podemos arreglar esto. Si algo he aprendido en la vida es que la unión hace la fuerza —repuso Cooper en tono hosco—, pero ni se te ocurra darme órdenes o te juro que sales de aquí a la voz de ya —le amenazó.

Wolf se adelantó con la única intención de hacerle frente, sin embargo, Jake le retuvo con la mano en el hombro.

—Ya tenemos una buena batalla campal ahí fuera, no necesitamos más altercados.

Cooper soltó una imprecación entre dientes y se largó de allí dejando a Jake y Wolf solos.

—¿Se puede saber qué le pasa? Solo le he hecho una pregunta.

—Ya le conoces.

—Por supuesto que le conozco. Es un capullo de cuidado, pero creo que ahora lo es más.

Jake palmeó la espalda de Wolf.

—Yo que tú no le diría eso a la cara.

Wolf soltó una especie de bufido.

—Esto es por Grace, ¿verdad?

—Así es, regresa a Nueva York.

—¿Eso es bueno?

Jake meditó las palabras antes de responder.

—Para Cooper, no, aunque él crea lo contrario.

CAPÍTULO 22

Grace era muy consciente de que debía ser ella la que diese el primer paso; así que se armó de toda la voluntad que creía tener y abrió la puerta de la tienda. El leve tintineo de una campanilla al cruzar el umbral le dio la bienvenida. Cerró tras de sí y recorrió con la mirada todo lo que la rodeaba, admitió que le gustó lo que vio.

—Ya voy, un segundo. —La voz de Claire se escuchó desde la trastienda amortiguada por el ruido del motor de una máquina de coser.

Debía reconocer que Claire Forcher tenía un gusto exquisito. El interior era de un estilo más bien sencillo, nada extravagante. Las paredes estaban decoradas con papel pintado con unos llamativos colibrís y una flora exquisita, bien podía simular a la de una selva tropical por sus verdes intensos y tonos primaverales dándole un toque de color y frescura a la tienda. El mostrador era de madera y cristal y en dos de las paredes se apoyaban baldas lacadas en blanco donde cientos de telas exhibían toda su gama de texturas y tonalidades. Al otro extremo, en el fondo, un rincón de vestidos y complementos: tocados, bolsos, zapatos, collares y pulseras, todo bien organizado sin dar la sensación de aglomeración.

Se adentró un poco más y se fijó en un vestido que colgaba de una de las perchas, su diseño era increíble.

—Siento que haya tenido que esperar...

Claire no terminó la frase cuando descubrió a su posible cliente.

—Hola, Claire.

—Grace... —saludó.

—Verás..., vengo a despedirme. Regreso a Nueva York mañana y no deseaba que las cosas entre nosotras quedasen así. —Grace resopló, como si así quisiera insuflarse fuerza a sí misma—. No he sido demasiado amigable.

—Es una buena definición.

Los labios de Grace se juntaron y formaron una línea muy fina.

—No me lo vas a poner fácil, ¿verdad?

Claire se situó detrás del mostrador y colocó las palmas de las manos sobre el cristal.

—Has sido tú quien lo ha complicado, a mi modo de ver. Sin embargo, el hecho de que estés aquí dice mucho de ti.

—Supongo que me lo tengo merecido, no he sido una persona demasiado amable contigo, no obstante, sé reconocer mis errores. —Se medio encogió de hombros—. Si te he hecho sentir incómoda alguna vez, espero que puedas perdonarme. No me verás mucho por aquí, así que...

Claire no la dejó terminar la frase.

—¿Vuelves a Nueva York?

Grace asintió ante la pregunta.

—¿Qué piensa Cooper al respecto?

Grace abrió la boca y la volvió a cerrar visiblemente incómoda.

—Supongo que está de acuerdo. Es en lo único que piensa desde que puse un pie en el rancho.

—¿En serio?

Grace observó como las cejas de Claire se arqueaban en señal de sorpresa.

—Sí. Digamos que mi marcha es una forma de evitar más daños colaterales.

Claire observó a Grace con atención. Parecía más recuperada del susto del lago y en sus ojos había un brillo especial, un brillo que no tenía en su último encuentro en el rancho. Claire conocía muy bien qué significaba aquella pequeña luz que iluminaba con intensidad sus iris. Grace era una mujer muy atractiva, eso nadie lo podía negar, con curvas que serían de admiración tanto para hombres como para mujeres. Sus rasgos latinos le daban un aspecto dúctil y su sonrisa era preciosa, dejaba relucir unos labios esculturales, no le extrañaba en absoluto que Cooper estuviera enamorado de ella.

—¿Regresar a Nueva York ha sido una decisión de última hora?

Grace aspiró una bocanada de aire antes de responder.

—Dejé una cuenta a medias y mi jefe quiere que la concluya lo antes posible.

—Parece algo importante.

—Sí. Es posible que me hagan socia.

Claire no vio ese atisbo de orgullo del cual solía presumir una futura socia.

—Vaya, eso son palabras mayores.

Grace sonrió abiertamente.

—Sí que lo son.

—¿Volverás?

Grace lanzó una mirada a varios vestidos que colgaban de una barra.

—No lo sé —dijo al fin—. Ya nada me retiene aquí. —Intentó tragar la bola

de dolor que se le había formado en la garganta—. Mi padre ya no está.

—Pero te quedan amigos.

Claire salió de detrás del mostrador, apoyó la cadera en uno de los bordes y cruzó los brazos bajo el pecho. Se percató de que el dolor aún estaba muy presente en Grace.

—Sí. Eso es cierto.

—¿Te gusta algo de la tienda?

La pregunta descolocó a Grace, pero lo ocultó sin demasiado entusiasmo. Se dio la media vuelta y señaló uno de los vestidos que le habían llamado la atención antes de que Claire apareciera.

—Ese vestido de ahí.

—Vaya, no tienes mal gusto.

—Tú has preguntado.

—¿Por qué no te lo pruebas?

—Ahhh... No, mejor será que no.

—¿Por qué no? Te contaré un secreto. —Claire se acercó al vestido y lo descolgó—. Es muy especial, porque es una réplica que lució Gwyneth Paltrow en la película *Emma*.

—Es precioso, la verdad —dijo una sorprendida Grace.

—La tela es espectacular.

—Sí que lo es.

Grace rozó con los dedos la tela del vestido de corte imperio con tul de algodón, bordado con pequeñas flores y mangas abullonadas. Era una verdadera maravilla.

—¿Por qué confeccionas trajes de época?

Claire descruzó los brazos y acertó la distancia en dirección a Grace.

—He colaborado en el vestuario de algunas películas —dijo mientras observaba detenidamente el vestido que aún tenía Grace entre las manos.

—Vaya, ahora la sorprendida soy yo.

Claire sonrió, pero su sonrisa no llegó hasta sus ojos.

—Fue en el pasado, en otra etapa de mi vida. Pero, si soy del todo sincera, no he podido desprenderme de estas maravillas; se podría decir que soy una apasionada de la moda en el sentido más amplio de la palabra.

—El cine debe ser un mundo apasionante.

Claire acarició el vestido con la mirada ausente.

—No tanto.

Grace descubrió que la conversación no estaba siendo cómoda para Claire,

así que decidió cambiar de tema.

—Amber está encantada con tus vestidos y diseños, y no es para menos.

Claire bajó la mano y volvió a sonreír, esta vez lo hizo de forma natural.

—Amber es fantástica, al igual que Jake y todos los que viven en el rancho B.C. Puedo decir que me han acogido con cariño y ya forman parte de mí.

Grace enderezó los hombros, se sintió molesta sin saber muy bien por qué. Acto seguido se dispuso a colgar el vestido de nuevo en el perchero. No era lo que había dicho Claire, sino cómo lo había dicho.

—Sí, son buena gente. Será mejor que me marche o se me hará tarde.

Grace dio la espalda a Claire y se dirigió a la puerta.

—Grace.

La aludida se dio la vuelta.

—Tú controlas tus acciones, no al revés; recuérdalo siempre.

Grace no respondió, no tenía ni idea a qué había venido aquello. Se limitó a decir:

—Buena suerte, Claire.

Abrió la puerta y salió al exterior. Una racha de aire frío la abrazó y ella lo agradeció de inmediato, era como una toma con la realidad. Lo mejor era irse, regresar a la Gran Manzana y olvidarse de que alguna vez hubo un rancho en su vida. Miró en dirección a la tienda de Amber; no le apetecía otra visita, se despediría de ella por teléfono. Cerró los ojos con fuerza y sintió las pestañas húmedas, tenía unas ganas inmensas de llorar. Pensó en todo lo que iba a dejar atrás, pero sus lágrimas diluyeron sus pensamientos. Sorteó a varias personas antes de llegar a la ranchera, si no salía de Aspen se volvería loca.

—Así que es una decisión firme.

Grace sonrió a Jake.

—Sí. Es definitivo, me voy mañana.

Jake asintió pensativo, luego le dio un trago a su botellín de cerveza.

—¿Se lo has comentado ya a Becca?

Ella se tragó un suspiro.

—No, aún no, pero lo haré en breve.

—No se lo va a tomar muy bien.

—Supongo que no, pero la realidad manda sobre los sueños.

Jake durante unos segundos no dijo nada. De pronto preguntó:

—¿Te llevo al aeropuerto?

—Gracias, pero se lo he pedido a Nate.

Los ojos de Jake se estrecharon.

—¿Por qué has hecho eso?

Grace, antes de responder, se apoyó en la barandilla del porche, quitó a Jake el botellín de entre los dedos y bebió un largo trago.

—Había olvidado que los atardeceres podían ser tan hermosos en esta parte del mundo.

—No te vayas por las ramas, por favor, eso no va contigo, responde a mi pregunta.

—Oí decir que Cooper te necesitaba mañana. —Bebió otro trago y el amargor de la cerveza se quedó impregnado en su paladar. La verdad es que esa aspereza no distaba mucho de su humor.

Jake le arrancó con suavidad el botellín de la mano, y se apoyó de nuevo en la barandilla. Sus cuerpos quedaron cerca.

—Cooper lo entendería, no diría nada al respecto.

Grace le dio un suave codazo a Jake.

—Supongo que sería así, sin embargo, no quiero desbaratar vuestros planes. ¿Habéis descubierto algo?

Jake meditó sus palabras, aun sabiendo qué respuesta darle a Grace. Las órdenes expresas de Cooper eran mantener a Grace fuera de todo el embrollo del *fracking*. Consumió los segundos bebiendo el último resquicio de cerveza.

—No, nada.

Grace ocultó una media sonrisa.

—Lo hallaréis, estoy segura.

—No te quepa la menor duda.

Ella observó el horizonte, el sol se ocultaba sin prisas tras las montañas, como si diese a la humanidad una oportunidad más de apreciar tan maravilloso espectáculo. El cielo se vistió de tonos anaranjados y ocres, un milagro más de la naturaleza. El paisaje era una belleza; no había nada comparable en el mundo, estaba segura. Iba a echarlo de menos.

—¿Volverás?

—Creo que esa es la pregunta del millón.

—Estaremos aquí, Grace. No nos olvides.

Ella inclinó la cabeza y Jake depositó un suave y casto beso en su mejilla.

—Quiero despedirme de mi padre antes de irme.

—Está bien, no tardes demasiado. La noche llegará enseguida.

—Claro.

Grace ya bajaba las escaleras del porche cuando vio acercarse a Ringo. Había aparcado su ranchera de mala manera cerca del establo, la nube de polvo se hizo más visible cuando apagó el motor. Abrió la puerta con brusquedad. La verdad es que tenía cara de pocos amigos.

—Jake Langdon —gritó con rabia.

Grace se quedó a mitad de los peldaños. Ringo parecía un toro a punto de embestir. Una bandada de pájaros sobrevoló sobre sus cabezas tras el grito desenfrenado del domador de caballos.

—¿Cuándo se supone que me ibas a decir que te estabas acostando con mi hija?

Grace se sintió intranquila, no tenía ni idea de cómo lidiar con la situación. Nunca había visto a Ringo tan furioso.

—Grace, ve. Yo estaré bien.

Ella se rodeó con los brazos sin saber muy bien qué debía hacer.

—¿Estás seguro? Tiene cara de querer arrancarte la cabeza.

Jake esbozó una media sonrisa.

—Estaré bien. Si no me ves a la hora de la cena, busca tierra movida por los alrededores, allí encontrarás mi cadáver.

Ella, de haber podido, se habría echado a reír.

—No bromees, no es tu estilo. Podemos hacer frente a esto los dos juntos.

—Amber es mi responsabilidad y yo debo atenerme a las consecuencias. No quiero perderla por nada del mundo y ha llegado el momento de luchar por ella.

Grace deseó que alguien hiciese lo mismo por ella. Su mirada recayó en la casa, pero supo que Cooper nunca reclamaría su amor, así que desterró ese pensamiento de la cabeza.

—¡Maldita sea, Jake! Eres un verdadero hijo de perra. —El tono de voz de Ringo resonó como un trueno, como cuando una tormenta se gestaba.

—Ve, no te preocupes. Este momento tenía que llegar tarde o temprano; estaré bien. —Le guiñó un ojo—. Es perro ladrador, pero poco mordedor.

Grace descendió el último peldaño en el mismo instante en que Ringo lo subía; la ignoró por completo. Ella pudo sentir la furia en los ojos del domador de caballos, pero hizo lo que Jake le había sugerido, se marchó sin más dilación.

Grace supo en el mismo instante en que golpeó la puerta con los nudillos que

aquella iba a ser una de las conversaciones más difíciles que había mantenido en su vida. Se había saltado la cena, llevaba días sin demasiado apetito, lo que más deseaba aquel atardecer era estar sola con la única compañía del trino de los pájaros y ante la tumba de su padre. Había hablado con él, le había contado todo, incluso la llamada de Nueva York. Pero no había obtenido ninguna respuesta, por supuesto, no la esperaba como tal. La brisa del atardecer no movió en ningún momento las ramas del álamo que cobijaba el lugar donde su padre descansaba eternamente. No hubo ninguna señal, y por primera vez después de varias horas se preguntó si su regreso a Nueva York sería buena idea.

Cerró los ojos y olvidó por un momento los acontecimientos de la tarde. Becca se merecía una explicación. Al no haber ninguna respuesta, volvió a golpear suavemente con los nudillos la puerta.

—Becca, necesito hablar contigo.

Nada. Silencio.

Iba a desistir cuando creyó oír algún movimiento en el interior de la habitación. Esta vez no llamó, se limitó a abrir la puerta.

Becca se encontraba sentada en la cama, las rodillas casi le tocaban el pecho, Moka se encontraba entre sus brazos y estaba adormilada.

—¿Así que es verdad? Te vas.

Grace entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí. Becca parecía desprotegida incluso de sí misma, le recordó a ella cuando tenía su edad y sabía de antemano que los trece años no eran una etapa fácil. Así que decidió ser sincera.

—Sí. Me han llamado de Nueva York.

—Mi padre me lo ha comentado, aunque me habría gustado más que tú me hubieses dado la noticia.

Grace, en un esfuerzo por liberar la tensión, cerró los ojos y soltó un suspiro.

—Supongo que tienes razón. Espero que puedas perdonarme.

La niña no respondió, se limitó a acariciar a su cachorro. Moka, ante el gesto, ni se inmutó, el calor corporal de Becca parecía ser todo lo que necesitaba para seguir plácidamente en el mundo de Morfeo.

—Becca, algunas decisiones no son fáciles.

Becca tan siquiera la miró, simplemente frunció los labios.

—Lo siento, de verdad. Ojalá pudiese hacer algo al respecto.

Quizá fue lo que dijo o cómo lo dijo, pero Becca esta vez sí levantó la cabeza y puso toda la atención en la mujer que había en la habitación.

Grace no había estado demasiado tiempo en el rancho, sin embargo, le había

cogido cariño. Nunca creyó que necesitase tanto una figura femenina en su vida, pero estaba claro que se había equivocado. En el fondo de su ser supo que llevaba razón, tarde o temprano todos se marcharían, seguramente el siguiente sería Jake, luego Nate y Reed, pensar en este último hizo que el corazón le latiese más deprisa. Al final, solo quedarían en el rancho su padre, Ringo y ella; no estaba muy segura de poder soportarlo.

—Está bien, lo entiendo.

Grace no estaba muy segura de que eso fuera así.

—Volveré, te lo prometo.

—Nunca hagas promesas que no vas a cumplir.

Grace se acercó y se sentó al borde de la cama.

—Yo cumplo mis promesas. He pensado mucho estos días y he llegado a la conclusión de que las familias deben reencontrarse, no perderse en las disculpas y en la desgana. Volveré, Becca.

—Mi padre no lo cree así.

Grace maldijo a Cooper en silencio.

—Tu padre se equivoca.

—¿Volverás para el baile?

La pregunta descolocó a Grace. Para el baile faltaban poco más de tres semanas.

—Con tu mirada ya estás rompiendo tu promesa.

—Eso no es cierto —adujo Grace más molesta consigo misma que con la niña—. Lo voy a intentar. Aquí estaré, haré todo lo posible para que así sea.

Becca esbozó una pesarosa sonrisa.

—De acuerdo. Voy a creerte.

—Bien.

—¿Podré llamarte por teléfono?

—Siempre que quieras.

La sonrisa de Becca se ensanchó.

—Moka y yo te vamos a echar mucho de menos.

—Y yo a vosotras, pero estaré de vuelta antes de que me echéis realmente en falta.

Grace abrazó a la niña. Becca merecía tener a su madre cerca, pero sabía que eso era del todo imposible, porque Faith jamás regresaría. Moka se revolvió en los brazos de Becca y bostezó, como si esa fuese su forma de protestar. Ambas sonrieron ante el gesto de aquella preciosa bola de pelo.

«Los mundos perfectos también se derrumban», pensó Grace.

CAPÍTULO 23

Decidió que lo mejor era no despedirse de Cooper. Descendió las escaleras; en una mano llevaba la maleta y en la otra la documentación que le había dejado su padre. Dejó atrás el último escalón y se dirigió al despacho. Sobre la mesa depositó la carpeta. Deseó que todo hubiese sido diferente, durante unos segundos permaneció inmóvil, observando a su alrededor. La esencia de Cooper estaba ahí, impregnada en cada objeto, en cada detalle. Cerró los ojos un segundo y anheló con toda su alma poder arrancarle de su vida, quizás el paso del tiempo le ayudase a borrar ese tonto enamoramiento no correspondido.

Se dio la vuelta y salió del despacho, tal y como había entrado: desolada.

Cuando salió al exterior, Nate ya la esperaba, el muchacho abrió la puerta del coche y, a continuación, tomó su maleta.

—Ha llegado el momento.

—Sí, eso parece.

—¿Necesitas despedirte de alguien?

«De todos y de nadie», pensó.

—No, así está bien. ¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

Se subió al asiento del copiloto y echó la cabeza hacia atrás. Allí dejaba demasiadas cosas, incluso una promesa que no sabía muy bien si podría cumplir.

—¿Estás bien?

Ella respiró hondo antes de responder.

—No lo sé, pero lo mejor es que nos vayamos ya.

Nate asintió algo apesadumbrado y puso el motor en marcha. Grace observó por última vez el rancho, le pareció más solitario que nunca.

—¿Jake está bien?

Nate soltó una carcajada antes de acelerar.

—Ringo no le ha matado, si es eso a lo que te refieres.

Ella sonrió durante una fracción de segundo. Al cruzar la puerta del rancho, la sonrisa desapareció. No era la misma mujer que había salido de Nueva York envuelta en tristeza y lágrimas; algo había cambiado. Pero lo que no tenía demasiado claro era si para bien.

Llegó a Nueva York demasiado cansada, con la única idea de retomar su vida donde la había dejado antes de volar a Aspen. El vuelo se podía decir que había sido tranquilo, aunque no se había permitido cerrar los ojos, el hecho de hacerlo significaba que Cooper invadiese su mente. Salió de la terminal decidida a llegar a su apartamento lo antes posible, necesitaba dormir, dejar atrás esos últimos días y esperar que la herida, cicatrizase. Llamó a un taxi. Lo que más deseaba en ese mismo momento era sumergirse en un baño caliente y relajante, quizás así podría llegar la paz que tanto ansiaba.

Llegar a casa supuso encontrarse con otra realidad bien distinta: su vida. Verse inmersa en el denso tráfico de Nueva York le dio cierto sosiego, aunque no la serenidad que ella tanto ansiaba conseguir. Tenía la sensación de que su vida antes de ir al rancho no era tan perfecta como ella suponía, de pronto le pareció demasiado aburrida y rutinaria. A partir de ese momento no escucharía el trino de los pájaros al amanecer o el relincho de los caballos en el corral bajo la imperativa orden de Ringo. Ya echaba de menos a Becca y a Amber, y de sobra sabía que a la hora de la cena se encontraría demasiado sola. Había descubierto que le encantaba compartir mesa rodeada de amigos, de las anécdotas de la jornada y de bromas entre plato y plato. Posó la maleta en el suelo, justo en el salón de su apartamento. Encendió una de las lámparas y se dirigió al baño, tan siquiera se descalzó, abrió los grifos y dejó que el agua llenase la bañera. Iluminó con velas aromáticas el espacio para dar una sensación más íntima.

Fue hasta la cocina, abrió uno de los armarios y descorchó una botella de vino blanco que había comprado varias semanas atrás con la única intención de abrirla en un momento especial. Al parecer, el momento había llegado, pero no era tan especial como ella esperaba; no importaba. Llenó parte de la copa, se la llevó a los labios y disfrutó del aroma de vainilla y sabor afrutado que invadió de forma inmediata su paladar.

Volvió al baño, dejó la copa sobre un taburete y se desnudó sin prisa, con la mirada puesta en el pasado. Introdujo un pie y luego el otro, se sumergió y permitió que el agua caliente acariciase cada uno de sus tensos músculos. Su cuerpo, ante el cálido contacto, se relajó de inmediato y se concedió la licencia de no pensar en nada; necesitaba volver a encontrar el equilibrio. Tomó de nuevo la copa y dio otro trago, echó la cabeza hacia atrás y se obligó a disfrutar del baño.

Las velas lo bañaban todo con una luz romántica. Suspiró antes de echar una pequeña cantidad de gel sobre la palma de su mano, se enjabonó despacio, acariciando cada centímetro de su piel. No pudo evitar pensar que le habría gustado que fuese la mano de Cooper la que estuviese realizando ese ritual. Solo con pensarlo, se excitó. Sus pezones, como respuesta a sus sensuales pensamientos, se irguieron de inmediato y la punzada de ardor se localizó en la parte baja de su vientre. En algún momento creyó escuchar la melodía de su teléfono móvil, pero lo ignoró, aún no estaba preparada para conectar con el mundo. Se pasó la mano por el cuello, acto seguido se llevó la parte interna del brazo a la nariz; le encantaba el aroma del nuevo jabón. Sin saber muy bien por qué dejó un pequeño reguero de tenues caricias, se tapó los pechos y los estrujó con suavidad. Sus pezones respondieron en el acto al roce. A continuación, sintiéndose demasiado vulnerable, metió las manos bajo sus axilas.

Necesitaba desterrar esa sensación de apego de su mente, pero le fue del todo imposible. Con la única intención de volver a la realidad, tomó otro sorbo de vino. La bañera desprendía delgadas columnas de vapor, eso logró relajarla, aunque no del todo.

Las diminutas olas lamían su piel con cada uno de sus movimientos. Acto seguido, deslizó la mano entre las piernas, lo que le provocó un espasmo de excitación, apretó los labios cuando el placer comenzó a surgir por su cuerpo, solo entonces murmuró:

«Cooper»

—Te he traído un café.

—Gracias.

—Bueno, digamos que este detalle no es del todo gratis.

Grace se removió inquieta en la silla. Fingió buscar un informe y se obligó a no prestar atención a Donatella. Llegar a la oficina había sido como un bálsamo de paz. Su mesa casi no se veía de la cantidad de carpetas que descansaban sobre ella, y eso era justo lo que necesitaba: trabajar hasta quedar exhausta y no pensar en nada que no fuesen cifras y fideicomisos.

—Donatella, no tengo tiempo para más explicaciones.

Su secretaria la miró de forma burlona, quizá porque era más que una mera ayudante; era una amiga. No había sido demasiado explícita con ella desde su regreso del rancho y esa debía ser la razón por la cual su ayudante no paraba de

traer café al despacho; las dosis de cafeína ya debían alcanzar niveles alarmantes en su organismo.

—Claro que no tienes tiempo, llevas casi una semana enterrada en documentos y contratos. No comes ni duermes, tengo la impresión de que te vas a convertir en lechuza de un momento a otro.

Grace arqueó la boca en una media sonrisa. Debía reconocer que Donatella se preocupaba por ella, si fuese a la inversa, ella también estaría inquieta y deseosa de saber lo que había ocurrido.

—Está bien. —Se rindió—. ¿Qué es exactamente lo que quieres saber? —Dejó el informe que tenía entre las manos sobre la mesa, cogió el café que Donatella le ofrecía y, acto seguido, se reclinó en el sillón.

—Perfecto.

Donatella se sentó enfrente, solo la mesa del despacho les separaba. Grace deseó con todas sus fuerzas que el interrogatorio terminase antes de empezar.

—¿Qué ocurre, Grace? Supongo que fue un trago encontrarte con la realidad, así de golpe, tras la muerte de tu padre —aclaró—, pero tengo la impresión de que esa desazón que convive contigo desde hace días no se debe solo a eso.

Grace tomó un sorbo de café sin dejar de mirar a Donatella.

—Cooper no estaba muy cómodo con mi presencia en el rancho, eso es todo.

Donatella arqueó ambas cejas en señal de sorpresa. Grace bebió de nuevo de la taza.

—¿Por qué?

—Supongo que porque hubo un pasado.

—¿Un pasado común?

—Sí.

Donatella tenía los ojos muy abiertos.

—¿Intentas decirme que hubo algo entre vosotros?

Grace abrió la boca para decir algo, pero de pronto la cerró de golpe.

—Venga, Grace, no es bueno para una embarazada tanta ansiedad.

Grace sonrió. Su secretaria sí que sabía sacar provecho de su estado de buena esperanza.

—No es lo que te imaginas. Yo tenía diecisiete años, él era viudo desde hacía algunos años y tenía consigo a Becca. —Los ojos de Grace se perdieron en la distancia mientras hablaba—. Era una adolescente alocada que lo que más deseaba en el mundo era olvidar que mi madre me había abandonado y que jamás, por más que lo deseara, iba a volver a mi lado. Supongo que culpaba al mundo de mi situación.

—Con esa edad, las diabluras suelen ser peligrosas.

La boca de Grace se curvó por las comisuras.

—Sí. Volvía loco a mi padre, desobedecía sus órdenes y solía escaparme siempre que podía para ir con amigos a alguna fiesta. No me importaba dónde ni con quién, solo deseaba mantenerme ocupada, no pensar en el pasado ni en el futuro. De repente el presente tomó demasiada importancia, vivir el ahora se convirtió en mi lema, no era consciente de los daños colaterales.

—Si a todo eso le añades la atracción hacia Cooper, la mezcla puede ser un verdadero cóctel molotov.

Grace deseó que el café no se hubiera terminado. Lo dejó sobre la mesa, apoyó los codos al lado de la taza y descansó la cabeza sobre las manos unidas.

—Así es. No fue mi padre quien vino a buscarme a la última fiesta que acudí, sino Cooper. Aún recuerdo su mirada, era como la de un toro a punto de embestir; me sacó de allí casi a rastras, me subió al coche y él no pronunció ni una sola palabra durante el trayecto. Reconozco que no fue fácil para ninguno de los dos, ambos estábamos furiosos, y al mismo tiempo la atracción sexual parecía crecer por momentos, fue extraño, la verdad —reconoció—. Siempre que estoy al lado de Cooper lo es. El peor parado fue Wolf, ahora las cosas entre ellos parece que han mejorado.

No le iba a contar toda la verdad a Donatella, no. No le iba a confesar que una vez que aparcaron, la situación se volvió demasiado complicada. Ninguno de los dos deseaba salir del coche, enfrentarse al mundo.

Por muchos años que pasasen, jamás podría olvidar lo que sintió esa noche. De cómo, sin pensar en las consecuencias, se abalanzó sobre Cooper, se colocó a horcajadas sobre él, inclinó su cuerpo mientras sus pequeños pechos rozaron la tela de su camisa y lo besó torpemente.

Él, para su sorpresa, no la rechazó, supuso que las protestas que podría haber expresado murieron en su garganta cuando sus labios se tocaron. Le sintió rendirse y apoderarse de su boca. Cuando Cooper trazó círculos largos y húmedos con la lengua se sintió desvanecer. Él la guio a un terreno desconocido hasta ahora por ella. Fue su primer beso de verdad, suave, dulce y tentador.

Recordó como la calidez y sus caricias le hicieron sentir segura y excitada al mismo tiempo. Se rindió cuando él introdujo sus manos masculinas, grandes y con callos por el duro trabajo, bajo su vestido. Ella exhaló un suspiro de placer eterno e inolvidable. Quería más, necesitaba más.

—Grace —dijo él antes de volver a besarla.

Y ella se perdió en un laberinto de emociones y sensaciones cuando él apartó

sus braguitas y le acarició con los dedos en una zona tan íntima y sensible.

Todo estaba siendo maravilloso hasta que él se removió inquieto en el asiento.

—No podemos —dijo de repente interrumpiendo el beso y sacando la mano de forma apremiante de entre sus muslos.

Ese *no podemos* aún retumbaba en su mente muchos años después.

—No debo. Esto es un error, Grace.

Le rodeó los hombros con los brazos y hundió la cara en su cuello.

—Lo siento, lo siento de verdad.

Sintió como su aliento quemó su piel.

—Tu padre me mataría.

Aún recordaba cómo las lágrimas ahogaban su garganta, cómo era sentirse rechazada.

—Pero...yo te quiero.

Hoy en día su ingenuidad aún la perturbaba. Debería haber mantenido la boca cerrada, abrir la puerta y salir del coche sin volver la vista atrás, sin embargo, no lo hizo. Se quedó ella, sola, con las esperanzas rotas y el corazón hecho añicos.

Cooper la apartó suavemente al asiento del copiloto. Le acarició la mejilla y, sin más dilación, abrió la puerta y, antes de salir huyendo, le dijo:

—No podemos hacer esto, cariño —dijo ya en el exterior. —Crees que me quieres, pero en realidad, no es así. Debes salir ahí fuera y convertirte en una gran mujer.

Fueron las últimas palabras que escuchó de los labios de Cooper hasta el día que la llamó para comunicarle que su padre había muerto.

Él seguramente nunca sabría que le había roto el corazón, y que hoy en día, ella no había podido pasar página. Por muchos amantes que hubieran pasado por su cama, por más que se esforzara, jamás había dejado de amarlo. Estaba claro que había sido algo más que un amor de juventud.

Parte de esa joven dolida y rechazada convivía aún con ella.

La voz de Donatella la sacó del pasado, del recóndito lugar donde guardaba celosamente sus recuerdos con Cooper.

—¿Qué ocurrió después? —quiso saber Donatella. Después indagaría más sobre ese tal Wolf.

Desterró a Cooper y soltó un soplo de alivio, como cada vez que lo hacía.

—Mi vida no volvió a ser la misma. Me obligaron a coger un vuelo y comenzar mi vida universitaria.

—¿Hablas en plural?

—Imagino que ya había agotado toda la paciencia de mi padre —comentó como si tal cosa—. Cooper tomó las riendas de la situación y a mí ni se me ocurrió quejarme. En el fondo era lo que deseaba, necesitaba alejarme de un amor no correspondido, anhelaba huir y no mirar nunca más hacia atrás.

—Huir no sirve, solo complica las cosas.

Donatella tenía razón: huir complicaba las cosas. Ahora ella estaba en Nueva York, pero su alma y su corazón seguían en el rancho.

—Y aquí estás.

Grace se levantó de la silla y rodeó la mesa.

—Así es. Terminé mis estudios y comencé a trabajar para Robert Kessler como becaria...

—Y hoy en día ya tienes tu propio despacho. —Donatella terminó la frase por ella—. Has trabajado muy duro, Grace. Te mereces este despacho y ser socia de la firma, desde mi punto de vista has hecho lo correcto; regresar a Nueva York.

—Yo no estoy tan segura de eso. —Grace se dirigió a la ventana de su despacho.

Le encantaban las vistas desde la planta cuarenta y cuatro. Desde esa altura, uno podía creerse que la ciudad podía sucumbir, pero nada más lejos de la realidad. Nueva York, con el paso del tiempo, engullía a las personas, los sueños y también la esperanza. Observó a través del cristal la proyección de una ciudad viva, las vistas eran espectaculares, una mezcla de luces y sombras. El Empire State parecía ser el único que se oponía a ser devorado por toneladas de cemento, tenía su propia personalidad.

—Hay más, el rancho no va bien. —Grace cruzó los brazos y dejó que su mirada se perdiera por los cientos de rascacielos que la rodeaban.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Económicamente, el B.C. tiene pérdidas importantes. —Una mancha de vaho empañó el cristal—. Comprobé las cuentas y no había nada fuera de lo normal excepto los números rojos. Hay algo que no cuadra, algo que se me escapa, y no tengo ni idea de qué puede ser.

—Vaya, lo siento.

—Sí. Yo también. Cooper y los demás dependen de él.

En ese mismo instante el teléfono sonó. Donatella lo descolgó.

—Es Dexter. —Tapó con la mano el altavoz—. ¿Quieres hablar con él?

Grace pensó en su cliente, él era su baza para convertirse en socia.

Necesitaba centrarse y olvidar de una vez por todas a Cooper y el rancho. Descruzó los brazos y se giró decidida a centrarse de una vez por todas en el presente.

—Sí. El señor Dexter y yo hemos quedado para almorzar.

Donatella se levantó de la silla y le entregó el auricular, después abandonó el despacho en silencio, no sin antes dedicarle a Grace una sonrisa alentadora.

El restaurante era uno de los más selectos de la ciudad. Grace solo había cenado una vez allí. Debía ese honor a una de sus últimas citas: un empresario demasiado ambicioso y narcisista. Antes de llegar al postre sabía que aquello había sido un gravísimo error, sin embargo, había llegado a la conclusión de que el salmón con verduras salteadas y caramelizadas que preparaban en el restaurante era un plato de lo más exquisito.

El *maître* la guio hasta su mesa, el señor Dexter ya la esperaba.

—Señorita Morales, muchísimas gracias por aceptar mi invitación. —Gary Dexter se levantó de inmediato y retiró la silla donde ella se iba a sentar—. Por favor, permítame.

—Señor Dexter —saludó—. Gracias.

Grace se sentó y, como si fuera algo improvisado, se retiró un mechón de pelo detrás de la oreja. Había acudido al almuerzo vestida como era habitual en ella, después de todo se trataba de una comida de trabajo: traje negro de chaqueta y pantalón, este último holgado con rayas y vuelo. El color lo ponían sus zapatos rojos, de tacón fino y alto. Pensó durante unos segundos en Claire Forcher y en sus vestidos de diseño, pero tal como vino la imagen, la desterró de inmediato de su mente. No podía hacerse eso, debía cerrar ese capítulo de su vida de una vez por todas.

—Kessler habla maravillas de usted, tengo que reconocer que tenía mis dudas al principio... Alguien tan joven —comenzó diciendo su acompañante, lo que hizo que ella volviese a la realidad de golpe. Dexter enfatizó tanto en la última palabra que a Grace no se le pasó por alto—. Pero creo que me equivoqué y por lo tanto le ruego encarecidamente que acepte mis disculpas.

Ella lo miró tratando de adivinar cuánta verdad escondían sus disculpas.

—No hay nada por lo que disculparse, señor Dexter. Me alegro de que esté contento con mi trabajo.

Dexter pareció satisfecho con la respuesta, porque después dijo:

—Se podría decir que con sus consejos mis cuentas bancarias están a salvo, y casi puedo rozar la felicidad con los dedos.

Grace sabía perfectamente cuando un hombre intentaba algo más que ser amable, aunque Dexter no entraba para nada en sus planes, sonrió de forma seductora. Era un hombre de buen ver. Debía rondar los cincuenta, su pelo salpicado de canas no le restaba ni un ápice de atractivo, ni su piel bronceada, que seguramente debía a su último viaje a alguna isla paradisiaca perdida en el globo terráqueo. Reconocía que tenía un rostro bien parecido. Además, había algo más, esa dosis de elegancia que ofrecía un traje de firma, o el hecho de encontrar siempre mesa en un restaurante elegante. El dinero compraba cosas que para algunos mortales eran del todo inalcanzables.

—Me alegro por usted. La felicidad en muchas ocasiones es inalcanzable — se obligó a decir ella.

Dexter arqueó una ceja.

—¿Habla por propia experiencia, señorita Morales?

Grace vio la trampa en cuanto escuchó la pregunta. La llegada del sumiller en ese preciso momento evitó que ella tuviera que responder, así que se limitó a sonreír de nuevo. Dexter dio el visto bueno al vino. El sumiller sirvió el reserva respectivamente en las copas y tal como había venido, con una leve inclinación a modo de saludo, desapareció.

—¿Es de su agrado el vino?

Ella tomó la copa entre sus dedos y, a continuación, dio un pequeño sorbo: el vino era excelente.

—Impresionante. Le felicito por la elección.

—Usted se merece este vino y mucho más, después de todo, y gracias a su increíble trabajo de esta última semana, mi exmujer no me ha dejado en calzoncillos.

Grace dejó la copa sobre la mesa y no pudo evitar soltar una burbujeante carcajada ante la expresión. Algunos de los comensales dejaron a un lado su conversación para fijarse en ella, Dexter le dedicó una de sus miradas más seductoras. Fue en ese preciso momento cuando ella volvió a retomar su tono más formal.

—El abogado ha tenido mucho que ver en el asunto; es más, creo que debería estar sentado aquí, con nosotros.

Dexter esbozó una gélida sonrisa antes de responder.

—La verdad es que me apetecía comer con usted a solas, debo reconocer que deseaba conocerla en persona y admito que no me ha decepcionado en absoluto.

Grace, incómoda, se atusó el cabello.

—Señor Dexter, quiero ser sincera con usted. ¿Sabe por qué he aceptado su invitación?

Dexter cogió su copa, bebió un sorbo y saboreó el vino antes de responder.

—No, pero estoy seguro de que usted me lo va a contar antes de que llegue el postre.

Grace sintió un nudo en el estómago. Por su mente rondaba una idea, la había meditado concienzudamente en el transcurso de la última semana, y creía no poder equivocarse.

—Bien, no esperaré ni al primer plato, si le parece.

—Soy todo oídos —dijo Dexter reclinándose en la silla. Se acarició los labios con el dedo índice. Estaba claro que la curiosidad había hecho mella en él.

—¿Le gustan los ranchos?

Grace supo que el mismo instante que formuló la pregunta, Dexter la miró con cierto recelo, sin embargo, ella necesitaba ganar esa baza, fuese como fuese. Estaba más que dispuesta a no dejar que el B.C. cayese en bancarrota.

CAPÍTULO 24

Cooper sabía que no era buena idea, aun así, apagó el motor y abrió la puerta de su ranchera. Posó un pie en el polvoriento suelo, descendió y respiró el aire húmedo que venía de las montañas; la decisión estaba tomada, no había marcha atrás. Había optado por ir solo, no quería involucrar a ninguno de sus hombres. Dio un portazo y se apoyó en la parte delantera de su *pick-up* con las piernas cruzadas a la altura de los tobillos engullido en sus propios pensamientos. Se colocó el sombrero casi a la altura de las cejas, y su mente, como de costumbre, se redirigió a Grace; aún no se había podido quitar el sabor de su boca y eso lo estaba volviendo loco. No había habido despedidas, y la verdad es que tampoco las esperaba. Sabía por Jake que había llegado bien a Nueva York, pero ahí terminaban todas las noticias respecto a ella. La necesitaba más que nada en el mundo, pero debía ser, ante todo, realista, el legado de su familia estaba en sus manos. No podía fallar a Becca, otra vez no.

Quince minutos más tarde, Tucker salía de sus tierras sobre la grupa de uno de sus caballos, si se sorprendió por la presencia de Cooper no lo demostró.

—Es temprano. Cuando alguien viene de visita le suelo invitar a un café.

Cooper no movió ni un solo músculo. Tucker se puso en alerta de inmediato, estaba claro que esa visita no era de cortesía.

—¿Qué te trae por aquí, Cooper?

El aludido se alejó de su ranchera unos pasos. El caballo se movió inquieto de un lado a otro, y a Tucker no le quedó más remedio que tirar suavemente de las riendas y calmar al animal si no quería dar con sus nalgas en el suelo.

—El *fracking*.

Tucker, visiblemente incómodo, frunció los labios.

—No hay nada que hablar respecto a ese tema.

Cooper tuvo que recurrir a toda su paciencia para no tirar de la silla a ese hijo de perra.

—Cometes un error, Tucker. A la larga todos saldremos perjudicados, los daños colaterales serán enormes. Aún estás a tiempo de acabar con esta locura.

—No estoy solo en esto, Cooper. Hay más gente que piensa como yo. —Se ajustó el ala frontal del sombrero—. Así que aléjate y no vuelvas a pisar mis

tierras si no quieres que te eche a patadas.

—Soy consciente de que no estás solo en esta mierda, tu sesera no da para planificar algo así.

Tucker, ante el agravio, entrecerró los ojos.

—Cuidado, Cooper, no te pases. Las armas las carga el diablo y yo llevo una aquí que está deseando hacerte un agujero en esa maltrecha cabeza que tienes.

Cooper no se amilanó. Sabía que no dispararía, no arriesgaría todo lo que tenía entre manos. Colocó los brazos en jarras y, a continuación, movió la cabeza de un lado a otro.

—Baja de la grupa del caballo y hablemos.

—No.

Cooper reprimió una sonrisa.

—¿Tienes miedo de lo que pueda sucederte si desmontas?

—No eres tan idiota, no te atreverías a tocarme un solo pelo.

—Es posible que estés en lo cierto, aun así, solo pido que recapacites y termines con esta pesadilla de una vez por todas.

—¿Una pesadilla para quién? Soy consciente de que los demás ganaderos han perdido reses, pero no tantas como para acercarse a mi tierra y pedirme explicaciones. No intentes ponerlos en mi contra, o lo lamentarás.

Cooper rozó con la yema de los dedos el ala del sombrero.

—Tarde o temprano ocurrirá. Los ganaderos de los alrededores no son gente a la que tú puedas mangonear a tu antojo, tienen demasiado que perder. Es cierto que el B.C. es el rancho que más cerca se encuentra del lago, pero la contaminación no se va a quedar ahí, Tucker. Llegará a las casas, a todo lo que nos rodea. —Señaló con la mano a las montañas—. Todo esto olerá a gas en cuestión de meses, y luego, ¿qué?

—No me convences, Cooper. Apártate, debo irme.

—Necesito... —dijo intentando controlar su rabia—. Necesito que acabes con esto de una vez por todas.

—Creo que te lo he dejado bien claro: no —fue su taxativa respuesta—. En mis tierras hago lo que me place y ni tú, ni nadie, me lo va a impedir.

Cooper apretó los labios con fuerza, esforzándose en controlar por todos los medios su frustración. Tenía claro que no iba a sacar nada de esa conversación. Tucker era mucho más idiota de lo que pensaba.

—Quiero advertirte de algo.

—¿De qué se trata? —Cooper sabía que no sería nada bueno.

—Si no te alejas de mí, si vuelves a increparme, no iré a por ti, eso sería

demasiado fácil y no tendría ningún tipo de diversión —le amenazó—. Haré algo más efectivo: atacaré a tus dos puntos débiles.

Cooper no se podía creer lo que oía.

—Becca está bien protegida, es difícil acercarse a ella —continuó Tucker—, pero no imposible. Sin embargo, Grace es harina de otro costal. He de reconocer que me gusta su apartamento, tiene buen gusto con la decoración. —Acarició la crin de su caballo para luego seguir hablando—. La seguridad de su oficina es ínfima, y ella no sabe que estará en peligro si tú decides dar un paso en falso.

—Serás hijo de perra. —Cooper se acercó a la montura como un rayo e intentó derribar a Tucker, pero el caballo fue más rápido que él y puso distancia de forma inmediata—. Si te atreves a tocarle un solo pelo, juro que te mataré con mis propias manos.

La carcajada de Tucker se hizo más estridente.

—Deberías quedarte con la modista, Cooper. Grace tiene gustos excesivamente caros, a mi modo de ver. Tengo entendido que ayer compartió almuerzo con un hombre que puede permitirse un buen restaurante. Es elegante y millonario, en definitiva, como se dice vulgarmente, un pez gordo. Tú no podrías ni pagar el vino.

La rabia y los celos consumieron a Cooper.

—Te juro por Dios que si le haces daño... —le amenazó, pero no pudo terminar la frase. Saber que Grace corría peligro puso todo su instinto de protección en alerta.

El caballo giró hasta volver a su posición inicial.

—Estás demasiado lejos para protegerla de mí, ¿no crees? No vuelvas, o lo lamentarás.

Sin más, Tucker azuzó las riendas y su montura comenzó a correr en dirección contraria.

Cooper vio como la silueta de aquel cabrón desaparecía por el horizonte.

«Por favor, Dios, Grace no», murmuró antes de volver, irritado y enfadado consigo mismo, a la ranchera.

—Ha sido una estupidez lo que has hecho.

—Por una vez y sin que sirva de precedente, estoy de acuerdo con Wolf —dijo Jake.

Wolf ignoró el comentario del capataz del rancho y siguió con la

conversación:

—Le has puesto en alerta, y eso no nos beneficia.

Cooper lo sabía. Había sido un estúpido, pero la rabia y la frustración por no poder hacer nada al respecto le habían vencido. Se sentó en el sillón mientras el corazón le latía con fuerza.

«Grace», pensó.

—Hay algo más, algo que todavía no os he comentado.

Wolf apoyó las palmas de las manos en la mesa y miró hacia la ventana soltando un bufido. Por el contrario, Jake parecía más sereno, tenía la vista fija en Cooper. Se encontraba expectante y nervioso al mismo tiempo.

—Ha amenazado con hacer daño a Becca, o a Grace, si no dejo en paz el tema.

Wolf le clavó la mirada repentinamente. Cooper supo que esos ojos encerraban algo más que preocupación, y Jake acertó la distancia de dos zancadas hasta que sus muslos tocaron la mesa.

—¿Hablas en serio?

La pregunta de Jake quedó suspendida en el aire durante unos segundos.

—Becca está protegida. Reed o Nate son los que se encargan de traerla y llevarla del instituto, me preocupa, y mucho, pero lo de Grace es diferente — comentó Cooper frotándose la frente de forma enérgica con los dedos.

—¿Qué te dijo exactamente?

Cooper apretó los labios y se inclinó sobre la mesa. En el momento en que llegó a casa supo lo que tenía que hacer: llamar a Wolf y a Jake y comentarles lo sucedido. Telefonó al instituto y se cercioró de que Becca estuviera en clase, al confirmarlo parte de la carga que llevaba a la espalda desapareció. Casi de forma inmediata le pidió a Ringo que fuera hasta la ciudad, necesitaba saber que Claire y Amber se encontraban bien, fuera de todo peligro. Por último, ordenó a Nate y a Reed que inspeccionaran a caballo cada hectárea de tierra y vallado con la única intención de que pudiesen interceptar cualquier amenaza. Más o menos todos estaban localizables y protegidos, excepto Grace, y eso le consumía.

—Dijo que, si no dejaba en paz el tema, atacará mis dos puntos débiles.

Ninguno preguntó. De sobra sabían cuáles eran los puntos débiles de Cooper.

—¿Dijo algo más sobre ellas, algún dato de interés? —preguntó el capataz.

—Sabe que Becca está bien custodiada. Sobre Grace comentó que ayer había almorzado con un hombre importante en un restaurante elegante y muy caro.

Las palabras de Tucker resonaron en su mente, como un eco imposible de parar.

«Tú no podrías pagar ni el vino».

Y en cierta manera, Tucker tenía razón. Grace tenía todo el derecho a rehacer su vida en Nueva York. ¿Acaso no había sido él quien la había alentado a hacerlo? Tensó los dedos en el borde de la mesa al verse incapaz de responder a su propia pregunta.

—¿Cooper?

La voz de Jake lo sacó de sus cavilaciones. Repitió las palabras anteriores, como si necesitase meterse entre ceja y ceja que todo lo sucedido hacía unas horas era real.

—Al parecer Grace almorzó ayer con un hombre importante y adinerado de Nueva York en un elegante restaurante, y según me comentó también, sabe dónde vive ella.

Wolf y Jake intercambiaron una mirada cargada de preocupación.

—¿Qué? —preguntó Cooper alterado.

—¿Cómo sabe Tucker con quién comió Grace o dónde vive? —inquirió Wolf poniendo distancia entre los dos hombres y dirigiendo sus pasos a la ventana.

—Solo puede haber una explicación: llevan días vigilándola —alegó Jake.

A Cooper la cabeza comenzaba a darle vueltas. Había estado tan preocupado por todo ese asunto que había pasado por alto algo tan evidente.

—Llama a Grace y dile que quiero que regrese al rancho lo antes posible —le ordenó a Jake.

—De acuerdo.

El capataz ya salía por la puerta cuando Cooper le llamó.

—Insiste lo que haga falta. Abona el billete de avión, haz lo que tengas que hacer; quiero que esté aquí mañana mismo.

—Bien. Así lo haré.

—¿Crees que va a ser tan fácil? —interrumpió Wolf.

—¿A qué te refieres? —inquirió Cooper.

—Grace no vendrá. La conozco bien.

Cooper se frotó el cuello agarrotado. Él también lo creía, Grace no iba a mover ni un solo dedo por regresar porque él se había encargado de que así fuera.

CAPÍTULO 25

—¿Te has vuelto loco o qué?

Grace alzó los ojos al techo de su despacho mientras se preguntaba qué narices estaba pasando. Jake respondía con evasivas, pero insistía en que regresara a Aspen lo antes posible.

—Jake, voy a colgar. No quiero seguir escuchando esa sarta de sandeces. ¿Darás un beso a Amber y otro a Becca de mi parte, por favor? Y dales recuerdos a los chicos. Diles que les echo de menos.

De forma inmediata, colgó. Apretó los labios y clavó los ojos en el teléfono. No entendía ni una sola palabra, casi podía asegurar que Jake parecía nervioso.

¿Volver al rancho? Ni loca. No, no podía hacerlo, necesitaba estabilidad por el bien de su salud mental, necesitaba olvidar a Cooper de una vez por todas.

—Por tu cara diría que no han sido buenas noticias.

Grace observó a Donatella. Era cierto lo que se decía sobre las mujeres embarazadas: las hormonas hacían que vieses el mundo de color de rosa. Aún faltaban casi seis meses para que el bebé naciera, pero Donatella ya llevaba prendas holgadas, era su particular forma de gritar al mundo: ¡estoy embarazada!

Se alegraba por ella. Por una milésima de segundo se preguntó cómo sería llevar un hijo de Cooper en su vientre. La respuesta no la hizo más feliz, sino todo lo contrario.

—Era Jake.

—¿El capataz del rancho?

—Ajá.

Donatella dejó una carpeta sobre la mesa.

—Y, ¿puedo preguntar qué quería exactamente?

Grace se hizo la misma pregunta.

—Quiere que vuelva al rancho.

Donatella, que en ese momento estaba comprobando la agenda, dejó la pantalla del ordenador para centrar toda su atención en ella.

—¿En serio?

—Sí.

—¿Por qué?

Grace se encogió de hombros.

—No lo sé, y no me importa. Solo me daba evasivas. ¿Sigues pendiente de la reunión de las cuatro?

Donatella volvió la vista a la pantalla.

—Sí —corroboró—. Después de esa reunión serás libre.

—Lo estoy deseando. —Se levantó y cogió la carpeta que Donatella había dejado sobre la mesa—. Deséame suerte.

—No la necesitas.

—Tu fe ciega en mí es lo único que me inspira.

Su ayudante se echó a reír.

Metió el móvil en el bolso y se lo colgó del hombro. Ya se dirigía a la puerta cuando Donatella la llamó.

—No tiene mucho sentido que Jake te llame, solo hace una semana que estás de vuelta.

Grace suspiró.

—Estoy casi segura de que es cosa de Cooper, y por nada del mundo voy a regresar al rancho.

—¡Le prometiste a Becca que irías para el baile! —le recriminó Donatella.

—No voy a poder cumplir esa promesa, y lo siento en el alma, pero primero debo pensar en mí. Necesito alejarme, poner distancia. Ella lo entenderá.

—Grace..., no es más que una niña.

—Todo el mundo sufre decepciones, Donatella, incluso los adolescentes. Ellos más que nadie.

Grace salió del despacho sin dar tiempo a que su ayudante le rebatiera esa estúpida idea.

La reunión fue como la seda. Grace abrió su frigorífico y cogió la botella de vino blanco que estaba a medias, vertió una pequeña cantidad en una copa y dio un sorbo. Al hacerlo sus papilas gustativas protestaron; ese vino no tenía nada que ver con el que había probado a mediodía.

Dexter estaba interesado en invertir en el rancho, aún quedaban muchos cabos sueltos pendientes, pero el pez había picado el anzuelo, eso era más que evidente. Ahora debía encontrar la forma de que Cooper aceptase. Una vez firmado el trato, el B.C. desaparecería para siempre de su vida.

—Va por ti, papá. —Levantó la copa e hizo un brindis en el aire, luego bebió

varios sorbos mientras pensaba en cómo llevar al papel el acuerdo.

—¡Maldita sea! —exclamó Cooper.

—Era de suponer, Grace es cabezota por naturaleza, ya lo sabes.

Cooper apoyó una cadera en la encimera de la cocina. La cena había terminado, y después de fregar los platos, Reed y Nate se habían retirado a dormir; Ringo, sin embargo, había ido a dar de comer a los caballos. Era casi medianoche y él seguía devanándose los sesos. Cada hora que pasaba el riesgo aumentaba, había llegado a una conclusión después de meditarlo mucho: no iba a permitir que Tucker se saliese con la suya, pero para eso debía asegurarse de proteger a Grace. Si tenía que destrozar esa torre con sus propias manos, lo haría.

Pronto habría otra reunión de ganaderos a la que, por supuesto, Tucker no estaría invitado. Había que terminar con esa pesadilla de una vez por todas.

—Pensaré en algo. No me fío de nadie y, si te digo la verdad, no estoy muy seguro de que esa reunión sea buena idea.

—¿Crees que algún ganadero está con Tucker? —preguntó Jake.

—Podría ser. Ahora lo que más me preocupa son Grace y Becca.

—Con respecto a Grace, espero que tengas más suerte que yo.

—No lo sé, pero si algo tengo claro es que necesito saber que ella está bien, y protegerla de toda esta mierda.

Jake asintió. Lo comprendía perfectamente. Él había pensado lo mismo respecto a Amber. Como si le hubiera leído el pensamiento, Cooper preguntó:

—¿Amber está bien?

—Sí, todo lo bien que se puede estar en estos casos. Le he pedido que venga a dormir a uno de los barracones, espero que no te importe.

—Por supuesto que no. Bien pensado, Jake.

—La idea no le gustó mucho al principio, pero al final aceptó.

—Más bien no le diste opción —repuso Cooper con socarronería.

Jake sonrió ante el comentario.

—No creas que fue tan fácil, no tengo ni idea de lo que ocurre con las mujeres de este rancho. Digamos que tuve que insistir, casi suplicar.

Esta vez fue Cooper quien esbozó una sonrisa.

—¿Y Claire?

—Ringo me ha comentado que está bien. —Cooper soltó el aliento de golpe

—. No puedo controlarlo todo, Jake.

—No le harán daño, solo te han advertido —dijo el capataz con aparente calma—. Si te digo la verdad, creo que Claire no forma parte de la ecuación. Quieren que te mantengas al margen para que Tucker y quien sea que esté detrás de esto puedan llenarse los bolsillos.

Cooper le agradeció las palabras con una palmada en la espalda.

Respecto a eso, no podía estar seguro del todo. En parte, Jake tenía razón, Claire y él solo eran buenos amigos, pero no quería que nadie sufriera ningún daño.

—¿De quién sospechas? —volvió a hablar Jake.

—No lo sé, tengo mis dudas al respecto. Un hombre que da de comer a sus animales y trabaja sus tierras no tiene tiempo para meter las narices en la vida de los demás. Nuestra vida es dura, demasiado complicada, diría yo. Hay algo que se nos escapa. La cuestión es saber qué.

—Supongo que estás en lo cierto.

—Hablaré con Claire sobre esto.

—Wolf me comentó que lo haría él —comentó Jake.

—¿Wolf? —preguntó extrañado Cooper.

—Eso me dijo, lo dejo en sus manos.

Cooper respiró hondo mientras pensaba en ese comentario. Soltó todo el aire que contenían sus pulmones de golpe. Las diferencias entre Wolf y él habían mermado considerablemente y eso, en cierto modo, le agradaba y le facilitaba las cosas; ya tenía demasiados frentes abiertos.

—Está bien, que se encargue él de Claire, nosotros ya tenemos demasiados problemas.

Se disponía a salir de la cocina cuando Jake lo interceptó.

—¿Qué hacemos con Grace?

—De eso me ocupo yo —dijo con expresión dura.

El capataz no se atrevió a preguntar más, asintió y observó como Cooper cruzaba el umbral de la puerta. Se le veía cansado y preocupado, y eso no era bueno para nadie.

—Por cierto, ¿has arreglado las cosas con Ringo? —La voz de Cooper sonó distorsionada, ya casi al final del pasillo.

—Por supuesto.

Cooper volvió sobre sus pasos.

—¿Cómo? —preguntó apoyando el antebrazo en el marco de la puerta.

—He descubierto que Ringo no le puede negar nada a Amber. Y yo, para

ella, soy su máspreciado tesoro.

Cooper soltó una carcajada.

—Me alegro de que alguien sea feliz en este rancho.

Jake no tuvo oportunidad de réplica porque Cooper ya había desaparecido de su vista. Comprobó la hora en su reloj, era demasiado tarde, pero no estaba dispuesto a dormir solo esa noche; Amber lo esperaba en el barracón.

«Paso a paso, Jake», murmuró con una única idea en la mente.

Cooper subió las escaleras y se dirigió a su habitación, pensando en la mujer que en ese preciso instante estaría durmiendo en Nueva York. Esperaba de todo corazón que estuviese sola y no acompañada por algún ricachón, tal y como le había comentado Tucker. Imaginarse a Grace con otro hombre lo desarmaba por completo.

Antes de dormir se detuvo ante la puerta de su hija. Hacía años que no se acostaba tan tarde, y demasiado tiempo desde que entrara por última vez a aquella habitación para arroparla, pero los últimos acontecimientos le angustiaban; saber que Becca se encontraba bien era su máxima prioridad. No llamó, simplemente abrió la puerta. Como esperaba, su hija dormía. En ese momento se revolvía inquieta en la cama, como si tuviese una pesadilla. Quizá fue su lado más protector lo que hizo que se decidiera a entrar y se acercara ella. Al instante, Moka levantó la cabeza y Becca abrió los ojos sobresaltada. Le pareció que su mirada estaba perdida todavía entre el mundo de los sueños y la realidad.

—¿Una pesadilla?

Becca, con el pelo despeinado, lo observó como si se tratase de un ser de otro mundo. De pronto su mente despertó del todo.

—¡Papá! ¿Ocurre algo?

Él se sentó en el borde de la cama. Ya no era una niña, y si algo tenía claro era que debía estar al corriente de lo que estaba sucediendo en el rancho. Al día siguiente hablaría con ella, se prometió.

—Ahora duerme, mañana hablamos. ¿Estás bien?

Becca echó las sábanas hacia atrás y lo miró preocupada. Algo no iba bien, su padre hacía años que había dejado de hacer el ritual de las buenas noches. Miró al cachorro: Moka dormía plácidamente de nuevo, como si la conversación entre padre e hija no fuera con ella.

—¿Qué hora es? —preguntó sentándose sobre el colchón y bostezando al mismo tiempo.

—Lo siento, te he despertado.

—¿Me vas a decir lo que pasa de una vez por todas?

En otras circunstancias Cooper la habría amonestado por ese tono de voz, pero esa noche no.

—Mañana debo viajar a Nueva York.

Becca lo miró como si de repente le hubiesen salido dos cabezas.

—¿Nueva York?

Cooper asintió lentamente.

La muchacha se llevó las rodillas al pecho y lo observó en silencio.

—En Nueva York vive Grace.

—Así es. Voy a verla.

—Parece importante —respondió Becca.

¿Cuándo había crecido? Últimamente lo hacía tan rápido que no le daba tiempo a asimilarlo.

—Lo es. Necesito que vuelva al rancho...

—Y ella no quiere hacerlo.

—Más o menos.

—¿Por qué quieres que vuelva aquí?

Había llegado el momento de explicarle a Becca lo que sucedía; no podía esperar a mañana, si algo había aprendido en esta vida era a valorar el tiempo. Le dio los menores detalles posibles. Sin embargo, fue más explícito con la amenaza de Tucker. La adolescente abrió mucho los ojos, escuchaba cada palabra con suma atención, como si estuviese sacando sus propias conclusiones de la diatriba de su padre.

—¿Esa es la razón por la que ya no voy en autobús al instituto?

—Sí.

—¿Por la cual, Jake, Nate o Reed me acompañan en todo momento cuando salgo del rancho?

—Eso es, cariño.

Becca parecía desilusionada.

—Comprendo.

—¿En serio? —preguntó él, extrañado de que hubiese sido tan fácil.

Ella se apartó un mechón de pelo de la cara.

—Comprendo tu preocupación —dijo ella—, es lógico que estés inquieto.

Cooper bajó un momento la cabeza. No tenía muy claro cómo hacerlo ni qué

palabras utilizar para decirle a su hija lo que realmente pensaba.

—No quiero que te preocupes más —comenzó a decir ella—, ir al baile tampoco me entusiasma tanto. Estos últimos días he llegado a la conclusión de que los chicos no tienen cerebro.

—¿Por qué dices eso? —preguntó su padre alarmado y, al mismo tiempo, presa de la curiosidad.

Becca pareció meditarlo unos segundos y luego exhaló un suspiro de derrota.

—Creo que debo ser sincera contigo al respecto.

—Eso me encantaría.

La muchacha tragó saliva dos veces antes de continuar.

—La verdad es que ninguno de ellos me ha invitado al baile.

A Cooper se le cayó el alma a los pies.

—Lo lamento de verdad, cariño. —Y lo decía en serio. La abrazó y la acercó a su pecho.

Becca se dejó hacer, pero se separó a los pocos segundos y lo miró directamente a los ojos, como si quisiera asegurarse de que estaba siendo sincero.

—Lo sé, papá. Sé que lo sientes.

—¿En qué momento exacto has crecido tanto?

Becca soltó una risilla desenfadada, se acercó y depositó un beso en la mejilla de su padre.

—Estabas muy ocupado con el rancho, por eso no te has dado cuenta —dijo sin ningún atisbo de reproche—. Gracias por decirme lo de Tucker, te agradezco que seas sincero conmigo.

Cooper tuvo la sensación de que su vida iba en dirección equivocada.

—Siento habérmelo perdido. Es un tiempo que jamás voy a recuperar.

Becca arrugó la nariz. Moka aprovechó ese momento para golpear la madera del suelo con la cola, bostezó sin abrir los ojos. Los dos rieron ante el gesto del cachorro.

—Me alegro de que haya alguien que pueda dormir tranquilo en esta casa.

La muchacha vio asomar una sombra de preocupación en el rostro de su padre.

—Papá, nuestro tiempo aún no ha terminado. —Observó como su padre volvía a posar la mirada en ella—. Pero recuerda que llegado el momento debes soltarme la mano. Según mi profesora de filosofía, tarde o temprano en la vida los adolescentes debemos comenzar a caminar solos por el mundo.

Cooper sopesó las palabras de su hija.

—Tu profesora de filosofía no tiene ni idea de lo que habla. Es más, me arriesgaría a decir que no tiene hijos y te voy a decir el por qué: es antinatural que un padre suelte de la mano a su hija, eres tú quien debe arriesgarse y emprender sola tu camino. —Cooper apoyó suavemente la barbilla en la cabeza de Becca—. Cuando creas estar preparada, me lo dices e intentaré por todos los medios dejarte ir, pero ten por seguro que no me alejaré demasiado; caminaré a tu lado, si me lo permites.

Becca lo abrazó con fuerza.

—Prometo no soltarme demasiado rápido.

—Es de agradecer. —Acarició con suavidad el pelo de su hija y la besó en la frente.

—Ve a buscar a Grace, la necesitamos, papá.

Cooper no podía estar más de acuerdo.

CAPÍTULO 26

—Haces lo correcto.

—¿Tú crees?

Claire observó al hombre que tenía ante sí. Era atractivo, no cabía duda alguna, de esos que no pasan desapercibidos. Tenía unos rasgos muy característicos que al principio de su llegada a Aspen le llamaron poderosamente la atención. Algún tiempo después, Cooper le confirmó que por sus venas corría sangre de los primeros nativos de la zona. A Claire no le había extrañado un ápice que descendiera de una raza de auténticos guerreros. Aun así, reconoció de inmediato en él la preocupación, la irritabilidad y la necesidad de ser amado.

Conoció a Bradley Cooper nada más llegar a Aspen y desde el primer minuto, extraño en ella, decidió confiar en él. Era un hombre de principios, un hombre del que le hubiera encantado enamorarse, pero, al parecer, el destino tenía otros planes para ella.

La idea de abrir una tienda con sus diseños era algo que le rondaba por la mente desde hacía años. Quizá fue la última paliza lo que le hizo plantearse huir y dejar para siempre a Steve. Una piensa que el maltrato físico y psíquico les ocurre a otras mujeres, incluso que son historias aleatorias que de vez en cuando sacuden a la sociedad. Eso es lo que una piensa hasta que recibe, sin previo aviso, el primer puñetazo en la cara o la primera patada en el abdomen. Gracias a Dios, Steve ya formaba parte de su pasado.

Cooper vio en ella lo que otros, amigos y familiares, desearon obviar. No había sido fácil tomar la decisión de meter en una maleta sus pocas pertenencias, sus escasos ahorros, y algún que otro buen recuerdo para dejarlo todo atrás. Los Ángeles y el glamour de un mundo ficticio y corrompido por la envidia, el alcohol y las drogas quedaba lejos, muy lejos de su pensamiento.

—Cooper, estás enamorado. ¿Cuándo lo vas a reconocer?

Claire colgó en la percha su último diseño, era un vestido sencillo, pero a la vez elegante; corte clásico y de color negro, muy parecido al que lució Audrey Hepburn en la película *Desayuno con diamantes*.

—¿Reconocerlo sirve para algo? —preguntó Cooper incómodo.

Claire se volvió. Era temprano y aún no había entrado ningún cliente, pero

pronto lo harían. Ese pensamiento la reconfortó.

—Grace es especial, es una mujer maravillosa a la que no deberías perder por una tonta promesa.

Cooper se pasó la mano por el pelo. En unas horas volaría a Nueva York y no tenía ni idea de qué iba a decirle a Grace.

—Nunca ha sido una promesa tonta. Me enamoré locamente de una chiquilla de diecisiete años, su padre hizo lo correcto: alejarla de mí. Yo haría lo mismo por Becca.

Claire respiró hondo.

—Te recuerdo que esa muchacha ya ha crecido y es toda una mujer de éxito.

—No es fácil, Claire.

Ella esbozó una sonrisa. Comprendía perfectamente a Cooper. El miedo no solía pasar inadvertido.

—Lo que ocurre es que tienes miedo de que te rechace.

—Lo haré, de eso estoy seguro.

—Porque tú lo has hecho primero.

Claire comprobó cómo el gesto de Cooper se volvía más tenso, como si eso fuera posible.

—Era lo mejor.

—¿Para quién? ¿Para ti o para ella?

—De haber sabido que eras tan quisquillosa no te habría ayudado con la tienda. Aún recuerdo tu pasión por la perfección; me pasé días para que dieras el visto bueno a algunas de las baldas.

Esta vez la sonrisa de Claire se convirtió en una burbujeante carcajada.

—No te engañes, Cooper, lo habrías hecho de igual modo.

Él la miró con cariño. Era cierto. Aún le sorprendía que Claire pudiese realizar unos diseños tan fantásticos. Sabía que le iba bien, que vendía muchos de sus vestidos por Internet y que las mujeres estaban encantadas tanto con ella como con su trabajo. Amber era un vivo ejemplo de ello.

—Supongo que sí. Habría sido más fácil si...

—Tú y yo nos hubiésemos sentido atraídos. —Claire terminó la frase por él.

Cooper bajó la cabeza, como si no quisiera que ella viese la verdad en sus ojos.

—Sí.

—Al parecer el destino tiene otros planes para nosotros —dijo ella suavizando la mirada—. No la dejes escapar o te arrepentirás el resto de tu vida.

Cooper asintió. Claire tenía razón. Alargó la mano y la abrazó, como haría

un hermano con una hermana.

—No nos ha tocado una vida sencilla.

Claire se dejó abrazar.

—No, pero sí intensa.

Él se apartó despacio y se frotó la nuca.

—Si le ocurriese algo, no me lo perdonaría nunca.

—Lo sé, por eso debes ir a su encuentro.

Cooper asintió ante la sincera respuesta.

—Tú tampoco deberías quedarte sola.

—Estaré bien. —Claire volvió a su posición inicial. Colocó las perchas de tal forma que todas mantuvieran la misma distancia. Cooper tenía razón: le gustaba demasiado la perfección como para obviarla—. Wolf ha venido y me ha puesto al corriente de lo que ocurre. Ese malnacido de Tucker merece su castigo.

«Wolf... ¿Cómo he podido equivocarme tanto con él?», se preguntó.

—Pienso lo mismo —dijo volviendo a la conversación—, pero antes debo ir a Nueva York a convencer a una mujer que no me quiere ni ver de que vuelva conmigo al rancho. Allí no está segura si yo hago un movimiento en falso.

—Deberías acudir al *sheriff* y decirle lo que está ocurriendo.

—Lo haré cuando sepa que Grace está fuera de peligro. Quiero tenerlo todo bajo control, no me fío de Tucker.

—No deberías ser tan duro contigo mismo.

Él inspiró hondo ante aquellas palabras.

—Deberías ir al rancho tú también.

—¿Y que me encuentre Grace en tu casa cuando regrese? Ni loca. No conoces a las mujeres, Cooper. Verme en el B.C. sería lo último que le gustaría.

—Solo somos buenos amigos —rebató él.

—Eso lo sabemos tú y yo, pero te recuerdo que la gente tiene mucha imaginación.

A Cooper se le ocurrieron varias palabras malsonantes, pero prefirió no pronunciar ninguna en voz alta.

—Esa gente a la que tú te refieres puede meterse sus comentarios donde le quepan. Eres importante para mí, Claire.

Ella sonrió.

—Lo sé, como lo son Jake, Ringo, Amber y los chicos.

—En ningún momento...

—Cooper, estaré bien, no debes preocuparte por mí. —Se dirigió al mostrador—. Y, ahora, cuéntame, ¿cómo valoras la experiencia de tener un

cachorro correteando por casa?

Claire sintió la necesidad de cambiar de tema. Era un buen amigo, si algo tenía claro era que no se sentía atraída por su físico, sin embargo, sí ansiaba su protección. Hacía unos cuantos meses que se había jurado a sí misma que jamás volvería a depender de un hombre, y hasta ahora había cumplido su promesa.

Cooper refunfuñó ante la pregunta.

—Bueno, al menos Becca está encantada.

—Creo que es la única. A ese cachorro le enloquecen nuestras botas, con eso te lo digo todo.

Claire le lanzó una mirada divertida y Cooper no pudo más que sonreír.

—Tienes razón, tengo miedo a que Grace me rechace.

—Bueno, eso no lo sabrás si ocurre hasta que ella lo haga. Ve, Cooper. Inténtalo, al menos te hará sentir mejor.

—Me haría sentir mejor saber que vas a dormir al rancho. Allí los chicos podrían protegerte y no estarías sola.

La tentación de aceptar la aguijoneó con fuerza.

—Estaré bien, te lo prometo. No quiero que te preocupes más.

Cooper no tuvo otra opción que claudicar.

—Espero que así sea.

—Ve al aeropuerto o no llegarás nunca a tu destino.

«Destino», pensó Cooper. Hacía demasiado tiempo que no pensaba en él.

—Al menos has tenido el coraje de enfrentarte a Cooper.

Tucker observó a su interlocutor, se estaba cansando de esa situación. Nada le apetecía más que dar carpetazo al asunto. En ese mismo instante el teléfono sonó, pero a nadie pareció importarle, la persona que tenía frente a sí se inclinó hacia adelante, apoyó los codos en la mesa y lo miró a los ojos.

—Tucker, no habrás venido hasta aquí para lloriquear, ¿verdad?

El aludido se sintió incómodo. Pensó en sentarse, pero en el último segundo decidió que lo mejor era seguir de pie. Aquel asunto se le estaba yendo de las manos. Le gustaba el dinero más que a nadie; sin embargo, la visita de Cooper le había hecho meditar seriamente. Amaba esa tierra como el que más y no entendía cómo se había dejado convencer para que una torre de perforación de varias toneladas excavase las entrañas de la tierra para extraer gas natural.

—Sigo pensando que tarde o temprano nos arrepentiremos de esta decisión.

Vivimos del ganado, de la tierra...

—Y del dinero.

—Escucha...

—Tucker, creía que lo tenías claro. Ya lo hemos hablado, no hay marcha atrás.

Estaba más indeciso que nunca. Había soltado a Cooper un discurso amenazante del cual no había escrito ni una sola palabra. Por primera vez se sintió como una marioneta en manos de otros. Grace no tenía nada que ver en aquello y si Cooper daba un paso en falso, ella sería la primera en sufrir las consecuencias porque nadie del B.C., de eso estaba seguro, permitiría que a Becca le sucediera nada malo ni que nadie pusiera un pie en sus tierras. Aquel asunto iba muy en serio. Iba a rebatir a su interlocutor cuando la puerta se abrió de repente. Ambos hombres guardaron silencio de inmediato.

—*Sheriff*, hay alguien que quiere hablar con usted.

Justin Roth asintió sin demasiadas ganas. Se levantó de su silla sin ninguna prisa, se colocó el sombrero sobre la cabeza y rodeó la mesa sin dejar de mirar al hombre que tenía enfrente.

—Está bien. Ahora mismo voy —le dijo a su ayudante.

Tucker no supo qué decir, seguía de pie y cada vez más nervioso. Dirigió su mirada hacia la puerta, donde ya se encontraba el *sheriff*.

—Esta conversación no ha terminado.

Justin Roth sonrió de forma ladina, comprobó que el arma estaba en el lugar que le correspondía y después se puso el chaquetón. Salió al exterior sin siquiera mirar atrás.

Tucker se dejó caer en la silla, desolado. Sus dos hijos iban a heredar su rancho, pero ahora no lo tenía tan claro. A ese paso estaba casi seguro de que iba a perder más que a ganar. Su egoísmo, sus ganas de amasar fortuna, le habían llevado a esa situación. En el momento en que los demás ganaderos conocieran sus planes lo iban a linchar, a él y a sus herederos.

¿En qué momento había perdido el norte?

La respuesta quedó suspendida en el aire.

CAPÍTULO 27

Cooper observó a través de la ventanilla del taxi, Nueva York le pareció una ciudad demasiado bulliciosa. La gente que pisaba sus calles parecía tener demasiada prisa, semejaban arquetipos de robots a punto de cumplir una misión. Debía reconocer que jamás había estado allí, pero en ese momento no encontró ninguna razón para volver. Pensó en que fue él quien lanzó a Grace a aquel amasijo de hormigón y acero, y eso le molestó en gran medida. Los rascacielos eran impresionantes, le parecía increíble que alguien pudiese trabajar tan alejado del suelo.

Definitivamente, aquel no era lugar para él.

Veinte minutos más tarde, el taxista frenó.

—Aquí es.

Cooper no pudo evitar echar un vistazo; la zona donde vivía Grace no estaba mal, aunque para su gusto se encontraba un poco alejada del centro. Pagó y bajó del vehículo. Cambió la maleta de mano al tiempo que el taxi se ponía de nuevo en marcha.

Pensó en ir primero a un hotel, pero en el último momento cambió de opinión: su prioridad era Grace.

Grace rasgó con ayuda de un cuchillo el envase de un plato precocinado. Aquellos espaguetis con queso, después de todo, no tenían mala pinta. No sopesó ni por un momento la cantidad de hidratos de carbono y calorías vacías que se iba a meter en el estómago, más bien sonrió al llegar a la conclusión de que no tendría que cocinar. La sola idea de poner una cazuela con agua y sal en el fuego le fastidiaba. En el rancho no había sido así, incluso había conseguido evadirse entre guiso y guiso, y ella creía saber la razón; había descubierto que cocinar para otros podía llegar a ser adictivo. Había disfrutado de cada una de las cenas con los chicos, con Ringo, Becca y hasta con Cooper. Sí, con él también, debía reconocerlo o se mentiría a sí misma. Echaba de menos las risas, la compañía, y los comentarios absurdos; en fin, el ambiente familiar. Pero aquella

etapa había pasado y no volvería más. Desechó de inmediato los recuerdos que su mente evocaba; no podía vivir en el ayer, no se lo podía permitir si quería seguir avanzando.

Una vez retirado el envoltorio, olió el contenido de la bandeja. Antes de arrepentirse, metió el envase en el microondas y lo puso en marcha. Cenaría y se iría a la cama, de esta forma daría por zanjado el día.

Estaba agotada y necesitaba cerrar los ojos y olvidarse por unas horas de todo, desconectar. El caso Dexter estaba cerrado y su ascenso parecía más cerca que nunca. Quizá un puesto nuevo le permitiría un apartamento ubicado en una zona menos alejada del centro, ser socia de un gimnasio con piscina y pasear mucho más a menudo por Central Park. Además, la idea de que Gary Dexter invirtiese en el rancho B.C. era casi una realidad. Solo tenía que hablar con Cooper y todo estaría solucionado. Suspiró cuando pensó en el hombre que ocupaba una buena parte de sus pensamientos al cabo del día; no estaba muy segura de que él estuviese del todo de acuerdo con su idea, pero... al menos debía intentarlo. Después cerraría esa puerta para siempre y no la volvería a abrir jamás.

El sonido del timbre la sacó de sus cavilaciones. Se preguntó quién podría ser a esa hora. Supuso que serían malas noticias, nadie en su sano juicio iba de visita a la hora de la cena. Aún faltaban un par de minutos para que los espaguetis estuvieran listos, los dejó dando vueltas en el microondas y se dirigió a la puerta. La sola idea de retrasar el momento de irse a la cama hizo que su agotamiento se volviera más apremiante aún.

Cuando abrió, sus ojos se ensancharon como platos y boqueó como un pez fuera del agua: no se lo podía creer. En un principio pensó que podía ser una jugada de su mente, la imaginación, pero no era así. El cansancio desapareció por completo, dando lugar a una inseguridad absoluta.

—Coop... Cooper —balbuceó.

¡¿Qué demonios hacía Cooper en su apartamento?!

Cooper tuvo que hacer acopio de toda su paciencia mientras veía a una sorprendida Grace que, por obra de algún extraño hechizo, se había quedado muda.

—¿Puedo pasar?

Ella, sin ser demasiado consciente de sus actos, dudó, cosa que hizo que Cooper la mirase con el entrecejo fruncido.

El pitido del microondas sonó en alguna parte de la cocina. Grace, como un autómatas, se hizo a un lado y abrió más la puerta para dejarle entrar. De pronto

una idea abrumadora le vino a la cabeza.

—¿Va todo bien en el rancho?

Cooper entró en el apartamento, dejó la maleta en el suelo, cerca de un bonito sofá, y tardó varios segundos en responder. La casa de Grace era mucho más pequeña de lo que había imaginado en un principio, la decoración era sencilla. Daba la sensación de que ella no pasaba demasiado tiempo entre esas cuatro paredes.

—Necesito hablar contigo, por eso estoy aquí.

Grace se dio cuenta de que Cooper no había respondido a su pregunta, lo cual la inquietó mucho más.

—Claro.

Cerró la puerta, lo siguió y se quedó allí de pie. Cruzó los brazos a la altura del pecho, sin saber muy bien lo que debía hacer, cuál debía ser su siguiente paso.

Pensó que Cooper no desentonaba en absoluto lejos de su rancho. Su forma de vestir seguía siendo sencilla: pantalones vaqueros, camisa blanca, una americana azul oscuro y botas de *cowboy* completaban su atuendo. No era un traje, pero debía reconocer que todo le sentaba de maravilla.

—¿Ibas a cenar?

Ella se apretó los antebrazos con las manos mientras intentaba poner en orden aquella extraña situación.

—Sí —dijo al fin. Sin más, se dirigió a la cocina dejando a Cooper en el salón.

Estaba demasiado nerviosa como para pensar con claridad. Abrió la puerta del microondas y lo lamentó en el acto: la cena tenía aún peor aspecto ahora que antes de calentarla. Se giró con la única intención de tirarla al cubo de la basura, pero su maniobra quedó a medias cuando tropezó con el pecho de Cooper. Se sobresaltó, levantó la mirada y se arrepintió en el acto.

Cooper miró el envase de plástico, arqueó una ceja y luego sus ojos se desviaron a los de Grace.

—¿Esa va a ser tu cena?

¿Por qué razón se sentía tan insegura?

—Eso parece. ¿Algún problema?

Cooper se retiró a un lado y disimuló una sonrisa.

—No tiene un aspecto muy apetitoso que digamos.

Grace dejó la bandeja sobre la encimera. De pronto necesitó aire con urgencia.

—¿Por qué has venido, Cooper? No creo que sea para hablar de mi cena.

Él metió las manos en los bolsillos, como cada vez que se encontraba cerca de ella. La necesidad de tocarla, de besarla, era más imperiosa que nunca. Estaba preciosa con aquella especie de pijama de flores grises en cuya camiseta se podía leer «*Bonne nuit*». El pantalón se ajustaba perfectamente a su figura, y no digamos la parte superior. Apretó la mandíbula con fuerza con la única idea de enviarle un mensaje a su libido: contrólate.

—¿Cómo sabes la dirección de mi apartamento?

Cooper se apoyó en el borde de la encimera y bajó la cabeza, mirando sus botas. Debía medir bien sus palabras si quería que aquello saliera bien.

—Amber.

Ella asintió, como si comprendiera de repente. Tendría una conversación larga y amenazante con su amiga.

—Comprendo.

—Jake te llamó.

Grace suspiró profundamente.

—Sí. Necesitaba que volviese al rancho, ya le comenté que no era posible. Punto final de la conversación.

Él levantó la vista sosteniéndole la mirada durante un segundo que a ella le pareció eterno.

Grace encajó de inmediato las piezas del puzle y comprendió por qué Cooper estaba en ese mismo momento en su cocina.

—¿Has venido hasta aquí para convencerme de que vuelva al rancho? Si es así has perdido el tiempo, porque no regresaré a Aspen, Cooper.

—Tengo hambre. —Cooper ignoró deliberadamente la respuesta. Observó sin mucho interés los espaguetis con queso que seguían en el envase—. Te invito a cenar.

Ella le lanzó una mirada demoledora y furiosa.

—No, esta noche no voy a salir del apartamento. Estoy agotada y en pijama —añadió mientras se frotaba con la yema de los dedos la frente—. Necesito descansar.

Él la estudió minuciosamente. No mentía, parecía exhausta, pero supuso que un escenario neutral podría llevar a una conversación menos intensa.

—Bien, pero sigo teniendo hambre —instó a la vez que ignoraba una vaga sonrisa de Grace.

Ella podía mantener un semblante impasible, pero en el fondo sabía que eso era casi imposible. Deseó con toda su alma abrir la puerta, darle una patada en el

culo y olvidarle para siempre. Sin embargo sabía que no podría hacerlo, ahora ni nunca, y eso la molestó, y mucho.

Grace abrió un cajón y extrajo un montón de papeles. Cooper se percató de que eran panfletos de publicidad.

Ella desechó algunos volviéndolos a meter en el cajón.

—Chino, italiano, indio... Tú dirás.

Cooper tardó en comprender que Grace le estaba dando a elegir. Se movió y se acercó a ella. Grace no tuvo tiempo de reacción, él le pasó suavemente la mano por la espalda y percibió un escalofrío por todo el cuerpo.

—Elige tú —le susurró al oído.

Ella se limitó a asentir, se veía incapaz de seguir hablando.

Veinte minutos más tarde, Grace hizo acopio de la poca paciencia que le quedaba. La cena había llegado. Dejó la pizza sobre una pequeña mesa auxiliar situada frente al sillón. Cooper estaba sentado en un extremo del sofá, y ella en el otro.

—Espero que te gusten los ingredientes.

—Como de todo...

Sin saber muy bien por qué, Grace se excitó de inmediato; no fueron las palabras, sino la forma en que las pronunció.

Cooper le brindó una amplia sonrisa.

—Es un apartamento pequeño —dijo a la vez que paseaba la mirada por los diferentes rincones y paredes de la vivienda,

Ella desvió la atención de la boca de Cooper y pensó que toda su casa podría caber en el salón del rancho.

—Es lo que me puedo permitir..., por ahora.

—¿Aún no eres socia?

Aquella pregunta le molestó, aunque no supo por qué.

—Todo lleva su burocracia, Cooper. Sé que a ti te gustan las cosas dichas y hechas, pero no siempre es así, y menos en una gran ciudad como Nueva York.

Cooper se inclinó un poco hacia adelante y estiró el brazo, cogió un trozo de pizza mientras pensaba en las palabras de Grace. Supuso que llevaba razón, en una ciudad las cosas, incluso los pensamientos, llevaban otro ritmo. Se iba a llevar la porción a la boca cuando ella lo detuvo con un ademán de su mano.

—La pizza en Nueva York se come así. —Grace unió los dos extremos reduciendo la porción a la mitad, después se llevó el mazacote de masa a la boca.

Cooper la observó, aquella mujer le fascinaba en todos los sentidos.

—Bien. —La imitó y dio el primer bocado. La pizza estaba exquisita, debía

reconocerlo. La albahaca fresca y la mozzarella se deshicieron en su boca, pudo notar que la salsa era sabrosa, picante, aunque no demasiado.

—Lo reconozco, está muy buena.

—En Nueva York sabemos hacer pizza, entre otras muchas cosas. —Grace se sonrojó de pronto y dejó el resto de su porción sobre el envase de cartón. Se limpió las manos con una servilleta de papel y vertió vino en dos copas.

—¿El vino es tan bueno como la pizza?

—Mejor, diría yo. Es regalo de uno de mis clientes.

Cooper tomó un trago sin dejar de observarla por el borde curvo de la copa.

—Un buen cliente.

—Por ahora, el mejor.

Cooper pensó que aquello no era asunto suyo, pero no pudo evitar recordar las palabras de Tucker respecto a la cena que Grace había compartido con un hombre. Comió el resto de pizza en silencio, dando tiempo a que sus pensamientos se diluyeran.

—¿Qué tal está Becca?

—Peleándose con las matemáticas.

La respuesta hizo sonreír a Grace.

—Necesita un poco más de confianza en sí misma, eso es todo.

—Creo que esa no es la respuesta que ella espera oír.

A Grace le desapareció el apetito de repente, así que encogió las piernas y apoyó la barbilla en las rodillas.

—¿Por qué estás realmente aquí?

Cooper sopesó la pregunta antes de responder. Quizá hacía varias horas no lo tenía tan claro, pero ahora sí. Grace siempre había sido especial para él y si en algún momento de su vida pensó que la atracción que sentía por ella podía desaparecer, se equivocaba de pleno.

Que Dios se apiadase de él, pero estaba enamorado de esa mujer. Bebió otro trago de vino antes de continuar con la conversación. Grace se merecía la verdad.

—Es por Tucker.

Ella abrió mucho los ojos, claramente sorprendida.

—¿Estás aquí por Tucker? No entiendo nada.

Él apoyó la cabeza en el respaldo y la miró desde el otro extremo del sofá.

—Verás, supongo que estoy aquí a sabiendas de que no me va a gustar la respuesta que me vas a dar.

Ella le lanzó una mirada cautelosa con sus ojos cargados de inocencia, quizás

esa fuera la señal que estaba esperando Cooper porque solo entonces comenzó a hablar. Le comentó su encuentro con Tucker, el descubrimiento de la torre, y le explicó cuáles serían las consecuencias si el *fracking* continuaba contaminando las entrañas de la tierra.

Grace escuchó con atención, le habría encantado irrumpir la diatriba para que respondiera a algunas de sus dudas, sin embargo, no lo hizo. Aquella situación era mucho más complicada de lo que parecía a simple vista.

—¿Por qué iba a querer hacerme daño Tucker? —preguntó Grace mientras se retiraba un mechón de pelo detrás de la oreja.

Cooper no pudo evitar prestar atención a ese gesto. Grace lo había hecho de forma natural, pero para él estaba cargado de sensualidad.

—Sabe que eres importante para mí.

Ella abrió la boca para hablar, tal vez para objetar algo.

—Cooper... —dijo al final.

Los ojos de él buscaron los de Grace.

—Quiero que entiendas algo. No quiero que te ocurra nada malo, solo quiero tenerte cerca y comprobar cada mañana que estás bien, lejos de todo peligro —aclaró.

—Y yo te lo agradezco, de verdad, pero Tucker no hará nada que pueda lamentar en un futuro.

Cooper miró hacia el techo con un gesto de cansancio.

—Llevas años en Nueva York, no puedes ser tan ingenua.

Grace se sintió herida por el comentario.

—No soy una adolescente a la que tengas que controlar o vigilar —replicó sin perder los nervios, recordando la ocasión en la que Cooper la sacó a rastras de aquel estúpido baile—. Soy una mujer adulta que puede decidir, y decido quedarme aquí, en mi apartamento. —Se levantó rauda, furiosa consigo misma—. El único lazo que nos unía, mi padre, murió.

Cooper pensó que tenía una parte de razón.

—Grace, estoy aquí. —Se inclinó hacia adelante y apoyó los antebrazos en los muslos—. Estoy preocupado por tu seguridad y necesito que vuelvas al rancho conmigo. —Intentó que esas últimas palabras no sonasen como una orden.

—Rancho del cual tú me echaste, si mal no recuerdo.

—Sabes que eso no es del todo cierto...

—Me diste un ultimátum, ¿acaso no es lo mismo?

Cooper soltó una maldición, pasándose la mano por el pelo.

—La situación ha cambiado.

Ella profirió una estridente carcajada.

—¿Piensas que soy tu perrito faldero? ¿Que debo irme cuando tú lo decidas y que, cuando silbes, debo regresar a tu lado? Has perdido la razón, eso o eres un estúpido. La verdad, en este momento no tengo ni idea de cuál de las dos opciones te define mejor.

Cooper se frotó la cara con fuerza. Ella tenía todo el derecho a decir lo que pensaba, pero jamás supuso que tendría tanta rabia acumulada.

—Grace..., sabes que tengo razón.

—No, no la tienes —contraatacó y lo lamentó en el acto—. Crees tenerla siempre, que es algo muy diferente. —Cooper siempre sacaba lo mejor y lo peor de ella, con él parecía no encontrar nunca el equilibrio—. Estoy cansada, lo mejor es que me vaya a la cama.

Cooper sabía cuándo había perdido una batalla; así que claudicó.

—Está bien.

—¿Tienes reserva en un hotel?

—No. —Cooper se levantó del sofá con los músculos tensos. Tenía claro de antemano que no iba a ser un encuentro fácil; la tensión acumulada en la estancia se podía cortar con un cuchillo.

—Puedes quedarte a dormir en el sofá.

—No quiero ser una molestia —respondió con frialdad.

—No lo eres ni lo serás.

Grace desapareció durante un par de minutos, volvió con una manta y un par de almohadas.

—Buenas noches, Cooper. Que duermas bien.

—Grace...

Ella lo ignoró deliberadamente.

—Buenas noches —repitió sin darle opción a ninguna réplica.

El cansancio que padecía antes de que Cooper apareciera se convirtió en frustración y rabia. Se tiró sobre la cama, ahogó su dolor contra la almohada, cerrando los ojos para detener las lágrimas. Muy a su pesar, no lo consiguió.

Aquella situación era demasiado para ella.

CAPÍTULO 28

La calidez de las manos de Grace hizo que la piel le quemara y sus músculos se tensaran con fuerza. La acercó más a sí, intentando ignorar la dolorosa punzada en la entrepierna; no se podía creer lo bien que se amoldaba a su cuerpo. Le echó la cabeza hacia atrás con delicadeza, le peinó la preciosa melena con los dedos mientras recorría su cuello con los labios, rozándolo con los dientes. Grace se arqueó, sus voluptuosos pechos quedaron atrapados entre los dos cuerpos. Escuchó un jadeo y se sorprendió al descubrir que el responsable de aquella excitación no era otro que él.

Necesitaba de una manera apremiante la boca de Grace, la deseaba en cuerpo y alma. Su miembro viril se endureció de tal forma que le dolió. Si no satisfacía ese deseo, se volvería loco.

—Cooper...

Su nombre en los labios de ella era como saborear un néctar afrodisiaco. Con la lengua saboreó el tacto cálido de su piel desde la mandíbula hasta la clavícula y, una vez más, deseó besarla.

—Cooper...

De repente la voz de Grace resultó más apremiante, y eso le desconcertó. Le pareció oler a café recién hecho, pero lo ignoró, quizá porque la tirantez de sus testículos no le permitía pensar con claridad. En algún momento entreabrió los ojos y la descubrió frente a él. No estaba entre sus brazos como suponía, sino de pie, a una distancia prudencial, con dos tazas de café, una en cada mano.

Intentó distinguir entre realidad y fantasía. Hizo un esfuerzo por abrir más los ojos y se encontró con una Grace que llevaba el cabello recogido en un moño alto, iba vestida con un traje oscuro de pantalón y chaqueta y observaba con atención una parte muy concreta de su anatomía.

—Lo siento —se disculpó él con voz ronca.

La manta se encontraba en el suelo, en algún momento de la madrugada se debió deslizar y caer, y lo peor de todo era que su excitación matutina no parecía tener ninguna intención de pasar desapercibida. Dio gracias a Dios de llevar al menos los calzoncillos puestos. Alargó la mano hacia el suelo hasta tocar la manta, cuando lo hizo, tiró de ella y se cubrió. Solo entonces Grace pareció salir

de su estupor y volver a conectar con él. Le sostuvo la mirada un momento y carraspeó mientras le ofrecía una de las tazas.

—Buenos días —saludó Grace, intentando obviar lo evidente.

Cooper se incorporó aún con movimientos lentos, como si el sueño no hubiese desaparecido del todo. Se sentó, extendió el brazo y cogió la taza, rozando con los dedos la piel de Grace. Esa caricia no ayudaba en absoluto a su excitación.

Grace tuvo que hacer un esfuerzo enorme para apartar la vista de aquellos increíbles bíceps. Ella sabía a qué se debía: la vida en un rancho era muy dura y los férreos músculos de Cooper no hacían más que confirmarlo.

—Grace, respecto a lo de anoche... —Estiró aún más de la manta. No tenía ni idea de cómo enfocar el asunto, así que antes de terminar la frase decidió que lo mejor sería pensar bien en las palabras que iba a utilizar.

Ella tomó un sorbo de café. Necesitaba poner distancia, pero sus pies parecían no querer despegarse del suelo.

—Pensé que quedó claro —dijo ella con toda la tranquilidad que pudo reunir—. No voy a regresar contigo al rancho.

Cooper imitó a Grace y se llevó la taza a los labios, debía reconocer que el café no se parecía en nada al del rancho. Estaba delicioso. Su mente iba a mil por hora, pero no encontraba argumento alguno para convencerla de que lo acompañase de vuelta a su mundo. Pensó en Leonardo, como solía hacer cuando algo se complicaba. Su antiguo capataz siempre tenía una solución para cada conflicto, aunque a duro de mollera no le ganase nadie. Grace había heredado la testarudez de su padre; de tal palo, tal astilla.

—Tengo que ir a trabajar y antes de hacerlo me gustaría pedirte un favor.

Cooper buscó su camiseta y sus pantalones entre la maraña de ropa que había en el suelo.

—Tú dirás.

Grace no sabía si lamentar que Cooper se vistiera.

—Quiero que conozcas a alguien. Esta noche estaría bien.

Cooper, con los pantalones arrugados ya puestos, la miró con cierta cautela.

—¿De quién se trata? —preguntó mientras se subía con alguna dificultad la cremallera.

Ella se perdió en aquel sencillo y a la vez sensual gesto.

—Grace —instó él.

—Es un empresario, cliente de la empresa donde trabajo. —Grace intentó que su voz sonase lo más natural posible—. Su nombre es Gary Dexter.

Cooper la miró de forma interrogativa. No tenía ni idea de quién podía ser ese tipo y, la verdad, no le apetecía nada tener que esconder sus malos humos ante un desconocido.

—Me gustaría que lo conocieras, eso es todo.

Él guardó silencio durante varios segundos y frunció el ceño, gesto que no le pasó desapercibido a Grace.

—¿Sales con él?

Grace iba a responder, pero en ese instante el sonido del teléfono la interrumpió.

—Lo siento, debo atender la llamada.

Esa pregunta no le habría molestado en otro momento, es más, le habría dicho la verdad. Dexter no era para nada su tipo, pero con Cooper a medio vestir le resultaba de lo más violenta; así que cuando el teléfono siguió sonando, huyó lo más rápido posible de su campo de visión.

Cooper tomó el resto del café con la mente puesta en otro lado y maldiciendo para sus adentros. La situación se complicaba por momentos.

—Tengo que irme —dijo ella nada más entrar en el salón—. Era Donatella.

Grace pudo leer la pregunta en los ojos de Cooper.

—Mi secretaria —aclaró.

Él asintió. Le gustaba más como vestía Grace en el rancho, con pantalones vaqueros y camisas de cuadros y la melena al viento. El traje que llevaba era demasiado formal, un poco triste, a su modo de ver. Ella no era en absoluto así.

—¿Te viene bien esta tarde a las siete? —Era consciente de que no debía dejar a Cooper pensar en la respuesta. Le necesitaba esa noche con urgencia. Ese pensamiento se coló en su mente de forma imprevista e hizo que sus mejillas se sonrojasen. Carraspeó antes de seguir hablando—. Te enviaré un mensaje con la dirección del restaurante. Mientras tanto, disfruta de la gran ciudad, vaquero.

Cooper iba a protestar, pero sus palabras llegaron tarde. Grace ya se había ido.

—¿Qué es eso tan importante?

Donatella la esperaba en su despacho. Cuando Grace entró, le entregó un sobre.

—Creo que esperabas esto desde hacía días.

Su secretaria estaba en lo cierto, así que cogió el sobre y lo rasgó por la

solapa. Sacó el documento que había en su interior, lo desdobló y leyó su contenido.

—Desde luego, hay que tener amigos en todas partes.

—¿A qué te refieres con eso?

—Es una carta del banco. ¿Recuerdas a Corey Spencer? —Al ver que su secretaria asentía, Grace decidió continuar—. Trabaja en uno de los bancos más importantes de la ciudad. Me debía un favor y he recurrido a él. Necesitaba saber a cuánto asciende la deuda del B.C.

—Ese hombre bebe los vientos por ti. Deberías salir con él.

—¿Con Corey? —Donatella asintió—. Está prometido.

—Creí que no eras celosa.

Despegó los ojos de la carta para mirar con cierta sorpresa a su secretaria.

Donatella sonrió a la vez que fingía leer una de las páginas de la agenda. Decidió que era mejor cambiar de tema.

—Algo me dice que esa cifra tiene más ceros de lo que tú suponías en un principio.

—¿Qué te hace pensar eso?

—Deberías mirarte en un espejo.

Grace ignoró el comentario de Donatella. Se sentó y releyó la carta. No eran buenas noticias. La cifra era astronómica. Cooper no podría soportar demasiado tiempo esa deuda. Pensó en su padre, en todo por lo que había luchado. El B.C. había sido su vida y, ahora, si ella no jugaba bien sus cartas, el rancho pasaría a manos del banco.

—Hazme un favor.

—Tú dirás.

—Necesito información sobre Donald Tucker. —Grace garabateó algo en un papel—. Esta es su dirección.

—Bien, eso está hecho.

—Una cosa más. —Donatella, que ya salía por la puerta, se volvió—. Investiga todo lo referente al *fracking* que se está llevando a cabo en esa zona.

—Parece importante.

—Créeme, lo es.

—Bien. Me pongo a ello.

—Donatella...

—¿Sí?

—Haz lo que debas hacer para conseguir toda la información que te he pedido.

Su secretaria asintió con énfasis.

—Ya veo que lo quieres para ayer.

—Me conoces bien.

Cuando Donatella desapareció Grace descolgó el teléfono que estaba sobre su mesa. Si algo había aprendido a lo largo de la vida era que la información era poder. No iba a dejar ningún cabo suelto.

Cooper, después de una ducha reparadora, se paseó por el apartamento. Pasados veinte minutos llegó a una conclusión: Grace pasaba muy poco tiempo allí. El mobiliario era más bien austero. No cabía duda de que le gustaba el orden. En la habitación no había prendas tiradas por el suelo, y nada estaba fuera de lugar, la estancia estaba impoluta. Las colchas no tenían volantes ni había cortinas femeninas cubriendo las ventanas. Todo era sencillo. Se preguntó si siempre había sido así.

En el armario su ropa estaba perfectamente colgada, no había demasiada variedad de color, los trajes serios y aburridos ganaban por goleada. Solo una estantería escapaba a esa norma; en ella se encontraba pulcramente doblado un vestuario menos intenso que debía ser la ropa informal que usaba fuera del trabajo. Le gustó ese pequeño espacio, sin duda era el que más representaba a Grace. Abrió el primer cajón de la cómoda. No deseaba ser entrometido, pero debía reconocer que sentía curiosidad. Grace parecía una mujer muy diferente en el rancho.

La lencería le pilló desprevenido. Cogió unas braguitas de encaje negro y las puso a la altura de sus ojos. Eran sexys, demasiado para un hombre que seguía excitado, a ese paso se veía de nuevo en la ducha. Las dejó caer y cerró el cajón. La cómoda, aparte de su ropa interior, no guardaba más secretos. Se reprochó a sí mismo estar haciendo algo así. Estaba invadiendo la privacidad de Grace. Iba a cerrar el último cajón cuando algo le llamó poderosamente la atención, era una foto. Se prometió que solo echaría un vistazo y la guardaría inmediatamente. En la imagen aparecía Leonardo con una enorme sonrisa en los labios, Grace en el centro, con el ceño fruncido, gesto que hizo sonreír a Cooper, y a la izquierda él, con los brazos en jarra y cara de pocos amigos. Recordó ese día, Grace se marchaba a la universidad, la foto la había sacado Jake y era el vivo reflejo de lo que los tres protagonistas sentían.

Después de aquello nada fue igual, absolutamente nada. Volvió a dejar la

foto tal y como la había encontrado y cerró el cajón. Iría a esa estúpida cena y luego regresaría al rancho... con Grace.

Sacó el móvil de uno de sus bolsillos delanteros y buscó el número de Jake; necesitaba buenas noticias, bien lo sabía Dios.

CAPÍTULO 29

—Ha llamado Cooper.

Ringo dejó de cepillar al caballo para prestar toda su atención a Jake.

—Como suponíamos, Grace se niega a volver al rancho.

El domador de caballos movió la cabeza de un lado al otro.

—Esa muchacha es tan terca como su padre —comentó volviendo a su tarea. Jake no pudo estar más de acuerdo.

—La cuestión es saber quién ganará esta batalla —dijo Jake con aire ausente.

—Cooper. —Como si se tratase de un acuerdo tácito, ambos hombres pronunciaron el nombre del dueño del rancho al mismo tiempo. Los dos se echaron a reír.

Jake observó como Ringo cepillaba al caballo, era casi hipnótico. Ese hombre sabía lo que hacía. Después de poner las cartas sobre la mesa respecto a Amber, le gustaba la tregua que disfrutaban.

—Respecto a Amber...

—Creí que había quedado claro la última vez que hablamos.

—Vamos, Ringo —se lamentó Jake—, lo que hice fue aceptar todas tus puyas, no tuve opción de replicar.

—Y por tu bien, espero que no hayas olvidado ninguna de mis advertencias —recalcó el domador en un tono serio que no dejaba espacio a las dudas.

Jake miró en dirección a la puerta, el día estaba nublado y seguramente no verían el sol a causa de las nubes. Esa noche, como todas las anteriores, había dormido junto a Amber, y cada día estaba más convencido de su decisión.

—Voy a pedirle que se case conmigo.

Ringo dejó de cepillar a *Viento del Norte* y toda su atención recayó en Jake. El resto de los caballos, como si sintieran la tensión en el establo, relincharon.

—¿Estás seguro de eso, muchacho?

Jake no sabía muy bien cómo tomarse la pregunta.

—Te digo que le voy a pedir que pase el resto de su vida conmigo, no que me la voy a llevar al Polo Norte.

Ringo se quedó callado el tiempo suficiente para que Jake pensara que podía convertirse en estatua.

—¿No vas a decir nada al respecto?

Ringo pareció salir de su estupor y preguntó con un ligero tono de reproche:

—¿Por qué me lo dices a mí primero?

Jake no se lo podía creer.

—Se supone que es así como deben ser las cosas, ¿no?

Ringo entrecerró los ojos y lo observó detenidamente.

Jake reprimió un improperio.

—Te recuerdo que te metiste en la cama con ella, lo cual sigues haciendo, y en ninguna de esas ocasiones me has pedido permiso.

El capataz del B.C. intentó canalizar todas las sensaciones que recorrían su cuerpo: rabia, inquietud, irritación e incomprensión. Ringo podía ser como un dolor de muelas si se lo proponía. En lugar de responder a la puya, se limitó a esparcir con la suela de la bota un montón de paja.

—No te lo tomes como algo personal, muchacho. —Ringo sonrió—. Me gustaría que pudieses verte la cara ahora mismo. Tengo la impresión de que te vas a ahogar si te tragas todas esas palabras malsonantes que tienes en la punta de la lengua. —En esta ocasión, Ringo reprimió un suspiro—. Me alegra, y mucho, que seas tú quien la lleve al altar.

Jake lo miró como si estuviera echando fuego por la boca.

—¿Hablas en serio?

—Completamente. —Comenzó a cepillar de nuevo al caballo—. Dime, ¿qué clase de padre sería si estuviera encantado de que llevaras a mi hija a tu cama? Por el amor de Dios, Jake. Es mi pequeña.

Jake no sabía si reír o llorar.

—Creo que lo mejor será que me vaya...

Ringo le observó alejarse taciturno, como si intentara asimilar lo que había ocurrido allí. Sonrió para sus adentros. Jake era un tipo increíble y saltaba a la vista que Amber estaba enamorada. La conversación entre padre e hija no había sido fácil. Ella defendió a capa y espada a Jake, y eso solo podía significar una cosa: lo amaba.

Sus ojos se desviaron hacia el techo y susurró:

—Espero vivir cien años, Señor, pero si tu voluntad es llamarme a tu lado ahora, acataré la decisión sin rechistar. Mi niña no se quedará sola, ya tiene un compañero en la vida.

Por supuesto, no se escuchó nada fuera de lo habitual, solo los cascos de los caballos pisoteando el suelo y el relincho de algunos de ellos. Dejó que su cabeza reposara en el lomo de *Viento del Norte*. Estaba cansado, pero al mismo

tiempo era inmensamente feliz.

—Gracias —fue lo único que pudo decir.

Aquella sencilla palabra brotó de sus labios como una plegaria.

Claire estaba a punto de cerrar la tienda. Colgó su último diseño en una de las perchas con cierto orgullo. No se le daba mal crear, aunque debía reconocer que estaba agotada, le dolían horrores el cuello y la espalda. Coser tantas horas tenía sus pros y sus contras. Escuchó como la puerta se abría. Su sonrisa de buena anfitriona se esfumó de inmediato al ver la figura del *sheriff*. Advertía, por experiencias anteriores, cuando un hombre no venía en son de paz. Ignoró el escalofrío que le recorrió la espalda y que, por desgracia, tan bien conocía.

—Buenas tardes, ¿puedo ayudarle en algo? —preguntó, intentando que su tono de voz no fuese un reflejo de su nerviosismo.

Justin Roth se tomó su tiempo antes de responder a la pregunta. Recorrió con la mirada las estanterías. Parecía no tener ninguna prisa y eso desconcertó y puso más nerviosa a Claire.

—Verá, señorita Forcher, mi visita tiene un carácter... —Se quitó el sombrero y con un gesto calmado lo palmeó contra el muslo—. La verdad, no sabría cómo definir mi visita.

Claire intentó que el nudo que se le había formado en la garganta no le impidiese hablar, hizo un esfuerzo por tragar saliva antes de articular palabra.

—Usted dirá.

—Verá..., he estado echando un vistazo a su licencia de apertura y hay algo que me desconcierta.

A Claire le comenzaron a temblar las manos, así que entrelazó los dedos con la única intención de que su interlocutor no se percatara de ello.

—¿Cuál es el problema?

—Yo hablaría más bien en plural; problemas.

Claire respiró hondo.

—Es curioso. —El *sheriff* enfatizó su tono—. Usted es la única pieza que Cooper ha dejado desprotegida y eso es algo impropio de él, casi puedo decir que me ha desilusionado con su actitud.

Claire no tenía ni idea de qué iba aquello, pero si algo sabía era que debía andarse con pies de plomo.

—Disculpe, pero no le entiendo.

Justin Roth, ante la inocente respuesta de Claire, rio entre dientes.

—Yo creo que sí. Usted es una mujer inteligente. Viene de un mundo diferente al nuestro, glamuroso, ¿verdad, Claire?

Ella dio un respingo. Había dejado muchos amigos atrás, gente que la quería, y a ninguno de ellos les había comentado cuál era su nueva dirección. Se había asegurado de ocultarlo, quizá porque su vida, cada vez que *él* la encontraba, corría peligro.

—¿Ve cómo es una mujer inteligente?

—¿Qué quiere? —preguntó casi en un susurro.

Roth dio un paso hacia adelante lo que hizo que Claire diese uno hacia atrás.

—Creo que usted y yo nos vamos a entender. Puedo oler el miedo, Claire, y me doy cuenta de que usted lo rezuma por cada poro de su piel.

Roth dio otro paso. Sin embargo, Claire se ordenó a sí misma no moverse del lugar donde se encontraba. Miró en dirección a la puerta y la distancia le pareció más grande que nunca.

—Yo que usted, no lo haría —dijo el *sheriff* como si le hubiera leído el pensamiento.

Ella volvió a tragar saliva con dificultad, se rodeó con los brazos la cintura, como solía hacer cuando alguien la amenazaba.

—Verá, Claire, hay mucho en juego. Mucho dinero, y Cooper ha tenido la nefasta idea de entrometerse en mis asuntos. Él ahora está en Nueva York protegiendo a Grace. Ese paso no me pilló desprevenido, es más, moví las piezas necesarias para que él corriese al lado de la hija de su malogrado capataz. —El *sheriff* dio varios pasos más, hasta que las puntas de sus botas rozaron los zapatos de Claire—. Amber tiene su propio guardián, como es de suponer, no es otro que Jake. Eso entraba dentro de mis planes. Becca nunca está sola; otra pieza que encaja a la perfección en este juego. Todos los movimientos estaban estudiados, todos menos tú. Alguien que aparece de la nada. —Le agarró con los dedos el mentón y la obligó a mirarle. Claire intentó deshacerse de la presa, pero no lo consiguió. Se limitó a apretar los dientes con toda su fuerza—. Quiero que colabore conmigo. —Ella intentó apartarse de nuevo, pero Roth no se lo permitió—. A partir de ahora le exijo que me tenga al corriente de todos los movimientos del rancho B.C. ¿De acuerdo?

—¿Y si no?

A Claire le temblaba todo el cuerpo.

—¿En serio me está haciendo esa pregunta? —El *sheriff* chasqueó la lengua—. Veo que espera una respuesta, después de todo, es una ingenua. Si no

obedece, le cerraré la tienda y haré correr la voz de su nueva dirección, tengo entendido que hay alguien que está deseando saber de usted. Le daré todos los detalles de su día a día hasta hacer que su vida vuelva a ser el infierno que era antes. Le encantará saber que tiene nuevos amigos.

El miedo atenazó cada músculo de Claire. De haber podido gritar, lo habría hecho, sin embargo, estaba paralizada.

—¿Ha comprendido?

Ella no sabía qué responder a aquella estúpida pregunta. Por nada del mundo traicionaría a Cooper ni a los suyos.

—Esto es todo por el *fracking*, ¿verdad?

Roth la miró sorprendido y luego, sin más, sonrió. Claire sintió arcadas al notar su aliento en la cara.

—Ya sabía yo que eras una chica lista, no me has defraudado. —Se acercó y le acarició la mejilla con la lengua de una forma totalmente lasciva—. Bella e inteligente, una mezcla sugerente.

Claire sintió repulsión y ganas de vomitar. Intentó huir, sin embargo, Roth la agarraba con fuerza y todos sus intentos fueron inútiles.

—Por fa... favor... —titubeó—. Váyase, se lo ruego.

Roth se apartó despacio, metió la lengua en la boca y luego esbozó una gélida sonrisa.

—Quizá si me dices un beso...

Claire creía que iba a desmayarse de un momento a otro, pero algo hizo que el *sheriff* se apartase de inmediato de su lado. A Claire le costó una eternidad comprobar que la puerta se había abierto de nuevo y que Wolf estaba en el interior de la tienda. Pensó que era una visión, que no era real, hasta que le escuchó hablar.

—¿Algún problema, Claire? —La pregunta iba dirigida a ella, pero Wolf no la miraba, toda su atención estaba puesta en el *sheriff*. En su tono de voz no había vacilación, su postura erguida y tensa indicaba que estaba dispuesto a tomar medidas si la situación lo requería.

Aquello le dio la seguridad que necesitaba. Se soltó como pudo del agarre del *sheriff* para correr hasta Wolf. Él la recibió con los brazos abiertos y, como si supiese lo que necesitaba, la apretó contra su pecho.

—Es hora de cerrar, *sheriff*. Creo que debería irse si no va a comprar nada.

Justin Roth soltó un improperio en voz baja y, con desgana, se colocó el sombrero en la cabeza.

—Si me disculpan, se me ha hecho tarde. Volveré en otra ocasión, Claire, y

terminaremos nuestra conversación.

Claire se apretó más contra el cuerpo de Wolf cuando Roth pasó por su lado. Al escuchar la puerta cerrarse, creyó desfallecer y habría caído al suelo si Wolf no la hubiera estado sosteniendo. Sintió los labios de él sobre su pelo y luego le escuchó decir:

—Siento haber tardado tanto.

Fue entonces cuando ella, sin poder contenerse, rompió a llorar.

CAPÍTULO 30

Cooper llegó a la conclusión de que el restaurante no le gustaba en absoluto, y no era por el menú. La decoración le parecía del todo artificial, incluso los comensales que ocupaban las mesas y los camareros que las servían tenían un aspecto demasiado estirado y elitista, a su modo de ver. El ambiente era tenso en general, y más aún la conversación entre el tal Gary Dexter, Grace y él.

Aquel tipo con corbata de seda y traje de firma se comía a Grace con los ojos. Lo peor de todo era que podía ser su padre. Rezumaba soberbia por cada poro de su piel. Hombres como él se creían importantes para el país, indispensables por el simple hecho de contar con una fortuna que tenía más valor que ellos mismos en las altas esferas. Nada más lejos de la realidad; si algo había aprendido Cooper a lo largo de su vida era que nadie era imprescindible. En ese preciso momento, Grace rio ante un comentario de Dexter, y toda la atención de Cooper se desvió a ella. Brillaba con luz propia, tenía que reconocer que estaba preciosa con aquel vestido negro de cóctel sin mangas que se adaptaba perfectamente a su estilo y figura. Dexter no sonrió ante la respuesta de ella, se limitó a enseñar los dientes.

Durante la cena había intentado mantenerse al margen de la conversación. Es más, hubo momentos en los que desconectó, pero varias miradas acusadoras de Grace le hicieron volver a la realidad. Lo único bueno e interesante de la noche era lo que el camarero se disponía a servirle, el postre: *brownie* de chocolate.

—Señor Cooper, volviendo a la conversación sobre su rancho, me ha comentado Grace que es uno de los más extensos de Aspen.

Estaba a punto de llevarse el primer bocado de bizcocho de chocolate a la boca y tuvo que detenerse.

—Así es.

A Dexter pareció no importarle la escueta respuesta de su interlocutor y decidió continuar.

—Bien. Me parece de lo más interesante. Grace y yo hemos estado hablando de números y...

—¿Números? —le interrumpió Cooper. Dejó que la cuchara golpearase el plato. De pronto el postre perdió toda su atención—. No le entiendo.

Grace carraspeó.

—Verás, Cooper, no te he comentado nada hasta ahora porque no sabía muy bien cuál podría ser tu reacción. —Ella abrió mucho los ojos, como si deseara que él le prestase atención—. El señor Dexter está interesado en invertir en el rancho.

Grace siguió hablando sin dar tregua, pero Cooper no escuchó ni una sola palabra más. De repente aquella situación le parecía un sinsentido, una encerrona en toda regla. Los engranajes de su cerebro iban a mil por hora mientras la voz melodiosa de Grace seguía en segundo plano sin ningún tipo de altibajo.

—¿Esa es la razón de que esté aquí, cenando con vosotros? —la interrumpió.

Grace calló ipso facto. Intentó doblar la servilleta que tenía sobre el regazo, pero estaba demasiado nerviosa, así que optó por hacerla un gurrño y dejarla sobre la mesa.

—Sí. Eso es. A mí me pareció una maravillosa idea.

—¿Te pareció una maravillosa idea? —La pregunta no podía ser más retórica.

Grace de haber podido se habría escondido bajo la mesa. La expresión de Cooper era de todo menos amigable.

—Sí, me lo pareció —se atrevió a decir—. Es más, creo que ambos podríais salir ganando. El señor Dexter quiere invertir en *angus*, una raza bovina archiconocida por su excelente carne.

—No necesito que me des clases sobre las razas de ganado. Vivo en un rancho, ¿recuerdas?

Grace tomó un sorbo de vino. Cooper, a su pesar, estaba dándole la respuesta que ella esperaba. Dejó la copa y tomó aire. Necesitaba aclarar esa situación de una vez por todas. Iba a hablar cuando el móvil de Cooper sonó.

—Si me disculpáis debo atender esta llamada. —Cooper se levantó a una velocidad de vértigo, tanto que la silla se tambaleó sobre las patas traseras y estuvo a punto de caer al suelo. Abandonó la mesa con paso decidido y sin mirar atrás.

—Un hombre duro.

En aquel momento, lo que más deseaba Grace en el mundo era chasquear los dedos y desaparecer como por arte de magia. Cooper había sido maleducado, grosero y todos los adjetivos descalificativos que se le pasaban por la mente.

—Espero que sepa disculpar esta situación, señor Dexter.

El hombre de negocios alargó el brazo y golpeó cariñosamente con los dedos la mano de Grace, que en ese momento se encontraba sobre la mesa.

—Querida, yo te perdono todo. Por mí no debes preocuparte, lo deberías hacer por él. —Le volvió a dar otra palmadita en la mano—. Salta a la vista que es un hombre enamorado, que protege con tesón aquello que le pertenece.

La expresión incrédula de Grace hizo reír a Dexter.

—Ya veo que no te has percatado. Al parecer has estado demasiado ocupada pensando en cómo salvar el rancho, pero, por favor, permíteme darte un consejo: si le quieres, no le dejes escapar. Me da la impresión de que hay pocos hombres como ese *cowboy*.

Grace retiró su silla hacia atrás y se levantó despacio.

—Necesito ir al... —titubeó durante un par de segundos, pero al final terminó la frase— al tocador.

Dexter asintió con una educada sonrisa en los labios y un brillo pícaro en los ojos.

—Por supuesto.

Grace esquivó varias mesas mientras se preguntaba por qué razón no podía enamorarse de un hombre como Gary Dexter.

Cooper guardó el teléfono en uno de sus bolsillos. Aquello era demasiado. La llamada de Wolf le había dejado frío y desconcertado. Nunca imaginó que el *sheriff* Roth anduviese detrás de todo aquel embrollo. Ahora era cuando las piezas comenzaban a encajar. Tucker era demasiado obtuso para elaborar un plan como aquel. Se pasó la mano por el pelo con la única intención de poner en orden sus ideas. Ahora lo tenía más claro que nunca: Grace debía regresar al rancho con él. Por nada del mundo la dejaría sola. La cuestión era cómo enfocar el asunto.

Camino a la mesa pensó en varias opciones. Ninguna le parecía consistente, pero la situación empeoraba por momentos. Ver la silla vacía de Grace hizo que su corazón latiese más deprisa. Casi sin percatarse, aceleró el paso.

—¿Dónde está Grace?

Dexter, que en ese momento estaba escribiendo algo en su móvil, levantó la cabeza y observó con interés a Cooper. Aquel hombre parecía estar a punto de entrar en una batalla y proclamarse, sin demasiado esfuerzo, vencedor. Llevaba demasiados años en el mundo de los negocios para ver cuando tenía ante sí a un digno rival. Su ceño fruncido, su gesto adusto, casi salvaje se atrevería a decir, eran de lo más intimidatorio.

—Ha ido a retocarse el maquillaje; cosas de mujeres, ya sabes.

Dexter no tuvo tiempo de añadir nada más porque Cooper ya había

abandonado la mesa. Sus largos y beligerantes pasos llamaron la atención de otros comensales que lo miraban con atención, con una mezcla de curiosidad y precaución.

Cooper se dijo a sí mismo que debería esperar fuera, pero la paciencia no era una de sus virtudes. Contó hasta diez mentalmente ante la puerta del tocador de mujeres y, sin poder evitarlo, cerró los ojos. ¿Cómo convencer a Grace? Esa pregunta le martilleaba en la cabeza y no le dejaba pensar con claridad. Las respuestas se iban como venían, demasiado deprisa.

Grace tardaba demasiado. De pronto se abrió la puerta, Cooper se preparó para el encuentro, pero su desilusión fue mayúscula cuando comprobó que no era ella. La mujer que salía en ese mismo instante le miró con cierto interés, pero al ver que el hombre le daba la espalda casi de inmediato, siguió su camino. Irremediablemente, tras unos pasos, echó un último vistazo por encima del hombro, su mirada parecía gritar: «lástima».

«A la mierda con la espera», pensó Cooper.

Entró decidido y encontró a Grace, que en ese momento sostenía entre los dedos una barra de labios. Pudo ver la sorpresa reflejada en su rostro.

—¿Se puede saber qué haces aquí? —preguntó ella sin poder creerse que estuviera en el lavabo de señoras. Miró con cierta inquietud en todas direcciones y rogó porque ninguna mujer saliese en aquel momento de los sanitarios—. ¿Te has vuelto loco? Es un restaurante de lujo, pueden...

No terminó la frase porque Cooper tiró con suavidad de su brazo y la arrastró con él. Tanto la barra de labios como el pequeño bolso se estrellaron contra el suelo.

—¿Se puede saber qué haces? —inquirió ella mientras intentaba zafarse. Estaba enfadada, su tono de voz no daba lugar a dudas.

Cooper se comportaba como un gorila en celo y eso la asustaba. Empujó una de las puertas entreabiertas y entró con ella. El retrete era el único testigo de aquella acción, ambos ignoraron ese detalle. Pegó la espalda de Grace a la pared y se colocó frente a ella. El mensaje estaba claro: «Necesito hablar contigo, ahora».

Grace tuvo que hacer un esfuerzo titánico para respirar. Colocó las palmas de las manos sobre el pecho de Cooper para que no la aplastase. La sensación al tenerlo tan cerca era contradictoria; lo deseaba y, al mismo tiempo, lo quería lejos.

—¿Se puede saber qué pasa? —preguntó ella intentando no perder la poca paciencia que le quedaba.

—Tú, eso es lo que me pasa. —Grace lo miró largamente, como si intentara procesar sus palabras—. Te necesito aquí, ahora, y siempre.

Ella abrió la boca y un segundo después, sin saber qué decir, la cerró de golpe.

—He sido un estúpido todos estos años, y mucho más las últimas semanas. Pensé que, si te mantenía a una distancia prudente, podría evitar sentir algo por ti. —Cooper colocó las manos a ambos lados de la cabeza de Grace. Le habría encantado derribar las paredes de un solo puñetazo y encontrar más espacio a su paso. Aquel habitáculo parecía cernirse sobre él y esa sensación le ahogaba.

Grace tenía la impresión de que era un lobo enjaulado a punto de aullar.

De pronto, él calló, deseando que hablara. Cuando se dio cuenta de que ella no iba a decir nada, decidió continuar.

—Te mantuve alejada de mí por una promesa.

Ella se limitó a mirarlo sin comprender lo que intentaba decirle.

Cooper se rindió. Había llegado la hora de la verdad.

—Cuando Faith murió el suelo se abrió bajo mis pies —comenzó a decir—, mi mundo desapareció como por arte de magia. De pronto me encontré solo, con demasiado trabajo, muchas deudas a causa del seguro médico y una niña muy pequeña, casi un bebé, que dependía absolutamente de mí. Tu padre estaba ahí, siempre lo estuvo, me ayudó en todos los sentidos y por ello le estaré eternamente agradecido. Para él tampoco había sido fácil, tu madre os había abandonado hacía unos años; sé por experiencia que ese vacío no se llena con facilidad. —Observó como Grace lo miraba expectante, como si estuviese procesando cada una de sus palabras. Al fin y al cabo, sus recuerdos también eran los de ella—. Pasó el tiempo y no sé cómo tuve el valor de sentir algo por ti. Al principio lo desestimé y me llamé a mí mismo loco, pero ese sentimiento se hizo más fuerte, más poderoso y, desde ese instante, no pude controlarlo.

—La promesa de la que hablas se la hiciste a mi padre, ¿no es cierto?

Cooper apretó con fuerza los labios.

—Tu padre se percató de lo que sucedía y no me juzgó, algo por lo que le he estado agradecido todos estos años. Pero me expuso la situación, comprendí en ese mismo instante que tenía razón, y actué en consecuencia.

—Cooper... —pronunció su nombre con suavidad, sin dejar de mirarle a los ojos.

Él suspiró hondo, como si le faltase aire en los pulmones.

—Te esperaba una gran vida y yo no era nadie para romper tus sueños en mil pedazos.

—Podías haber luchado por ese sentimiento —le recriminó ella.

Cooper se pasó la mano por la mandíbula con cierta fuerza y se alejó unos pasos, lo justo para tocar la pared opuesta.

—¿Crees que no lo hice?

—No lo sé, Cooper. —Grace observó como una profunda arruga asomaba entre los tristes ojos de él.

—No deseo hablar más de este tema, siempre termino en el mismo punto, en la casilla de salida. —Su tono de voz sonó con aplomo y no daba lugar a réplica —. La persona que me ha llamado por teléfono era Wolf.

El cambio de tema la desconcertó, pero no dijo nada al respecto.

—Roth ha amenazado a Claire.

Los ojos de Grace se abrieron por la sorpresa.

—¿El *sheriff*?

Cooper asintió.

—Pero, ¿por qué?

—Al parecer es un aliado de Tucker, al menos esa es la conclusión que hemos sacado.

Grace se ordenó a sí misma respirar. Aquello parecía una pesadilla sin fin.

—Necesito que vuelvas conmigo al rancho.

Aquellas palabras le sonaron más como una orden que como una sugerencia. Tragó el nudo que tenía en la garganta. Debía analizar la situación, controlar algunos aspectos de su vida, no dejarse llevar por la necesidad de un sueño que parecía del todo imposible. Él había hablado de una promesa, y le conocía muy bien, demasiado. Cooper jamás faltaría a su palabra. Volver al rancho significaba renovar sus esperanzas, imaginarse una vida que nunca sería suya y que tarde o temprano la destruiría.

—No sé si...

Grace no terminó la frase. Cooper acortó la distancia y la sujetó por la cintura.

—Necesito saber que estarás bien, que estarás a salvo, y la única manera es tenerte a mi lado.

—Tengo un trabajo, una vida aquí —dijo ella procurando no sonar demasiado desesperada. Intentando al mismo tiempo convencerse de que lo mejor era quedarse en Nueva York, lejos de él.

Cooper se acercó más. A ella se le congeló la respiración. La necesidad de huir se debió hacer patente en su rostro, porque él aprovechó el momento para rozar su boca con los labios. Al principio fue un beso casto, pero luego la apretó

contra la pared mientras buscaba con desesperación que ella abriera los labios. La necesidad que él anhelaba, ella podía sentirla en cada rincón de su cuerpo. La besó despacio, pero el beso fue haciéndose más apremiante.

Grace abrió los ojos cuando él se detuvo repentinamente.

—Te necesito, Grace. No tengo ni idea de cómo he llegado a este punto, pero es preciso que lo sepas. —Acercó de nuevo su boca a la de ella y la volvió a besar con esa misma necesidad desesperada.

En esta ocasión a Grace no la pilló desprevenida y aumentó la intensidad del beso. Cooper no se amilanó; sus labios se volvieron más exigentes.

Unas voces femeninas interrumpieron el encuentro.

Cooper maldijo en voz baja.

—Terminaremos esto en tu apartamento.

Grace no tuvo oportunidad de reaccionar. Cooper entrelazó los dedos con los de ella y la arrastró hacia el exterior. Las dos mujeres que acababan de entrar los miraron de hito en hito, sin llegar a creerse la escena.

—Señoras —se despidió Cooper al abrir la puerta.

Grace intentó formular una disculpa, pero su mente estaba embotada, aún en los besos de Cooper. Desanduvo sus pasos y recogió sus pertenencias del suelo como pudo. Él volvió y tiró de su mano. No pudo más que dejarse llevar.

Había amanecido, o eso intuía Grace. Se giró en la cama y tropezó con una mole de carne y hueso. Por un momento creyó estar soñando, pero su cuerpo dolorido y saciado le advertía de que no era así. Entreabrió los ojos, estiró los brazos y las piernas, y en ese preciso instante se sintió plena, se podría decir incluso que inmensamente feliz. Ella y Cooper habían llegado al apartamento casi a medianoche, no tuvo tiempo tan siquiera de entablar conversación porque él no se lo pensó dos veces, se limitó a cogerla entre sus brazos y llevarla directamente al dormitorio. Resultó ser un amante hábil que con cada uno de sus besos, caricias y roces la había llevado al éxtasis más absoluto.

Estaba completamente segura, había sido el mejor sexo de su vida. La sola idea de que él no volviera a estar en su cama hizo que tuviera que aspirar con más fuerza para eliminar la presión que se había apoderado de su pecho.

—Dormir es necesario, Grace.

Ella sonrió ante el comentario, solo Cooper podía decir algo así después de una noche envuelta en la lujuria y la pasión.

—Dormir está sobrevalorado.

Él seguía con los ojos cerrados, las comisuras de los labios se curvaron hacia arriba. Grace no pudo evitar estudiar el rostro masculino. La incipiente barba le daba un aspecto más tosco, más varonil, y eso la hizo desearlo aún más. Ansió besar su mandíbula y luego sucumbir a la calidez de sus labios, pero algo la frenaba; esa sensación de incertidumbre que la invadía en todo momento. La inquietaba, y mucho. Se incorporó lo suficiente para apoyar el codo en el colchón y la cabeza en la palma de la mano. Su mirada se posó en su cuello, en el pequeño salto de la nuez de Adán cada vez que él tragaba saliva; era un movimiento de lo más hipnotizador.

—Espero que estés disfrutando de las vistas.

Ella esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Cooper seguía con los ojos cerrados, pero no se le escapaba ningún detalle.

—Debo reconocer que son de lo más interesantes. —Le rozó el hombro con la yema de los dedos mientras perdía la mirada en la fina línea de vello que recorría su abdomen. La sábana ocultaba el resto, pero ella era muy consciente de lo que se escondía debajo de la tela.

—¿Has pensado en mi proposición?

—¿La de regresar al rancho contigo?

—Creo que aún no te he hecho ninguna más.

Grace se sintió ridícula y se preguntó qué pasaría si escondía la cabeza debajo de la sábana. La idea le pareció pueril, así que mantuvo la compostura. Tamborileó con los dedos sobre el colchón mientras meditaba su respuesta. Los pros y los contras iban a la par. De pronto se le ocurrió algo.

—Iré siempre y cuando tú pienses seriamente en la propuesta de Dexter.

En ese instante él abrió los ojos. Ella dejó de sonreír y de acariciarle el hombro. La mirada de Cooper era felina, estaba cargada de deseo. Se incorporó tan rápido que soltó un grito de sorpresa cuando se vio rodeada por esos musculosos brazos. La acercó a su cuerpo y dejó que la espalda de ella tocara el colchón. Sus cuerpos se alinearon y sus miradas se enlazaron. Grace observó su propio reflejo en la pupila de él; le gustó esa imagen, su pelo era una maraña sobre la almohada y sus ojos estaban aletargados por el deseo incipiente.

—Eso suena a chantaje. —Grace lo miró con una mezcla de sorpresa y enfado—. Me encanta cuando arrugas la nariz.

Iba a protestar, pero Cooper alargó las manos y la cogió por las muñecas, después la besó.

—Ni en sueños pensé que esto sería tan bueno. —Cooper acarició con la

punta de su nariz la de ella, acto seguido la comió con los ojos y descubrió que le gustaba lo que veía. Grace era maravillosa en cuerpo y alma. Sintió como sus testículos se tensaban y su miembro se endurecía—. Creo que me podría acostumbrar a esto.

Grace le pasó la mano por el pelo.

—Cooper...

—Lo pensaré, ¿de acuerdo?

Eso era mucho más de lo que ella pensaba conseguir a corto plazo.

Él selló el mohín de impaciencia en los labios de ella con un beso. El silencio se apoderó de la habitación. Grace cerró los ojos y le respondió con una necesidad desconocida hasta ahora por ella. Mientras la besaba, él amasaba sus pechos con suavidad hasta que los pezones se endurecieron entre sus dedos. Sintió una dolorosa punzada en la entrepierna; la deseaba más que la noche anterior y eso le asustó. Percibió como Grace se movía de forma voluptuosa debajo de él, sus piernas le rodearon las caderas y fue entonces cuando supo que estaba perdido: lo estaba ahora y lo estaría siempre.

—Quiero más, Grace— dijo casi en un susurro, con voz ronca.

La mente de Grace parecía estar flotando, intentó analizar las palabras de Cooper, pero se perdieron en algún rincón de su cerebro cuando él apretó los labios contra su cuello. Se movió y le dio más accesibilidad, él lo lamió y lo mordisqueó suavemente hasta llegar a la clavícula. Fue entonces cuando encajó su miembro contra la caliente y húmeda abertura.

La escuchó jadear, como si implorase más. La tensión testicular aumentó. Cooper se perdió en su propia necesidad, empujó y deslizó el pene hasta el fondo, en una sola, rápida y dura embestida. Grace se arqueó para que pudiera llegar más lejos, sucumbió al deseo y tembló entre sus brazos. Entrelazó los dedos con los de ella y aumentó el ritmo. Era eso o morir.

Ella jadeó con fuerza, con una intensidad que provocó que el orgasmo llegara a los pocos segundos en forma de olas de placer. Las contracciones musculares de la zona pélvica se intensificaron. Pareció volar para caer de inmediato en un abismo sin fin. Las fuertes embestidas de Cooper eran lo único que la mantenían ligada a la realidad.

Él eyaculó tras una última e interminable arremetida, después se dejó caer con cuidado sobre el precioso cuerpo de Grace. El corazón de ella latía con fuerza.

Rogó que latiese por él.

CAPÍTULO 31

—Papá, ¿te vas a casar con Grace?

Cooper dejó la taza de café sobre la encimera y respiró hondo intentando ganar tiempo. La respuesta era complicada, incluso para él. Tocar ese tema con Becca era como andar sobre arenas movedizas. No deseaba que se hiciera ilusiones respecto a ellos dos. Si algo tenía claro era que quería a Grace en su vida, pero todavía no habían hablado de futuro. El presente en sí ya era peliagudo. Miró a su hija, sentada en una de las sillas de la mesa de la cocina, había terminado de desayunar y, al ser domingo, no tenía que ir al instituto, quizá por esa razón parecía más relajada. Moka, a su lado, comía de su cuenco ajena a los dos humanos que la acompañaban.

—¿Tú quieres que lo haga?

Becca arrugó el ceño al tiempo que hacía un mohín con los labios.

—Una pregunta nunca debe responderse con otra pregunta. Me lo repites hasta la saciedad, ¿por qué lo haces tú?

Cooper apoyó la cadera en el borde de la encimera, después cruzó los pies a la altura de los tobillos y puso los brazos en jarras. Dejó caer la cabeza entre los hombros y dijo:

—Tienes razón. Disculpa.

Becca le lanzó una sonrisa que destruyó de inmediato el muro que había levantado hacía escasos minutos; incluso Moka alzó la cabeza y la ladeó, observando con curiosidad al hombre adulto que parecía más pensativo que de costumbre.

—Me encantaría que Grace se quedase con nosotros y los tres pudiéramos formar una familia. Esa es la verdad, pero aún no hemos tenido oportunidad de hablar del tema.

La muchacha no respondió de inmediato, con la yema de los dedos jugó con algunas de las migas dispersas por el mantel.

—¿Te gustaría? —Cooper formuló la pregunta mientras contenía la respiración.

La niña lo miró a los ojos y tardó varios segundos en responder, un tiempo que a él se le hizo eterno.

—Supongo que sí.

—¿Solo lo supones? —inquirió Cooper cruzando los brazos a la altura del pecho y preguntándose qué era lo que realmente preocupaba a su hija.

Becca se recostó en la silla, miró en dirección a Moka; el cachorro había vuelto a su cuenco de comida y parecía ajeno a todo lo que sucedía a su alrededor.

—¿Grace está de acuerdo? —El gesto contrito de su padre no le pasó desapercibido—. Papá, sé que dormís en la misma cama todas las noches.

Cooper tosió para aclararse la garganta y ganar unos minutos. Habían sido muy cuidadosos, o al menos eso creía él, pero al parecer no tanto.

—Si Grace no estuviese enamorada no tendría sexo contigo.

A Cooper estuvo a punto de darle un infarto. Agarró con fuerza la taza por el asa y bebió un buen trago de café. Estaba frío, pero no le importó en absoluto. Mantener esa conversación con su hija estaba siendo más complicado de lo que él pensaba.

—Cielo, las relaciones entre los adultos a veces no son tan sencillas como vosotros, los jóvenes, suponéis.

Becca abrió muchos los ojos ante la explicación.

—Papá, siempre me has dicho que no debería... —carraspeó—. Ya sabes... con un chico si no estoy segura y muy enamorada.

A Cooper se le cayó el alma a los pies. ¿Cómo salir airoso de la situación? La pregunta quedó suspendida en su mente porque no tenía ni idea de cuál era la respuesta más acertada.

En ese instante Jake, con aire distraído, entró en la cocina.

—Buenos días.

Cooper respondió al saludo y pensó que la interrupción de su capataz venía caída del cielo.

—Hay noticias —dijo Jake mientras se servía la segunda taza de café del día.

Cooper se puso tenso. Desde su llegada, de eso hacía tres días, había hecho decenas de llamadas telefónicas. La última había sido al gobernador, y el hecho de que el político, amigo de su padre y antiguo alcalde de Denver, lo escuchase, ya había sido todo un logro.

—¿Qué pasa?

Jake miró en dirección a Becca.

—Mejor fuera —murmuró en voz baja.

Cooper estuvo de acuerdo.

—Becca, Jake y yo tenemos cosas que hacer. Ringo estará fuera, en el

establo, por si necesitas algo.

—¿Dónde está Grace? —preguntó la niña.

Cooper miró a su capataz esperando que él respondiera. Desde que había compartido con Grace algo más que agua y jabón esa mañana bajo el chorro de la ducha, no había vuelto a saber de ella.

—Con Amber, en el primer barracón.

A Cooper la respuesta le sonó de lo más razonable y tranquilizadora. Su hija lo miró con una mezcla de preocupación y tristeza, y eso le dolió. Becca ya no era una niña pequeña y debía andar con pies de plomo para protegerla si algo salía mal.

—Espero que Moka y tú sepáis comportaros —le advirtió Cooper antes de abandonar la cocina.

En el umbral de la puerta, cuando ambos hombres murmuraban inmersos en una seria conversación, Becca llamó a su padre.

Cooper dejó de hablar y puso toda su atención en su hija.

—Recuerda, papá. A las mujeres nos gustan los anillos grandes y con piedras preciosas.

Cooper tomó nota mentalmente. Asintió con una sonrisa, eso sí, de lo más dubitativa, bajo la máxima atención de Jake.

—Lo tendré en cuenta.

—Creo que es un anillo precioso.

Amber levantó el dorso de la mano hasta la altura de sus ojos y observó embelesada el sencillo y precioso anillo de oro blanco con un pequeño brillante engastado.

—Es increíble —dijo Grace a su espalda.

—¿Te gusta?

—Sin duda. —Grace observó el reflejo del brillante a la luz natural—. Te quiere, Amber. Eso es lo que realmente importa.

Amber bajó la mano y se dio la vuelta.

—Sí, yo también lo creo. Me sorprendió, pero lo tuve claro desde el minuto uno. Quiero pasar el resto de mi vida con él. Es extraño, ¿verdad? Jake siempre ha estado ahí y nunca imaginé que él sería el elegido.

—Es algo maravilloso.

—¿Qué quiera pasar el resto de mi vida con él, o el anillo?

Ambas se echaron a reír.

—Mira que eres tonta —comentó Grace en un tono cariñoso—. Supongo que las dos cosas.

—Sí. —Amber volvió a levantar el brazo y observó por enésima vez la alianza. Jake la había sorprendido, pero tenía que reconocer que la imagen de él de rodillas pidiéndole matrimonio había sido adorable.

—¿Cuándo será la boda?

—No hemos fijado una fecha en concreto. Queremos esperar a que las cosas se tranquilicen por aquí, en el rancho —aclaró.

—Es lo lógico. Todos estamos intranquilos, a la expectativa.

—¿Crees que Cooper podrá solucionar lo de esa torre?

Grace se encogió de hombros y luego se sentó en la cama, el colchón cedió bajo su peso.

—Eso espero. El rancho ya tiene sus propios problemas. El *fracking* no va a ayudar en absoluto.

—Ni a él ni a ningún ganadero de la zona.

—Bueno, al parecer a Tucker sí.

—La tienda lleva cerrada tres días, Jake no quiere que esté sola tantas horas. En cierto modo, tiene razón y lo comprendo, pero... —Amber se sentó al lado de su amiga.

—¿Pero...?

Amber echó las manos hacia atrás, apoyándolas en el colchón, y miró hacia el techo. Su preciosa melena morena cayó de sus hombros como una cascada.

—Pero no es justo para nadie.

—Tienes razón. —Grace pensó en su trabajo en Nueva York. Había luchado duro para lograr estar en el puesto que ocupaba ahora. La idea de ser socia se iba diluyendo, muy a su pesar. Recordar la expresión de su jefe ante su inminente marcha le restaba horas de sueño—. ¿Dónde está Claire?

Amber retomó su postura inicial.

—En el rancho de Wolf.

Grace abrió mucho los ojos.

—¿Cómo es eso?

—Creo que entre ellos hay algo. —Amber sonrió abiertamente.

—Vaya..., vamos de sorpresa en sorpresa.

—Y, ¿qué me dices de ti?

Grace se hizo la sorprendida.

—No hay mucho que decir.

—Eres una embustera, Grace. Te conozco, tus ojos brillan más que este anillo y eso solo puede significar una cosa.

A Grace le habría gustado salir corriendo del barracón o dejar pasar la pregunta, pero no hizo ninguna de las dos cosas. Debía enfrentarse a sus propias decisiones. Esa misma mañana, ella y Cooper habían hecho el amor en la ducha. Lo que empezó como un juego terminó en varios orgasmos, sus piernas alrededor de la cintura de él, la piel arrugada y el aliento entrecortado. Se había prometido a ella misma que debía ser más consecuente con sus actos, sin embargo, algo en su fuero interno le impedía cumplir su palabra. Si dudaba, él llamaba a su puerta, entraba, la tomaba en sus brazos y la besaba hasta hacerle perder el sentido, luego su cuerpo tomaba el control de la situación y ya no podía hacer nada.

La cuestión era saber a dónde llevaba todo eso.

—El sexo con Cooper es maravilloso —afirmó con un tono risueño.

Su amiga boqueó varias veces sorprendida.

—¿Hablas en serio? ¿Tú y Cooper? ¿Desde cuándo?

—Sí a la primera pregunta. Sí a la segunda. En Nueva York, en mi apartamento.

—Grace...

—Lo sé, lo sé. Estoy jugando con fuego. —Se levantó y se paseó por el barracón. Deseó con todas sus fuerzas que aquel habitáculo de madera fuese más grande.

—Exacto, con fuego. Recuerdo perfectamente nuestra última conversación, y disculpa si te digo que no tiene nada que ver con todo esto. —Amber también se levantó. Agitó los brazos, como si quisiera dar más énfasis a sus palabras—. No hace falta que te pregunte si estás enamorada, porque puedo verlo en tus ojos.

Grace se paseó de un lado a otro del barracón, era una forma de evitar las lágrimas. Quedarse era dar la espalda a su carrera en Nueva York, irse era decir adiós a Cooper, a sus amigos y al rancho para siempre. Se fijó en las cortinas que decoraban las ventanas y en los bonitos cojines que estaban superpuestos sobre la almohada, solo Amber podía crear un estilo tan particular en un espacio tan austero.

—Ocurrió sin más. Él entró en el baño de señoras y, la verdad, no sé qué pasó. Fue todo muy deprisa.

—¿Cooper entró en un baño de mujeres? —preguntó extrañada Amber—. ¿Por qué razón iba a hacer algo así?

Grace le comentó la situación, saltándose algunos detalles. Se guardó

algunos pensamientos para ella misma.

—Vaya. Sabía que iba a convencerte de que volvieras, ya veo que se tomó su papel en serio.

Grace rio ante el comentario.

—Supongo que, en algún lado recóndito de mi mente, yo también deseaba regresar.

Amber tomó la mano de su amiga.

—Y, dime, ¿qué va a ocurrir ahora?

Grace percibió la calidez de Amber. Hasta ahora no se había dado cuenta de cuánto había echado de menos esos pequeños gestos. Nueva York podía ser la ciudad de las oportunidades, pero al mismo tiempo era fría y demasiado artificial.

—No lo sé. Me gustaría quedarme, pero...

—¿Pero?

—Mi trabajo, Amber. Necesito algo más. Puede sonar egoísta, sin embargo, no puedo evitar pensar así.

Amber le soltó la mano. Grace lo lamentó.

—Puedes trabajar desde el despacho de Cooper, lo has estado haciendo hasta ahora y él no ha puesto objeciones. Estoy segura de que, si hablas con él, no le importará que sigas haciéndolo —le comentó en un tono cariñoso—. Apostaría, y no creo equivocarme, a que él quiere que te quedes, que formes parte de nosotros. Cooper no sale así como así del rancho, que yo recuerde solo lo ha hecho para ir a buscarte, eso dice mucho, ¿no crees?

—Lo sé, y sé que tienes razón, pero noto como si mi vida fuera a ir en dirección equivocada.

Amber sonrió y después abrazó a su amiga.

—Protegerse a una misma es un instinto básico, Grace. Lo que necesitamos no es siempre lo que queremos, pero recuerda una cosa... —Amber se separó lo suficiente para mirar a su amiga directamente a los ojos—. Tu hogar no está donde vives, sino donde amas. Aquí te queremos, y mucho.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan sabia? —inquirió Grace en un tono divertido.

Amber soltó una risa ahogada.

—Desde el mismo instante en que apareciste en mi vida, te quiero, Grace. Te queremos todos, pero al parecer tú eres la única que no te das cuenta de ello. —Amber la besó en la mejilla—. Deja de huir y permítete sentir por una vez, déjate llevar. Luchar contra tu destino puede llegar a ser agotador, te lo dice una

experta en la materia.

Grace respiró hondo. Amber tenía razón: estaba cansada de luchar contra sus sentimientos.

La puerta se abrió en ese momento atrayendo la atención de las mujeres. Becca sostenía a Moka entre los brazos, el cachorro parecía feliz. Su pequeña cabeza se posaba en el codo flexionado de su dueña, sus ojos se mantenían cerrados. Grace habría jurado que había visto al animal sonreír.

—Wolf y Claire han llegado. Están todos muy alterados, creo que ha pasado algo malo.

Amber y Grace se miraron. Sin mediar palabra se dirigieron a la puerta.

—Ven, cielo —le dijo Grace a Becca.

La niña se dejó abrazar.

—No te irás, ¿verdad?

Amber ya no se encontraba con ellas. Grace miró a Becca, últimamente las preguntas que iban dirigidas a ella la desconcertaban. En los ojos de la niña podía ver el reflejo de la incertidumbre.

—No, no me voy a ir a ninguna parte.

Becca pareció más relajada.

—Eso espero, ¿me lo prometes? —Becca flexionó el dedo meñique, Grace lo entrelazó con el suyo—. Ojalá no olvides tu promesa, Grace.

CAPÍTULO 32

—¿Cómo que está muerto?

La pregunta la había realizado Jake, pero era la misma que todos los presentes tenían en mente en ese momento.

Wolf asintió.

—Es de lo único que se habla desde hace un par de horas. Uno de mis hombres vino a decírmelo en cuanto se enteró. La noticia se está propagando como la pólvora.

—¿Qué consecuencias tendrá sobre la torre? —preguntó Grace.

Wolf tardó en responder. A Grace no se le pasó por alto su gesto protector sobre Claire. No la tocaba, pero con la mirada parecía advertir a cualquiera de que no se acercase a ella.

—No me puedo creer que Tucker esté muerto. —Amber estaba perpleja. Las cosas podían dar un giro en cuestión de minutos.

—Un tiro en la cabeza puede ser sinónimo de suicidio —expuso Cooper—. ¿Qué se sabe de Roth?

—Nadie lo ha visto. Ha sido su ayudante, junto al juez de guardia, quienes han ido a levantar el cadáver.

A Cooper no le gustaba en absoluto aquella vuelta de tuerca. Una muerte más complicaba con creces la situación.

—No tiene sentido que el *sheriff* haya huido. —Ringo miró a los presentes—. Representa la ley. Escapar de su responsabilidad solo le hace parecer culpable.

—Quizá haya muerto también.

Nada más pronunciar esas palabras un escalofrío recorrió la columna vertebral de Claire. La visita de Roth a su tienda había sido una de las peores experiencias de su vida.

—¿Dónde están Nate y Reed? —preguntó Wolf.

—En la zona este, no tardarán en regresar.

—¿Sabes algo de ellos? —interrogó Cooper a Jake.

—Lo último que sé es que ya estaban de vuelta.

Cooper metió las manos en los bolsillos.

—¿Por qué razón alguien se metería una bala en la cabeza en el interior de su coche, lejos de sus tierras? —preguntó.

—Quizá deseaba mantener a sus hijos alejados de su última decisión.

Cooper observó a Grace. Cada día estaba más guapa, y él más enamorado. Le podría hacer mucho daño de proponérselo, sin embargo, estaba dispuesto a correr el riesgo.

—Supongo que tienes razón. Propongo que vayamos a ver a los Tucker.

Todos los hombres estuvieron de acuerdo.

—Yo me quedaré en el rancho. Esperaré a Reed y Nate —dijo Ringo.

Cooper se lo agradeció con una palmada en la espalda.

—Yo me quedaré cuidando de Becca.

Cooper acarició con la yema de los dedos la fina línea de la mandíbula de Grace.

—Gracias. —Se acercó y depositó un suave beso en sus labios—. Significa mucho para mí.

Wolf no pareció sorprenderse por aquel cariñoso gesto. Miró en dirección a Claire.

—Me quedaré con ellas, si te parece bien.

Wolf golpeó el sombrero contra su muslo mientras asentía.

—Me parece muy bien, Claire.

Sin más que decir, se dio la vuelta. Cooper lo siguió. Jake, el más rezagado, besó a Amber a modo de despedida.

—Tened cuidado. Es una orden, vaquero.

Jake sonrió ante el comentario de Amber.

—Ya sabes, cielo, que aquí cuidamos los unos de los otros.

Las palabras llegaron a Grace como un bálsamo de paz. Jake tenía razón. Suspiró mientras una idea estúpida germinaba en su mente. Se dio la vuelta y se dirigió hacia la casa.

—Será mejor que tomemos un café bien cargado. Tengo la impresión de que la espera va a ser larga.

—No tiene ningún sentido.

Cooper estuvo de acuerdo con Jake. Los tres se encontraban en el exterior, lejos de la puerta principal de la casa. Habían salido minutos antes del interior. Los hijos del malogrado Tucker estaban aún dentro, recibiendo el pésame de los

más allegados. Según las primeras pesquisas, se trataba de un suicidio. La desaparición de Roth parecía no encajar en aquello.

—Los hijos de Tucker no van a seguir con el *fracking*, van a hacer que se desmantele la torre —dijo Wolf—. Es curioso cómo una mala decisión puede destruir una familia. Al menos ahora podrán eliminar la mancha de su apellido, y dejar de estar en boca de todos.

—Son buenas noticias —comentó Jake llevándose los dedos al extremo del sombrero. Miró a su alrededor; decenas de personas, la mayoría ganaderos de la zona, se habían reunido allí, en el rancho Tucker, con el único propósito de buscar respuestas a demasiadas preguntas en el aire. Que los hijos del difunto hubiesen anunciado el fin de aquella pesadilla era un alivio para todos—. ¿Qué pasa con Roth? Me preocupa no saber nada.

—Sigue desaparecido —afirmó Wolf—. No te preocupa solo a ti.

Morris se acercó a ellos. En su semblante se podían leer la decepción y la rabia. Tucker y él habían sido algo más que simples vecinos.

—Cooper, Wolf, Jake... —saludó con el sombrero en la mano.

—Morris —respondieron los tres al unísono.

—Esta sensación es devastadora. Es una traición a nuestros principios, a nuestra forma de vida —comentó el viejo ganadero con desgana—. Jamás pensé que Tucker podría actuar así. No sé lo que le pudo pasar por la cabeza a ese estúpido cabrón para hacer lo que hizo.

Cooper palmeó con suavidad la espalda de Morris. Se le veía sumido en una especie de niebla de decepción.

—Supongo que algo en él cambió en los últimos tiempos —dijo Cooper—. Es duro asumir que uno de los tuyos te ha traicionado.

Morris asintió con vehemencia.

—Esta tierra es más que nuestra vida. Por más que me devano los sesos no encuentro una respuesta lógica a esta catástrofe. Sus hijos eran ajenos a todo, o al menos es lo que ellos dicen —argumentó Morris mientras su vista se perdía en el horizonte—. Quiero creerlo, necesito creer que dicen la verdad.

—Si te sirve de algo, Morris, yo los creo.

El viejo ganadero miró a Wolf, el hombre que había hablado.

—Tengo entendido que vosotros os habéis llevado la peor parte —dijo con sequedad—. Grace está de nuevo en el B.C. y Claire Forcher vive en tu rancho. Amenazar con hacer daño a las mujeres es caer demasiado bajo, incluso para Tucker.

—Tucker conocía nuestro punto más vulnerable, la forma de doblegarnos —

afirmó Cooper.

Morris torció la boca dando lugar a una sonrisa burlona.

—Ese cabrón pensaba que se podía salir con la suya, pero la vida se ha encargado de sacarle de su error.

—Tenemos todas las piezas, pero no encajan. Algo se nos escapa —dijo Jake, que hablaba por primera vez.

Morris se colocó el sombrero en la cabeza.

—Encajarán, muchacho —dijo con aparente calma—. Tarde o temprano encajarán. Nada escapa de la mano de Dios.

Sin más se dio la vuelta y se marchó.

—Ha sido un duro golpe para él —dijo Jake.

—Ha sido un duro golpe para todos —afirmó Wolf sin perder de vista a Morris. Tenía la impresión de que al viejo ganadero le habían caído diez años encima en la última hora.

—¿Has llamado al rancho? —preguntó Cooper.

—Sí. Ringo me ha asegurado que Reed y Nate han llegado y todos están en la casa grande.

—Bien.

—¿En qué piensas, Cooper?

—Algo no va bien, Wolf. Esto no puede ser tan sencillo. Tengo la impresión de que aun muerto el perro, no se ha acabado la rabia.

Tanto Jake como Wolf asimilaron aquella información.

—Tienes razón. El círculo no se ha cerrado —admitió Wolf.

—Será mejor que volvamos al B.C.

Tanto Wolf como Jake estuvieron de acuerdo con la propuesta de Cooper.

Grace se acuclilló, cogió tierra del suelo y la guardó en un puño. Sintió el tacto áspero contra su piel. A continuación se puso de pie y abrió la mano. La tierra escapó en la misma dirección que el viento.

Desde su llegada al rancho no había visitado la tumba. Aquel rincón solitario donde su padre descansaba en paz seguía igual de hermoso que siempre. Solo el paso de las estaciones cambiaría el entorno. Quizás ella no lo vería y esa idea de algún modo la entristecía. La primavera estaba a la vuelta de la esquina, las primeras flores desperdigadas por los campos eran una buena muestra de ello, aun así, el frío parecía persistir. El viento helado venido de las montañas se dejó

sentir de nuevo. Se arrebujó en el chal de lana que le cubría los hombros y, sin poder evitarlo, su mirada se posó de nuevo en el montículo de tierra que descansaba a sus pies.

—¿Cuál es el siguiente paso, papá?

La pregunta quedó suspendida en el aire durante una fracción de segundo, después se perdió para siempre en algún lugar recóndito de aquel bello paraje.

Grace se sobresaltó al escuchar unos pasos a su espalda. Se giró y descubrió a Claire tras ella.

—Perdona, no quería asustarte ni interrumpirte.

—No pasa nada. Ven, acércate —la invitó.

—Reed y Nate están con Becca —dijo Claire a modo de disculpa—. Amber y Ringo parecían estar sumidos en la típica conversación de padre e hija en el porche. Daba la impresión de que ambos se encontraban a gusto, y pensé que lo mejor era no molestarlos. Así que decidí dar un paseo.

Grace sonrió y asintió al mismo tiempo.

—Es un lugar precioso —dijo Claire con voz contenida—. Tiene algo de espiritual.

—Mi padre también lo creía así, quizá esa fuese la razón por la que eligió este lugar para su descanso eterno. —Se ajustó de nuevo el chal al cuerpo.

Claire observó con curiosidad el álamo situado cerca de la tumba del antiguo capataz. Sus raíces eran profundas y se aferraban con fuerza a la tierra.

—Un guardián perfecto —dijo haciendo referencia al árbol.

—Sí, sin duda alguna. —Grace miró una vez más el álamo, elevó su mirada desde el tronco hasta la copa—. Conoce nuestros secretos.

—Eso puede ser tan bueno como malo —comentó Claire con una dulce sonrisa en los labios.

—Supongo que tienes razón. —Grace decidió cambiar de tema—. Amber me ha comentado que ahora vives en el rancho de Wolf.

Para sorpresa de Grace, Claire se ruborizó.

—Es solo temporal. En cuanto termine esta pesadilla volveré a mi pequeña, pero coqueta, casa de alquiler.

—Claro. Disculpa, no deseaba ser indiscreta.

El semblante de Claire se suavizó.

—No lo eres. Dormimos en habitaciones separadas y nos vemos poco, casi siempre a la hora de la cena. Jamás pensé que un rancho pudiese dar tanto trabajo.

—Claire, no debes a nadie ninguna explicación.

—Pensé que era mejor que lo supieras, eso es todo.

—¿Por qué?

Claire miró en dirección al suelo y luego a Grace.

—No lo sé, pero creí que era conveniente para no dar lugar a malentendidos.

Grace se fijó en la mujer de cabellos cobrizos que tenía ante sí. Era hermosa, pero siempre tenía un aspecto asustadizo.

—Nunca hay que querer a medias, Claire. —Grace reprimió un suspiro—. Te lo dice alguien que lo hace continuamente.

—Cooper te quiere.

Grace observó como las esponjosas nubes del atardecer tomaban formas caprichosas, se deleitó en una en concreto, siguiendo el contorno pudo descubrir un unicornio blanco que parecía corretear a sus anchas por el cielo.

—De algún modo lo sé —dijo Grace suavizando la mirada—. Esta es la tierra de sus antepasados, por esa razón es tan especial, tan espiritual. Mi padre se enamoró de ella, mi madre no tanto. —Una frágil sonrisa se dibujó en sus labios.

—¿Y tú?

—Yo estoy enamorada de la tierra y del hombre que la protege. —Se llevó la mano hasta el pelo y lo apartó hacia atrás—. Llevo años negándomelo, creyendo que era una fantasía de adolescencia, pero al parecer no.

—¿Qué es lo que quieres exactamente, Grace?

—En su momento creí saberlo. Ahora no estoy tan segura.

Claire miró en dirección a la tumba. No había conocido al hombre que allí descansaba, pero estaba segura de que fue alguien muy especial. Se había ido para siempre; sin embargo, ella sabía que seguía presente en muchas conversaciones y anécdotas diarias de la gente que una vez lo quiso y no lo olvidaba.

—Hubo un tiempo en que yo pensaba como tú. Me encontraba cómoda, aunque era del todo infeliz, no obstante, el miedo me impedía salir de mi burbuja —comentó Claire con la voz contenida. Cruzó los brazos a la altura del pecho y continuó—. Permití que me anularan como mujer, como esposa. Tuvieron que ser los golpes y la humillación los que me obligaron a despertar de ese mal sueño y pensar que podía existir algo mejor lejos de aquel monstruo. Cuando Cooper me conoció aún era en buena parte esa mujer, pero él no preguntó, me ofreció su ayuda sin pedir nada a cambio, por eso le estaré eternamente agradecida. Y ahora él, Wolf, tú y todos los que formáis parte de mi presente sois mis nuevos pilares. Esta vez son más fuertes y consistentes que en el pasado. Y

por primera vez en mucho tiempo puedo gritar en voz alta que no tengo miedo. Con esto te quiero decir, Grace, que la vida puede frenarte, pero eso no significa que debas detenerte, sino que es hora de cambiar de rumbo.

Las palabras de Claire resonaron con fuerza en la mente de Grace.

—Busca tu destino. Tengo la impresión de que no está muy lejos de la tierra que ahora pisas.

—Agradezco tus palabras, Claire. Te juzgué mal y lo lamento. —Las lágrimas empañaron sus ojos—. Te pido disculpas por ello. Siento que hayas tenido que pasar por esa pesadilla.

—Esa pesadilla me trajo aquí, esa es la parte positiva de todo. Eso y mis diseños —añadió con una tenue sonrisa en los labios—. La creatividad no es algo que puedas anular, siempre resurge, aunque la intentes ahogar en tu dolor. Sé feliz, Grace. Haz felices a Cooper y a Becca —dijo con firmeza—. Él no sabe amar de otra manera, tiene miedo a perderte de nuevo, eso es todo, y lo último que desea es presionarte y alejarte de él.

Grace entrecerró los ojos.

—¿Por qué estás tan segura de eso?

Claire dio dos pasos hacia atrás, como si se dispusiera a irse.

—Yo estoy haciendo lo mismo con Wolf.

Sin más se giró, dando la espalda a Grace, y desanduvo el camino que la había traído hasta allí, dejando a la mujer que Cooper amaba sumida en sus propios pensamientos.

CAPÍTULO 33

Los hombres regresaron al rancho más taciturnos de lo habitual. Cooper aparcó la ranchera cerca del vallado. A través de la ventanilla del coche advirtió la presencia de Reed, Nate y Becca, los tres se encontraban sentados en el cercado, observando cada paso y movimiento de Ringo con uno de los potros más jóvenes. Los muchachos vitoreaban con fuerza y se llevaban los dedos a la boca para silbar cuando el domador de caballos conseguía que el potro superara una maniobra más complicada que la anterior.

El potrillo era obstinado, demasiado; sin embargo Ringo no le dejaba salirse con la suya. El animal relincho como acto de protesta, pero de poco le sirvió.

Cooper bajó de la ranchera con la mirada puesta en el corral. La risa de su hija llegó hasta sus oídos como una melodía celestial que no se cansaba de escuchar nunca. En ese mismo instante Nate la empujaba con suavidad, como si quisiera hacerla caer de la valla; nada más lejos de la realidad. Ella, en lugar de quejarse, reía abiertamente con Moka entre los brazos.

Escuchó hablar a Wolf y a Jake en segundo plano. Cerraba la puerta cuando se percató de que Amber y Claire salían en ese preciso momento de la casa. Parecían estar inmersas en una charla seria, casi trascendental. Esperó unos segundos, ansiaba poder ver a Grace y abrazarla. Se preguntó en qué momento había empezado a necesitarla con tanta fuerza. El tiempo se dilató tanto que se le hizo eterno.

—¿Dónde está Grace? —ladró al no encontrarla.

Todos, sin excepción, dejaron lo que estaban haciendo para centrarse en él. Cooper intentó convencerse de que todo iba bien, que la ausencia de Grace no tenía por qué significar nada malo. Sin embargo, la incertidumbre, el paso de los segundos, lo devoraban por dentro.

—¿Dónde está Grace? —volvió a preguntar. Se quitó el sombrero con rabia. Estaba furioso, inquieto y al mismo tiempo asustado; una combinación de lo más explosiva.

Los rostros de unos y otros se miraron como si alguno pudiera tener la respuesta. El único sonido que se escuchó fue el relincho del potro.

—La última vez que la vi estaba visitando la tumba de su padre. Creí que ya

había vuelto. —La voz de Claire flaqueó al ver el rostro ensombrecido de Cooper.

Cooper se dio la vuelta, cogió el rifle que descansaba en la parte trasera de la ranchera y miró en dirección al montículo. No se lo pensó dos veces y sus pies comenzaron a dar grandes zancadas, dirigiéndose hacia allí.

—Espérame. Voy contigo —gritó Jake a su espalda.

—Quédate aquí —vociferó sin tan siquiera mirar atrás, a una buena distancia de la que ya consideraba su familia.

Grace escuchó un ruido. Al principio creyó que podía ser el viento, pero un segundo más tarde lo descartó. El viento no tenía pies, no se arrastraba por la tierra.

El chal dejó descubierto uno de sus hombros y se afanó por ponerlo de nuevo en su lugar. Era el momento ideal de volver a casa.

«A casa», repitió para sí misma.

Le gustaba como sonaba.

El ruido se escuchó de nuevo, esta vez con más fuerza, más cerca. El corazón se le aceleró mientras un zumbido extraño se apoderaba de sus oídos. Podía tratarse de una serpiente. Miró hacia el suelo e intentó localizar al réptil, pero no halló rastro de él. Intentó tranquilizarse y serenar su imaginación. Podía ser alguno de los chicos, quizá se tratase de una broma; sí, eso sería.

—¿Quién anda ahí? —preguntó sin poder evitar que su voz temblara.

Hubo un instante de silencio.

—Grace Morales, es un placer verla de nuevo.

Grace se sobresaltó y se le secó de repente la boca. De la nada apareció el *sheriff*. La apuntaba con un arma, con la otra mano se cubría parte del abdomen. Grace observó que se encontraba herido. La sangre empapaba buena parte de la tela de su camisa y su mano. El flujo continuo resbalaba entre sus dedos en finas hileras y pequeñas gotas salpicaban ya la tierra.

—Está herido.

—Muy observadora. —El *sheriff* hizo una mueca al hablar. Su tez tenía un color ceniciento, un tono que indicaba que se encontraba en la antesala de la muerte—. No me queda mucho tiempo, pero voy a terminar con lo que he empezado.

Las piernas de Grace comenzaron a temblar y los ojos se le empañaron de

lágrimas.

—Baje el arma —suplicó.

El *sheriff* no hizo movimiento alguno. El arma le seguía apuntando directamente al corazón.

—Cooper tiene que pagar por esto. —La voz del hombre perdía fuerza a medida que hablaba—. Podría matarlo a él, ¿sabes? Pero no. Le haré sufrir con la conciencia de que te pudo salvar y no lo hizo. Pensará en ti cada día y se culpará de tu muerte.

Roth profirió una especie de aullido cuando intentó avanzar hasta ella. Se desangraba. La herida era mortal y Grace lo sabía. Dio un paso atrás y luego otro, mientras el hombre que la apuntaba con el arma cerraba con fuerza los ojos y la boca, como si intentara así sofocar el intenso dolor que padecía.

—Yo que tú no me movería.

Grace se detuvo en el acto. El nudo que tenía en la garganta no la dejaba hablar.

—¿Cómo... Cómo sabía dónde encontrarme?

Roth torció la boca antes de responder.

—No lo sabía. Ha sido cuestión de suerte. Esta parte del rancho está más aislada y menos vigilada. No ha sido difícil.

El *sheriff* desvió la mirada hacia la tumba.

—Un buen hombre, pero al mismo tiempo estúpido. Tuvo suerte de que la enfermedad le llegase antes que una de mis balas. —Miró a Grace y vio en su rostro una mezcla de miedo y sorpresa—. Me descubrió, pero Dios se apiadó antes de él.

Grace cogió con fuerza los extremos del chal y tiró de ellos. Se sentía impotente.

—Márchate, aún estás a tiempo —gritó ella—. No tienes derecho a hablar así de mi padre. Tú menos que nadie. —Cruzó los brazos y se rodeó con ellos la cintura. Suspiró con fuerza, pero el aire no le llegó a los pulmones—. No le diré a nadie que te he visto. Huye lejos de aquí.

Roth respondió con una especie de risa tiznada de dolor.

—Tu padre era un estúpido, no yo. Morirás, Grace.

Ella miró a su alrededor en busca de algo con lo que atacar a su agresor, para su desgracia no encontró nada útil. La desolación se fue apoderando de ella. Pensó en Cooper y en Becca. Ahora ellos eran más importantes que nunca.

—¿Quién te hirió? —preguntó con la única intención de ganar tiempo. Debía pensar con rapidez.

Roth dio varios pasos en su dirección, toscos y lentos.

—El inútil de Tucker fue el que me disparó. Supongo que le entraron remordimientos, porque no se le ocurrió otra estupidez que meterse una bala en la cabeza cuando creyó que había muerto.

Grace pensó que, si conseguía que siguiera hablando, se desangraría. Él pareció leerle la mente. Esbozó una sonrisa lenta y sardónica, reflejo de su próximo movimiento, y sin más preámbulos, apretó el gatillo.

CAPÍTULO 34

Cooper escuchó el disparo y la sangre se le heló en las venas. Corrió como alma que lleva el diablo hasta el pequeño montículo. Las zancadas se convirtieron en una carrera contra el tiempo. El corazón le martilleaba con fuerza entre las costillas y los pulmones le quemaban por el esfuerzo. Su primer pensamiento fue para Grace al llegar al desnivel de tierra. Se acuclilló tras un pequeño remonte, apoyó la culata en el hombro y abrió mucho los ojos. Toda precaución era poca.

«Por favor, Señor, no permitas que le ocurra nada malo». La plegaria se perdió en sus labios mientras cargaba el rifle.

«Joder, Grace, ¿dónde estás?», murmuró.

Acarició el gatillo con la yema de los dedos. Entonces creyó escuchar algo. Se incorporó lo suficiente para ver la figura que se encontraba a cierta distancia. Lo que vio le dejó estupefacto: Roth se encontraba de rodillas, con la cabeza hundida entre los hombros, y parecía escupir sangre.

«Grace». Su nombre no dejaba de repetirse en su mente. «¿Dónde estás?».

Grace se recostó acurrucada tras el tronco del árbol, temblaba como una hoja. Roth había errado el disparo, aunque había faltado poco. Cerró los ojos con fuerza y esperó unos segundos, tiempo que se le hizo eterno. Debía salir de aquella ratonera, pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Su mirada se perdió en el horizonte. El sol descendía muy rápido, tanto que pronto anoecería. La idea de que la oscuridad la sumiera en aquella pesadilla la hizo temblar de nuevo, al menos consiguió mantener las lágrimas a raya. Se movió, apoyó los codos sobre los muslos y se cubrió los ojos con las manos en un intento por que su respiración se ralentizara, era eso o morir de un infarto allí mismo.

Agudizó el oído y escuchó el incesante gorjeo de Roth. Seguía armado, no tenía nada que perder ya que estaba herido de muerte, y por ello era demasiado peligroso.

Cooper se incorporó y anduvo varios pasos; no debió ser muy sigiloso porque Roth levantó de inmediato la cabeza. Su rostro se desencajó cuando se percató de la presencia del rancharo.

El moribundo rio con fuerza cuando Cooper tocó con el cañón del rifle su cabeza. La risa le produjo varios espasmos que le hicieron vomitar sangre de nuevo.

—Es irónico recibir dos disparos de diferentes hombres el mismo día.

Cooper no entendió ni una sola palabra, pero si aquel cabrón había herido a Grace, se lo iba a hacer pagar.

—¡Grace! —gritó Cooper—. ¿Dónde está, hijo de puta?, ¿dónde está Grace?

Roth no pudo responder porque en ese momento una bocanada de sangre le sobrevino. En ese instante se desplomó contra el suelo. Su cabeza rebotó contra la tierra como un saco de patatas.

—¡Grace! —gritó de nuevo Cooper sin dejar de apuntar al *sheriff*.

El miedo se apoderó de él. No tenía ni idea de cómo había llegado Roth hasta allí, ni de por qué estaba herido.

Agudizó el oído y solo escuchó las hojas del álamo moverse en la dirección del viento. Segundos después percibió unos pasos.

—Coop... Cooper, ¿Cooper, eres tú?

Grace, al escuchar la voz de Cooper, sintió el mayor de los alivios. Puso las manos en el suelo y gateó alrededor del tronco.

—Estoy aquí.

Él, al escuchar la voz de Grace, tuvo ganas de echarse a llorar como un niño. Estaba escondida detrás del tronco del único árbol que había allí, parecía aturdida, como si saliese de un mal sueño.

—Ven aquí, cariño. Ya pasó todo.

Ella se levantó, le buscó con la mirada y luego corrió a sus brazos. No se permitió tener miedo. Al llegar a su destino se apretó con fuerza contra el pecho de Cooper.

—Tenía tanto miedo que no podía moverme.

Cooper, con la mano libre, le acarició el cabello y le susurró palabras de consuelo al oído.

—Ya está, ya pasó todo. Siento haber tardado tanto.

Ella asintió y, sin poder evitarlo, comenzó a llorar. Cooper la abrazó con más fuerza.

Durante unos segundos solo se escuchó su llanto, la sintió hipar a causa del sollozo. La dejó llorar y depositó un beso suave sobre su sien.

—Tucker le disparó, creyó que lo había matado y luego se suicidó.

Las piezas del puzzle encajaron de forma inmediata en la mente de Cooper.

—Todo ha terminado. Nunca permitiré que te ocurra nada malo. ¿Lo has

comprendido?

Ella no respondió, se limitó a abrazarlo de nuevo, apoyando la mejilla sobre su hombro.

—¿Está muerto?

—Si no lo está, en breve lo estará.

Grace miró al suelo. Roth no respiraba, sus ojos estaban abiertos y carentes de vida. Se encontraba rodeado de un charco de su propia sangre. Gracias a Dios había errado el tiro y ella había podido huir a tiempo. La sola idea de no volver a ver a Cooper la desarmó.

Cooper sintió como Grace comenzaba a temblar de nuevo entre sus brazos.

—Será mejor que nos vayamos de aquí.

Ella asintió mientras levantaba la mirada hacia él.

—Nunca más vuelvas a ponerte delante de un arma, ¿me oyes?

La orden hizo que Grace sonriera por primera vez. Levantó el brazo y acarició la mejilla de Cooper con la yema de los dedos.

—Si eso te hace sentir más tranquilo, te lo prometo.

La respuesta le debió parecer la idónea, porque él sonrió. En su rostro aún se podían apreciar signos de preocupación. Inclino la cabeza con la única intención de besarla. Necesitaba sentirla, comprobar que estaba ilesa, que era suya en cuerpo y alma, pero el beso se vio interrumpido por Wolf y Jake, que llegaban armados y sin resuello en ese mismo instante hasta el lugar donde ellos se encontraban.

Los dos hombres, al ver la mirada de Cooper, comprendieron de inmediato que no debían hacer preguntas. El escenario hablaba por sí solo. Ya habría tiempo de hablar de lo sucedido. Cooper comenzó a caminar con Grace a su lado. Ella apoyó la cabeza contra su hombro y se dejó llevar. Miró una vez más en dirección al árbol. En ese momento, las ramas se movieron, y habría jurado que no corría ni una pizca de aire. La canción improvisada del viento sonó con más fuerza cuando volvió la mirada al frente. Grace reconoció de inmediato aquel sonido.

«Papá».

—Será mejor que regresemos a casa.

«A casa», pensó Grace mientras dejaba atrás la melodía. En ese preciso momento comprendió que su hogar estaba donde estuviese Cooper. El hogar era un sentimiento, no un lugar. Ladeó la cabeza y él pareció percatarse. Se detuvo, peinó sus cabellos con los dedos, la atrajo hacia su pecho y, un segundo después, la besó apasionadamente.

Estaba donde quería estar. Entre los brazos de Cooper, en el rancho B.C.
FIN

EPÍLOGO

Un mes más tarde.

Cooper apoyó el hombro en el marco de la puerta. En una de las manos sostenía una taza de café. Su mirada se perdió entre las sábanas, en el cuerpo cálido que descansaba bajo ellas. Grace dormía plácidamente, ajena al mundo real.

La pesadilla ya había pasado, pero él la recordaba a diario. Perderla a manos de Roth habría sido como arder en las llamas del infierno toda la eternidad.

Cada día la amaba más, como si eso fuese posible.

Grace se removió sobre el colchón, suspiró y vio un atisbo de sonrisa en sus labios. Bebió un trago de su café, pensando que había sucumbido a cada uno de sus deseos; sin embargo, no le importaba. Lo haría mil veces más, si esos pequeños detalles permitían que ella se quedase a su lado.

El que fuera el barracón de Leonardo Morales era ahora el despacho de Grace. Amber y Claire lo habían decorado y le habían dado ese toque femenino que tanto les gustaba. Aquel espacio pertenecía a Grace por entero, y a él le encantaba que ella fuera feliz.

Había dejado su trabajo de Nueva York. Él había temido que lo lamentase en un futuro, pero, para su sorpresa, no había sido así. En cuatro semanas Grace había conseguido varios clientes de la zona, y les daba lo que ellos esperaban: efectividad y profesionalidad.

Con respecto a Gary Dexter las cosas no podían ir mejor. Ya habían tenido su primera reunión de negocios y el empresario estaba más que dispuesto a invertir en el rancho. El B.C. pronto volvería a resurgir, y todo se lo debía a Grace, a su Grace.

El gobernador le había telefoneado esa misma mañana. La torre ya era historia por el simple hecho de no tener ninguno de los permisos en regla. A partir de ahora no tendrían que preocuparse de la contaminación medioambiental, ni de perder más cabezas de ganado. Se cerraba un capítulo y se abría otro nuevo.

Los pensamientos de Cooper se diluyeron cuando ella abrió los ojos. Entró en el dormitorio bañado por la luz del amanecer, dejó la taza de café sobre la

mesita de noche y se acercó a ella.

—Pensé que no ibas a despertar nunca.

Grace sonrió de oreja a oreja. Su pelo estaba revuelto, parecía una maraña, y su mirada somnolienta, a pesar de ello, estaba preciosa.

—Uhhmm... El culpable eres tú.

Su voz sensual hizo que Cooper se excitara en el momento.

—Pensé que te encantaba tener sexo conmigo cada día.

Ella estiró los brazos por encima de la cabeza y lo miró de tal forma que empezaron a sobrarle los pantalones.

—Y me encanta.

El tono seductor fue la perdición de Cooper. Apartó las sábanas y descubrió el cuerpo desnudo de ella.

—El día que me canse de esta visión será porque no tenga sangre en las venas.

Ella se estiró sobre el colchón de forma seductora mientras reía con fuerza. Cooper la cogió en volandas y se dirigió al cuarto de baño.

—¿Se puede saber qué...? —preguntó echando los brazos alrededor de su cuello para no caerse.

Cooper la interrumpió con un beso.

—Ahí abajo hay un regimiento de mujeres que quieren verte.

Grace abrió mucho los ojos. De pronto chocó con la realidad.

—¡Bájame ahora mismo, Cooper! —exclamó con urgencia—. ¿Qué hora es? —Miró de un lado a otro, pero no encontró ningún reloj.

Cooper ignoró la orden, abrió la puerta del baño y la sentó cerca del lavabo.

—El mármol está frío —protestó sin demasiada convicción.

Él le abrió las piernas, se recreó la vista mientras sus manos vagaban por su espalda con un movimiento suave. Como respuesta, Grace se arqueó, momento que Cooper aprovechó para besarla. Comenzó suave, pero segundos después él se movía con avidez sobre su boca.

—Coop... Cooper, tienes que dejar que me duche.

Un sonido gutural salió de la garganta de él. Volvió a besarla sin ninguna prisa.

Ella, tal como él esperaba, le correspondió.

—Llegaré tarde —dijo Grace mientras intentaba, sin mucho éxito, apartar a Cooper.

—¿No es eso lo que hacen las novias?, ¿llegar tarde?

—Es posible. —Los labios de ella se arquearon con una sonrisa perezosa y

calmada—. Pero te recuerdo que el novio debe esperar a la novia en el altar.

Él la miró con interés.

—Esto no ha terminado.

—Por supuesto que no. ¿Dejarás que me duche ahora?

Cooper pareció pensarlo durante una fracción de segundo.

—¡Y una mierda! pienso terminar lo que he empezado, o me pasaré toda la ceremonia empalmado. —Se desabrochó el cinturón y luego el botón de los pantalones.

Ella rio, luego le pasó la mano por el pelo y dijo:

—Eres insaciable.

—Contigo, siempre.

La deseaba, ahora y siempre. La besó y un segundo después ya dominaba su boca.

Claire contó las sillas una vez más: faltaban dos. Arrugó el ceño e hizo un mohín. ¿Por qué razón faltaban dos sillas?

Wolf, como si hubiese escuchado su pregunta, se acercó con las sillas, una en cada mano.

—Amber las cogió prestadas y yo las devuelvo.

—Gracias a Dios, pensé que ya no sabía contar.

Wolf sonrió, más para sí mismo que para ella.

—¿Dónde las coloco?

Claire le señaló un hueco vacío.

—Ahí estarán bien.

Wolf llevó a cabo su tarea sin demora.

—Claire, me gustaría hablar contigo —carraspeó, y luego se frotó las manos sobre la tela del pantalón.

El gesto no pasó inadvertido para ella.

—Parece serio. Tú dirás.

—Verás. —Él pareció dudar, sin embargo continuó—. Me preguntaba cuándo vas a recoger tus cosas y... —Se detuvo en el mismo momento en que observó como Claire perdía el color. El dolor se reflejaba en su mirada, sus ojos brillaban a causa de las lágrimas.

Claire sacó fuerzas de la flaqueza.

—Esta misma noche recogeré mis cosas y me iré. Disculpa. —Unió las

manos y se las retorció nerviosa—. Creo que me llama Amber. Será mejor que vaya o se pondrá de los nervios. —Intentó sonreír a modo de despedida, pero no lo logró.

Wolf levantó una ceja en un gesto de incredulidad, sin comprender una sola palabra de aquella absurda conversación. Antes de que Claire se marchara, él la retuvo cogiéndole de la mano.

—Un momento. Creo que no me has entendido.

—Oh, sí, Wolf. Te has explicado divinamente.

La acercó a él. Al principio opuso resistencia, pero él tiró con suavidad.

—No, no has comprendido ni una sola palabra. —Le recorrió el mentón con los dedos—. No te estoy pidiendo que dejes mi casa.

Claire levantó la barbilla. Trató de controlar el temblor que sacudía su cuerpo.

—No entiendo lo que intentas decirme, Wolf.

Él le rodeó la cintura con sus fuertes brazos.

—Verás, de vez en cuando te he robado un beso, y he tenido la impresión de que te ha gustado.

Ella se sintió avergonzada, no tenía ni idea de a dónde la llevaría esa conversación.

—¿Ha sido así? ¿Te ha gustado? —insistió Wolf.

Claire sintió como el nudo que tenía en la garganta se hacía cada vez más grande. Ella era una mujer tímida, incluso débil, se atrevería a decir. Por nada del mundo quería que Wolf pensara que buscaba algo más, aunque si era sincera consigo misma, así fuera.

—Claire, te estoy haciendo una pregunta.

En su tono había urgencia, pero no fue amenazador. Eso era lo que más le gustaba de él; tenía una paciencia infinita.

Claire asintió.

—Bien, creo que ese gesto dice mucho, ¿no es así?

Ella bajó la vista y parpadeó.

Él le puso el pulgar en el mentón y la obligó a mirarle a los ojos. Se acercó con cautela, ladeó la cabeza y luego tocó sus labios con los suyos. Claire cerró los ojos y se dejó llevar por esa sensación hasta hacía poco desconocida. El aleteo de mariposas revoloteó con fuerza en su estómago, su cuerpo perdió cualquier tipo de control y se perdió en el beso, como hacía siempre que él la besaba.

—A esto me refería —dijo Wolf con la voz cargada de deseo, separándose de

ella y mirándola directamente a los ojos—. No tenía ni idea de cómo pedirte que durmieses en mi cama noche tras noche.

Ella se sonrojó al oír la propuesta.

—Por supuesto, podemos seguir como estamos —se apresuró a decir Wolf—. Podemos ir más despacio. Al ritmo que tú marques...

Ella le puso el dedo índice en los labios, lo que hizo que él se callara inmediatamente.

—Me encantaría dormir en tu cama esta noche, y muchas otras.

Él aspiró una bocanada de aire y de pronto pareció aliviado.

—Bien, entonces creo que estás preparada para mi segunda propuesta.

Ella abrió la boca y la cerró de golpe, sin saber muy bien qué decir.

Wolf la asió por las manos y clavó una rodilla en el suelo.

Los allí presentes detuvieron sus quehaceres y los miraron con cara de sorpresa, otros silbaron con fuerza.

—¿Qué haces? —preguntó ella, nerviosa, sin saber cómo actuar.

—Pedirte que te cases conmigo, que vivas el resto de tu vida a mi lado.

Claire abrió mucho los ojos e intentó que los nervios no la traicionaran. Se había jurado hacía mucho tiempo que no se volvería a casar. Respiró hondo y trató de mantener la compostura.

—Seré el hazmerreír de todos los presentes si me rechazas.

Claire observó su mano dentro de la de Wolf; parecía más pequeña que nunca. Él deshizo la unión para meter una de sus manos en el bolsillo. Sacó una pequeña caja, la abrió, y cuando lo hizo a Claire se le olvidó respirar. Era una alianza antigua y sencilla, sin embargo, parecía llena de sentimientos, de amor.

—Era de mi abuela. Sé que te mereces algo mejor, pero me pareció adecuado. Puedo comprarte otra, si quieres.

Ella miró el anillo y luego lo acarició. El metal era suave al contacto.

—Es una alianza perfecta y preciosa.

—Me alegro de que te guste. ¿Puedo levantarme ya?

Ella, con lágrimas en los ojos, asintió.

—¿Vas a casarte conmigo, Claire Forcher? —preguntó él mientras deslizaba la alianza en su dedo anular.

—Sí.

Él la abrazó y luego selló su compromiso con un beso. Los testigos vitorearon con fuerza.

—Prometo hacerte sonreír todos los días. No sé cómo ha sucedido, pero me he enamorado de ti. Te quiero, Claire.

Ella percibió como algo se rompía en su interior para dar paso a la esperanza.
—De alguna manera siempre has estado en mi vida, lo que ocurre es que no lo sabía.

Él enterró los dedos en su pelo y la acercó a sí. La besó con pasión, sin importarle nada ni nadie. Solo ella.

Claire pensó entonces que ese hombre se había adueñado de su alma y su corazón. La vida le ofrecía otra oportunidad para ser feliz, y ella por nada del mundo la iba a desaprovechar.

La música se entremezclaba con la algarabía y las risas de los invitados. La ceremonia había estado cargada de gestos preciosos por parte de los novios. Cooper parecía, y era, el hombre más feliz sobre la faz de la tierra, eso saltaba a simple vista. A su lado se encontraba la mujer de sus sueños, la mujer que un día dejó marchar, pero eso no volvería a pasar jamás.

Grace rio ante la broma de un invitado. No eran muchos, pero estaban los que tenían que estar, y eso bastaba. Formuló una disculpa y luego miró a su flamante marido.

—Ahora vengo.

Grace se alejó de él con su precioso vestido de novia. Por un momento se sintió solo, vacío. Esa sensación llegaba cuando ella se alejaba. La siguió con la mirada y vio como decía algo a Reed al oído. El muchacho al principio pareció desconcertado, pero después asintió.

Se preguntó qué tramaba Grace. Observó como Reed se despedía de su deslumbrante esposa y se dirigía al otro extremo de la fiesta. La orquesta comenzó a tocar una melodía lenta.

Cooper no pudo más que sonreír cuando vio a su hija ruborizada ante la visita inesperada del muchacho. Este le pedía un baile. Ella aceptó encantada y dejó que su pareja marcara el ritmo y la llevara de un extremo a otro de la pista de baile.

Jake y Amber sonrieron cuando pasaron junto a ellos.

«Pronto habrá otra boda en el rancho», pensó Cooper.

Grace volvió a su lado.

—Eres maravillosa. Gracias. —Pasó un brazo alrededor de la estrecha cintura de su mujer y la atrajo hacia su pecho.

—Le debíamos un baile a Becca.

—Tienes razón.

Bajó la cabeza y la besó en los labios, y en ese mismo instante supo que nada ni nadie podría hacerle más feliz.

Agradecimientos

Estoy segura, y espero de corazón, que habrá más de una persona que se sienta identificada con esta historia, pero yo sé de una que sin duda lo estará: para ti, Patricia García, la mejor contable y economista del mundo entero.

Son muchas conversaciones, momentos, confidencias y risas las que hemos compartido. Te estaré eternamente agradecida por ello.

Estas líneas para mí son las más complicadas, porque sois muchos los que estáis todos los días a mi lado, colaborando con mis sueños.

Gracias de todo corazón.

Gracias a ti, que tienes mi última novela entre tus manos.

Yolanda Revuelta

Yolanda Revuelta



Nació un 17 de enero de 1973 en Cantabria.

Cuando la lectura infantil pasó a formar parte de su baúl de recuerdos de pequeña, otro tipo de obras llegaron a sus manos, más acordes con la adolescencia por la que estaba pasando. Así conoció a los protagonistas de *Tempestad Salvaje*, de la autora Johanna Lindsay, donde se perdió entre los rincones del Oeste. Desde ese momento se convirtió en una voraz lectora del tan

maravilloso género de la romántica, viajando y compartiendo adorables momentos, sintiendo mayor afinidad por las historias ambientadas donde los ranchos y el sol llenan el campo con sus características.

Y así continuó escribiendo también en la adolescencia, plasmando sus ideas en sus ratos libres, volcando sus pequeñas historias de amor producto, a veces, de sus propias experiencias y sus hormonas revolucionadas por la etapa por la que estaba pasando. Y ya nunca dejó de hacerlo.

Cree fervientemente en el proverbio Un amigo es un tesoro, por lo que disfruta de hablar, reír y divertirse enormemente con los suyos.

Hoy vive su propia historia de amor junto a su esposo, con quien ha tenido a su mayor inspiración, su hija Carla.

La mente de esta autora seguirá deleitándonos con bellas historias, pues en ella el bullicio que los cientos de personajes crean con sus diálogos nunca dejará de sonar.

Su lema Los sueños se cumplen si no los abandonas es el que la acompaña incansablemente, y es el que le da fuerzas en este camino del mundo de las letras.

Otros títulos de la autora:

Preludios del pasado.

Donde me lleven tus sueños.

Y de repente, un extraño.

El país de los vientos fríos

Trilogía Clan MacKinlay:

- Caricias del destino
- Caricias del poder
- Caricias del ayer

Bilogía Skye:

- La sombra de una mentira.
- La promesa de no olvidarte.

Colección Delicatessen:

- Noches en la niebla.
- Alma entre brumas.
- El vuelo de las mariposas.
- Mentiras legales.

Me puedes encontrar en;

Instagram, Twitter, google, Facebook

Y en mi página Web;

www.yolandarevuelta.es